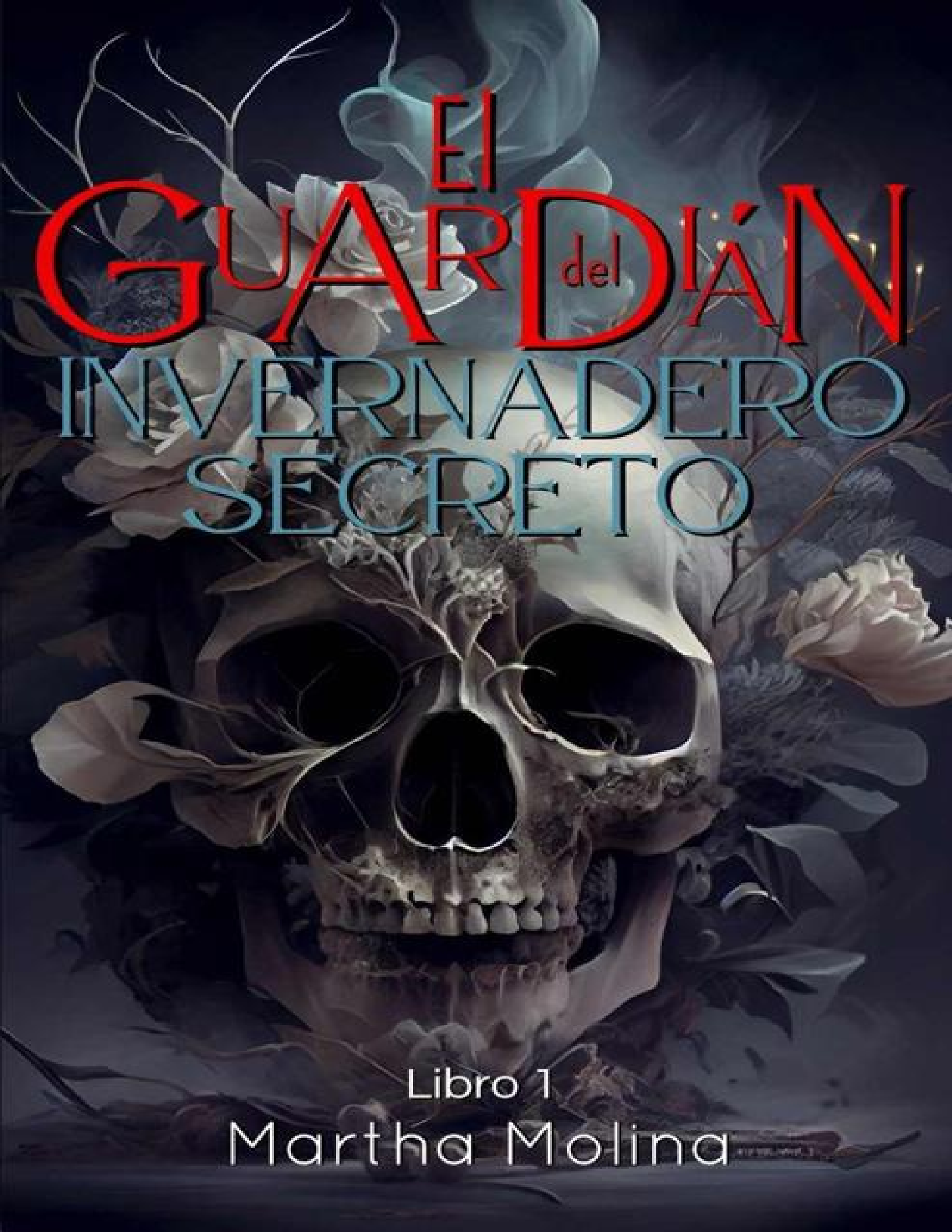




El GUARDIÁN del INVERNADERO SECRETO

Libro 1
Martha Molina

Sinopsis

Susana Maldonado jamás pensó que trabajar en un ancianato le traería muchos problemas. Su jefa constantemente la increpaba, su compañera de labores la odiaba, las enfermeras la mangoneaban y la carga emocional cada vez más pesada. Y, para colmo de males, el arrogante, patán y sexy pelirrojo, nieto de uno de los residentes, desconfiaba de ella. Se hallaba sola, en un país lejano, con costumbres diferentes y luchando a diario para subsistir. Tenía que soportar por el bien de los suyos.

Aidan Fitzgerald detestó a Susana desde el primer momento en que la vio en compañía de su abuelo. La consideraba interesada, bobalicona y simple. Se propuso vigilar a la empleada, siendo esto el motivo de sus discusiones.

Ella era inmigrante.

Él formaba parte de una de las familias más poderosas de Irlanda.

Ella era soñadora.

Él, fotógrafo famoso.

Ella era humana.

Él, hombre lobo.

El destino les tenía a ambos reservada una sorpresa.

Derechos de Autor

El Guardián del Invernadero Secreto

©2024 Martha Molina

Amazon Primera Edición Kindle – 03 de abril del 2024

SafeCreative: No. 1805127075646 - 12/5/2018

Imagen Portada: No. 556042045 /Autor: [Anna Hoychuk](#) /Adobe Stock.

Fuente utilizada en la portada a través de Canva.

Diseño general: Martha Molina

IMPORTANTE: Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación auditiva o visual, u otro método sin el permiso previo del autor.

Prólogo

Las ramas bajas de los matorrales arañaban constante el rostro ensangrentado de uno de los metamorfos que pretendieron divertirse a expensas del chiquillo pelirrojo. El camino –por el que corría en sus dos piernas bípedas– se asemejaba a un largo y tortuoso laberinto de arbustos frondosos; una trampa mortal por donde huía como si fuese un ratón de laboratorio, cuya extraña criatura a él, lo soltó, para luego ir en su búsqueda y destrozarlo. El sobreviviente no tenía más opción que seguir corriendo, su corazón latiendo desbocado en su pecho humano, mientras las sombras se cerraban a su alrededor. La oscuridad parecía cobrar vida propia, engullendo cualquier rastro de esperanza. Cada paso era una lucha contra la gravedad y el terror amenazaba con paralizarlo, pues ni le daba tiempo de cambiar su anatomía. Las heridas en su rostro ardían como brasas encendidas, cada arañazo de las ramas aumentaba su agonía. Sin embargo, la sed de venganza lo impulsaba a escapar de *aquel* que desencadenó esa pesadilla infernal.

Lloró.

¡Los mitos sobre ese tipo de ser eran ciertos!, pensaba sin aún creerse lo que vio en esa propiedad. Por fortuna, las piernas le respondieron y echó a correr antes de que se fijara en él. Sus amigos no tuvieron la misma suerte, les saltó encima, arrebatándoles la vida en un segundo.

Le costó pasar saliva, la garganta la tenía seca por respirar con la boca abierta; el terror lo impulsaba a gritar en vez de aullar para pedir auxilio a los suyos, jese condenado se transformó frente a sus ojos! ¡Era un demonio! Sí, eso era... ¡un demonio! Por donde pisaba, dejaba su huella calcinada.

Perdió el sentido de orientación, se suponía las motocicletas las dejaron aparcadas en la ladera de la montaña y no tras cruzar una gran distancia a través de la arboleda. Tropezó con las rocas sobresalientes que hallaba en su veloz recorrido y cayó de bruces en el suelo, lastimándose las manos por haberlas puesto para no golpearse el rostro, pero la adrenalina le otorgaba la energía suficiente para levantarse al instante, ignorando las laceraciones en sus palmas; después se lamentaría de esto; por lo pronto, urgía salvar su pellejo; al llegar al pueblo alertaría a la manada de lo que había en las montañas; debían aniquilarlo o este lo haría con ellos.

Prometió jamás volver a burlarse de los que narraban los mitos, en cierta forma contaban la historia de su propia especie. Por eso la gente, a *esos sujetos*, los miraban con recelo, percibían algo más de su naturaleza. Ellos eran...

Se detuvo abrupto.

Oh, no...

Una silueta humeante se interpuso en su camino.

Tembló en cuanto *el demonio envuelto en llamas* le gruñó en una clara actitud de que él sería el siguiente en convertirse en cenizas.

El joven se giró para esquivarlo, ¿dónde estaba su motocicleta?, ¿cómo es que no daba con ella? Le sorprendía su propio desconocimiento de dicha zona montañosa, la ha recorrido muchas veces, cazando, llevando a sus novias para retozar en soledad y no pagar el cuarto de un hotel, o adueñándose de las tierras al intimidar a sus moradores.

Los de esa mansión no fueron dóciles...

Los enfrentaron.

Y él ahora sabía lo que realmente eran en comparación a los demás.

Con el último rastro de energía que le quedaba, emergió de entre los matorrales a un terreno despejado de maleza y del que para nada era iluminado por la luna que esa noche su umbrío espectro no era visible en el cielo. El aire frío llenó sus pulmones mientras se alejaba de aquel siniestro laberinto. No quería transformarse, no sería capaz de confrontarlo, el demonio escupiría el fuego que ha traído del mismo infierno y, de él, ni la manada le reconocería los dientes.

Daba vistazos hacia atrás y hacia adelante, previniendo no ser seguido; cruzó el claro; del otro lado se hallaba su moto. Sacó las llaves del bolsillo delantero de sus vaqueros, sin dejar de correr, de esto dependía librarse de ser quemado por esa criatura endemoniada. Sin embargo, ni alcanzó a subirse a su potente máquina, cuando sintió un lacerante dolor en su brazo derecho. El grito proferido por el joven, a causa de la quemadura, espantó a las aves que descansaban sobre las copas de los árboles. Los metamorfos de la zona aledaña no debieron cruzar los límites prohibidos del bosque.

Capítulo 1

Veinte años después.

—Te agradecería, te ocupes más de tus labores, que perder el tiempo con el señor Fitzgerald. No te contratamos para que seas la niñera personal; para eso están las enfermeras que son aptas, sino para que limpies sus desperdicios —la encargada reprendió a Susana. Esta bajó la mirada, abochornada. Comenzó a trabajar en Hogar de Juventud Prolongada: Un Nuevo Amanecer, como personal de limpieza, gracias a los contactos de una amiga cercana con la directora.

—Descuide, señora Lynch, no volverá a pasar. —Una llamada de atención por parte de su jefa era lo que menos necesitaba para tener un currículum intachable.

La mujer, sentada detrás de su escritorio de cedro rojo, miró a la joven con severidad.

—Espero, así sea. Los pisos y los inodoros no se limpian solos.

—Sí, señora —respondió, con un nudo en la garganta. No tenían que recordarle sus funciones: era diligente, cumplidora y excelente empleada, para que la pusieran en su sitio de esa manera. Le daban ganas de gritarle que ella ostentaba un título universitario en Diseño de Interiores y que dominaba a la perfección el inglés. Pero tenía que tragarse las palabras si deseaba conservar su trabajo. Al ser extranjera y sin un centavo, estaba en desventaja con respecto a las demás personas; en especial, si era latina. Cargaba a cuestas un letrado que la catalogaba como ciudadana de segunda clase, poco meritosa en aspirar un empleo más acorde a sus estudios. Aun así, mientras se estabilizaba, le tocaba aguantarse.

La señora Lynch abanicó la mano de manera despectiva para que se marchara de su despacho. La joven así lo hizo, soportando una migraña que la martirizaba. El día inició, dándole trastadas: se le pegaron las cobijas, el desayuno se le quemó, corrió dos manzanas detrás del colectivo para alcanzarlo, el señor Walsh defecó en el pasillo y, para rematar, le *jalaron* las orejas.

Y eso que apenas eran las nueve de la mañana.

Cerró la puerta tras de sí, retomando la escoba, oculta detrás de un helecho colgante, cuyas hojas se desbordaban de su cesto como tentáculos verdosos, y se marchó hacia los pisos superiores que faltaban por limpiar.

Suspiró desalentada ante la realidad que afrontaba.

Tres años han pasado desde que aterrizó en suelo irlandés por primera vez y tres meses trabajando en aquel lugar. Al principio fue agotador, tocando múltiples puertas para que la contrataran en la profesión del cual se había preparado con mucha ilusión en su país, luego optó por otros puestos que, de manera indirecta se conectaban a la decoración, pero tenía que competir con personas que gozaban de mayores oportunidades o estaban mejor capacitadas que ella. Por este motivo, tomar la decisión de trabajar en lo que sea para subsistir, la descorazonó; una dura realidad que afrontaría en adelante, ya que estaba cansada de acostarse con los pies adoloridos y el estómago vacío, derramando un torrente de lágrimas sobre su cama. La gente desconfiaba de su procedencia y no valoraba sus estudios; no obstante, la perseverancia le dio fuerzas para seguir adelante.

Aprovechando que algunos ancianos tomaban la ducha matutina y otros paseaban por los

jardines posteriores, se apuró en cambiar las sábanas, barrer, lampacear los pisos y organizar el desorden que estos dejaban. Una de las normas que debía seguir a cabalidad era de no importunarlos. La casa hogar se caracterizaba por ser de clase alta. Solo aquellos que tuvieran la billetera abultada, costeaban dicho lujo: atención las veinticuatro horas por enfermeras capacitadas y médicos especialistas que pasaban revista a diario para monitorear los avances en los tratamientos y enfermedades que a los ancianos les aquejaban; personal de seguridad, comida preparada por nutricionistas, baño privado, medios audiovisuales de última generación en la sala general y en cada habitación, entretenimiento dentro y fuera de las instalaciones, ascensores para que los residentes se movilizaran sin percances en sus sillas de ruedas, andaderas, entre otros factores.

Así que, la amistad que pudiera ofrecerle la empleada del aseo a uno de los *privilegiados* era inaceptable.

Entró al dormitorio del señor Fitzgerald, quien no se encontraba en ese momento, sintiéndose mal consigo misma. ¿Qué excusa le daría cuando este le pidiera continuar con la lectura?, ¿qué recibió órdenes de ignorarlo solo por ser ella una fracasada de la sociedad?

Desde que se conocieron, se hicieron amigos al instante. La diferencia de edad entre los dos superaba los sesenta años; aun así, congeniaban en muchos aspectos: ambos eran asiduos lectores y amaban la naturaleza. Por ese motivo, la entristecía renunciar a sus excelentes conversaciones por las tardes. El hombre era excepcional.

Observó las plantas dentro de la habitación.

Decoraban los estantes empotrados en la pared este y oeste, en pequeñas macetas de barro que se alineaban como si estuviesen a la venta, pero que, a su vez, se mezclaban de forma armónica con algunos portarretratos familiares y novelas de autores difuntos del que ya nadie leía. Parecía un pequeño herbolario de romero, manzanilla, milenrama, tomillo y otras hierbas que Susana olvidó su nombre, pero que cada día les daba su debida atención, porque le placía hacerlo. Las plantas dominaban en gran medida la decoración, casi compitiendo con el mobiliario de caoba pulida, de la que ella se afanaba por mantener limpio para que las visitas – de las que Dugan nunca recibía– tuviesen una grata impresión del trato que allí a él se le brindaba.

Le sorprendió la primera vez que entró, solo esa habitación lucía así de grandiosa. Las demás eran grises, más bien, aburridas. Pero eso se debía a las exigencias que el anciano le impuso a su familia ricachona, si pretendían que él estuviese allí por el resto de sus días. Una jugosa cantidad de dinero bastó para que los encargados del recinto aceptaran el pedido.

Tomó un portarretrato de madera y estudió los rostros de las personas ahí fotografiadas. Sus miradas eran altivas, de cabellos y ojos claros, sonriendo como si fuesen parte de la realeza; lucían de punta en blanco, con ropas de diseñador del que, para adquirir un traje de estos, habría que empeñar hasta el hígado. Era bien sabido que los parientes de Dugan –quien insistió lo tuteara– pertenecían a una de las familias más destacadas y adineradas en toda la isla. Se mantenían a la vista de la prensa amarillista, con su estilo de vida tan ostentoso que despertaba la admiración de muchos.

Sobre todo, el de un joven...

El único que era pelirrojo.

Este figuraba en la mayoría de los portarretratos: cabalgando, haciendo alpinismo, motocicleta, pescando o estando recostado en la grama, disfrutando del sol. Por lo visto, le gustaba el esparcimiento al aire libre en todas sus formas.

Dejó el portarretrato familiar y tomó una de las fotos del muchacho, cuyo rostro estaba en primer plano, y sonrió encantada. ¡Wow! Vaya que la naturaleza fue benevolente con él. Aparte de que, se parecía mucho a Dugan, Susana sabía que este tenía veintiocho años; sus rasgos varoniles a ella la embobaban: mandíbula cuadrada, frente amplia, cabello ondulado y corto, y unos ojazos verdes de muerte lenta.

En más de una ocasión, Dugan le habló de él con orgullo: «Aidan hizo esto», «Aidan hizo lo otro», «Aidan hizo aquello». Aidan, Aidan, Aidan... Del resto de sus parientes para nada los mencionaba. Una vez le pareció escuchar un gruñido de Dugan cuando recibió una llamada en su arcaico teléfono de disco del que le notificaban que ese día no tendría visitas. Y esto a Susana la desconcertaba, pues no comprendía como él, siendo un hombre tan afable, su familia era despreocupada. A juzgar por la foto grupal, del que juraría a él se la impusieron a la fuerza, solo era para tapar apariencias. Tenía un hijo y dos nietos adultos, del que uno estaba casado y el otro soltero. La línea familiar se extendía hasta los biznietos; sin embargo, brillaban por su ausencia. Por supuesto, en las fotos aparecían dos niños rubios de unos cinco años como *principitos inmaculados*, pero hasta ahí la presencia de estos.

A excepción de uno que ocupaba un lugar preponderante en el corazón del señor Fitzgerald: Aidan.

Esbozó una lánguida sonrisa, consciente de que un hombre como ese, jamás se fijaría en una chica como ella, y dejó el portarretrato en su lugar, para volver a sus labores cotidianas. A continuación, se tomó la libertad de remover las hojas secas de un conjunto de florecillas azules, conocidas como «nomeolvides», y palpó la tierra para comprobar si le faltaba agua. En afecto, así era, la planta exigía un mínimo de cuidado, requería un poco de sustrato húmedo, rico en nutrientes para fortalecerla; así como también, las otras plantas necesitaban de los rayos solares matutinos. El anciano cada día perdía fuerza en sus piernas; encargarse de su querido «herbolario» le resultaba una tarea complicada, aunque no para ella.

—¿Tienes sed, preciosa? —preguntó a la planta como si fuese una bebita—. Tranquila, te daré *agüita*.

Y, al girarse hacia el baño para llevar la pequeña maceta... El señor Fitzgerald le sonreía en el marco de la puerta de la habitación, sostenido él por su andadera que soportaba su larga y endeble figura. Usaba gruesos lentes negros que caían sobre la punta de su nariz, para solventar la miopía que a diario lo enceguecía. El albornoz de estampado de cuadros se mantenía firmemente cruzado alrededor de su angosta cintura y cubriendo buena parte el holgado pantalón de pijama a rayas que ese viernes estrenaba. Su nuera se lo hizo llegar a través de su chófer, la semana pasada, y sin tener la gentileza de dárselo ella misma por estar «ocupada».

—Eres como yo —dijo, cada vez sintiendo un gran afecto por la muchacha; de todo el personal que allí laboraba, solo ella le hablaba como a un amigo y no como a un paciente desubicado que olvidaba frecuente la fecha que marcaba el calendario.

Al verse pillada hablando sola, la joven se sonrojó.

—Es costumbre que adquiriré de mi abuela... —desde su sitio miró por encima de los hombros del anciano, para comprobar si había alguna enfermera detrás de este. Si la pillaban desobedeciendo las normas, la despedían sin *ton* ni *son*.

Dugan entró al dormitorio, cual tortuga vieja y lenta, del que Susana controló el impulso de ir hasta él y ayudarlo a caminar, pero el poco tiempo que tenía conociéndolo, le bastaba para saber que era un hombre que detestaba lo tratasen como un minusválido.

—Entonces, tu abuela es una mujer interesante —se sentó con cierta dificultad en el sillón al lado de la ventana con vista al jardín interno. Según la joven, la mejor habitación en todo el ancianato. Desde allí, se apreciaba la magnífica tonalidad rosa y lila de los cerezos y los rododendros cuando florecían.

—No tienes idea... —se dirigió hacia el baño, con la maceta de nomeolvides, para cumplir con lo prometido a la planta—. *Ella* puede hacer crecer flores en el desierto.

El octogenario se carcajeó.

—¡*Oh*, lo que hubiera dado por conocerla! ¿Es casada?

—Viuda —Susana respondió a la vez en que retornaba con la planta salpicada de gotitas de agua. El lavabo le servía como fuente para hidratarlas y así evitar dañar la estantería, al regarlas con un cuenco, pese a que debajo de cada una de estas dispusieron un plástico para evitar la humedad en la fina madera. Más le valía darle prisas a su faena si no quería que la señora Lynch se descargara de nuevo con ella. Sus orejas aún le seguían ardiendo por la regañada.

—¿Fue dura contigo? —Dugan captó su nerviosismo, a la vez en que la observaba acomodar la maceta en su lugar y luego tomar la de cúrcuma. Ni siquiera su hijo o nietos se molestaban en repartirse dicha tarea, y esa joven se preocupaba sin ningún interés de su hermosa naturaleza —. *El Ogro*... —aclaró cuando lo miró sin comprender. Él enumeraba para sus adentros las quejas que le diría a la execrable mujer.

—¿La señora Lynch? —la joven adivinó en la medida que sus pies se dirigían de nuevo hacia el baño. Abrió el grifo y la planta recibió su habitual rocío. ¿Quién sino *aquella* merecedora de tal calificativo? La directora se daba a odiar sin reparos—. No. Fue... eh... ¿*Có-cómo* sabes que...?

—Lo sé todo, querida.

Susana simuló sonreír, pese a que Dugan no se percató de su tristeza. La cúrcuma resplandecía la clorofila en sus hojas al lado de una estatuilla de bronce de unos quince centímetros de alto. El anciano al indagar daba en el blanco.

—Solo me puso los puntos sobre las «íes» —restó importancia mientras acariciaba la hoja de una malva, cuyos botones florales estaban a punto de abrir.

Lo que, para Dugan, indicaba que *el Ogro* la había humillado.

—Lamento lo que te haya dicho. Pero, descuida, hablaré con ella.

Susana agrandó sus ojos negros.

—¡Por favor, no lo hagas! —chilló. Él reprende a su jefa y ella sale en el acto como tapón de champaña por la puerta trasera—. No es para tanto... —repuso, nerviosa—. ¡Es más! Para demostrarte que no me importa lo que dijo, te leeré el capítulo 7. ¿Qué te parece? —El libro titulado: *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, aguardaba sobre la mesita de noche a ser leído.

Cabeceó.

—Mejor, cuéntame de tu abuela —sonrió—. ¿Es bonita?

Antes de que la muchacha abriera la boca para contarle sobre la vida y obra de su abuela Milagros, un hombre, tan alto como un poste de luz y fuerte como un toro, entró a la habitación sin ser anunciado.

Susana casi jadea.

¡Válgame!

En un acto de reflejo se acomodó su cabello corto, detrás de las orejas, sorprendida del recién llegado que reconoció enseguida de las fotos en los estantes. Su complexión era para

sacar suspiros.

Dugan siguió el trayecto de su mirada y enfocó sus lentes hacia la puerta.

Sus ojos se iluminaron.

—¡Aidan! —Extendió sus enjutos brazos al ver a su nieto más querido—. *Mi muchacho...*, ¡pasa y abraza a este viejo, cuyo corazón salta de alegría por ti! —Desde hacía meses, el joven se había tomado una licencia en su trabajo para buscar respuestas a sus tormentos en Sudamérica. Respuestas que, a juzgar por su rostro sin afeitar y sus ojos opacados, no halló.

El aludido entró y escaneó receloso a la empleada.

¿Y esa qué tanto lo miraba?

Susana, parpadeó, percatándose de su molestia.

—Tengo que... ¡Permiso! —Recogió las sábanas sucias del piso, junto con la escoba que reposaba en una esquina, y salió pitada de la habitación, antes de que el recién llegado la echara. Según ella, lucía como engréido que desprecia a la plebe. Pero no se dio cuenta que Dugan estuvo a punto de llamarla, para presentarle a su nieto, por marcharse tan rápido que ni le dio oportunidad de hacerlo.

—¿Me extrañaste? —Aidan le dio un beso en el tope de la cabeza canosa a su abuelo. Este sonrió mientras se enjugaba las lágrimas. Sus manos, manchadas y arrugadas por el paso del tiempo, temblaban producto de la inmensa felicidad que lo albergaba. ¡Lo tenía de regreso en Dublín! Era el único miembro de su indiferente familia que lo visitaba con frecuencia. El resto de su linaje lo hacía en la víspera de Navidad o en su cumpleaños.

—Cada minuto, de cada día en este purgatorio, te he extrañado. —Cinco largos años acumulaba en ese sitio como si fuese una condena—. ¿Cuándo me vas a sacar de acá? Quiero volver a Moninne.

Aidan se apesadumbró y se sentó en un taburete a su lado. Qué más quisiera que concederle el deseo, pero no podía, la salud de Dugan era precaria y él no deseaba pisar de nuevo aquellas malditas tierras que tanto detestaba.

—Abuelo, ya lo hablamos...

—Aborrezco este lugar —se cruzó de brazos, enojado.

—Apenas puedes sostenerte en pie... Las montañas son peligrosas; deja que te cuiden aquí. Hizo un feo gesto.

—Me sacaron de mi hogar para encerrarme en este *chiquero*.

—Abuelo...

—¡Me están matando de hambre! —Señaló hacia la puerta donde detrás de esta se hallaban «los culpables»—. Si no es por *Susanita*, que me trae algo de comer, encuentras mi cadáver. —La joven, de vez en cuando, le llevaba de contrabando un emparedado de pollo o atún. Corría riesgos para tenerlo contento.

Aidan lo miró interrogante.

—¿«Susanita»? ¿Y esa quién es? —Repasaba en su mente los nombres de las personas encargadas de su cuidado. ¿Qué clase de incompetente desatendía el estricto menú que el médico imponía?

—La joven que se acaba de marchar. Por cierto, para la próxima: sé menos hosco. La pobre huyó como alma que lleva el diablo.

—Yo no le dije nada —frunció el ceño.

—La miraste con cara de perro bravo —le reprochó—. Me estaré quedando ciego, pero aún puedo ver las expresiones de la gente: palideció al verte.

El joven meditó que, más bien, se había sonrojado.

—Está bien. Procuraré no mirarla cuando esté limpiando. —A pesar de que la había observado por un instante, le pareció bonita.

—O leyendo —agregó, sonriente—. Todas las tardes, después del té, Susana me lee unos capítulos. Es muy amable, a diferencia de esas arpías que son incapaces de leerme un mísero párrafo —se refirió a las enfermeras que tanto detestaba. Si por ellas, fuesen, estaría dopado en la cama y con una sonda metida por el ano para que él no las fastidiara durante el día.

Aidan sonrió. Su abuelo era un caso perdido.

De todos modos, vigilaría a la *fulana chica*. Tanta «amabilidad» se le hacía raro.

Extrajo un pequeño envoltorio del interior de su chaqueta de mezclilla y se lo entregó.

Dugan sonrió, curioso.

—¿Qué es? —lo recibió y sacudió en su oreja.

—Ábrelo, te va a gustar. —El obsequio era una reliquia sin igual.

Esperó paciente a que su abuelo lo desarrollara con su habitual lentitud. Las manos de este temblaban, más por la emoción que por el párkinson. Aidan tuvo que dar un buen fajo de billetes para obtenerlo. Entre él y otro sujeto se lo disputaron.

—Y... —carraspeó, volviendo al tema anterior—. *Ella* qué te trae: ¿dulces? —Estaba seguro de que era así. Con razón los cambios de humor.

—Nada que levante preocupación —se le había ido la lengua al delatar a la muchacha—, *Susanita* es muy responsable —luchaba por terminar de desgarrar el papel. ¿Con qué lo pegó?, ¿con pegamento para zapatos? Jadeó tan pronto lo desarrolló—. ¡Oh, Aidan! ¡¿Dónde lo hallaste?! —calculaba que el reloj de cadena tenía más de cien años.

—En Uruguay. Hermoso, ¿no? —Sonrió complacido de que a su abuelo le haya gustado.

—Sí que lo es. ¡Gracias! —le extendió los brazos para abrazarlo.

El joven se levantó del taburete, que parecía hecho para un niño, correspondiendo al afecto.

—Mantenlo bajo resguardo; no vaya a ser que... —pensó en la chica de Mantenimiento. A esas suelen gustarle lo ajeno.

—Aquí no hay ladrones —Dugan replicó en referencia a la Casa Hogar—. Y, aunque los hubiese, les iría mal. *Y tú lo sabes*.

—Solo decía... —bajó la mirada. Recuerdos duros que quería borrar de su mente.

—Descuida —le sonrió—. Si lo dices por *Susanita*, ella es honesta. He dejado a la vista objetos más valiosos y no se los ha llevado. Así que ha pasado la prueba. —Desde que la conoció, tuvo un buen presentimiento. Había dado con la indicada. Aunque, para Aidan, estaba por verse.

Perturbada por el adonis que visitaba al señor Fitzgerald, Susana guardó la escoba en el depósito de la cocina, pendiente de la siguiente jornada, de la que asumía, sería en unos minutos o en un par de horas, en cuanto uno de los huéspedes requiriera de sus servicios. Mientras tanto, su mente vagaba alrededor del gigante de ojos verdes que le quitó el aliento. Se moría de ganas por saber más de él; según lo dicho por Dugan y las fotos de este que tanto exhibía como medallas de guerra, era del tipo de sujeto que mantenía una mochila sobre su espalda y un pie en el avión para darle la vuelta al mundo.

—Lava los platos.

Como disco de vinilo que se raya, la orden de Rosemary Sheridan, sacó a Susana de sus pensamientos. La rubia artificial se imponía sobre la morena, por enésima vez.

Susana rodó los ojos hacia esta, que se servía una taza de café en la encimera.

—¿Y por qué no lo haces tú? —espetó sin reparos de ser escuchada. Brea, la más antigua de las empleadas, pelaba unas patatas, sentada en la mesa central.

—Porque no me toca —Rosemary se volvió hacia Susana y la miró con cara de pocos amigos. Por su culpa, su prima perdió la oportunidad de trabajar en ese lugar.

—Yo me encargué de los dormitorios esta mañana —le hizo ver, al tiempo que se sentaba al lado de Brea. Que se fuera a fregarle la paciencia a otro, estaba agotada y necesitaba descansar un rato.

Airada, Rosemary puso las manos en la cintura.

—Vaya, miren a la señorita... —graznó—, tan *alzada*.

Susana, bostezó, indicándole su despreocupación y Brea le sonrió, sin dejar de pelar las patatas, encantada con el desenfado de la muchacha.

—¿Cómo amaneció el señor Fitzgerald? —la buena mujer le preguntó. Treinta años tenía como cocinera y era la primera vez en que le agradaba una de sus compañeras de trabajo. Allí debían cuidarse de la animosidad que a diario se levantaba por las habladurías.

—Déjame aclararte cómo son las cosas acá —Rosemary señaló a la morena, impidiéndole a la anciana averiguar sobre la salud del hombre—: tú eres una don-nadie-tercermundista que acata órdenes superiores.

—¡Rosemary! —Brea se escandalizó. Por esta no iban a tachar a los irlandeses de racistas.

Susana rio, despectiva. Tanto ella como la rubia, ejercían el mismo oficio. Sirvientas.

—¿Ah sí? —Se acomodó en la silla, con pedantería—. Pues, no veo por aquí a ningún «superior», solo a la cocinera y a una *limpia-pisos* con aires de *mandamás*. ¿Cierto, Brea? —le consultó a la mujer, desestimando a la otra.

Esta asintió, ahogando una carcajada y Rosemary juró para sus adentros que la bastarda se las iba a pagar en algún momento.

—Hazlo, *Rose*, a ti te toca —Brea apoyó a la muchacha—. Lava los platos.

—¡No te metas!

Susana se levantó de la silla.

—Oye, no la grites.

Rosemary dio un paso adelante. Su estatura se elevaba amenazante unos centímetros sobre la latina.

—Le hablo como a mí me dé la gana. ¿O qué piensas hacer? —la desafió. Enana, desgraciada, con gusto le daría una paliza.

La otra empuñó la mano. Una trompada bastaría para hacerla callar.

—Susana, ¿podrías buscar la col y las cebollas en la despensa? Necesito picarlas para el guiso... —Brea le pidió con la intención de aplacar los ánimos caldeados entre las dos jóvenes.

La aludida asintió, acatando la orden de manera diligente. Se dirigió a la despensa, teniendo cuidado de que Rosemary no la tomara con la guardia baja. Tenía fama de causar bronca por nimiedades entre sus compañeras de trabajo.

—Platos —Brea insistió a Rosemary, harta de que abusara de la paciencia de la muchacha.

A regañadientes, la rubia se volvió sobre el fregadero, para lavar la pila de trastos sucios. El desayuno de treinta y dos personas, incluyendo, el personal interno, requería el uso de varias vajillas del recinto.

—Toma —Susana le entregó a Brea, la col y las cebollas, mientras se sentaba de nuevo a su lado. Le complacía observar que a la *peliteñida* la bajaron de su pedestal.

Respiró profundo, ansiando una taza de café, pero la jarra estaba vacía a causa de Rosemary,

y a ella no le apetecía levantarse para preparar más. Quería descansar las piernas, relajarse y recuperar fuerzas. La jornada era larga y no terminaba a las cinco de la tarde, que es cuando se marchaba a su casa, sino que ese día se prolongaría desde las seis hasta las diez de la noche en su segundo trabajo. En uno en donde su abuela pegaría el grito al cielo.

Cerró los ojos, para relajarse, pero la mala suerte que arrastraba durante el día se manifestaba una vez más.

—¿Qué haces ahí sin hacer nada? ¡Ve arriba, a la señora Wilde hay que cambiarle las sábanas! —la directora la taladraba con la mirada.

Susana se puso en pie, lamentándose para sus adentros. Justo en el instante en que decidió descansar cinco minutos, la víbora entra de improviso a la cocina.

Qué pésimo día.

—Eso le dije —Rosemary estiró los labios, con saña. Hora de cobrarse la que le hizo—, pero *la floja* prefirió estar sentada, mirándonos trabajar. Hasta le pedí lavar los platos y no quiso...

Brea abrió la boca para protestar.

—¡Eso no es cier...!

—¡¡Muévete!! —la señora Lynch aupó a Susana. Por lo visto, lo que se decía de estos era cierto: son perezosos.

Susana se tragó la rabia, encaminándose hacia el cuarto de cama, para extraer un juego de sábanas limpias. Tan solo había pasado treinta minutos desde que reemplazó las de la anciana, pero la pobre sufría de incontinencia y, entre pañal y pañal, los *accidentes* ocurrían. En más de una ocasión había tenido que cambiar la cama hasta tres veces.

Apuró el paso, subiendo por las escaleras. Al doblar por un recodo del pasillo de la segunda planta, tropezó con un hombre. El golpe la hizo rebotar, soltando las sábanas que cayeron al piso.

—Lo siento —se disculpó con el sujeto, acuclillándose para recogerlas. Tenía que darse prisa o la enfermera de turno la increparía por su tardanza. Entre las dos tenían que levantar a la anciana para asearla.

Sin embargo, las manos masculinas le ayudaron a recoger las sábanas.

—Gracias —se levantaba junto con él. Y, cuando lo hacía..., sus ojos ascendían poco a poco a través del torso musculoso, el cuello fuerte, los labios carnosos, el cabello rojizo...

Dejó de respirar.

—Disculpa mi...

—Descuide —Aidan la cortó, aturdido por el delicioso aroma que expelía la menuda empleada.

Luego él bajó por las escaleras, no sin antes echarle un último vistazo. La joven permanecía estática, con la boca ligeramente abierta y las mejillas ruborizadas. Esto provocó que en el acto él la tachara en su mente, cansado de ese tipo de chicas: babosas y bobaliconas. Para nada de su tipo.

Se detuvo en el descanso de las escaleras, sin dejar pasar un detalle.

—Susana, ese es tu nombre, ¿correcto? —la llamó en el momento en que esta retomaba su camino.

La muchacha se volvió hacia él.

—Ajá... —su corazón palpitaba como colegiala enamorada. ¿Qué querría?

—Te agradecería que a mi abuelo no le des de comer dulces ni nada por el estilo —la increpó —. Si se enferma por tu culpa, te demandamos; ya bastante nos esforzamos para que él esté

bien, como para que, *la que hace el mantenimiento*, lo intoxique. ¿Entendido?

Susana respiró profundo, conteniendo una réplica entre sus labios. Jamás le daría al anciano algo que lo enfermara, siempre ha sido cuidadosa, esmerándose con prepararle bocadillos sanos. Aun así, no estaba en posición de defenderse; una queja a la directora por parte de este le costaría el empleo.

—Entendido —aceptó reticente.

Aidan la miró de arriba abajo, meditando qué hacía esa chica en ese lugar. Desentonaba en gran medida.

Le dio la espalda, dejando tras de sí, a una muchacha avergonzada, y terminó de descender las escaleras, para luego cruzar el vestíbulo en dos zancadas. Detestaba comportarse peor que su padre, pero todo sea por el bienestar de su abuelo.

Susana tardó un minuto en recomponerse.

—«Nos esforzamos». Por favor... —masculló en muy baja voz. Este se lo había expresado como si fuese cierto y lo que en realidad sucedía es que al señor Fitzgerald lo dejaron allí, tirado, como perrito abandonado.

—¡Susana! —Gertrudis la llamó, molesta desde el marco de la puerta de la Habitación 18—. ¡Date prisa, no tenemos todo el día, la señora Wilde está nadando en orines!

Susana ocultó la rabia que sentía y esbozó una sonrisa fingida, corriendo con las sábanas dobladas sobre sus brazos. Menudo imbécil tenía Dugan como nieto. Ojalá ella no lo volviera a ver nunca más; si lo vislumbraba de nuevo, se escondería para evitar mayores males. El pelirrojo prometía ponerla tras las rejas si no cumplía con su mandato.

Capítulo 2

—¿Cómo entraste? —Aidan inquirió a su padre, tan pronto abrió la puerta de su apartamento. Lo encontró revisando algunas fotografías esparcidas sobre la mesa del comedor.

El hombre levantó la mirada hacia él.

—¿En esto pierdes el tiempo?! —lo cuestionó a cambio—. ¡Es basura! —Todas de modelos semidesnudas, en provocativas posiciones.

El joven se quitó la cámara fotográfica que traía cruzada en el torso y la dejó en un sillón de la sala, maldiciendo la decisión de haber vuelto de su autoexilio la noche anterior. Debió imaginar que su padre se haría de una llave para entrar e inmiscuirse en su vida privada. Jamás lo dejaba en paz, llamándolo con frecuencia, poniendo espías para que lo vigilaran, manipulando su destino...

—Es lo que amo —le arrebató las fotos de las manos y apiló el resto para guardarlas en la gaveta de los cubiertos por estar más al alcance. Él era feliz, haciendo lo que le gustaba y no amargado, detrás de un escritorio, con un traje costoso y una corbata estrangulándole el cuello.

La fotografía era libertad.

Darkrock: prisión.

Desmond Fitzgerald, cabeceó pensativo. Su hijo se negaba a seguir sus pasos como empresario y político. Ni siquiera pretendía estudiar una profesión que valiera la pena.

—¿Amas la pornografía? —Se asqueó—. ¡¿Qué te pasa, Aidan?! Si la prensa se entera, me destrozan. —Solo un mediocre, bueno-para-nada, se inclinaba por perversidades.

—¡No lo es! Lo que hago es de buen gusto, del cual las revistas de moda me pagan bien. Lástima que tu retorcida mente no lo vea de esa manera. Y, descuida, papá —agregó, enojado—: mi trabajo no enlodará tu *impeccable* imagen.

Desmond observó su entorno, con censura. El apartamento distaba de las comodidades de las que su hijo estuvo acostumbrado durante su infancia. Este era módico, apenas una habitación y una cocina estrecha. La marginalidad plasmada en las cuatro esquinas.

—¿Hasta cuándo vas a asentar cabeza? —lo increpó—. Ya no eres un mocoso de quince años, con un futuro por delante. Ahora eres un hombre *hecho y derecho* que le ha dado la espalda a sus obligaciones. Deberías tomar por esposa a Raquel y olvidarte de tus... —miró displicente algunas fotografías colgadas en las paredes— «aficiones».

Aidan puso los ojos en blanco.

—Estoy cansado del tema...

—¡Tendrás que escucharme hasta que entres en razón! —por millonésima vez lo presionaba para que contrajera matrimonio con la heredera del imperio de los O'Brien. Los libros contables de la empresa desde hacía un par de meses estaban en rojo y no había forma de salvarla, a menos que su hijo recapacitara y convenciera a la mujer de invertir capital en sus negocios. Pese a que se movía en el círculo político y conocía personas influyentes, a Desmond se le caería la cara de la vergüenza de sufrir la bancarrota frente a toda la nación, ya que esto resaltaría su incompetencia para manejar su propia economía.

—¡No lo haré, déjame en paz! —Aidan endureció la voz. Lo utilizaban como un salvavidas de carne y hueso.

—¡Jamás!! —Era vital que lo convenciera por las buenas o por las malas; disponía de

semanas, tal vez días para que la declaración fuese inminente.

Aidan suspiró.

—Es increíble que te importe más, *el qué dirán*, que la felicidad de tu hijo.

Un bofetón le cruzó la cara, haciéndolo tambalear.

Las luces del apartamento, titilaron.

—Lo «increíble» es que vivas en este lugar y te importe un *bledo* tu familia. Tu deber es salvarnos de la ruina —Desmond gruñó, sin un gramo de consideración hacia el muchacho. Durante su adolescencia aguantaron su rebeldía, ahora a sus veintiocho debía comportarse como un adulto.

El joven se marchó a su dormitorio, para cambiarse la camisa. La mejilla le ardía por el golpe, pero no lo desanimaba de tomar unas cervezas con sus amigos en una de las tantas tabernas del barrio. Así que, se dio prisas; dada la presión de su padre, prefería largarse de allí cuanto antes.

Desmond lo siguió.

—¡Te estoy hablan...!

—Esta es mi casa —le pasó por el lado, rumbo a la sala, mientras se abotonaba—. Y esto... —señaló los cuadros que su padre miró con tanto desprecio minutos atrás— es mi vida; te agradezco lo respetes. Darkrock no se salvará de la ruina con facilidad; para ello, tendrías que vender el setenta por ciento de las acciones, y dudo que pretendas dejar la presidencia de la empresa para seguir órdenes de otros, te gusta el poder.

—¿Acaso no te das cuenta del daño que nos haces?! —deseaba propinarle una bofetada más fuerte—. Tu madre morirá...

Aidan lo miró incrédulo. Su padre como siempre de exagerado.

—¡Ay, por favor!, debajo de un puente no van a vivir. Aún les queda Splendour y Moninne. Estarán bien.

Desmond sonrió displicente.

El tonto de su hijo...

—Pronto tendré que entregar Splendour a los acreedores y Moninne se cae a pedazos —reveló—. Nada de lo que hay allá vale un centavo. —Su propia casa tuvo que dejarla en beneficio de prenda por un préstamo que un empresario a él, le dio, a puertas cerradas.

Esto a Aidan lo sorprendió de mala manera, era responsabilidad de su padre de cuidar de los bienes de su abuelo y no le importó.

—¿Has hablado con él?

—¿Has hablado, tú? —el progenitor inquirió de vuelta.

Asintió.

—Esta mañana.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo mismo que a ti.

—¡Por culpa de ese desgraciado, estoy en esta continua mortificación! —Desmond, explotó—. Ojalá se muera. —Tuvo que encerrarlo en el ancianato y cobrar favores a sus amigos influyentes, para declararlo senil, y así despojarlo de manera temporal de su fortuna. O en la actualidad nada tendrían.

—Papá... —Aidan no daba crédito a sus oídos.

—¿Te escandaliza lo que digo? —lo desafió con la mirada—. Ese viejo cascarrabias dilapidó *mi herencia* en su estúpido sueño, no voy a permitir que nos arrastren a la miseria. —Las

cuentas bancarias de Dugan habían quedado en cero por su altruismo estúpido. Solo le quedaba hacerse de las tierras en Slieve Bloom.

Aidan tomó la llave de su Range Rover, que minutos atrás dejó en un bol de madera ubicado sobre la mesa y las empuñó, sintiendo pena por su padre. Culpaba a otros de sus propios errores.

—Y tú, dilapidaste la tuya —le sacó en cara; lo que este se forjó, producto de su trabajo, lo acabó en poco tiempo por sus malos negocios—. Te has quedado sin casa y sin empresa, y ahora quieres que el abuelo muera para vender sus bienes y salvarte de la bancarrota. Él gastó su dinero por una buena causa: la preservación de las montañas. —A pesar de aborrecer aquel lugar, tenía que reconocer que su abuelo había emprendido la titánica lucha de proteger los bosques de la deforestación.

—¡CÓMO TE ATREVES! —Levantó la mano, pero Aidan retrocedió para evitar que le volara los dientes de un puñetazo—. ¡Todo empresario comete errores y luego los soluciona! Pero yo no puedo compararme con estos, ¡soy el Lord Mayor!, debo cuidar mi imagen. Ruega que pronto ese viejo *estire la pata* para poder vender las tierras de Moninne. —Aunque dicho título es meramente honorífico y se otorga al presidente del Ayuntamiento, como tal, suele presidir reuniones del Consejo de la Ciudad de Dublín, representando a la capital en ceremonias importantes. Todo esto le traía muchos beneficios. Por lo tanto, Desmond aspiraba que, en cuanto terminara el mandato anual, después optaría a cualquier cargo de los ministros.

—¿Venderlas?! ¡Es el legado del abuelo! ¡De los ancestros!!

—¿Cómo puedes aferrarte a esa propiedad?! —se escandalizó—, cuando allá por culpa de *aquellos malditos...*

—Lo sé —lo interrumpió—. No me lo tienes que recordar. Pese a ello, la labor del abuelo fue meritoria, no hay que condenar a Slieve Bloom *por lo que sucedió*.

—Pamplinas. Venderé las tierras de Moninne.

—Sería ilegal: eres el tutor, no el propietario.

Desmond sonrió malévolamente.

Para eso, su padre tendría que morir.

—Me las arreglaré.

—El abuelo te denunciará.

—¿Cómo? Es senil y enfermizo.

—Yo lo haré.

Desmond lo miró severo.

—¿Te enfrentarías a mí?

—Por el abuelo, sí.

—¡TENGO MÁS PODER QUE TÚ!

Aidan no replicó. No tenía caso discutir más con su padre. Para él, el dinero era ley: una fuente ineludible que necesitaba para solventar su estilo de vida.

Desmond posó las manos sobre los hombros de su hijo, y, en esa actitud que solía intimidar a sus detractores, le ordenó contundente:

—Bien, hijo. Si no deseas enfrentarme en asuntos que están por encima de ti, llama a Raquel.

—Tengo que marcharme...

—Hazlo —insistió—. Convéncela de invertir en nosotros.

—Ya sabes *lo que ella quiere* —Aidan alzó la mano izquierda, señalando la argolla invisible en el dedo anular. Raquel no descansaría hasta llevarlo al altar.

—Miéntele. Mantenla feliz hasta que volvamos a resurgir.

—No puedo creer que me pidas eso, cuando eres el «abanderado» de la fidelidad y la caballerosidad. —Una imagen que creó para dar una falsa superioridad en el Ayuntamiento y en la ciudad.

Desmond rio, malévolo.

—¡Por supuesto que lo soy! —exclamó—, pero no tonto.

Más bien, hipócrita, el joven meditó.

—Raquel exigirá un compromiso público.

—Hazlo, hijo. Cómprale el anillo; fóllatela hasta que le ardan las entrañas y luego le pones el contrato en la nariz. Si lo haces, te juro que nada venderé de los bienes de tu abuelo.

Suspiró derrotado. ¿Qué otra solución tenía para ayudar a su familia y sacarse a su padre de encima? Solo le restaba vender su integridad moral por unos centavos y rogar que su abuelo no se enterara o le escupiría la cara.

Levantó la mirada hacia él, y, con frialdad, respondió:

—Está bien, la llamaré hoy. —Todo fuese por ganarse su libertad y que se jodiera el mundo.

Con profunda resignación, Susana observaba las imágenes subidas en las redes, donde mostraban a los militares reprimiendo a los estudiantes que protestaban en las calles venezolanas. La persona que filmaba, reseñaba las violaciones a los Derechos Humanos que con tanta frecuencia allá se cometían. Aquellos opositores que alzaban la voz y sus puños en defensa de la libertad y la justicia, terminaban encarcelados y con un letrero pegado en el pecho de «traidores a la patria».

Apagó su móvil, entristecida. Ella fue de las «afortunadas» que salieron del país a través de un avión; en la actualidad, resultaba un calvario sopesar esa posibilidad, teniendo como inconvenientes la falta de pasaportes, la suspensión de la mayoría de las aerolíneas y los altos precios en la boletería. Muchos atravesaban a pie extensas y peligrosas selvas o interminables autopistas para ir a otros países.

Abrió el casillero y guardó el móvil en su bolso, oculto debajo del suéter azul que tenía ahí doblado. Luego se acomodó su cabello corto detrás de las orejas y anudó el pequeño delantal alrededor de la cintura. Su uniforme constaba de una simple camiseta negra y pantaloncillos a juego, con el emblema de su trabajo bordado sobre su seno izquierdo.

Se encaminó hacia la barra, donde un risueño rubio la esperaba.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal la película?

—Hola, Osker —le devolvió el saludo, opacada por las noticias acaecidas—. No muy buena, la verdad...

—Qué lástima —replicó mientras servía un par de cervezas en dos tarros grandes—. Brianna quedará decepcionada.

—Bueno, es mi opinión. Tal vez a ella le guste más que a mí.

Osker, que laboraba como batender en Atila, hizo un mohín. Por lo general, la morena acertaba; lástima que jamás mostró interés por él, o en ese instante le estaría perforando el culo en el baño de los empleados.

—¿Por qué esa cara? —la notaba como si estuviese enferma.

Susana se encogió de hombros a la vez en que acomodaba el desorden de vasos y botellas a

lo largo de la encimera de la barra. Osker era desordenado al servir los tragos y ella estaba allí para ayudarlo. Le sonrió, restándole importancia a su tristeza.

—¡Oye, tú, no tenemos toda la noche! —increpó una voz masculina al fondo del recinto.

Osker y Susana intercambiaron miradas. Apenas iniciaba la jornada nocturna, y los imbéciles hacían acto de presencia para molestar.

La morena se alisó el delantal que cubría el pantaloncillo y luego se dirigió hacia un grupo ubicado en la mesa más alejada de la taberna.

—Buenas noches. ¿Qué te sirvo? —preguntó a un *larguirucho* de cabello engominado y anteojos dorados. Lo acompañaban dos rubias y un chico en el que apenas había reparado.

—Se dice: «¿En qué *les* puedo servir?». No: «Qué te sirvo». Fíjate bien que está con otras personas —corrigió con saña la rubia más estilizada. Menuda tonta que ni siquiera sabía dirigirse con propiedad a la clientela. Tendría que hablar con el gerente para que la echaran de la taberna.

El grupo se carcajeó, menos uno que se mantenía serio.

Susana se esforzó en evitar caer en provocaciones. Detestaba a los arrogantes que se creían los dueños del mundo, pero tenía que llenarse de paciencia o perdería el trabajo en un santiamén.

Respiró profundo.

El cliente siempre tiene la razón.

—Por supuesto, disculpe —dijo, contenida. Si estuviese en su país, la habría mandado a la porra—. ¿Qué *desean* pedir? —rodó los ojos por el grupo, enfatizando el plural para que la pretenciosa rubia la escuchase bien. Justo cuando se enfocó sobre *el que se mantenía serio*, quedó estática.

El pelirrojo.

¡Ay, no!

De tantos lugares para tomar en la comunidad de Temple Bar, y ese se aparece donde trabaja.

Él le obsequió una arrebatadora mirada que casi la mata.

—Tráenos dos Guinness y dos Galway Hooker —pidió el chico de anteojos dorados, con cierta sonrisa burlona en sus labios. Su amiga era despiadada cuando se trataba de extranjeros ignorantes.

—¿Algo más? —Susana luchaba por no levantar la mirada de sus apuntes, evitando hacer visible a todos, su turbación. El otro expresó que «eso era todo» y ella giró sus talones para marcharse a la vez en que sentía un calor abrasador sobre la espalda.

Osker frunció el ceño y esperó la orden.

—¿Qué sucedió? —Las risas burlonas de aquellos idiotas, revelaban que se propasaron con su compañera.

—Nada —respondió de mala gana y le entregó el papel. A causa de su cabreo, no se fijó que había escrito con una caligrafía torcida «dos guinness y dos hookers^[1]». Un error que ella cometió una vez al ser novata. La cerveza, suave al paladar, debía pedirse con el nombre exacto para evitar risas histéricas por parte de los clientes masculinos y el enojo de las mujeres.

Osker, quien se dio cuenta y en su esfuerzo de no carcajearse, acató diligente la orden. A partir de los viernes por la noche, el lugar se llenaba. Susana tomó una bandeja con las bebidas espumosas, maniobrando con pericia entre los clientes. Casi tropieza con uno que pasó de

súbito por su lado, pero logró eludirlo sin causar daños.

Depositó las cervezas *oscuras y rubias* sobre la mesa y comentó:

—Tenemos pizza y hamburguesas, si se les antoja. —A parte de vender licor, los clientes podían comer lo que estuviese en el menú.

La acompañante de Aidan abanicó la mano de manera displicente para que se marchara. Susana sonrió acartonada, no sin antes echarle una furtiva mirada al nieto de Dugan.

Se ruborizó cuando este la miró. Su incipiente barba rojiza lo hacía lucir como un vikingo o un guerrero celta, del cual le daba un aire de misterio y un atractivo poderoso.

Dio media vuelta para que él no se diera cuenta y se resguardó detrás de la barra, buscando qué hacer para apaciguar los calorones que recorrían su cuerpo. Desde que se marchó de Caracas no había tenido sexo. Su novio la abandonó, luego de revelar sus planes de emigrar a Europa, sumergiéndola en una depresión que se extendió hasta entonces.

—¿Estás bien? —Osker observaba el temblor en sus manos.

—S-sí, sí... Es solo que... —alzó los ojos y desde lejos se encontró con un par de gemas atravesándole hasta el alma. El vaso que sostenía, cayó al piso, quebrándose en mil pedazos.

Masculló su torpeza.

Osker intentó ayudarla, pero esta se negó.

—Deja, yo puedo —ella le sonrió mientras evadía su rostro para ocultar el rubor que aún teñía sus mejillas. Sin embargo, las manos solícitas del batender, desaparecieron los fragmentos de vidrio en una exhalación.

—Hoy estás rara. ¿Qué te sucede?

—Ya te dije que nada.

El otro dejó de insistir, permitiéndole llevar los restos del vaso al bote de la basura, escondido debajo del fregadero. Ya habría oportunidad de hacerla hablar, el único inconveniente que tenía era de convencerla de salir con él. Desde hacía un año intentaba cortejarla; tal vez, la morenita tenía otros gustos como ser lesbiana. En todo caso, buscaría el modo de meterse entre sus piernas.

Susana atendió dos mesas más y en todo momento un calor hormigueante se le instaló en la nuca. La desconcertaba sufrir una situación como esa, reconocía que a la taberna asistía cada cliente *buenorro* para tomar un par de cervezas, pero se mantenía centrada en lo suyo, sin permitirse soñar despierta. La mayoría, turistas que estaban de pasada, con ganas de tirarse hasta la escoba; lo que, en resumidas cuentas, sería una más del montón.

No...

Ella deseaba más.

Deseaba una relación duradera.

Deseaba pasión, entrega, risas. Deseaba...

Deseaba...

Suspiró y lo hizo tan audible, que Osker la escrutó en silencio. La tonta babeaba por aquel sujeto.

Enrolló el trapo para limpiar la encimera y lo azotó contra el trasero de la muchacha, a ver si se bajaba de las nubes. Esta se sobresaltó, mirándolo severa.

—Osker, Osker... Busca tu muerte natural... —increpó sin que esto la molestara. Continuamente ambos se hacían bromas para hacer más llevadera las horas; los pedidos y la exigencia de los clientes, los mantenían sudando la gota gorda. Este se carcajeó, causando curiosidad en la gente que se hallaba tomando a lo largo de la barra. Sobre todo, al fondo de la

taberna, en el sujeto que podría ser su competencia—. *¡Shit!* Los clientes pensarán que estás loco. —Sus risas la contagiaban, logrando relajarla en esas horas estresantes. Pero se avergonzó al fijarse que el pelirrojo mantenía la vista fija en ella y que su acompañante femenino se había dado cuenta.

Un aleteo de manos por parte del chico de los lentes dorados, requirió sus servicios de nuevo.

Las mariposas revolotearon en su estómago.

Hacia allá se dirigió.

—¿Sí? —preguntó con falsa sonrisa. Ya parecía una modelo barata de pasta dental.

—Cuatro más —respondió este, sin molestarse en ser educado.

—¡Y rapidito! —aupó la acompañante del nieto de Dugan, tronando sus dedos para que se apurara.

Susana sintió que sus mejillas comenzaban a agrietarse a causa de la fingida sonrisa que esbozaba. Maldita engreída que trataba a los demás como si fuesen sus sirvientes, le daban ganas de aplastarle el cogote con la bandeja; corrigen a la gente y son peores con el trato.

Asintió como una excelente mesonera y recogió los vasos vacíos. El pelirrojo le ayudó con el suyo, pero esto le valió para que su aparente novia lo reprendiera.

—Que ella se ocupe, para eso le pagan —espetó. Los demás asintieron como autómatas. El oficio de esas chicas era la de limpiar y servir bebidas; más allá de eso, no se requerían.

—No tienes que ser grosera, Raquel. Ella sabe lo que tiene que hacer.

—¡Pues, no la ayudes!

—Aidan Fitzgerald: el defensor de las taberneras —gorjeó el larguirucho, siendo muy antipático.

Susana ignoró el comentario del *payaso engominado*, considerando a su vez que el pelirrojo se ganaba puntos a su favor. Le sonrió a este a medias, pero no le devolvió el gesto. Al contrario, desvió la mirada hacia su novia.

Simulando que no la afectó, se alejó de allí a pasos agigantados. Los puntos que este se ganó, los perdió en el acto por idiota.

Por otro lado, Raquel O'Brien acicalaba su larga melena sobre su hombro derecho, escaneando a la muchacha que se marchaba, luego de recoger la mesa. Tendría que levantar una queja en la gerencia, la condenada le coqueteaba a la clientela.

Susana volvió con el pedido, más rápido de lo indicado, con la única intención de librarse del molesto grupo. Oraba para sus adentros de que se largaran después de beber las cervezas y que nunca más volvieran a la taberna; lo malo era que, lo más probable, tendría que ver de nuevo *al de los ojos verdes* en el ancianato. Dugan comenzaba a impacientarse en la medida en que llegaba el fin de semana, ya que esto indicaba que su nieto estaba próximo a realizarle la siguiente visita. Y a ella no le hacía ninguna gracia.

O eso creía.

Al retornar a la barra, Clarissa Robbins babeaba sobre su libreta de apuntes.

—Virgen Santa, estoy alucinando. ¿Viste a ese monumento? —señaló con la mandíbula hacia el adonis de cabello rojizo.

Susana apenas sonrió, queriéndose sentar en una de las butacas. Varias mesoneras portaban casi sobre sus cabezas, las pizzas que salían del área de la cocina, lanzando increpaciones por lo bajo, por los pisotones y codazos de algunos borrachos.

—Sí, lo estoy atendiendo. Bueno, al grupo... —con gusto cambiaba de lugar con su mejor

amiga, para no verles más la *jeta* a los otros. Vaya gente tan odiosa.

Clarissa arqueó las cejas, mientras esperaba a que Osker colmara su bandeja con seis cervezas bien frías. Algunos las preferían heladas, otros al clima, pero en lo que coincidían era en la celeridad de los empleados para entregarlas.

—¿Ya le *colaste* tu número telefónico en una servilleta? —la trigueña preguntó socarrona. Qué lástima que Susana se le adelantó, le habría dado gusto *ponerse a su disposición*.

—Es un idiota —masculló mientras se daba prisas para atender a los demás clientes que podrían necesitar sus servicios.

—¿Y eso por qué, te tocó el culo? —Vaya novedad...

La miró seria.

—Ese es el sujeto que amenazó con demandarme si seguía llevándole meriendas al anciano.

—¡Qué coincidencia! —Se sorprendió—. Yo siempre lo digo: Irlanda es una isla muy pequeña. Aquí todo el mundo se conoce. —Al comentario, Susana asintió. En más de una ocasión se tropezó en las calles con clientes que en otras ocasiones había atendido—. —Bueno, amiga, en honor a la verdad: él tiene razón —agregó, Clarissa—. Si su abuelo se atraganta con lo que tú le preparas, es para lanzarte al calabozo y tirar la llave. —Rio.

Susana le hizo una mueca.

La otra le sacó la lengua en respuesta.

—No está demás echarle los perros. Anda... —la animó con su picardía habitual—. Déjale tu número y dile al oído que le masajearás hasta las bolas.

—¡Clarissa! —se escandalizó, provocando que la aludida se carcajeara—. Tiene novia —informó, perturbada con la imagen que de pronto invadía su mente: ella y él, desnudos.

—¿Y? —Se encogió de hombros.

—Es muy bonita. —La rubia lucía como sacada de una revista de modas, sin ser exuberante. Su belleza era sencilla, de tez clara y ojos azules, dignos de portada.

—¡También lo eres! Se elimina así... —tronó los dedos—. ¿O acaso no tienes lo tuyo? Yo lo haría...

Ambas rieron, pero se cuidaron de no levantar curiosidad entre los presentes. La sugerencia le hizo tanta gracia a la muchacha, que el solo imaginarlo, rio más fuerte. Clarissa era como su tercera hermana: loca, imprudente y con una chispeante personalidad abrumadora. Por desgracia, su malgenio jamás obraba a su favor.

—Cuidado o se lo diré a Garret —advirtió entre risas. El novio de esta sufriría un ataque de celos si se enteraba.

—Como te vayas de lengua...

—¡Huy!, mira qué miedo —la provocó, consciente de que Clarissa jamás le sería infiel a su novio. Lo amaba desde la secundaria, jurando que algún día con él se casaría.

El «vocero» del grupo la requirió por tercera vez para pedir la cuenta, por lo que Susana luchó en no alzar los ojos y encontrarse *con los del otro*, que permanecía en silencio. Le estiró la mano al idiota de los lentes dorados para entregarle la cuenta, pero el pelirrojo la recibió, rozándole los dedos con delicadeza, a pesar de que se la entregaba en una pequeña bandeja.

Susana se estremeció.

Bajó la mirada para ocultar su rubor, desapareciendo en un dos por tres con la intención de encerrarse en el baño de los empleados. ¡Cielos! ¿Qué había sido eso?

Por un instante, cada terminación nerviosa de su ser, recobró vida, a tal punto de paralizarla

de la cabeza a los pies. Le costaba describirlo, como si una demoledora sensación la hubiese llevado a límites insospechados. Le daban ganas de bajarse el blúmer y masturbarse allí hasta que el orgasmo aplacase el deseo carnal que, de pronto, aquel odioso le despertó.

Aun así, se sentía tonta, él jamás se fijaría en ella.

—Basta, Susana. Es el nieto de Dugan. —Uno que estaba más bueno que comer con los dedos y del cual hasta Dios mismo se esforzó en su creación.

Abrió el grifo del lavabo, aventándose agua varias veces. En unos minutos él se marcharía con esos engreídos y su rutina volvería a la normalidad, dejando de padecer por su culpa.

Al salir del baño y refugiarse detrás de la barra, para darle un último vistazo al atractivo cliente, se decepcionó. La mesa se hallaba sola.

Entristecida, volvió a lo suyo. Osker la miró de reojo, sin evitar que los celos le revolvieran las tripas, la morenita era una fruta exótica que ansiaba probar más de una vez, y por nada del mundo permitiría que un chico bonito se la arrebatará.

Guardó en su bolsillo la jugosa propina que le dejó el sujeto para ella, y continuó atendiendo a un par de alemanes que demandaban otra ronda. De momento, se conformaría con la insípida de su novia y, tal vez, las dos turistas que le coqueteaban en un extremo de la barra; aun así, se juraba así mismo que la morenita sería suya, de un modo u otro. Las latinoamericanas tenían fama de ser fogosas en la cama y él quería conquistar ese territorio indomable con arneses y fustas.

Capítulo 3

—*Deja de hacerte la loca, el Ogro* tuvo que hacer unas diligencias a Howth —Dugan expresó a Susana, en cuanto la vio merodeando por el jardín posterior—. Así que acércate, muchacha, no hay nada de qué temer.

Susana avanzó a paso lento, previniendo que algún chismoso la delatara con la señora Lynch, cuando esta retornara de aquel pueblo. La directora la vigilaba constante, haciéndole difícil acercarse al anciano para charlar. Sobre todo, Rosemary, quien se la tenía jurada desde que discutieron en la cocina.

Le sonrió. Dugan estaba sentado en un juego de mesa y sillas de jardín de color blanco, admirando el paisaje natural que se extendía frente a él. La sombra de un roble lo protegía.

—Hola —lo saludó—. ¿Llevas tiempo aquí? —formuló la pregunta, pese a conocer la respuesta de antemano. Por lo general, el anciano procuraba estar en el exterior el mayor tiempo posible. El encierro lo desalentaba.

Este, con cierta petulancia, sacó su reloj de cadena y consultó la hora.

—Déjame ver... Exactamente: una hora y veinte minutos.

Susana arqueó las cejas, maravillada de la reliquia que su amigo ostentaba con orgullo.

—Es muy bonito —elogió y se sentó a su lado. ¡Cómo le hubiera gustado obsequiarle uno de esos a su abuela! A ella le encantaban, pero eran costosos.

Dugan se lo mostró. El reloj era de bronce antiguo, con la cara de un búho labrado en la parte superior de la tapa y ornamentos a su alrededor que resaltaban la delicadeza con la que fue diseñado.

—*Mi Aidan* me lo obsequió. Lo compró en... —hizo un esfuerzo por recordar—, en... en... —desconcertado se llevó la mano a la frente—. ¡Qué memoria la mía! ¿Dónde fue qué lo compró? Fue en... —esbozó una sonrisa apenada—. No importa, le preguntaré cuando venga.

—¿Cuál quieres que te lea? —Susana sintió pena por el anciano, observándolo guardar el reloj en el bolsillo de su bata de cuadros. En la mesa jardinera reposaban dos libros pendientes por terminar de leer: *Las lanzas coloradas* y *Orgullo y Prejuicio*. Ambos de su propiedad y del cual con mucho gusto sería la «voz» de dichas historias.

La expresión de Dugan se iluminó. ¡Eso sí lo recordaba!

—Aún no me decido —meditó—. Aunque, muero por saber qué va a suceder con Elizabeth y el señor Darcy, en Pemberley. Quedamos en que a la señorita Bingley no le hizo mucha gracia que la otra fuese invitada por Georgiana.

Susana tomó el libro de Jane Austen y lo abrió en la parte donde quedaron. Dugan solía estar listo cada vez que ella tenía un rato libre, llevando libros a todas partes; incluso, al comedor. Así que, comenzó a leer de forma pausada como si le estuviese leyendo un cuento para dormir a un niño. En este caso, el «niño» en cuestión, un octogenario cegatón que adoraba escucharla.

—«... Al verlo entrar en la sala —leía—, se impuso Elizabeth, la prudente resolución de mostrarse completamente serena y desembarazada. Esta actitud era obligada, aunque tal vez no fuese la más fácil de mantener, porque observó que todas las mujeres allí presentes acogieron su presencia con visible recelo y porque todas las miradas estaban pendientes de lo que Darcy iba a hacer. En ningún rostro...»

—¡Vaya!, ese me lo obligaron a leer cuando estaba en la secundaria. ¿En qué parte van? —

inquirió la voz socarrona de un hombre que apareció de improviso.

Susana se estremeció y Dugan sonrió de felicidad.

—¡Oh, Aidan! Qué gusto verte... —extendió los brazos hacia este como siempre que se alegraba cada vez que lo visitaba; su corazón palpitaba, olvidándose de momento del lugar que habitaba.

El joven correspondió al abrazo y luego se sentó en la silla libre, a la vez en que miraba a la morena que se ocultaba detrás del libro.

—¿Cómo has estado, abuelo? ¿Nada de dulces? —Sus ojos viajaron escrutadores hacia la muchacha.

Esta apretó el libro, con rabia, percibiendo la indirecta.

—Nada *de nada* —levantó su mano derecha como juramento de buena fe—. Soy un viejo obediente, ¿verdad, Susana? —Un guiño cómplice debajo de sus gruesos lentes.

La aludida sonrió tímida. Menudo aprieto en que la metía sin querer.

En cambio, Aidan, la miró con desconfianza.

—Eso espero... —fue inevitable observar la indumentaria de esta: lucía tan diferente con ese feo uniforme de servicio del que parecía otra persona. Prefería el que usó en la taberna, sus torneadas piernas se mostraron en toda su gloria—. Por lo visto, van a tener una tarde de lectura —alzó el otro libro que reposaba sobre la mesa e hizo un mohín al fijarse que el título estaba escrito en un idioma diferente al que ambos hablaban—. ¿Desde cuándo entiendes español, abuelo? —le mostró la carátula del libro.

El anciano se carcajeó.

—*Susanita* lo traduce mientras lo lee.

—¿Ah sí? Qué bien... —la estudió detenidamente—. Me gustaría escuchar un poco, a ver qué tal lo hace, leer y traducir a la vez no es fácil, requiere de un buen dominio del idioma.

—Y lo tengo —respondió, contenida. ¿Qué insinuaba ese *cerro-prendido* ^[2]: que ella aún no dominaba el inglés? Era casi su segunda lengua materna—. Pero ahora le estoy leyendo *Orgullo y Prejuicio*.

—¡La señorita Bingley está que echa humos por los celos! —Dugan se divertía por la situación en la que se hallaban los personajes de la novela y por la similitud en el trato hosco entre su joven amiga y su nieto. —Entonces, reparó en un hecho—. ¡Pero si aún no los he presentado! Cielos, qué cabeza... —Rio—. Susana —se dirigió a ella—, te presento a mi nieto: Aidan. Fotógrafo, aventurero y *trotamundos*.

Esta ponderaba entre extenderle la mano para saludarlo o permanecer quieta, pues a esos ricachones les salía sarpullido si tenían contacto con los de tercera clase. Aunque no era una costumbre de saludarse en la isla de esa manera. Un simple «hola», bastaba.

Pero el joven, consciente de los formalismos extranjeros, le ahorró el predicamento, inclinándose hacia adelante para extender la suya por sobre la mesa jardinera.

—¿Cómo le va? —si bien preguntó como si fuese la primera vez que se conocían, en el fondo de su ser quería saber más de ella.

—Bien —Susana estrechó la mano con un leve temblor. Oraba para que la tierra se abriera y se la tragara completa. ¡Él la vio la noche anterior trabajar en Atila! Y según el contrato firmado en la Casa Hogar, cada empleado tenía la obligación de mantener una conducta moral intachable. Por ese motivo, sería mal visto por la directora y algunos ancianos —pese a que no lo era para la mayoría de los irlandeses— que ella trabajase en aquel lugar.

Su corazón casi sufre un vuelco cuando Aidan le apretó la mano con un poco más de la fuerza habitual.

Carraspeó, soltándose rápido.

—Los dejo solos. Iré a...

—No se vaya por mí —Aidan expresó en el instante en que ella se levantaba de su asiento—. Odiaría interrumpir la lectura que le das a mi abuelo.

—Está en la mejor parte —Dugan, secundó, impaciente por escuchar lo que pasaría entre ese par de orgullosos.

Susana maldijo en su fuero interno y se sentó de nuevo.

—Adelante, lea sin pena, ahora tiene dos oyentes.

—Puedo esperar, imagino que tendrá mucho de qué hablar con su abuelo —Susana trataba de librarse de la incomodidad que este la hacía sentir.

Sacudió la cabeza, llevándole la contraria.

—Hablamos por teléfono a diario. Anda, léenos, ¿o le da vergüenza? Cualquiera diría que usted es... —estudió los generosos senos que se moldeaban debajo del uniforme— más osada...

Susana lo miró cabreada por el tonito odioso.

Idiota.

—No se deje llevar por las apariencias —replicó—. Se puede sorprender.

La arrojó con la mirada.

—Ni que lo digas. —Ángel de día: diablo de noche.

Dugan comenzaba a captar tensión entre los dos. ¿Se habría perdido de algo?

—*Susanita* es excelente lectora —intervino—. Tiene la particularidad de transportarme a otros mundos.

La joven le sonrió tímida.

—Eso lo hacen los escritores. Yo no.

—Qué modesta... —Aidan la atizó. Por algún motivo le fascinaba ese rubor que teñía su rostro cuando se molestaba—. Y, aparte de ser una «excelente lectora», ¿qué más sabes hacer?

Susana palideció. ¿Dugan le censuraría su trabajo nocturno en cuanto se enterase, comportándose igual que el otro?

—Me gusta cultivar flores —se fue por la tangente. De haber querido él, de descubrirla, ya lo habría hecho.

Aidan asintió, pensativo.

«Cultivar flores...». Sí, claro, como no...

—Susana tiene la facultad de hacerlas crecer hasta en un desierto —Dugan expresó, jocosamente.

—Esa es mi abuela —replicó, apenada—. Yo tengo que hacer un baile tribal a los dioses para que las flores crezcan.

El anciano se carcajeó y Aidan apenas estiró la comisura de los labios de forma desabrida.

—Sí, imagino que *te debes de mover muy bien* para que *ellos* te tomen en cuenta.

Susana se ruborizó. Y esto hizo que los ojos de Dugan rodaran de forma alternativa de la muchacha a su nieto. Si lo que intuía era cierto, esos dos...

Sonrió.

—En todo caso, tendrás que comprobarlo por ti mismo. *Susanita* es a todo dar —dio vuelta a las palabras de su nieto. Aidan jamás le hablaba de sus novias, solo de su rutina diaria, de sus viajes por el extranjero, de sus riñas con su padre y su hermano, y de la tristeza de sus recuerdos.

El hecho de que Susana lo hiciera comportarse de esa manera, lo sorprendía. Significaba que estaba abierto al cambio.

—Eso pretendo —replicó, con voz ronca, del cual provocó que la joven carraspeará azorada.

Susana levantó el libro, indicándoles a los hombres que la lectura estaba por iniciar.

Estos se acomodaron en sus asientos, cada uno con un interés diferente en ella. El primero, para entretenerse a través de la lectura y, el segundo, para descifrar las verdaderas intenciones de la muchacha; ya que, para este, si la atrapaba robando las pertenencias de su abuelo o haciéndole daño con sus «aperitivos naturistas», le daba un boleto sin retorno a su país de origen.

Susana se enterró en la silla, y se ocultó detrás del libro para bloquear la visión con el pelirrojo. Parecía que la desnudaba con la mirada, teniendo, quizás, una idea equivocada de ella. Porque una cosa era trabajar en una taberna, sirviendo pizzas y bebidas a la gente, y, otra, prostituirse. Nadie tenía derecho a juzgarla; el que lo hiciera, lo insultaba. Ni pasando hambre lo haría.

Leyó unos minutos más; justo cuando finalizaba el capítulo..., una de las enfermeras la llamó desde la ventana del piso superior. Otra vez la señora Wilde se hizo *pis*.

—Vieja cochina... —Dugan masculló luego de que la joven se marchó a toda prisa para atender al mandato—. No quiere ponerse los protectores. Le gusta orinarse con los calzones puestos.

—Es una señora mayor...

—¡Yo soy mayor!, y no ando con esas cochinadas.

—¿Te pondrías protectores si lo necesitaras?

Lo pensó. Después de viejo: pañales.

—Prefiero eso a que me estén limpiando el culo como niño pequeño. Pobre *Susanita*, trabaja más que los demás por culpa de esa vieja vejiga-rotá.

Aidan rio, meditando que, la chica no solo limpiaba los traseros de los ancianos que no se valían por sí mismos, sino que limpiaba mesas en las tabernas.

—Abuelo, ¿qué sabes de ella? ¿Quién la recomendó para que trabajara acá?

—Se presentó un día con su currículó —contestó mientras apilaba los dos libros, a la espera de la joven, a quien le había hecho prometer volver al jardín en cuanto se desocupase de la señora Wilde—. ¿Por qué lo preguntas? —Entornó la mirada—. Es una buena muchacha.

—Que nadie conoce.

—Ya te dije que superó la prueba. Es honesta.

El otro lo dudaba.

—Más bien: astuta —replicó—. Sospecho que está esperando el momento propicio para despojar a más de uno de sus pertenencias. Ten cuidado, abuelo, no confío en esa chica.

Puso los ojos en blanco.

—¡Pero yo sí! Fin del asunto, cambiemos de tema: ¿Todavía sigues con esa arpía?

—Abuelo, deja de llamar a Raquel de esa manera —sí lo era, pero no le daría la razón—, es mi novia.

Palabras incomprensibles se escucharon a continuación de los labios del anciano.

—No sé por qué te gusta, habiendo tantas jovencitas nobles, y tú saliendo con aquella. Deberías conocer a otras como... ¿Qué te parece *Susanita*?

—¿Para qué? —Hizo un mohín.

—¡Para salir con ella, tonto!

—Es la del Mantenimiento. —Tan pronto la respuesta salió de sus labios, se arrepintió en el acto. A pesar de que esta no tenía las mismas oportunidades de la que él gozaba, la latina era agraciada, de curvas sinuosas y trasero pronunciado que lo inquietaba.

Dugan resopló ante el comentario clasicista de su nieto.

—Parece que tu padre te hubiese lavado el cerebro —gruñó—. No me decepciones, eres el único a quién respeto de mi interesada familia.

—Discúlpame, es solo que ella no es de mi tipo.

—¿Y cómo es de «tu tipo»? —Se cruzó de brazos para observarlo—. Que yo sepa: tiene una cabeza, dos brazos, dos piernas, un par de...

—Abuelo...

—¡Ojos preciosos, malpensado!

El joven soltó una exhalación.

—Reconozco que es bonita, pero no me gusta. *Mi tipo* de mujer es diferente: más sofisticada, más alta, más..., eh, más...

—Ni siquiera eres capaz de describirlas, Aidan. No puedes basar una relación en la atracción física, ¡eso es superficial! Equilibra tu mente y opta por lo emocional, o estás jodido.

—¿Eh? —el joven no comprendió.

Dugan suspiró.

Qué tonto...

—Lo que intento decir: no te fijas en el cuerpo de una mujer, sino en su modo de ser. ¡Sentimientos, hombre, sentimientos! Fíjate en una mujer de buen corazón.

—Como Susana.

—¿Y por qué no?, ¿qué tiene de malo?

—No la conozco.

—Como si eso fuese un impedimento para ti. —Ya perdía la cuenta de las desvergonzadas con las que a su nieto a menudo lo retrataban en los periódicos o en los noticieros, tachándolo de mujeriego.

Aidan frunció el ceño y se enfocó en los florecidos árboles que embellecían la parte posterior del ancianato. Sin embargo, el bonito paisaje creado por los rododendros y la extraña perpetuidad de las flores de los cerezos no apaciguaban su enojo, por lo que se hizo del libro que anteriormente le causó curiosidad y lo hojeó sin molestarse en leer siquiera una línea. Y no por no comprender el español, del cual él se defendía bien, sino por lo que le sugería su abuelo de fijarse en la latina. Pero no estaba para que otros decidieran por él, en quién debía posar los ojos y entregarle el corazón; lo que quería era que lo dejaran en paz, ya fuese para amar o para retozar con quien le diera la gana. Y a esa chica no la deseaba.

De hecho, comenzaba a desagradarle por dárseles de inocente.

—Tendrás que aceptar que Raquel es la mujer que me gusta —mintió—, así que no esperes a que me fije en otra, porque no sucederá —*de momento*... Se odiaba por tener que fingir un amor que no sentía, solo porque su dominante padre se lo impuso para salvarse de la ruina. Pero era un mandato que debía llevar a cabo en secreto o su abuelo le dejaría de hablar hasta la muerte.

Dugan lo increpó con la mirada, por la insistencia de su nieto de andar con víboras rastreras. Le bastó una vez al tratar a aquella joven para determinar la clase de persona que era el retoño de los O'Brien; de eso hacía ya veinte años atrás, antes de que Aidan sufriera el ataque y su esposa muriese asesinada. Esta había sido una chiquilla que disfrutaba ofender a los demás con

sus comentarios hirientes y del que jamás fue reprendida por sus incompetentes padres.

—Qué ciego estás. El día en que repares en tu error, será demasiado tarde, y yo no estaré ahí para consolarte.

—Esperemos que ese día no llegue —le importaba más la ausencia de su abuelo que la pérdida del amor verdadero.

—Esperemos... —observaba entristecido cómo Aidan se enfocaba ceñudo sobre el libro que sostenía para cortar con la discusión, y se mantuvo así por varios minutos hasta que Susana retornó con expresión avergonzada.

—Disculpen la tardanza —sonrió, jadeante, mientras tomaba el libro que había quedado en la parte señalada por un marcapáginas. Una gota de sudor se deslizaba cuesta abajo por una de sus sienes; se la limpió de inmediato con el dorso de la mano, temblorosa por la rapidez en que ejecutó sus labores, que aún le costaba recuperar el aliento por el agotamiento.

—¡Ay, *mi Susanita*, te vas a desaparecer por tanto ajeteo! ¿Por qué no llaman a otra? Siempre es a ti.

—Porque era la que estaba desocupada —respondió al lamento del anciano que la miraba contrariado por el exceso de trabajo que siempre recaía sobre ella. ¡Por supuesto que ya no aguantaba tantas órdenes impuestas por las enfermeras y por cada quién que se creía su jefe, pero no estaba económicamente estable para estar de quejumbrosa.

—¿Y qué me dices de Noirín o Rosemary? Ese par siempre está cotillando o pegadas a ese *aparato infernal* que cargan a toda hora en los bolsillos; por eso no me gustan, prefiero los teléfonos tradicionales, te hacen menos dependiente... —comentó a la vez en que Aidan se hacía el que hojeaba el libro del autor venezolano, como si no le interesara el abuso laboral que sufría la muchacha.

Susana se encogió de hombros.

—Soy la más diligente.

Aidan levantó los ojos de las páginas y Dugan se carcajeó.

—Y la más maravillosa de los empleados —este último elogió, habiéndose convertido la joven en una parte importante de su vida.

El otro sonrió despectivo.

—La felicito. ¿Dónde adquiriste tanta experiencia para *moverte* tan rápido?

Susana lo atravesó con la mirada. Por lo visto, el *Cerro-prendido* se proponía joderle la paciencia.

—Limpiando —espetó, dispuesta a darle pelea—. Haz lo mismo y verás cómo tus patas se mueven con ligereza.

—Se dicen «pies» —la corrigió, antipático.

—Las tuyas son patas. ¿No has visto el tamaño que tienen?

—Sí, son para sostener mi estatura; lo contrario a ti que tienes las *patitas* cortas. ¿Debes tener dificultades para alcanzar las cosas que están por sobre el metro cincuenta?, ¿no es así?

—Sesenta —Susana subrayó la altura que ostentaba, aumentando unos centímetros a su verdadero tamaño—. Y para nada tengo dificultades: utilizo las escaleras o una banca. Gracias a Dios que soy pequeña. La falta de oxígeno por sobre el metro noventa, afecta el cerebro.

Dugan rio a todo pulmón por las réplicas de la muchacha, y en su pecho se instaló una gran alegría, le recordaba tanto a su querida Deirdre cuando la cortejaba en su juventud, que aquellos recuerdos lo llenaron de gozo. Susana y Aidan eran la versión actual de lo que él y su difunta esposa sostuvieron antes de unirse en matrimonio.

Tantas fueron sus escandalosas risas, que se mareó, llevándose al instante la mano al entrecejo. Todo le daba vueltas.

—¿Qué te pasa? —Aidan se levantó de la silla, para socorrerlo, y Susana dejó el libro sobre la mesa, con la intención de buscar una enfermera.

—¿A dónde crees que vas? —el anciano la reprendió, recuperándose un poco.

—A buscar a Gertrudis...

Cabeceó, categórico.

—Nada de eso. ¡Estoy bien! Tomé mucho sol, es todo.

—Pero...

—Si llamas a esa víbora —la interrumpió—, me confinan en la habitación todo el día.

—Abuelo, ese mareo es preocupante. ¿Ya te midieron la glicemia?

—Eh... —le costó recordar—. Sí, fue esta mañana, ¿para qué quieres saber?

—Tal vez los niveles los tengas bajos. —Le dio una orden silenciosa a Susana para que buscara ayuda; ese desvanecimiento que su abuelo sufrió, indicaba que algo en su rutina no andaba bien.

Dugan atajó el brazo de la muchacha, para impedírselo.

—¿Acaso hablo ruso o qué...? ¡Dije que no es necesario! —Hacían alarma por todo.

—Abuelo...

—Solo llévenme al comedor, me apetece jugo de naranja.

—Mejor que te lo lleven a tu habitación.

—Te voy a dar un pescozón si insistes en lo mismo, Aidan.

El joven suspiró derrotado, ayudándolo a levantar. Durante el proceso, ninguno de los dos se percató de que el reloj de cadena se había caído a la grama. Lo ayudó a caminar, sosteniéndolo de los brazos para evitar que tropezara con sus propios pies, así él se apoyase de la andadera.

Susana dio un paso para seguirlos, pero se dio cuenta del reloj, recogiendo al instante. Lo observó, maravillada. El hermoso ornamento en la tapa resaltaba de forma exquisita de la pátina broncea del cual fue tallado. ¡Cómo le gustaría comprar uno parecido para su abuela! Y, para ello, debía ahorrar durante meses. Lástima que, con su situación financiera, lo dudaba.

Aidan se percató que iban solos y se detuvo para mirar por sobre su hombro, hacia la chica que admiraba la reliquia de su abuelo, y esto lo molestó. Tendría que vigilarla, al parecer, le atraían los objetos valiosos.

Capítulo 4

—¿Escuchaste lo que dije? El abuelo está mal, no debería estar allá sin compañía de los suyos — Aidan increpó a la madre, porque esta estaba más pendiente de cómo lucía la mesa de dieciocho puestos, elegantemente vestida, que la advertencia de su hijo.

—Son achaques de viejo, lo que quiere es llamar la atención.

—Porque se siente solo.

Melva rio sarcástica, mientras alineaba los cubiertos de plata, del cual a ella le parecía que una de las sirvientas había colocado un poco torcidos. Cada detalle debía estar perfecto: el mantel marfil libre de arrugas, los candelabros a una distancia prudente, uno de otro y, cuyas velas, no estuviesen desgastadas; la cristalería acomodada según lo que dictamina la etiqueta formal para las bebidas de cada comensal, los platos llanos de porcelana con rebordes plateados, apilados sobre los bajo-platos, así como también las servilletas coronando sobre estos de manera exquisita. Y, para terminar, los cubiertos —que con frecuencia la servidumbre pulía con ineficacia— estuviesen brillantes y en el lado correcto. Todo para que se dijera que Melva Fitzgerald ofrecía las mejores cenas.

—Por favor... ¿Dugan, solo? —espetó—. Hay mucha gente de su edad a su alrededor con la que puede conversar. Además, si se enferma, el personal médico se encargará de atenderlo.

—Pero no cuenta con su familia que es lo más importante, mamá. ¿Cuándo fue la última vez que lo visitaron?

—Fue... —la memoria le falló. ¿Cuánto de eso? ¿Un mes? ¿Dos meses? O seis... Hizo un gesto de fastidio—. En estos momentos, no recuerdo, me duele la cabeza y tú con preguntas tontas. Dentro de un rato el cónsul de Francia vendrá a cenar, junto con su distinguida esposa. —Lo que en seguida se percató de la apariencia de su hijo y lo escaneó con desdén—. Qué aspecto tienes, mira esa barba, ¿desde cuándo luces tan desaliñado? Sube a cambiarte y acícálate que no eres guardaespaldas, sino un Fitzgerald, y bajas antes de las 19:30. ¡Ya es tarde! ¿Trajiste tu traje?, porque si no lo hiciste, en tu dormitorio hay uno que puedes usar. —Ella lucía un vestido de gala de color turquesa y mangas hasta los codos, con apenas un par de perlas adornando el lóbulo de las orejas.

—No estaré en la cena.

La mujer se sobresaltó exagerada.

—¡¿Cómo que no estarás?! ¡No puedes faltar! ¿Y Raquel...? Ella vendrá junto con sus padres. *Oh*, Dios, ¡qué desplante! ¿Cómo es que no me confirmaste? Dispuse una silla para ti, no puede quedar vacía. Tú hermano ya confirmó y tú no lo hiciste. Eres un desconsiderado...

—Ayer te lo dije, pero me ignoraste.

—La cena es vital para las buenas relaciones con el cónsul y los O'Brien. ¡¿Cómo te atreves a hacernos esto?! ¡Sube a cambiarte!!

—No, mamá. Ya te dije que no estaré presente, estaba de paso. Por favor, discúlpame con papá y los invitados. Ofrezca cualquier excusa sobre mí, no me importa.

—¿Qué se supone les diré? Raquel espera encontrarse contigo esta noche. Quería darte una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó, aprensivo. Raquel era de tener cuidado. Solía planear cosas sin consultarle.

Melva se cruzó de brazos, con actitud altiva.

—Si te quedas, lo sabrás.

—Lo siento, estoy muy ocupado.

—¿Ocupado con *esas fotos*? —le desagradó—. Ya me dijo tu padre en lo que trabajas: mi hijo, *el pornográfico*...

—Estoy harto de tener que explicarles lo que hago. Pero, si quieren pensar eso, háganlo. Yo me largo. Solo vine a que supieran cómo se sintió hoy el abuelo, me preocupa ese desvanecimiento.

—¿Hablaste con el médico? —La copa dispuesta para servir el vino del anfitrión, movida unos milímetros de su sitio.

—Dijo que era cansancio.

—¡Ahí lo tienes! Quién sabe qué estuvo haciendo para que se agotara —lo miró de refilón y continuó supervisando la mesa. El ama de llaves, con su elegante uniforme, se hallaba en un extremo del comedor, a la espera de más indicaciones de la dueña de la casa.

—Estuvo sentado...

—A mí personalmente, si estoy ajetreada como ahora —lo interrumpió—, se me va el sentido. Tengo que ordenarle a Phiala para que me preparen un té de valeriana para calmar la ansiedad. El corazón me palpita por tanto estrés; no tienes idea de la presión que implica organizar una cena como esta; el nombre de la familia está en juego, cualquier diminuto error y somos la comidilla de la sociedad. Phiala. ¡Phiala!

—Ordene, mi señora.

—Pide a una de las muchachas para que me traiga un vaso de agua y un par de pastillas para la migraña. Ya no aguanto este dolor, debo lucir demacrada; tendré que...

Aprovechando que su madre seguía quejándose con el ama de llaves, Aidan se dirigió hacia la puerta principal, sin despedirse, pero justo cuando estaba por cruzar el umbral, Melva lo llamó.

—En vista de no poder convencerte de estar presente, al menos ten la decencia de venir el próximo sábado a la barbacoa de tu padre —le informó, mientras sonaba los tacones con suavidad en el lustroso piso del vestíbulo, acercándose a él. Durante el trayecto dos guardaespaldas se hallaban custodiando la puerta principal de Mansion House, la residencia oficial otorgada por el Ayuntamiento—. Tu hermano vendrá, me lo confirmó. Espero que esta vez tú también estés presente en su cumpleaños. Es hora de que por fin estemos juntos, amenizando en armonía.

—¿Incluyendo al abuelo? —inquirió para fregarle la paciencia.

—El alimento de Dugan es estricto, lo que se servirá, elevaría su colesterol. —Barbacoa y cerveza, al estilo americano.

—Podemos preparar algo acorde con las indicaciones médicas.

—¡Nada de eso! Dugan ladraría si come diferente a los demás.

Aidan meditó que su madre echaría por tierra cualquier tipo de reunión familiar, con tal de no tratar con su suegro.

—Entonces, ¿para qué *coños* vas a organizar una «agasajo en honor a papá», si el miembro más importante estará excluido?

La mujer, jadeó.

—¡Aidan, qué manera de hablar tan vulgar! ¿Es lo que has aprendido en esos países pobres? ¡Discúlpate!

—Lo siento...

Ella se acomodó con delicadeza su cabello rubio recogido en un moño alto.

—Gracias a Dios que tu hermano no es así o entre los dos me hubieran matado. Aprende de él, que es tan gentil y educado.

—Sí, gracias a *Dios* que no lo soy... —espetó en voz baja. Niall era el *lameculo* de su padre.

—En todo caso: Dugan no vendrá, lo mantendrán vigilado. Lo más probable, nos ofrecería otro espectáculo como la vez pasada en la que se presentó desnudo a la cena de Navidad. Tuve que mandar a cambiar los tapices de las sillas, porque quedaron hediondos a trasero, y los sirvientes esparcieron la cotilla por la ciudad. «El padre del *Lord Mayor* es un loco». ¡Qué vergüenza!

—Lo obligaste a vestir de saco y corbata, y el abuelo odia los formalismos.

—¡No tenía que desnudarse! —exclamó, molesta—. Te prohíbo que lo traigas. Si lo haces, me provocarás un paro respiratorio. ¿Te dije que he tenido pequeños ataques de asma? Esto me pasa cada vez que te portas como un majadero. Así qué, no provoques que me enferme, tengo muchas ocupaciones de la que jamás me puedo dar el lujo de desatender. —Entre estas, las charlas que sostenía con sus millonarias amigas en el club.

Contrariado por la indiferencia de su progenitora, Aidan se marchó a pasos agigantados de Mansion House y juró no volver a compartir con ellos hasta que su actitud cambiara con respecto a su abuelo. Hacían lo que fuese para mantenerlo lejos de sus vidas, no le perdonaban por ser tan único: Dugan, *decía lo que decía*, sin pelos en la lengua y señalaba sin miramientos los defectos de los demás. A él, muchas veces le increparon sus inseguridades y retraimientos, pero su abuelo lo impulsaba a tomar su morral de viajero, para que fotografiara otras culturas y se reencontrara consigo mismo.

Pisó el pedal hondo y aceleró su Range Rover platinado hacia Temple Bar, mientras sus pensamientos cada vez se tornaban más apesadumbrados. Qué agradable hubiera sido conocer a Dugan en sus años mozos, habría sido ese valiente amigo que los hubiese defendido del ataque sufrido. Les habría ahorrado a sus padres miles de euros en el sicólogo infantil por todas esas pesadillas que tuvo después en las noches. Despertaba lloroso y tembloroso. En más de una ocasión orinó la cama, de la que una regañada recibía a cambio de sus padres. Lejos de compadecerlo, lo comparaban con su hermano mayor, del que lo hizo blanco de sus bromas y comentarios insidiosos. Niall lo llamaba: «El meón», cada vez que su vejiga se dilataba. Era el primero en acusarlo frente a todos los integrantes de la casa y divertirse a expensas de él en la escuela. A pesar de ser un niño enfermizo, en más de una ocasión se batió a los puños con Niall y con los que lo molestaban; de dos escuelas privadas lo expulsaron por partirle los dientes a más de un compañero de clase; su rendimiento escolar se mantuvo bajo, que hasta los profesores pensaron tenía problemas de aprendizaje. Pero su abuelo, a pesar de su propia pérdida, supo sostenerlo en sus etapas de crisis. El amor que le brindó, sus consejos, sus abrazos fraternales..., cada una de sus alentadoras palabras las tenía grabadas en su corazón.

Entonces, ¿cómo pretendía su familia que pasara por alto la despreocupación hacia su abuelo?

¡Él no lo haría! Dugan era más padre que abuelo.

Giró el volante por la calle Essex y avanzó a muy baja velocidad, teniendo cuidado de no arrollar a algún peatón que ese día pululaban los alrededores más que el resto de la semana. A mitad de camino estacionó frente a unas rejas que impedían el paso a una calle cerrada, en el que varios negocios habían detrás de estas, para que la gente caminase por ahí con

tranquilidad. Se terció el maletín de su portátil en cuanto descendió del vehículo y esperó a que el vigilante le abriese para ingresar al Archivo Fotográfico Nacional. Y, mientras lo hacía, Aidan alzó la mirada hacia el edificio de ladrillos y ventanales amplios, a su izquierda, y observó fascinado hacia lo alto de la pared la réplica pegada de la guitarra de Rory Gallagher. El cantante que, con sus *blues*, logró el honor de marcar la esquina de ese barrio de Dublín, les indicaba a los visitantes en dónde se hallaban. Aunque no era el famoso *Stratocaster Sunburst* de 1961, con el que el artista solía tocar sus famosas canciones, el aficionado que se respetara de ese ritmo musical, amaría tomarse allí unas fotos. Aidan era uno de ellos, tenía todos sus álbumes, incluyendo los póstumos y recopilatorios. Para el joven, Rory Gallagher fue un guitarrista tan impresionante como Jimi Hendrix.

El vigilante lo saludó y abrió las rejas, permitiéndole pasar, pese a que a esa hora el edificio estaba cerrado para el público. Sin embargo, Aidan gozaba del privilegio de unos cuantos que contribuían a la investigación de los millares de fotos en blanco y negro que allí se preservaban para la historia visual de la isla.

Ingresó al Archivo Fotográfico por la puerta de emergencia y se dirigió hacia la planta alta, en donde había una habitación dispuesta para colaboradores como él que pasaban horas clavados sobre la mesa, con lupa y lámpara LED, estudiando las imágenes retratadas en muchas fotografías de autores desconocidos. Preparó su material de trabajo. En ese momento no tenía compañía, por lo que estaría solo hasta tarde en la noche para ahondar en sus investigaciones. En la página *Web* del Archivo Fotográfico, decenas de seguidores comentaban las fotos que ahí se publicaban, a la espera de que alguno de ellos, arrojara luz al misterio que las envolvía. Dichas fotos, miles de ellas, aún permanecían sin identificar: ¿dónde las tomaron?, ¿cuándo?, ¿por qué motivo?, ¿quiénes fueron las personas retratadas y de dónde provenían? Y así quedaban por años con las preguntas sin contestar...

Todas del pasado de Irlanda.

Las ya identificadas y enmarcadas, las exhibían para que los turistas y los locales las admirasen por un tiempo. Algunas fechaban desde 1870 hasta las más recientes. Por supuesto, en colecciones que determinaban una época, una vivencia, un recuerdo.

De una pila de cajas, previamente acomodadas, extrajo una serie de fotografías que mostraban hermosas viviendas rurales, construidas en piedra y techo de caña que, lo más probable, ya no existían o estuviesen ruinosas como Moninne, y las acomodó sobre la mesa en una hilera para observarlas mejor.

Sus labios apenas se estiraron en una tenue sonrisa. En parte, las casas le recordaban a la de sus abuelos paternos. Aquella fue la más llamativa del condado de Offaly, causando admiración a todo aquel que la visitaba. En tiempos de sus bisabuelos, fue una finca que administraba las tierras que los pueblerinos labraban y del que les producía grandes ingresos, pero los alzamientos, las revueltas de sangre por la independencia de Irlanda del Reino Unido, los cambios políticos, medidas económicas proteccionistas..., todo esto sufrido entre 1916 y 1922, contribuyó a que los campesinos abandonasen las tierras y buscasen otro medio efectivo para subsistir.

Ahora estaba en ruinas.

Aun así, Aidan prefería perderse en esas imágenes en blanco y negro, que rumiar sobre la disfuncional familia en la que había crecido.

Cada vez que reñía con ellos, Aidan se encerraba en esa habitación hasta que sus pensamientos perturbados se apaciguaran; un hábito adquirido, gracias a su abuelo, quien le

obsequió su primera cámara fotográfica y le enseñó a capturar la belleza a través de la lente. Durante años, Dugan fotografió cada rincón de las montañas de Kinnitty y los alrededores de Moninne. Por desgracia, la mayoría de las fotos que se donaron al Archivo, desaparecieron sin una explicación. Aunque, Aidan sospechaba quién pudo haber estado detrás de esto, pero de nada valdría levantar acusaciones si no tenía pruebas que lo respaldaran.

En el menú principal de su portátil, abrió el ícono en la que contenía alrededor de 250 fotos sin mostrar al público y procedió a estudiar las que tenía marcadas como primordial.

Entre ellas: la de una asiática.

Esta capturó más su atención, con respecto a las fotos de las casas de antaño, y achicó los ojos, pensativo. Según lo que observaba, a través de la pantalla, la edad de la mujer oscilaba entre los setenta o setenta y cinco años. Rostro marchito y sonrisa diáfana. Sus ropas no eran las típicas, del que, por ese entonces, los migrantes como ella, usaban; esta lucía un vestuario particular que al joven le costaba identificar, pues era difícil determinar si la mujer era japonesa, china o tailandesa. El traje era una combinación de vestido, túnica, chaleco y pantalón, siendo el blanco su único color, como si cargara a cuesta varias mudas de ropa. La asiática lucía accesorios exagerados de aros grandes en el cuello, lóbulos deformes por los discos que tenía incrustados, docena de pulseras en ambos brazos y una especie de «corona» de pétalos, en lo que parecía una pieza de orfebrería.

Esto hizo que investigara por las páginas especializadas en indumentaria autóctona de diversos países, y nada se le asemejaba. ¿De dónde era esta mujer?

Hizo un *zoom* de 400% para estudiar con mayor detenimiento y así poder hallar algún aspecto que se le haya pasado por alto, y ahí fue cuando se sorprendió al observar que la migrante tenía los ojos claros.

Pegó la nariz a la pantalla.

¿Serán azules o grises? El positivo-negativo de la fotografía, le impedía asegurar el color de los iris de la mujer.

No obstante, su concentración se vio interrumpida, cuando su móvil sonó, anunciando la entrada de un mensaje de texto.

Lo tomó y leyó:

*«Este desplante que nos hiciste no te lo vamos a tolerar.
Te presentas de etiqueta y con tu mejor sonrisa. ¡Sin demoras!».*

Aidan suspiró. Por negarse en hacerle la caravana al cónsul y a los O'Brien, tendría que soportar las quejas de sus progenitores hasta que el infierno se congelara.

Le escribió a su padre: *«No iré»*.

Al minuto este respondió con otro texto: *«Vendrás o restringiré las visitas a tu abuelo»*.

Enojado, Aidan marcó el número de su padre para expresarle lo que pensaba.

—Al abuelo nadie lo visita, excepto yo —contestó, una vez el otro atendió la llamada. Al fondo se escuchaban voces amenas y una suave melodía que sugería estaban cenando.

Una risa en tono bajo, retumbó en su oído.

—*Lo sé.* —Y colgó.

Aidan quedó con el móvil pegado en la oreja.

—Este hijo de... —No mentaba la palabrota, porque sería insultar a su propia abuela.

Con elegancia, su padre le había acabado de insinuar que le prohibiría el paso al ancianato si

le llevaba la contraria. Y, cuando el «honorable» alcalde, amenazaba: cumplía a cabalidad.

Capítulo 5

—Lo digo y lo diré siempre: no me canso de observarlos. ¡Son hermosos! —Susana expresó a Dugan, mientras caminaban por el jardín posterior de Juventud Prolongada, entre explosiones de colores que se hallaban a ambos lados del camino.

—La primavera es mi temporada favorita —él apreciaba la belleza de los cerezos, de los aromáticos narcisos con sus seis pétalos blancos y una corola central en forma de trompeta amarilla, dispersos por toda el área, y de los rododendros del cual no alcanzaban el metro cincuenta de alto.

La joven le sonrió y continuó caminando a su lado, del cual él iba con su andadera, sin afanes, centímetro a centímetro y con el dolor en cada coyuntura entre sus huesos, recordándole que nunca se envejecía sin enfermedades. Los árboles y plantas florecidas eran una magnífica vista del recorrido que a diario hacía para sentirse como si estuviese en casa. Sus pulmones se llenaban de oxígeno y su alma se revitalizaba, haciendo que, de momento, se sintiera libre. No hablaba mucho, solo pensaba y agradecía que su acompañante no fuese parlanchina. Ella le permitía disfrutar del entorno, protegido por los robles que servían de «cercado» para mantener a la ciudad a raya. La brisa era cálida al igual que los rayos del sol que calentaban desde tempranas horas de la mañana; Susana había cumplido con sus deberes, por lo que no le vio el inconveniente de acompañarlo a dar un paseo por el jardín arbolado; era paciente con él por sus continuos achaques de viejo gruñón y nostálgico, que muchas veces ella le hacía olvidar que él estaba lejos de su hogar. La empatía que Dugan sentía por la joven se equiparaba con la que sentía por su nieto. A los dos los quería por igual y esto lo asombraba, pues a Susana apenas la conocía, mientras que a Aidan desde que salió del vientre de la arpía de la madre.

¡Oh, si su Deirdre viviera! Jamás hubiese permitido que esa desalmada le metiera ideas en la cabeza a Desmond, de encerrarlo en el ancianato. Habría peleado con los abogados y hasta provocado un escándalo en los medios audiovisuales, como tampoco el de permitir manipular a Aidan por ser el más frágil.

Él tuvo que marcharse lejos para no enloquecer.

—¿Sabías que hay más de mil especies y que la planta proviene de Asia? —Se detuvo frente a un rododendro, cuya frondosidad floral fue podado para que adquiriese la forma de una enorme cúpula lila sobre la grama.

—Vaya... —Susana se maravilló. Los jardineros procuraban mantener los arbustos bajos, para que la vista, tanto de los visitantes como de los residentes, apreciaran la extensión del paisaje.

—Qué lástima que no los dejan crecer. Esta especie... —alargó la temblorosa mano y tocó con suavidad una de las hojas lanceoladas con el envés cubierto de escamas— alcanza hasta los cuatro metros de altura.

—¡Sí, vi una de las casas vecinas que tienen un árbol precioso! Cuando lo vi florecido, me dejó sin aliento. Aunque estos son bellos así. —Entre marzo y mayo, quién tuviese uno sembrado en su jardín, tendría el honor de contarse entre los que embellecían los alrededores.

—Hay que podarlos a finales de invierno para tener controlado su crecimiento o estarían como a mí me gustan: ¡gigantes!

Una risa masculina resonó detrás de ellos.

—A ti te gusta hasta dormir con plantas debajo de la cama —Aidan bromeó y luego le dio un

beso en la sien a su abuelo, quien sonrió tan pronto escuchó a su nieto.

Susana se acomodó de forma instantánea su cabello, apenas recogido a los lados por un par de pinzas negras, pero nada pudo hacer por esa mata de pelo corto que se asemejaba a un hongo. Aidan comenzaba a visitar de manera frecuente a Dugan, apareciendo de improvisto ese domingo por la mañana como si él también allí viviese.

—¿No te han dicho que las plantas dan oxígeno? —le dio una palmadita cariñosa a la mejilla afeitada del muchacho.

—Algunas, abuelo, estas son tóxicas —se refirió a los rododendros cercanos, mirando de refilón a la morena, vestida con ese austero uniforme y de la que esta bajó la mirada para no saludarlo.

El anciano hizo un mohín. La semana pasada casi se declara en huelga de hambre por la incautación.

—Solo eran un par de macetas. Viejas cansonas, me las sacaron del dormitorio porque no eran «adecuadas» para el interior.

—Y así es. No te hagas el que no sabes: eres experto en botánica —Aidan replicó con una sonrisa dibujada en los labios. Su abuelo era necio con respecto a las normas del ancianato, de no poseer plantas que perjudicarían la salud en un espacio cerrado. Varios de los rododendros que le quitaron en ocasiones pasadas, ahora estaban sembrados en el jardín.

—A mí no me afecta en nada. Son a esos viejos *enclenques* que se tiran pedos porque les cae mal la papilla. —En ese instante, el señor Dermott trotaba en ropas deportivas y una bandana atravesada en la frente para evitar que el sudor le recorriese el rostro. Al pasar por el lado de Dugan, lo saludó engreído y siguió por su camino, jactancioso de estar en buena forma.

El otro gruñó, acomodándose de mala gana los lentes negros. ¡Gran cosa! Él en otrora trotaba como todo un atleta olímpico por las carreteras empedradas de Kinnitty y de Slieve Bloom. Fue una gacela.

—*¡Fo!*, ¿no les parece que huele a pedo? Como que traía uno *embolsado* ese cochino...

Aidan sacudió la cabeza.

—Eres muy hábil para cambiar de tema, abuelo —lo reprendió sin estar molesto—. Pero estoy aquí para recordártelo: nada de plantas tóxicas. ¿Entendido?

—¿Ni una? —hizo un mohín—. Mi cuarto ya parece un desierto. Me quitaron varias y quieren prohibirme las que aún tengo.

—Lo siento, Dugan, tuve que obedecer... —Susana replicó apenada por la queja de su amigo. A ella era a la que le tocaba sacar las macetas que las enfermeras le prohibían mantener consigo.

Este abanicó la mano para restarle importancia y se apoyó sobre su andadera para continuar su recorrido, ya vería cómo se las arreglaría para tener algunas escondidas sin que nadie se diese cuenta.

—Al menos, no las arrojaron a la basura —masculó, siendo seguido por los dos jóvenes—, porque me hubiera encargado de tener macetas hasta en el techo. A ver cómo me las quitan.

Al comentario, Aidan achicó los ojos.

—¿Y cómo las consigues? —Miró en el acto a la muchacha de Mantenimiento que se hacía la desentendida. Tendría seriamente que hablar con ella, era cómplice de las fechorías de su abuelo.

Susana se mosqueó.

—A mí no me mire —se defendió de la acusación silenciosa que este le lanzaba.

—Pues, ya ven... Me las ingenio para tener las plantas que me gustan.

—Espero que, *ese del que te las ingenias*, tenga la prevención de investigar un poco antes de que sufras una afección pulmonar. —Suficiente su abuelo padecía de párkinson e hipoglicemia, como para que después se sumara un asma.

—Si lo dices por mí, no ando metiendo matas de contrabando en el ancianato. No seas tan...

—Susana se tragó una palabrota para evitar percances.

Aidan clavó sus ojos verdes sobre los negros de ella.

—No sea, ¿tan qué...? —la incitó a que le escupiera lo que tenía contenido en la punta de la lengua.

¡Pendejo!

—Nada. —Se adelantó un poco a los dos hombres, con el fin de que el *Cerro-prendido* no la exasperara.

Dugan sonrió perspicaz por cómo a su nieto le importaba todo lo que la joven pensara, que saltaba de alegría para sus adentros. Él tampoco se llevó bien con Deirdre cuando se conocieron, el cielo tronaba cada vez que se topaban.

—Es una grosera.

—No lo es.

—¡Claro que sí, abuelo! —exclamó sin que la otra lo escuchara—. Ella no se mide al hablar. Es imprudente y...

—¿Y?...

—¡Necia!

El anciano se carcajeó.

—¿Por qué? A mí me parece que *Susanita* es una joven muy dulce.

—Dulce... ¡Ja! Más bien, es un amargo limón, hasta me dio agrieras... —graznó en la medida en que observaba la espalda de la muchacha, a unos metros de distancia de ellos. La aludida caminaba tranquila, con la oreja parada, tratando de escuchar lo que estos charlaban. No obstante, los dos hombres susurraban—. «Tu Susanita» es la que te está enfermando —advirtió—, porque estoy seguro de que te lleva esas plantas y las *golosinas*. No le vuelvas a pedir ese tipo de favores o tendré que tomar cartas en el asunto. —Aún estaba cabreado por haber tenido que dar el brazo a torcer a su padre para que no se desquitara con su abuelo a causa de su rebeldía. Se zampó unas cuantas copas de vino que lo achisparon para ser más llevadera la plática con esos insoportables sujetos y mostrarse cariñoso con Raquel. Y de nada valdría el sacrificio que hizo el sábado por la noche si esa chica irresponsable provocaba las afecciones de su abuelo.

Dugan dejó de caminar y lo señaló enojado.

—Mucho cuidado de acusarla con *el Ogro*, porque sabrás quién soy yo.

—Abuelo...

—¡No me mires con esa cara recriminatoria! Mantienes esa *jeta* callada o no te vuelvo hablar. Susana es una niña responsable que me cuida bien, no me trae nada que me enferme; más bien, es muy consciente de mi salud, por lo que te agradecería la dejaras en paz.

Esta, habiéndose alejado unos pasos, al verse caminando sola, se volvió hacia estos y se sorprendió de los gestos enojados de ambos hombres. Pero no se acercó ni preguntó del porqué discutían, permaneció ahí con una sensación de agobio en la boca del estómago, a la espera de reanudar la marcha. ¿Qué estarán hablando?

—Bien. Pero la mantendré vigilada —Aidan, replicó—. Si es tan «buena» como dices, no creo

habrá inconvenientes en que la investigue un poco.

—¿Y eso por qué? —Dugan frunció sus cejas blancas—. Basta con leer su expediente: venezolana y soltera. —Sonrió picarón a esto último para que se percatara de las probabilidades que tendría con ella.

—No me interesa su estado civil —manifestó a la vez en que miraba a la chica por el rabillo del ojo. Su menuda silueta se tornaba difusa—. Sino que espero no tenga por ahí un prontuario por negligencia laboral.

—¡Es muy inteligente! Hasta es diseñadora de ambientes —Dugan siguió caminado y le obsequió una sonrisa a la aprensiva muchacha, simulando lo que su nieto pensaba de ella—. No la subestimes por ser la que limpia los pisos y el culo a los ancianos, te sorprenderías de los temas que hablamos. Parece que tuviera ochenta años. Ha vivido mucho para ser tan joven...

—Me tiene sin cuidado si se ha graduado en Harvard o en un instituto de lo que sea —le dirigió a esta una mirada severa, del que la obligó a caminar un tanto apartada—; lo que no me gusta es su condescendencia y, ahí me perdonas, pero no le voy a tolerar que por su culpa tú te enfermes.

—Ella es muy apta.

Aidan respiró profundo para llenarse de paciencia ante la terquedad de su abuelo.

—Está bien —concedió, reticente—, tú ganas. No vine a discutir por una empleada, sino a estar contigo.

—¿Así será tu vida social de aburrida que tienes que pasarla los fines de semana con este espectro de carne y hueso?

La mano del joven se posó delicada sobre el hombro del anciano, causando que se detuviera.

—Si por mí fuese, te llevaría a vivir conmigo —le expresó con sinceridad—. Por desgracia, no tengo la tutela. —Muchas veces, lo intentó y en todas falló. Su padre extendía los tentáculos más allá de los juzgados.

Conmovido, Dugan le palmeó cariñoso el dorso de la mano.

—Lo sé, muchacho. Lo sé...

—¡Ahí estás! —Un enfermero rubio, igual de alto y fuerte que Aidan, exclamó tan pronto posó sus ojos sobre el anciano.

—¡Ay, no! —Dugan tenía idea a lo que este venía.

—Buenos días, ¿cómo están? —saludó al grupo y le extendió una amplia sonrisa a Susana, de la que a Aidan le desagradó—. Es hora, señor Fitzgerald.

—¿Para qué? —Aidan preguntó en el acto.

—Para tragar agua...

El enfermero, que respondía al nombre de «Lorcan», rio entre dientes.

—El señor Fitzgerald es muy gracioso. Hoy le toca sus ejercicios en la pileta.

—No quiero, tengo frío.

—La pileta está climatizada. La señora Toole y la señora Cleary, también estarán allá.

—Ya le dije que tengo frío —y se arrebujó en su suéter de cachemira gris claro.

Lorcan intercambió una mirada azorada con Aidan y este suplicó a su abuelo para que obedeciera. Ese tipo de rutina era sagrada para fortalecer los músculos.

Dugan escupió unas cuantas palabras ininteligibles.

—Abuelo es por tu bien.

—¡No!

—Dugan, ¿viste cómo te miró el señor Dermott mientras trotaba? Se lo pasa comentando a

los demás de que es el único que posee piernas fuertes —Susana recurrió a la animosidad que este le tenía al otro, para que obedeciera sin rechistar—. Él comenzó con los ejercicios en la pileta, no seas flojo.

—No es flojera. Es frío.

—La pileta está...

—Sí, ya me dijo: ¡climatizada! —gruñó al enfermero—. Está bien —resopló—. Iré a *chapucear* un poco.

Lorcan agradeció en silencio a la morena y condujo al anciano hacia el sitio indicado. Entonces, cuando Aidan y Susana lo iban a seguir, Dugan se volvió hacia estos para espetarles lo siguiente:

—Ustedes dos no me van a observar cómo hago esos condenados ejercicios de «sirenita». Así que, se quedan acá, que yo me voy por allá con este fastidioso muchacho.

—Señor Fitzgerald, yo no soy así...

—Eres peor: ¡eres *negrero*! Me obligas a hacer algo que no quiero.

—Es por su bien...

—Qué «bien» ni que «bien». Qué fastidio... ¡Ustedes se quedan, ya les dije! —gritó en cuanto la joven y su nieto hicieron de oídos sordos al seguirlo—. Háganse compañía y conózcanse mejor, les hace falta. Yo después les pregunto de qué hablaron. Aidan... —lo llamó, una advertencia en sus ojos—, ya sabes...

Este asintió de mala gana.

Dugan se marchó lento junto con el enfermero, mirando de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que estos acataron la orden impuesta. Susana se sintió incómoda por quedarse sola con el antipático pelirrojo, que enseguida se excusó de tener otros oficios pendientes por hacer.

Aidan se atravesó en su camino.

—Antes de marcharte a limpiar pisos —espetó—, usted y yo tenemos que hablar.

Susana se cruzó de brazos, con actitud altiva.

—Me parece que ya hablamos, ¿recuerda? Me amenazó con demandarme si seguía llevándole meriendas a Dugan. Así que...

—Es bueno recordarlo de vez en cuando —le bloqueó de nuevo el paso en cuanto la morena pretendió pasar por su lado—. Hace que la gente recapacite en su proceder.

A pesar de la desigualdad de tamaño, Susana alzó la mandíbula para no dejarse intimidar por el coloso de greñas rojas.

—Entonces, quédese tranquilo, sé cuál es mi lugar en esta pirámide social. —En el subsuelo.

Aidan se inclinó hacia adelante para estar a su altura y así atraparla con su hosca mirada.

—Espero cumpla con su palabra —dijo—; por mi abuelo estoy dispuesto a lo que sea.

Ella apretó la mandíbula y contuvo las ganas de llorar. Qué valientes eran los hombres cuando de una mujer indefensa se trataba. En ese país no tenía dinero ni familia que la apoyase, pero tenía la férrea voluntad de ponerle un ojo morado si seguía provocándola. No temía a sus amenazas.

—¿Es todo lo que tiene que decir? —su voz rota—. Porque debo volver al trabajo.

Aidan observó sus ojos enrojecidos a punto de romper en llanto y asintió sin agregar nada más, sintiéndose que siempre la embarraba cuando hablaban. Susana se marchó de allí, maldiciendo para sus adentros por tener que soportar constantemente ese tipo de increpaciones, como si fuese una delincuente reincidente que despreciaba las segundas

oportunidades. No se daba cuenta, pero la verduzca mirada del muchacho se mantenía postrada sobre ella, viéndola alejarse con zancadas enojadas, mientras que él se reprimaba sin sonido alguno en su voz por no interesarse en conocerla un poco mejor, que se juró hacer lo necesario de conceder la petición de su abuelo, de ser amable.

La muchacha no era mala persona, solo le faltaba tomar conciencia de sus acciones.

Y él la quería conocer.

Capítulo 6

Uno de los últimos *hits* de Taylor Swift sonaba a través de los auriculares conectados al móvil de Susana. La joven hacía malabares con las bolsas de los víveres que cargaba, se apuraba por llegar rápido a su apartamento, puesto que se le hacía tarde para tomar el bus que la llevaría al trabajo. Cada lunes tenía que levantarse más temprano de lo habitual para comprar verduras, frutas y hortalizas en una de las tiendas que quedaba a cinco manzanas de allí y que abría antes de que el gallo cantara. Los precios eran solidarios, causándole nostalgia al recordar la situación de su país, en el que comprar medio cartón de huevos se les iba el salario. Pero el motivo por el que Susana tenía que madrugar, se debía al horario extenuante de sus dos trabajos y porque ni siquiera gozaba de un día libre para descansar. Daba gracias a Dios de adquirir sus alimentos en un sitio cercano a su edificio. Aunque, los fines de semana, por el barrio solían organizar verbenas y levantar tiendas de lona en plazas cerradas, en la que los precios de los productos se solidarizaban mucho más con su bolsillo. Por desgracia, desde temprano esos días eran caóticos por el sector, una amonestación recibiría a cambio por llegar al ancianato después de la hora pautada.

Apuró el paso por las calles adoquinadas de Temple Bar, jadeando por el afán que la preocupaba. Le urgía acortar camino, así fuese en un aventón del que un buen samaritano le diese y así evitar que después la directora la despidiese. ¡Caramba! ¿Por qué sus piernas eran tan cortas? Parecía una enana en un mundo de gigantes. Cada manzana que transitaba era kilométrica. Caminaba y caminaba, y nada que llegaba.

Dobló la esquina hacia su derecha, sin percatarse del sujeto que se aproximaba a todo galope, llevándosela por delante con rudeza.

—¡Ayyyyy! —Cayó patas arriba—. ¡Idiota! —Sus compras se desperdigaron por el suelo. Una naranja rodó hasta perderse debajo de un auto estacionado a pocos metros—. ¡¡Fíjate por dónde corres!! —gritó por sobre la canción de la artista estadounidense que cantaba solo para ella. El golpe fue demoledor como si la hubiese arrollado un camión.

—Lo siento, no me fijé —le extendió la mano para levantarla. Este usaba un conjunto deportivo con capucha para trotar. También tenía puesto sus auriculares y se disculpó sin haber escuchado la queja de la chica.

Susana se puso en pie, rechazando la ayuda y se sacudió con rabia el polvo del trasero. Ahora tendría que lavar con bastante vinagre sus hortalizas por haberse ensuciado con la mugre del pavimento, le daba asco guardarlas así en la nevera, imaginando a los microbios hacer fiesta en el interior y contaminado lo poco que tenía almacenado.

—Ten cuidado para la próxima. —No se percató de lo que este le dio; más bien, se agachó para recoger lo que cayó sobre la acera. ¿Cuántas zanahorias compró? ¿Y adónde fue a parar el brócoli?

El hombre hizo lo mismo para ayudarla. Le entregó una de las bolsas. Justo cuando cruzaron miradas, ahí ambos acucillados, se reconocieron al instante.

Susana se paralizó.

Aidan arqueó una ceja.

—¿Usted por acá? —Él echó hacia atrás su capucha y luego se quitó los auriculares inalámbricos que guardó rápido en el bolsillo de su sudadera.

—¿Qué? —Aún acucillada, Susana haló ambos cables para librarse de los dos botones pegados a sus oídos, pues no le entendió nada de lo que él dijo.

—¿Qué hace por acá?, ¿no es muy temprano para llevar las compras a la taberna? —inquirió con cierto tono de sarcasmo en el timbre de su voz.

¡¿Taberna?! Ese imbécil...

De manera tosca, desconectó sus auriculares del móvil y enrolló enojada el cable, para arrojarlo en una de las bolsas, y marcharse de allí antes de que le escupiera a este una palabrota.

—Al contrario: voy tarde y por su culpa —gruñó, sin sacarlo del error. Se puso en pie, junto con él, evitando revelar su sorpresa. Le impresionaba tenerlo allí, merodeando por su vecindario.

Aidan observó la ropa que ella llevaba puesta y aprobó lo bien que lucía. La blusa le ajustaba el torso, delineando su busto y cintura estrecha. El pantalón de mezclilla contorneaba sus caderas y sus nalgas, del que se le hacía más grande y tentador. Sus zapatos eran de tacón medio, elevando su estatura unos centímetros y luciendo más estilizada. Se la veía atractiva, más de lo que él se hubiera imaginado, acostumbrado a verla con ese uniforme desabrido que la hacía lucir como una adolescente en reformatorio. Por lo visto, se cambiaba de ropa y calzado al llegar al trabajo.

—¿Te ayudó? —Siendo amable ofreció llevarle las bolsas hasta Atila. Si bien, recordaba que la taberna quedaba más abajo de allí, le extrañaba que fuese de día que debía laborar. ¿Trabajaba los lunes en ese lugar?

—No es necesario —sentía arder las mejillas—. Vivo cerca.

Aidan la miró curioso.

—¿Por dónde? —se sorprendió

—Por... ¿Para qué quiere saber? Mejor lárguese por su camino, que yo me voy por el mío.

Una sonrisa guasona se dibujó en el rostro del muchacho.

—En ese caso... —le arrebató las bolsas e hizo de oídos sordos a su enojo—, la acompaño.

—¡¿Qué?! No es...

—Insisto.

—Puedo sola —Susana maldijo el pésimo día que tendría.

—¡Bah! ¿Por dónde, entonces? —Aidan esperaba a que le suministrara la dirección, pero Susana estaba decidida a no decirle nada, y alargó las manos para quitarle las bolsas; no pudo hacerlo, el pelirrojo las elevó por sobre su cabeza, indicándole en silencio que tendría que saltar muy alto para alcanzarlas—. De aquí no me muevo hasta que digas dónde vives —dijo—. A menos que sea en la taberna... —Si era así se encargaría de sacarla de allá, así fuese a la fuerza. Ese no era lugar para fijar residencia.

—¡¿Cuál taberna?, idiota! ¡Yo no vivo en ninguna taberna, sino en un apartamento como el resto de los mortales! Así que, dame las bolsas que no necesito de su ayuda y lárguese por donde vino; faltaba más que lo tenga que aguantar...

—¿Las quieres? —Las elevó más—. Tendrás que treparme para alcanzarlas —de pronto la idea le pareció sexy.

—¡Uf! —Susana se dio por vencida. Condenado gigantón que se valía de su tamaño para chantajearla—. ¡Está bien! Es por acá... —no le quedaba más alternativa que guiarlo.

Aidan rio al percatarse hacia donde ella apuntaba el dedo.

—¿Acaso somos vecinos? Vivo doblando por aquella esquina —señaló hacia el norte por

donde la vista se perdía una calle más arriba que la suya.

—Qué bueno... —a Susana le parecía terrible. Aidan, de vecino, la mantendría monitoreada con la señora Lynch.

La miró por sobre su hombro, mientras caminaban en sentido hacia la dirección indicada.

—¿Por qué no estás trabajando en Juventud Prolongada?

—Ya le dije que voy tarde.

—Cierto —sonrió—. ¿Quieres un aventón?

—¿Sobre su espalda? No, gracias.

—En mi Range... —rio—. Está aparcado a poca distancia.

—Tomaré el bus.

—Del que llegarás tarde.

—¿Y a usted qué le importa? —Se detuvo para espetarle.

La mirada socarrona del pelirrojo se endureció.

—Tal vez, en nada. Lo que hagas con tu vida es asunto tuyo, pero tus acciones afectarán a otros como a mi abuelo. ¿Has pensado en él si te despiden?

—Ahora se preocupa por mí —rio, con amargura—, cuando no ha hecho más que amenazarme para que me saquen de allá a patadas. Lárguese que no necesito de su ayuda. ¡Entrégue las bolsas! —exigió, pero Aidan empuñó más las asas, desafiando a la muchacha a que se las quitara.

—Eres grosera.

—Y tú, entrometido.

—¿Me puedes explicar por qué lo soy? —lejos de molestarse a él le divirtió el comentario—. Solo te estoy ofreciendo un aventón, no pidiendo cuentas de tu vida.

Esta cabeceó.

—Me estás sacando en cara a Dugan y no es justo.

Quizás fue la manera en cómo la chica le replicó que a Aidan le encendió la sangre.

—Te voy a decir lo que no es justo —gruñó—: mi abuelo tendrá que pagar las consecuencias por una chiquilla malcriada. En vez de estar agradeciendo el favor que te hago, te estás quejando. ¡Madura!

—¿Eso te parece injusto? —Ella enrojeció de la furia—. Muy bien, te diré las mías —levantó la mano para enumerar sus pesares—: dejar a mis padres en un país que se cae a pedazos, mientras yo trato de sobrevivir aquí y poder mandarle los cuatro euros que me sobran de mis dos míseros sueldos. Tener que escuchar los audios de mis hermanas, de todo lo que mi familia sufre: no tienen agua, ni medicinas, ni gas para cocinar. Tienen que hacerlo en leña como en la antigüedad, porque ni en una puta cocina eléctrica se puede hacer por los constantes cortes de luz. ¿Qué te parece? ¿Es injusto o no? Creo que Dugan comprenderá si me despiden.

—Vaya, lo...

—No digas «lo siento», por favor —lo interrumpió, enojada consigo misma por haberle causado lástima. En más de una ocasión, a quienes les decía esto, expresaban desagrado o la miraban con pesar. Y no quería que él lo sintiera por ella.

Cerró los ojos y respiró hondo para reprimir el llanto que estaba a punto de desbordarse. Pero antes de tomar aire por segunda vez, Aidan depositó las bolsas en el suelo y la tomó de los hombros con suavidad.

—Con mayor razón, debes preocuparte por llegar temprano —la hizo reflexionar, ganándose su respeto—. Deja que te lleve para que no te regañen, ¿quieres?

Asintió sin mirarlo.

Él suspiró. Vaya que la había embarrado.

—Disculpa mi actitud, soy sobreprotector. Tiendo a desconfiar de los demás cuando alguien me importa, y mi abuelo lo es todo para mí. —Susana seguía asintiendo, sus ojos cristalinos—. Tú y yo no comenzamos con buen pie —agregó mientras se tomaba el atrevimiento de secarle la lágrima con el pulgar, provocando que ella alzara la mirada hacia él y se estremeciera—, fui arrogante y estúpido, por lo que te ruego me concedas una segunda oportunidad.

—Está bien, todo sea por Dugan.

Él sacudió la cabeza, sin apartar las yemas de sus dedos que rozaban el rostro de la muchacha.

—Y también por ti —replicó en voz baja—. Que las necesidades de los otros, no opaquen las tuyas. Vamos... —tomó las bolsas sin darle tiempo a Susana de recoger una—, se nos hace tarde. —Ella llevó la mano a la mejilla para palpar el calor en su piel. Vaya que la quemó...

Al final de la calle, Aidan la dejó frente a las rejas de una construcción tapizada con banderines y le prometió que, en menos de cinco minutos, estaría allí de vuelta para llevarla al ancianato. Estaban por dar las siete de la mañana, así que él tenía que correr a toda prisa a su edificio para buscar su todoterreno. Susana entró al suyo y enseguida subió a su apartamento para dejar los víveres en la mesita del comedor. Ya no tenía tiempo de lavarlos, anudó la bolsa que contenía las verduras y la guardó así en la nevera. Zeus la observaba mientras estaba recostado en la cama, Susana se despidió de su mascota y bajó pitada para no hacer esperar al nieto de Dugan, en caso de que ya estuviese aguardando por ella afuera.

—¿Cuándo vas a...?

—El fin de mes, lo prometo —expresó a la conserje que la miró enojada por el retraso con el pago del condominio y el alquiler. Desoyó sus increpaciones y cruzó el pórtico, para luego alegrarse al comprobar que, en efecto, Aidan cumplió a cabalidad.

¿Y eso que es? ¿Un barco con ruedas?

Llegó en una voluminoso Range Rover platinado, de líneas cuadradas y bordes redondeados.

Enseguida se subió por el lado que, lo habitual para ella sería la parte del piloto, pero en Irlanda, el volante estaba ubicado hacia la derecha. Por lo que, lo que antes era el puesto del que manejaba, ahora sería el del copiloto. Todo de revés.

Se maravilló de la cabina, de tapizado de piel grisácea, pantallas táctiles en el salpicadero, consola central muy bien equipada y aire acondicionado aromatizado. Era un vehículo muy acorde con el propietario que era alto y fornido, pero a la vez con cierta elegancia que lo resaltaba. La saludó y ella apenas le sonrió atontada como chiquilla en nave espacial.

Durante el recorrido, Susana observaba las edificaciones pasar a toda velocidad por su ventanilla. Aidan manejaba, sobrepasando los límites permitidos en la ciudad, acelerando en algunas calles y desacelerando en otras, para su impaciencia. En las avenidas era un bólido que mantenía pegada a la joven en el respaldo del asiento del copiloto, como si fuese un loco al volante que huía de la justicia; no obstante, él trataba de llegar antes de que la señora Lynch se descargara con Susana.

—Tienes un bonito acento. ¿De qué parte eres de Venezuela? —preguntó en la medida en que cruzaba la siguiente esquina. Le causaba curiosidad de dónde provenía para que tuviese una volátil personalidad.

—Caracas —se aferraba a su cinturón de seguridad. Si Aidan frenaba de golpe, ella saldría expulsada por el parabrisas, que ni el acento le serviría después para levantar piropos.

—¿Tienes mucho en Dublín?

—Tres años.

La miró un instante y luego se centró en la vía. Ya casi llegaban.

—Tres... —repitió, pensativo. Tres años lejos de sus seres queridos, trabajando arduo, y él comportándose con ella como un idiota.

Al cabo del trayecto recorrido, el Range Rover frenó frente a una mansión blanca de dos plantas y muchos ventanales

—Llegamos —Susana anunció, con obviedad, tras mirar la hora en su reloj de pulsera—. Gracias por el aventón —le sonrió. Había llegado justo a tiempo—. Nos vemos.

Aidan le devolvió la sonrisa, aunque la joven no se dio cuenta de que él lo hizo de manera apesadumbrada por bajarse ella rápido del todoterreno. El personal de servicio tenía prohibido ingresar al recinto por la puerta principal, sino que debía hacerlo por la ubicada en el extremo más alejado de la lujosa Casa Hogar.

Abanicó la mano en señal de despedida y le dio la espalda a Aidan, quien correspondió de igual manera, y ella suspiró en cuanto el Range Rover se puso en marcha. ¡Vaya! Qué irreal había sido esa mañana que, si lo contaba a sus compañeras no le creerían. En especial, Rosemary Sheridan que babeaba por él cada vez que lo veía. El hijo del Lord Mayor la había llevado hasta su trabajo.

—¿Podrías pasar por un lado?, estoy puliendo y me estás dejando el piso sucio. Ya he pulido dos veces por tu culpa —Susana le increpó a Rosemary, quien pasaba en repetidas ocasiones por el largo pasillo de la primera planta, con sus zapatos de goma embarrados adrede para que esta se esforzara más en limpiar.

—Qué pena, tengo que pasar por acá, así que te aguantas.

—Sacudas tus zapatos afuera. Ensucias por donde caminas.

—Me vale: pule.

Susana apretó el mango de la pulidora y la deslizó enojada hacia los pies de la muchacha para golpearla. A ver si a ella le gustaría que le hicieran lo mismo.

—¿Qué te pasa?, casi me fracturas los dedos!

—Estoy puliendo. Quítate.

—Se dice: «permiso».

—A las bestias, no. Quítate.

Rosemary le escupió una palabrota en voz baja y restregó la suela de sus zapatos en el piso, para dejarle un manchón.

—¡Bello que te quedó! —la exclamación molesta de Dugan, retumbó en el pasillo. Se dirigía al ascensor para tomarlo, cuando fue testigo de la inquina de la empleada de servicio.

—Ella me golpeó los pies con la pulidora —se victimizó al ser pillada *in fraganti* por el anciano.

Susana apagó la pulidora e iba a protestar, pero Dugan la interrumpió:

—¿Y por eso ensucias el piso de esa manera? —cuestionó—. ¿Tienes idea del tiempo que a ella le toma pulir toda esta área? Sé más considerada y espera a que termine. Además, el letrero de «No pasar» está puesto ahí... —señaló el triángulo amarillo que bloqueaba el pasillo — para que nadie pase. Si lo hacen, se caen de culo; luego no chillen si eso pasa. Y cámbiate las

gomas que parece que hubieses estado en las trincheras.

Susana apretó los labios para no reír y Rosemary hizo un mohín.

Viejo cabrón.

—¡Pues, que se dé prisa! —Y se marchó hacia la cocina, para descargar la rabia. Su lista de maldades por hacerle a la bastarda, aumentaba.

—Ten cuidado, Dugan, te puedes caer —Susana le advirtió, evaluando la distancia que le faltaba a él por saldar entre el letrero y el ascensor.

El octogenario se apoyó más de su andadera y avanzó unos pasos, para luego detenerse en el umbral de la zona de pulimento.

—Tranquila, *Susanita*, todavía no pretendo abandonar este mundo —rio y causó que la joven riera sin ser escandalosa.

—Gracias por defenderme —adoraba al anciano—, la dejaste en su lugar.

—Se lo pensará bien antes de volver a lo que estaba haciendo. No me gusta que gente, como esa *mocosa*, sea abusiva con los demás. Me revuelve las tripas —censuró y esto hizo que la joven considerara que así solía cabrearla el nieto cada vez que se encontraban—. Y... —Dugan la estudió con detenimiento—, ¿de qué hablaron, Aidan y tú, cuando me marché a la pileta? ¿Fue antipático contigo? Si lo hizo, dime y le retuerzo las orejas.

Susana extrajo un pañolón azul de la cubeta que contenía el bote de cera, para remover el barro restregado en el piso, y, mientras ejecutaba la tarea, contestó:

—No —mintió—. Hablamos un rato y después cada uno se marchó por su lado. —Prefirió reservarse que temprano en la mañana le dio un aventón, para no darle falsas esperanzas. De vez en cuando, Dugan le soltaba una indirecta de los atributos intelectuales de Aidan, que daba la impresión se lo estuviese ofreciendo como comercial de televisión.

Dugan hizo un mohín.

—¿Es todo?! —se desencantó. Como que tenía que sostener una seria conversación con su nieto de aprovechar las oportunidades cuando se le presentaba.

—Sí.

—Creí que limarían asperezas.

—Eso ya lo hicimos —sonrió apenada; acordaron llevarse bien, después de que se la llevara por delante como si fuese un camión.

La respuesta no pareció satisfactoria para el anciano, quien esperaba que Aidan se hincara de rodillas y le pidiese perdón, para luego ganar su corazón. Las disculpas ya no las expresaban como antes. Todo por esos aparatos telefónicos infernales que convirtieron a los jóvenes en antirrománticos.

Tendría que mover muy bien las fichas para que esos dos establecieran una relación más cercana, del que, quizás, y oraba que más adelante se casaran y lo convirtieran en bisabuelo una vez más.

Capítulo 7

—Estaba pensando en que deberíamos irnos de viaje. ¿Qué te parece? Sería como una especie de luna de miel... —Raquel le acariciaba el torso a Aidan, en la cama, luego de una fogosa sesión de sexo salvaje. La indirecta tenía la intención de hacerle ver a su amante, que juntos funcionaban bien en todas partes.

Este se tensó.

Tarde o temprano el tema sería inevitable.

—Acabo de retornar de Sudamérica. ¿Lo podríamos dejar para después? —Tal vez cuando él estuviese a punto de morir.

La rubia hizo un mohín.

—Jamás me complaces.

—Estuve fuera tres meses —dijo, cansado de lo mismo—, tengo que ponerme al día con lo mío. Además, mi abuelo me necesita.

Que mencionara a ese viejo amargado, enojó a la mujer.

Se levantó de la cama, sin el pudor de cubrir su desnudez y tomó su bolso que reposaba sobre una silla, en busca de *sus mentolados*. La nicotina aplacaba su malhumor.

—Para eso están los médicos —extrajo un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió—. Que lo atiendan ellos.

—No es lo mismo —Aidan se sentó con las piernas flexionadas bajo las sábanas—. A él le hace falta la compañía de un ser querido.

Raquel le dio una calada al cigarrillo y luego con extrema lentitud soltó el humo por la boca.

—Entonces que se ocupe tu padre o tu hermano. ¿Por qué siempre tienes que ser tú?

—¡Porque así lo quiero! —Saltó fuera de la cama y sin admitir de que él era el único miembro de su familia que se preocupaba. Al resto le tenía sin cuidado si *aquel* se enfermaba o pasaba los días en soledad.

—Lo siento, cariño —se acercó, para luego rodearle el cuello con ambas manos; su cigarrillo pendía entre sus largos dedos—, es solo que te extraño. Estuvimos tanto tiempo separados...

Precisamente por eso es que él se había marchado al extranjero: para escapar de sus recuerdos y de ella.

—Prometo que te... —su móvil sonó sobre la cómoda, interrumpiendo para agravio de la rubia.

Intentó tomarlo, pero ella afianzó sus brazos para retenerlo.

—Ignóralo, que deje el mensaje.

Aidan concedió, reticente. ¿Quién estaría llamando a las tres de la tarde? De las revistas era raro que lo molestaran a esa hora.

—Mañana es la cena con los Murphy —Raquel, sonrió—. Recuerda usar el traje que te regalé.

—No puedo —deshizo el abrazo para poder darse una ducha.

—¿Por qué? —Lo siguió hasta el baño, controlando el enojo.

—Tengo algo que hacer.

—¿Con quién? —Se metió con él bajo el agua de la regadera.

—Es cuestión de trabajo. —Como visitar a su abuelo y charlar un rato con Susana. Ya era viernes, los días se le hicieron largos.

«Trabajo», Raquel desconfió. Aidan era peor que un médico cuando pretendía ocultar a sus amantes ocasionales de la esposa. «Tengo guardia». En este caso: «trabajo». Condenada excusa, a ella no la engañaba.

—¡Lo prometiste!

—No puedo.

Raquel tomó el jabón líquido del organizador en la pared de azulejos y se restregó con tosquedad el cuerpo. Pensaba darle a él una mamada, pero se le desinflaron las ganas.

—Se burlarán de mí si llego sola. *A ese par* le gusta criticarme. —Los Murphy era un matrimonio maduro que se jactaba de sus éxitos, de sus hijos y del mundo recorrido. Les divertía que ella aún esperaba el anillo de compromiso de un novio evasivo.

—¿Y para qué vas? —le costaba comprender a las mujeres que se sometían a las habladurías malsanas de los demás. Él ya los hubiese mandado al infierno.

La alarma de su móvil sonaba por segunda vez. Paró la oreja, pero Raquel ahogó el sonido al responder:

—Son los socios mayoritarios de mi padre. Rechazar la invitación sería una descortesía de mi parte. Anda, acompáñame; unas *fotos* a unas *huesudas* no son tan importantes como esta cena.

—¡Para mí lo son! —le hervía la sangre por el enojo—. Mis fotografías, mi abuelo..., son mi vida. —Se hacía repetitivo defender sus prioridades.

Cerró la llave de la regadera y salió con el cuerpo goteando el piso del baño. Enrolló la cintura con la toalla que tenía cerca y caminó hasta el armario para vestirse. El cabello aún tenía residuos del champú.

Raquel terminó de ducharse, maldiciendo para sus adentros, tener un novio tan abnegado al vejestorio. Comprendía lo de su afición y hasta era indulgente de que se mantuviese rodeado de *resbalosas en tangas*, pero que estuviese metido de cabeza en un hogar para *momias*, jamás; porque con aquel *vejete* no habría modo de competir.

Sin secar la humedad en su piel, caminó hasta Aidan, quien se colocaba el bóxer con rudeza.

—Amor... —lo llamó, conciliadora—. Soy tonta, perdona —le dio un casto beso en los labios—. He estado tan estresada por estar sin ti, que... —besó su cuello, cuesta abajo— me comporto irracional.

Se acuclilló para deslizar el bóxer hasta las rodillas.

Pero Aidan le sujetó las manos.

—Estoy agotado —la verdad es que no le apetecía una segunda ronda. Raquel ya no lo excitaba como antes.

El móvil continuó sonando.

—¡Ay, apaga ese maldito aparato, ya no lo aguanto! —increpó la otra, poniéndose en pie. Estaba a punto de estrellarlo contra la pared. Ni a ella la llamaban tanto.

Aidan lo tomó, reparando en el nombre que mostraba la pantalla. La angustia lo azotó.

—¿Sí?

—¿*Joven Fitzgerald? Habla Roberta Lynch. Lo llamo para notificarle que su abuelo sufrió un incidente. ¿Podría, por favor, presentarse para hablar personalmente con usted?*

Aidan tembló, mientras se sentaba en el borde de la cama. Su número era uno de los que le habían dado a la directora en caso de emergencia. Intuía que al primero que debieron haber llamado era a su padre, pero si este se negaba a contestar su móvil, él era el siguiente en la lista.

—¿Mi abuelo está bien? —se preocupó y Raquel se preparó para recibir la excelente noticia de que se habría librado del viejo.

—*Tuvo una crisis* —respondió la directora—, *pero ya está estable*.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—*Por el teléfono, no; usted comprenderá... Le ruego se acerque a Juventud Prolongada para explicarle*.

—Por supuesto, allá estaré.

Oprimió el botón de «colgar» y miró azorado a Raquel.

Esta se mantenía a la expectativa.

—¿Qué le pasó al señor Dugan?, ¿está bien? —fingió consternación mientras observaba a Aidan correr al armario para sacar lo primero que vio—. ¿Se murió? —se esperanzó sin hacerlo evidente.

Cabeceó.

—Tuvo una recaída...

—¡Pobrecito! —Se llevó la mano al pecho de forma teatral—. ¿Fue un infarto?

Él volvió a negar con la cabeza.

Faltaban los mocasines por calzar.

—Está estable. Necesitan hablar conmigo —lo que le parecía preocupante, algo malo debió ocurrir para que lo llamaran.

—¿Quiere que te...? ¡Aidan! —Él salió de la habitación en una exhalación, tomando la llave de su Range Rover, del bol de madera, y sin esperar a que Raquel lo acompañara. ¿Qué rayos había sucedido? Quedó abandonada en medio del apartamento, gruñendo en voz alta. ¿Hasta cuándo ese maldito viejo le estará jodiendo a ella la paciencia? Ya era hora de que estirara la pata.

Aidan manejó como un poseso por las calles principales, provocando que más de un auto frenara de golpe. Su abuelo era más valioso que su propia vida. Gracias a este, su infancia fue más llevadera, le ayudó a soportar las constantes críticas de sus padres, las bromas pesadas de su hermano mayor y las palizas que sufría en la escuela. Fue un niño débil del que la mayoría de la gente abusó: lo gritaron, lo calumniaron, lo trastornaron...

Por eso cuando *ocurrió lo que ocurrió*, su abuelo estuvo ahí para apoyarlo.

Sin él hubiese enloquecido.

Giró el volante a la izquierda, casi atropellando a un hombre que cruzaba en ese instante la calle, y luego avanzó directo hasta llegar al ancianato.

Dejó la llave pegada en la suichera, tras bajarse. Poco le preocupaba que algún pillo se llevara su Range Rover.

Entró y atravesó rápido el vestíbulo del recinto. Las escaleras hacia el segundo piso se le hicieron largas, pero no fue un impedimento para subirlas de dos en dos. ¿Qué noticias nefastas le tendrían? ¿Estaba agonizando? Imploraba al cielo, no fuese el caso, necesitaba comprobar que estuviese bien; que fuera solo un susto. Una queja por su comportamiento. Nada más.

—¡Señor Fitzgerald! —la directora lo llamó al fondo de las escaleras—. Baje, necesito hablar con usted.

El aludido se volvió hacia esta, justo cuando se dirigía al dormitorio de su abuelo.

—¿Mi...? —señaló hacia arriba.

—Duerme; descuide. El médico lo revisó, fue una leve subida de tensión debido a un disgusto.

Aidan respiró aliviado.

Bajó, mucho más lento que cuando subió, y siguió a la señora Lynch hasta su despacho, donde un vigilante custodiaba la puerta. En cuanto entró..., se sorprendió al ver a la latina, hecha un mar de lágrimas.

La miró sin comprender qué hacía allí.

—Tome asiento, por favor —le indicó la mujer, mientras rodeaba su escritorio, para sentarse. Pero Aidan no lo hizo. Susana permanecía en pie, angustiada. Así que, la directora carraspeó para llamar su atención—. Se preguntará por qué lo he llamado sin una explicación. —Aidan asintió, enfocándose sobre el accesorio masculino que reposaba en el escritorio—. Bueno, la causa de que el señor Fitzgerald sufriera una recaída, fue por esta señorita —señaló a la acusada, cuya carta de despedida la imprimiría en un segundo.

—¡Yo no lo robé!

—¡¡Silencio!! —la gritó—. No tienes derecho a defenderte. —Se acomodó sus lentes—. Como verá —se dirigió de nuevo al estupefacto muchacho—, esta «señorita» hurtó esto de la habitación de su abuelo —levantó el reloj.

Aidan no daba crédito a sus ojos.

—¿Qué?! —Miró perplejo a la chica. Tenía razón al desconfiar de ella.

—No lo hice, Aidan...

—¡Cómo se atreve a tutearlo! ¡¡Qué desfachatez!! —reprendió la directora en voz alta—. Me arrepiento de haberte contratado, eres majadera, buscapleitos, holgazana y hasta ladrona.

—¡NO LO HICE! —protestó, llorosa—. ¡Lo juro! Lo hallé en una de las mesas del comedor. Se lo iba a entregar...

—¿Oculto en el bolsillo de tu delantal? —la mujer la cuestionó.

—Ya le expliqué: tenía las manos grasientas, no quería mancharlo.

—Ahora entiendo tu amabilidad hacia él: para robarlo.

—Por favor, créeme... —le imploraba a Aidan, sus lágrimas se deslizaban en sus mejillas con más ahínco.

—El señor Dugan notificó la pérdida a una de las enfermeras, por lo que la búsqueda fue inmediata. En Juventud Prolongada *jamás* —la señora Lynch recalcó la última palabra— hemos tenido ladrones. La señorita Maldonado ha sido despedida, nos avergüenza que este incidente manche la buena reputación de la institución. Fuimos ingenuos con una de nuestras empleadas, no se volverá a repetir.

Aidan, que en todo momento miraba enojado a Susana, replicó:

—Cielos, qué decepción —le dijo a esta—. No me molesta que te hayas robado el reloj de mi abuelo, sino que te burlaras de él.

—Aidan...

—¡Señor Fitzgerald para ti, *tabernera*!

La señora Lynch agrandó los ojos.

—¿Qué has dicho?! —Se levantó de su asiento, escandalizada. Para que el joven dijera semejante insulto era por algo.

Susana, dolida, bajó la mirada. Aidan sentía desprecio por ella.

—Su empleada trabaja por las noches en una taberna de mala muerte como mesonera y tal vez como...

—¡No te permito que me insultes! —ofendida por la insinuación, levantó la mano para abofetearlo, pero Aidan se la atajó con rapidez—. Seré muchas cosas —sacudió su agarre con rudeza—, jamás puta y menos ladrona.

—¡Garvan! —la señora Lynch llamó al hombre que custodiaba la puerta—. ¡Echa a esta escoria a la calle! Se irá sin paga y que ni se atreva a reclamar nada, porque irá presa. ¡Sácala!

El hombre tomó del brazo a la chica, halándola contra su voluntad fuera del despacho. Susana se negaba a marcharse con una acusación pesando sobre su espalda. Era inocente, envuelta en un terrible malentendido.

—Le ruego, nos perdone —pidió la mujer al muchacho—. Hemos sido diligentes en todo momento con el señor Dugan y lamentaríamos perderlo como huésped. Doblaremos la seguridad y seremos más estrictos con los antecedentes del personal que se contrate.

—Sé que así será —Aidan mantenía la vista perdida en el umbral de la puerta; un sentimiento de culpa lo agobiaba. Se había pasado de la raya al insultarla.

Capítulo 8

El timbre en la puerta principal interrumpió a la reportera que reseñaba sobre las venideras festividades de verano, así como también recordaba las celebradas durante mayo que, hasta el momento han sido exitosas en la ciudad, y, del cual Susana, a causa de sus obligaciones, de ninguna ha disfrutado; ni siquiera la de San Patricio, el pasado 17 de marzo. Abrazó la almohada, lamentándose de esto e ignorando el llamado en la puerta. Llevaba horas rumiando la nefasta tarde que tuvo, la acusaron sobre un hecho del cual a cualquiera le habrían otorgado la oportunidad de explicarse; en cambio, con ella fueron despiadados: se basaron en apariencias y dictaminaron el castigo.

Lloró por lo injusta que era la vida, lloró por lo que pensaría Dugan de ella, lloró por lo que dijo Aidan...

El timbre sonó, con más insistencia, indicando que, la persona que aguardaba a que la atendiera estaba urgida o molesta.

A regañadientes, se levantó de la cama y luego se secó las lágrimas. Esa noche decidió no ir a trabajar a la taberna, consideró que, estando en esas condiciones, a más de un cliente le gritaría. Mintió al telefonar a su jefe y expresarle de tener severa indigestión, del cual vomitaba a cada rato lo ingerido del almuerzo. Prometió presentarse a la noche siguiente y hacer doble turno para compensar su ausencia de ese día.

El timbre ya desesperaba.

—¡Un momento! —Revisó por la mirilla para saber de quién se trataba y descubrió que era la conserje del edificio. Descorrió los cerrojos y abrió—. Buenas noches, ¿qué desea?

—Esto es para usted —la mujer le entregó un sobre, omitiendo las normas de cortesía.

—¿Qué es? —Susana lo recibió, intrigada.

—Léalo —la conserje le dio la espalda para volver a lo suyo. Cada vez había inquilinos molestos en el edificio.

Susana cerró la puerta, tras de sí, sin dejar de ver el sobre. El remitente le llamó la atención. Lo desgarró por un extremo y leyó:

Le informamos que, debido a su continuo incumplimiento para pagar puntual la mensualidad del apartamento No. 12-B, de la segunda planta, nos vemos en la penosa necesidad de revocar su contrato de alquiler.

Favor desocupar antes de fin de mes o tomaremos medidas legales.

Atentamente.

Inmobiliaria Kavanagh y Asociados.

—Mierda... —sintió que una gran roca se posaba sobre sus hombros. La iban a desalojar de su apartamento por tardarse en pagar el alquiler.

Arrugó el papel y lo arrojó al piso.

A duras penas tenía el dinero suficiente para subsistir en Dublín y mandarle a su familia.

Impotente, observó su entorno, Zeus dormía plácidamente sobre el sillón al lado de su cama. El espacio del apartamento le impedía tener una compañera de habitación que la ayudase a solventar los gastos. Parecía una ratonera de paredes deterioradas y frío. Los administradores

del edificio eran unos abusadores.

Se sentó en el comedor de dos puestos, meditando lo que tendría que hacer. Tal vez, mudarse a otro lugar más barato o alquilar una habitación, de la que muchas familias hacían para ayudarse en su economía. Pero eso sería desastroso, tomando en cuenta que jamás tendría privacidad; los dueños o los hijos mayores de estos, intentarían colarse por las noches en su habitación para seducirla. Y ella ya tenía experiencia: al que lo intentó, le pateó las bolas.

La idea de repetir aquello le desagradaba, y, aunque consiguiera otro apartamento en Temple Bar, tendría dificultades para costearlo.

Rodó los ojos hacia el televisor, la presentadora había cambiado de noticias, pasando de las nacionales a las internacionales. Era lo mismo de siempre: atentados, terrorismo, guerras y muertes. El mundo encaminándose al mismo infierno.

Suspiró, sintiéndose sola. Le hubiera gustado tener a su lado a sus seres queridos para que la reconfortaran. Laura y María Eugenia, sus dos hermanas mayores, tenían la habilidad de levantar el ánimo hasta a un muerto, hallando soluciones donde no las habría. Por ese motivo, los mensajes por el Whatsapp eran imprescindibles. Se mandaban audios durante horas hasta que una de las tres tiraba la toalla a causa del cansancio. La diferencia horaria obraba en contra de ellas.

—¡Basta ya! —Se puso en pie. A mal tiempo, buena cara, y ella saldría de aquella situación como toda una Maldonado. Para eso la educaron, para ser luchadora y jamás rendirse ante las adversidades. Que Aidan, Rosemary, la señora Lynch o quien pretendiera pisotearla por su condición de ser, se jodieran; ella buscaría otro empleo y que Dios la ayudara a resistir su agobiante vida.

Aidan trataba de dormir en el sofá de dos puestos para las visitas. Consultó la hora, sorprendiéndose de que estaba por amanecer, le había costado conciliar el sueño a causa de estar debatiéndose a sí mismo por las duras palabras expresadas a la chica. Fue grosero y patán; aunque, por otro lado, ella le robó a su abuelo, aprovechándose de su buena voluntad, al apoderarse del obsequio que él le había dado.

Bostezó, sentía un severo dolor en la espalda. Aun así, le complacía comprobar que su viejo dormía apacible. Se lo veía tan sereno que le angustiaba se alterara cuando despertara. Por ese motivo, pidió a la directora, lo dejara pasar la noche; de ese modo, lograba tranquilizarlo sin complicaciones.

Suspiró profundo, posando la vista en algún punto de las estanterías. Las macetas y los libros se perdían en la penumbra de la que poco a poco recuperaban su color por la claridad del amanecer. Su atención se centraba más allá de las cuatro paredes, en una época en que este le enseñó a montar la bicicleta.

—Mi reloj, mi reloj...

Aidan se levantó para estar al lado del anciano.

—Tranquilo, aquí lo tienes —sacó el accesorio del bolsillo de su pantalón y lo dejó sobre su pecho.

—¿Aidan? —El anciano abrió los ojos con dificultad. El joven le colocó con cuidado los lentes que yacían en la mesita de noche y luego le acomodó un mechón de cabello canoso que caía sobre su frente.

—Sí, abuelo.

—¿Qué haces aquí? —Miraba su entorno. ¿Tanto durmió que estaba anocheciendo?

—Tuviste una recaída.

—¿En serio?! —Lo sorprendió y recordó—. ¡Ah, sí! Sí, sí... No encontraba mi reloj, lo busqué por todas partes.

—Bueno, ahí lo tienes. —Aidan palmeó el accesorio sobre su pecho.

Dugan sacó una temblorosa mano, debajo de la cobija.

—¿Dónde lo hallaste?! —Se alegró.

—La señora Lynch —aclaró en parte. Era mejor omitir que la chica que leía sus novelas, lo había robado. Eso le provocaría otra recaída.

—Debí dejarlo en el comedor; miraba la hora para saber cuánto faltaba para almorzar. Qué cabeza la mía...

Aidan sintió que su corazón dejó de palpar.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—No me acordaba. Hice un alboroto...

—Yo habría hecho lo mismo —se sintió pésimo consigo mismo de haber tratado a Susana como a una puta ladrona.

—Espero no haber causado mucha molestia. ¿Alguien salió reprendido por mi culpa? —Por alguna razón, percibía que era así.

—Nadie —mintió a la vez en que bajaba la mirada—. Solo nos causaste un susto. —Se encargaría de taparles la boca a los empleados y enfermeras para que no le fuesen con el chisme.

—Qué bueno... —Dugan, bostezó—. Me preocupaba que por mi culpa alguien pagara mi descuido.

Aidan se angustió. ¿Qué pasaría cuando se enterara de que Susana fue despedida? Le debía una disculpa.

Por lo pronto, hablaría con la señora Lynch para que se contactara con ella y le devolviera el empleo.

—¡Toc, toc! ¡Buenos días, señor Fitzgerald! —saludó una enfermera de contextura gruesa—. ¿Cómo amaneció? —Revisó el conteo de glucosa y auscultó sus pulsaciones.

—Tengo hambre.

La enfermera sonrió.

—Eso se debe a que anoche no cenó. Le diré a Brea que le prepare un delicioso caldo de pollo. Eso le recobrará sus energías.

El anciano hizo un gesto de desagrado. Ojalá fuese una sopa con las presas grandes, para comer con ganas, pero apenas era agua con papas fileteadas y unas miserables tiras del condenado pollo.

—Eso es un llena-bobo —graznó—. Quiero huevos revueltos, tocineta, pan tostado. ¡Lo que sea que mis dientes puedan masticar!

—Usted sabe bien que no puedo complacerlo. Hay que cuidar lo que come.

—Me vale un caraj...

—Abuelo... —Aidan lo reprendió en voz baja. Cuando se enojaba era grosero.

La enfermera inyectó en la bolsa de glucosa una dosis para mantener la tensión estable y luego abrió la cortina para que entraran los primeros rayos del sol a la habitación.

—En un rato vendrá Nora para que le dé una ducha.

—Puedo solo.

—Lo sabemos, señor Fitzgerald, pero debe obedecer.

—Obedecer...

—Abuelo...

—Ay, ¡sí, sí, sí! Eres peor que tu madre.

La mujer se marchó, pasando revista a los otros dormitorios.

Dugan descorrió la cobija e intentó levantarse de la cama.

—¿Qué vas a hacer?

—Al baño.

—¿Para qué?

—¡Para mear! ¿Para qué más?, tengo la vejiga que se me explota.

Aidan ayudó al anciano a ponerse en pie y lo llevó para que hiciera sus necesidades.

Le procuró el cepillo de dientes y la rasuradora eléctrica. A pesar de la recaída sufrida el día anterior, Dugan tenía la vitalidad suficiente para darse un baño por sus propios medios. Su nieto estaba allí para socorrerlo en caso de desvanecimiento. Le alcanzaba el jabón, el champú, en protesta del anciano que solo quería lavarse el trasero en privacidad.

Al salir, oloroso a sus productos de aseo personal, Aidan le alcanzó la andadera y, apoyado de esta, Dugan caminó a paso de tortuga hasta llegar al armario, a su derecha.

—¿Qué te saco? —Aidan abrió las puertas del armario.

—El pantalón caqui, la camisa blanca y el chaleco marrón —indicó, del cual el joven obedeció con celeridad. Extrajo dos pares de medias de una gaveta: una caqui y el otro verde olivo. Los zapatos clásicos listos a calzar.

Dugan señaló levemente las medias que hacían juego con el pantalón y procedió a vestirse con la ayuda de su nieto. La cadena del reloj se sujetó de uno de los ojales centrales del chaleco y el reloj en sí, en el bolsillito del costado izquierdo de dicha prenda. Ese día era el de visita, a pesar de que el ingrato de su hijo y su aborrecible nuera, raras veces pasaban por allí. No obstante, la Casa Hogar se llenaba de extraños y él no tenía la intención de causar lástima con su apariencia descuidada. Vaya él a saber si conocía alguna belleza de sesenta años que estuviese visitando a un familiar hospedado.

—Buenos días, permiso —Rosemary entró con escoba en mano y Aidan se entristeció al ser otra la que limpiaría la habitación.

—La chaqueta de los parches —Dugan pidió a su nieto y sin molestarse en devolverle el saludo a la insoportable mocosa.

—Vas a sudar mucho con esa, hace calor —la chaqueta era de pana caqui y parches de cuero marrón en los codos.

—Tengo frío y esa me gusta porque combina bien con el chaleco. Me hace lucir joven.

—Te estás arreglando mucho —lo ayudaba a ponérsela para que no se cayera mientras estuviese equilibrando las manos con la andadera.

—Quiero tomar el sol.

El joven cabeceó.

—Hasta que el médico te dé la aprobación.

—¡Bah! —Caminó hasta la puerta. La andadera sirviéndole de apoyo.

—Abuelo, pórtate bien. Aún no es prudente...

—Qué ganas de fregar la paciencia —masculló.

Rosemary barría debajo de la cama, observando con disimulo al adonis que sufría por el vejestorio. Vaya que tenía lo suyo: piernas largas, manos largas, dedos largos... Se preguntaba si tenía el pito acorde con las extremidades.

Antes de cruzar el umbral de la puerta, Dugan se detuvo para consultar la hora en su reloj.

—Qué raro...

—¿Qué, abuelo?

—*Susanita* no ha venido a saludarme. Es de las primeras que lo hacen, y ya son las nueve de la mañana.

—Es porque... —se tensó. ¿Qué mentira le diría?

—La despidieron, señor —Rosemary se dio el gusto de responder por el otro.

Aidan la reprendió con la mirada.

Maldita entrometida.

—¡¿Qué?! —Dugan se sobresaltó—. ¡¿Por qué la despidieron?!

Rosemary abrió la boca para contar todo con lujo de detalle, pero Aidan se le adelantó para que no cometiera otra indiscreción.

—Déjenos solos.

La chica se marchó, sopesando si su metida de pata le valdría alguna amonestación. La señora Lynch estaba que echaba espuma por la boca a causa de la latina. En todo caso, qué bueno que la descubrieron con las manos en la masa. Tan digna y tan estirada, y resultó ladrona.

Dugan le lanzó una mirada interrogante a su nieto.

—No es cierto —mintió, nervioso—. Ella encontró un empleo mejor.

—¿Y por qué esa joven *dijo lo que dijo*?

—No le hagas caso, es una tonta.

Dudando de la veracidad de su nieto, el anciano se devolvió a paso lento hacia el sillón de la ventana y se sentó enojado.

—Si hay algo de lo que siempre me he jactado es en detectar a un mentiroso a leguas —lo escrutó—. Y tú, *mi querido Aidan*, me estás mintiendo. ¿Es cierto lo que dijo Rosemary: que la despidieron? —Aidan asintió—. ¿Por lo del reloj?

—Sí.

—Oh, no... —se lamentó. Su buena amiga pagó por su falta de memoria—. Fue mi culpa... —lloró.

—Abuelo, no te sientas mal, no fue tu culpa.

—¡Claro que sí! —Levantó la mirada, sus lágrimas escurrían por su marchito rostro—. ¿Por qué la culparon? —Él había dejado el reloj en el comedor.

En los siguientes minutos, Aidan le relató cómo ocurrieron los hechos, a excepción del deplorable trato que la directora y él mismo le dieron a la chica.

—La quiero de vuelta. Llama a la señora Lynch y dile que fue un malentendido.

—No creo que ella vuelva... —ahí se percató de esa posibilidad. Lo que le gritaron, valdría para aborrecerlos por siempre.

—¡Susana está desempleada y necesita del dinero para mandarle a su familia —lo gritó—. ¡Oh!, esto es imperdonable... —Se tapó el rostro con ambas manos y rompió en llanto.

Aidan se angustió.

—Hablaré con la señora Lynch para que la contacte.

—¿Y si *Susanita* no vuelve? —hipó.

—Entonces, la buscaré. —Él le pondría remedio a esa situación. Por lo pronto, hablaría con la

directora sobre el modo en cómo la compensarían. Ambos fueron rudos con ella.

Capítulo 9

Unos suaves y esponjosos golpecitos en la cara, despertaron a Susana.

Esta se arropó hasta las orejas. No necesitaba saber quién fue el causante de haberla sacado de los brazos de Morfeo antes de los primeros rayos de sol. Zeus tenía por costumbre despertarla justo a las seis de la mañana para que le diera el desayuno, era un insistente *despertador* de patas y cuerpo robusto, pero el insomnio a causa de las preocupaciones, causaron que Susana se durmiera tarde y no escuchara los ruegos de su british shorthair negro de siete kilos.

El pesado gato se frotó sobre ella, con el maullido de «humana, dame de comer, tengo hambre». Sus patitas redondeadas arañaban el colchón, impaciente por sacar a su ama de la cama.

Susana rezongó bajo las cobijas.

El gato maulló.

—Vete...

Maulló más.

Ella remoloneó.

El gato maulló fuerte.

Y lo haría hasta lograr su cometido.

—¡Está bien, ya voy! ¿No puedes esperar un minuto? —lo increpó, soñolienta. Se levantó, entre bostezos. Durante la noche le costó dormir. La orden de desalojo y el idiota de Aidan se mantuvieron en sus pensamientos hasta bien entrada la madrugada.

Se dirigió al baño, Zeus le pisaba los talones y aguardó allí hasta que ella se cepilló los dientes en menos de un minuto; si tardaba más de lo habitual, su mascota enloquecía.

Aún en pijamas, arrastró los pies hasta la cocina, apenas separada del dormitorio por un par de pasos. Su apartamento era diminuto, sin divisiones ni hermosas vistas panorámicas que la relajaran. Solo dos restaurantes se erigían como paisaje en la calle del frente. Las tres plantas de los edificios que a estos los albergaban, obstaculizaban el horizonte, nada de admirar y alegrar el paladar, solo frituras que engordaban al primer bocado. Lástima que tendría que mudarse; su apartamento quedaba a unos minutos de la taberna.

De la estantería inferior sacó las croquetas para gatos y vertió una pequeña cantidad en el recipiente para este. Zeus comía como si tuviese compitiendo con otro animalito. Susana le frotó suave el pelaje que parecía de terciopelo negro y sonrió por el cariño que le tenía. Desde que se metió un día por su ventana, hacía tres meses, se ha esmerado en cuidarlo. Los primeros días averiguó por el sector si alguien perdió un gato, chequeó las redes sociales y luego lo llevó al veterinario, donde le revisaron por si tenía insertado algún chip en el lomo que lo identificara. Pero ni traía chip ni collar con placa marcada con su nombre y número telefónico; además, las mascotas que la gente buscaba con afán no correspondían a la raza y el color de Zeus. Así que Susana, a pesar de su corta economía, lo adoptó.

Le sirvió un poco más de croquetas para que comiera más tarde, junto a la vasija del agua. Procedió, a continuación, en preparar café, ya que tendría que salir a buscar qué empleos habría disponibles por la ciudad. Así que aprovecharía haberse levantado temprano para ir al mercado y comprar comida. Su nevera gritaba ser de nuevo abastecida. Se cambió de ropa,

después de probar una rebanada de pan tostado apenas untada con mermelada. El estómago le rugía, pidiendo más, pero la carestía la limitaba.

Un rato más tarde, salía del viejo edificio, con el bolso terciado.

—¡Arrrrgh! —Estuvo a punto de pisar un charco de vómito en la escalinata del pórtico. Algún turista o lugareño, descargó su tracto digestivo en la entrada de su edificio.

Increpó unas palabrotas por lo bajo. Contrariamente a la buena opinión de los miles de turistas que visitaban Temple Bar, ella la detestaba. Era una zona comercial que, durante el día, brillaba por ser bohemia, ofreciendo los mejores sitios para leer un buen libro, degustar una taza de café o probar la gastronomía irlandesa y extranjera. Pero, durante la noche... ¡El pandemónium!

Decenas de pubs, bares, teatros y músicos tocando en las calles, atraían a una marejada de chicos ansiosos de pasarla bien. Y, con ellos, los débiles de estómago. Bebían tanta cerveza que necesitaban descargarla por las esquinas.

Suspiró. Prefería estar en un barrio más tranquilo, cuya naturaleza la rodeara. Pero nada era perfecto y tenía que aceptar el lugar con aplomo por cuestiones prácticas.

—Buenos días —saludó a uno de los vecinos que barrían la acera frente a su vivienda.

Este le dio la espalda y Susana cabeceó ante su grosera actitud, pues, a pesar de que a muchos les tenía sin cuidado su lugar de origen o su pobreza, era gente amable que respondían a un «buenos días» o un «buenas tardes» con una sonrisa en los labios. Por desgracia, existían otros como su vecino que torcían el gesto cada vez que la veía.

Caminó un corto trayecto hasta llegar al mercado. Los madrugadores se abastecían antes de que el trajín comenzara. A Susana se le daba bien iniciar el día desde temprano, acostumbrada a lidiar en su país con sus compatriotas para adquirir una ración de comida; no obstante, en Dublín no pasaba por esa calamidad, a cada metro hallaba una tienda de víveres bastante surtida.

—¡Hola! —Carlos Ramos exclamó en el instante en que la muchacha se paró frente a su puesto de verduras.

—¿Qué tal, Carlos? —le devolvió el saludo por cortesía, solía comprarle una o dos veces por semana.

—Bien, bien... No me quejo.

Susana sonrió a medias y tomó una cesta metálica para hacer sus compras. El hombre de edad madura pasaba por las mismas razones que la joven: llegó a la capital hacía unos años, procedente de México, con la esperanza de progresar y ayudar a su familia. Charlaron un rato y luego Susana visitó los puestos de frutas, la carnicería y la panadería, adquiriendo de cada uno cantidades módicas debido a su escaso presupuesto. Alzó las bolsas, yendo de vuelta hacia su apartamento. Ya el tráfico incidía por las calles y los transeúntes merodeando los negocios abiertos por el vecindario. Tenía pendiente adquirir el último libro de su autora favorita; uno de género de misterio, del cual le había dado a esta por escribir. Los anteriores ahondaban lo romántico paranormal, entre vampiros y hombres lobos. Pero tendría que prescindir hasta que estuviese solvente.

Así que, manteniendo ese pensamiento, cruzó por su calle, encontrándose con un bastardo que creía no volver a ver nunca más en su vida, sentado en las escalinatas del edificio. El charco de vómito había sido lavado, quizás por la conserje.

—¿Qué quieres? ¡Ya dije que no me robé nada!

Aidan se levantó y alzó las manos para que se calmara.

—No vine a reclamar nada, solo...

—Lárgate que estoy ocupada —mostró las compras.

—Susana...

—Vete, *señor Fitzgerald* —recalcó, ponzoñosa—, aquí no hay nada de qué hablar.

—Hasta que hablemos.

El resoplido molesto de la muchacha, cortó el aire entre los dos.

—¿Para qué? —imbécil—, ¿para reclamarme de cómo *me burlé* de Dugan al «robarle»? ¿O porque soy una *tabernera*?

—Para disculparme.

La respuesta del pelirrojo, perturbó a Susana.

Sonrió displicente.

—Dugan te jaló las orejas, ¿no es así? Porque, de otro modo, no estarías aquí. —Imaginaba que le increpó su ofensivo comentario, solo el anciano sería el único capaz de defenderla.

Nervioso, Aidan se pasó una mano por su cabello. Ella tenía razón en parte, estaba ahí por su abuelo y porque él así lo deseaba.

—Me equivoqué —dijo—, discúlpame. Fue todo un malentendido, el reloj se hallaba en el lugar en que dijiste. Mi abuelo lo comprobó, lo dejó olvidado.

Susana pasó por su lado, dejando las bolsas en el piso, para abrir la reja del pórtico.

—Qué bueno, mi expediente está limpio —se dispuso a entrar al edificio de banderines.

Aidan se apuró en bloquear la reja antes de que la cerrara en su nariz.

—Sé que no tengo derecho a pedirte perdón, pero no la pagues con mi abuelo, no fue culpa de él; su memoria...

—¡No estoy enojada con él, idiota! —luchaba por cerrar la reja—. Sino que todo esto me supera. Dile... —se tomó una respiración— que no pasa nada; que tranquilo, yo lo llamaré.

Al tener el rostro de la chica cerca, Aidan se percató de las pecas que tenía. Le encantaron.

—¿Y conmigo? —la pregunta era obvia, pero necesitaba hacerla—. ¿Sigues enojada?

Susana eludió la mirada, sin responder.

Aidan asintió, apesadumbrado. El silencio lo decía todo.

—Se lo diré.

Muy a su pesar, dio un paso atrás para permitirle que cerrara la reja. Se lo merecía por juzgar antes de investigar los hechos, perdiendo la oportunidad de gozar de una maravillosa amistad. Chicas como ella no se encontraban a la vuelta de la esquina.

Por otro lado, Susana temblaba, mientras se dirigía a su apartamento. Una simple disculpa no la iba a reconfortar ni a devolver el empleo. Porque, de ser así, hacía rato que la señora Lynch la hubiese llamado; no lo hizo y el sentimiento de rechazo quedó marcado en su alma para siempre: fue doloroso que la señalaran por lo que es. Y lo fue más viniendo de un sujeto, de cuyo pariente adoraba tanto.

—¡Hasta fin de mes! —espetó, la conserje, cruzándose con Susana en su piso.

—Ya lo sé, no me lo tiene que recordar —abrió su puerta. Una vez que llueve, cae a cántaros.

La conserje la miró avinagrada. Muchos inquilinos se hacían los desentendidos cuando los cobros se les vencía. Después imploraban una semana más, luego un mes más y así otro, otro y otro..., hasta que tenían que echarlos a la calle.

Susana arrojó las bolsas sobre la encimera y luego se sentó a llorar en el piso de la cocina.

Maldito, Aidan Fitzgerald, por él padecía un calvario.

—Me estás tomando el pelo.

—*Nop.*

—¿Para cuándo te mudas?

—Para finales de mayo.

Clarissa terminó de pulir una de las mesas, alucinando la pésima suerte de su amiga.

—Lamento lo que te está pasando. Si por mi fuese, te daría posada. Pero mi novio se acaba de mudar...

—Descuida, ya tengo una habitación por ahí vislumbrada —dijo mientras alineaba las butacas a lo largo de la barra, rogando sin hacerlo notorio, para que la habitación no estuviese plagada de cucarachas y ratones. Aunque era lo más seguro.

Los minutos transcurrieron hasta que dieron la hora para abrir las puertas a la gente. La afluencia comenzó paulatina en comparación con semanas anteriores, permitiéndoles a las chicas atender las primeras horas sin correderas.

Un hombre de traje oscuro, permanecía en un extremo del recinto, llamándole la atención a Susana. Este la seguía con la mirada hosca y sin percatarse de las mujeres que pasaban cerca. Por un segundo Susana sopesó ir hasta él y preguntarle si deseaba alguna cerveza, pero una sensación le decía que no. Se hizo la desentendida, enfocándose en unos chicos que reían a todo pulmón. Eran los típicos turistas: camiseta blanca, bermudas caqui, sandalias de cuero y la cámara colgada al cuello.

Sonrió para sí misma. Ella en su momento fue así al llegar a Dublín. El paisaje la atrapó, quitándole el aliento. En menos de una semana visitó museos, bibliotecas, centros comerciales y cafetines populares que ostentaban fama.

Cada cinco minutos rodaba los ojos hacia el sujeto, para comprobar que seguía allí. Lucía como un guardaespaldas malhumorado, vigilante de su entorno. Por lo que Susana oteó entre la gente, por si reconocía a alguna luminaria. Se percató que ninguno de los que se imaginó había hecho acto de presencia.

—¿Y ese qué...? —preguntó a Osker, quien se hallaba a su lado, pero la miró sin comprender —. *Aquel* —señaló con la mandíbula para que él la comprendiera, y justo cuando este seguía el trayecto de su mirada, el sujeto en cuestión le dio la espalda.

—¿Qué hay con él?

—Olvídalo. —Desistió de contarle, el sujeto se había marchado. Tal vez se arrepintió de tomarse una cerveza por el ruido del local.

El batender continuó sirviendo las bebidas a los clientes. Después de las once de la noche, muchos sujetos llegaban de diferentes empresas para tomarse *una pinta* y relajarse luego de una dura jornada laboral. El ambiente musical, las féminas bonitas, la cerveza sabrosa, los atraían como a imanes. En cambio, a Susana, el hecho de que *el trajeado* la hubiese asediado, la traumatizaba. Sobre su nuca sentía un par de ojos estrictos que la monitoreaban como si ella fuese una amenaza para la seguridad nacional.

—*¡Uf!* La taberna está para tirarse un pedo y salir corriendo —Clarissa expresó a Susana, luchando por llegar hasta la barra. Los fines de semana eran la locura en cada uno de los locales comerciales de Temple Bar. Huir de allí en caso de emergencia era imposible.

Se fijó en el ensimismamiento de la chica.

—Quita esa cara de perro abandonado que me tienes harta. ¿Qué demonios te pasa? —se

hizo oír por encima de la algarabía de los clientes y la orquesta que tocaba sobre la tarima. La Taberna de Atila estaba atestada, dificultando a las chicas maniobrar entre la gente, con bandeja en mano y tarros de cerveza repleta.

—Me duele la cabeza, es todo —mintió.

Clarissa torció los labios, incrédula.

—Sí, claro... —intuía que, tal vez, un pretendiente le había cortado las patas—. La cabeza...
Ujum...

—¡Es la verdad! —protestó por la migraña que la apaleaba. Eso y que pronto tendría que dormir en la calle. El plazo para el desalojo estaba por vencerse.

—Más bien, me suena a despecho. —La otra negó con la cabeza—. ¿Entonces?

Susana se inclinó hacia la barra para entregar uno de los pedidos a Osker y eludir responderle a Clarissa. ¿Qué le iba a decir: que se decepcionó del chico que por un breve lapso la ilusionó con su amable trato?

—Sale —el rubio, en su habilidad, parecía que tuviese más brazos que un pulpo.

Clarissa aguardaba, cruzada de brazos, mientras un sujeto de camisa a cuadros, silbaba para que lo atendieran. Esta decidió tomarse cinco minutos de descanso para cotillear; que le cayera un rayo si estaba equivocada de que a su amiga le habían roto el corazón.

—¿Quién es?

—¿Quién es «quién»? —Susana se hizo la desentendida.

—¡El que te cortó las patas, tonta! ¿Es por eso que estás así?

Osker paró la oreja. Lo que tuviera que ver con la *morenita*, a él le interesaba.

Susana sonrió avergonzada a una pareja que alcanzó a escuchar y después reprendió a Clarissa con la mirada.

—A mí nadie me «cortó las patas» —espetó en voz baja—. Solo me duele la cabeza, es todo. —Cuando a esta se le metía un tema entre ceja y ceja, no habría quién se lo sacara.

Frunció el ceño al observar los ojos exorbitados de Clarissa, dirigirse por detrás de ella, como si hubiese visto un fantasma.

—¿Ese no es *el sexy*?

—¿El qué?

—«El sexy», el de la melena roja como la pasión de un amante lujurioso.

—¿El qué...?

Un carraspeo masculino resonó a su espalda.

Susana se volvió con estupor.

Hay que tener las bolas bien grandes para aparecerse allí.

—¿Me puedes atender? —Aidan se sentaba en la butaca de al lado de la muchacha.

Susana empuñó una mano.

—No.

Clarissa le dio un suave empujón a su compañera para que reaccionara y luego se marchó hacia el sujeto que no dejaba de llamarla como si fuese un perro.

Aidan se inclinó un poco hacia la joven.

—Tendrás que hacerlo; *no hay otra disponible*.

—La que «no está disponible», soy yo —Susana sintió que el comentario tenía doble sentido—. Vete a buscar a otra.

Este, dispuesto a saldar las rencillas con la chica, sonrió. Así que se inclinó tan peligrosamente cerca que sus labios estaban a punto de rozarse con los de ella. Se desvió hacia su oído para

susurrarle:

—Entonces, espero —si ese día, en la barbacoa-cumpleaños de su padre, aguantó a los impertinentes invitados y al idiota de su hermano, podía aguantar un poco más en esa taberna para ganarse de nuevo a la chica.

El cosquilleo que le produjo la voz del muchacho casi le hace flaquear las piernas a Susana. Se imponía con tanta virilidad que la apabullaba. Las mujeres que estaban cerca, erguían sus senos para hacerlos más grandes y captar su atención. Eran más altas, rubias, despampanantes y, aun así, ignoradas.

No obstante, él era un patán.

—Tendrás que esperar mucho, porque tardaré.

—No importa.

—Serán horas. —Su horario expiraba a las dos de la mañana, por el doble turno que haría. La noche anterior no se presentó por el lloriqueo.

—Me da igual —se encogió de hombros como si no le importara—. Espero.

—Tu presencia me molesta —le daban ganas de asesinarlo.

Aidan le sostuvo la mirada. Pedir perdón ya no tenía caso; la desafiaba hasta hacerla flaquear.

—Acostúmbrate, por aquí estaré con más frecuencia.

Una palmada sobre la barra, sobresaltó a la muchacha.

—Los de la Mesa 7 te necesitan —Osker le señaló a Susana la dirección correspondiente. A ver si con esa orden se alejaba el idiota. Lo reconoció tan pronto divisó sus greñas rojas.

La joven sacó la libreta de apuntes del bolsillo de su mini delantal. Pero Aidan estiró el brazo, interponiéndolo en su camino.

—¿Y yo qué? Soy un cliente como los demás.

—¿Qué quieres? —preguntó de mala gana.

—Una cerveza —su atención puesta en los labios de esta.

—¿Rubia, roja o negra?

—Más bien, morena.

Susana se removió en su sitio.

—¿De qué marca?

—Extrajera...

—Aquí solo servimos nacionales —le temblaban las piernas.

Aidan se relamió.

—Lo que pidas para mí está bien.

Susana pensó en veneno.

Se volvió hacia el batender.

—Una rubia. A él... —señaló a Aidan— le gustan «rubias».

Osker miró al muchacho, con cara de pocos amigos. En un descuido le escupiría la cerveza, tenía aspecto de niño mimado. Seguro que en un enfrentamiento lloraba para que no le volaran los dientes.

Limpió con rudeza la parte en dónde este tenía reposado sus brazos, mientras que Susana se encargaba de llevar las cervezas a los clientes. La observó, con detenimiento, sintiendo palpitaciones en su entrepierna. Era inevitable que Osker mantuviese la vista alejada de ese culito respingón que lucía fenomenal en aquellos diminutos pantaloncillos. Su verga, bien que calzaba en su orificio. La haría gritar, atada y amordazada en su cama, haciéndola llorar de

dolor y placer.

Para su disgusto, el pelirrojo también la observaba de manera disimulada. Relamiéndose los labios y lucubrando, tal vez, los mismos pensamientos que él.

Susana cruzó el salón entre la gente y atendió al grupo sentado en la mesa correspondiente. Uno de ellos masculló algunas palabras ininteligibles, de lo que la joven juraría eran palabrotas por su tardanza. Aun así, prefería eso que soportar al que estaba sentado en la barra. Lo miraba de refilón mientras tomaba apunte del pedido del gruñón. Le temblaban las manos, sintiéndose más acalorada que nunca. Aidan había ido sin compañía o eso le parecía, a pesar del número de aves de rapiña que revoloteaban a su lado.

Imploraba para sus adentros para que su nerviosismo no le hiciera una trastada. El condenado la seguía con la mirada, sin perderse cada uno de sus movimientos.

—¿Te gustas la comida mexicana? —le preguntó en cuanto ella estuvo de vuelta en la barra —. En tu día libre podemos salir a comer. ¿Qué te parece?

—Yo la vi primero, *vaquero* —Osker no dejó responder a Susana. El recién aparecido pretendía arrebatársela.

Aidan entrecerró los ojos, furioso.

—No veo el letrero que diga que es de tu propiedad.

El otro le plantó cara.

—Podría serlo —las manos empuñadas sobre el tope de la barra, listas a darle un puñetazo —. Susana me gusta y no te la voy a soltar con facilidad.

La aludida alucinó en mil colores.

—Cálmense, los están observando, parecen caníbales gruñendo por un pedazo de carne —le desagradó la actitud del batender, quien tenía reputación de dominante.

Aidan consideró que, *dicha carne*, se trataba de una muy buena y jugosa. Pero Osker se percató de un detalle que antes le pasó desapercibido.

—Eres el hijo del Lord Mayor, ¿no es así? El que...

—¿Algún problema? —Se tensó, predispuesto a darse a los puños. Por lo visto, se avecinaba un escándalo más del que se deleitarían los medios de comunicación. Cada vez era lo mismo: cuando creía que pasaba desapercibido, alguien lo reconocía. Y todo volvía a repetirse en un ciclo sinfín. Estaba cansado de andar por ahí bajo perfil, huyendo de los *paparazis*, de las tipas interesadas y de los curiosos. Si su nombre volvía a rodar por las redes, tendría que marcharse del país para siempre.

—Por mí, no —Osker respondió, igual de desafiante que su fornido rival—. Aunque, Susana debería saber *con quién se mete*.

—Jódete.

—¡Jódete tú, cabrón!

—¡Ea, ¿qué pasa con ustedes dos?! —Susana los increpó por estar a punto de ocasionar el caos en la taberna. La barra era diminuta para mantenerlos separados, Osker o Aidan, saltarían sobre esta y descargarían la rabia con los puños, y el resto de la clientela masculina, ya achispados, los imitarían a darse *todos contra todos* solo por la adrenalina—. Venga, Osker, mueve las manos que tengo un pedido pendiente. Los de la Mesa 7 son impacientes. —Sería el colmo de sus males si perdía también ese trabajo.

El batender maniobraba las botellas de licor como si deseara estampársela al otro en la cabeza, mientras que Aidan lucía como si aguardara a que lo hiciera. No se movía ni un milímetro de su sitio; ojos furiosos, mandíbula apretada y un gruñido que extrañamente

reverberó de su garganta...

¿Gruñó como animal?

—¿Hasta cuándo seguirás enojada conmigo? Ya te pedí perdón —reprochó sin descuidar al batender. No era nada en comparación a él, pero igual este le podría causar alguna herida.

—¿Y con eso pretendes que olvide cómo me trataste? No me jodas —al escupirle su réplica, una de las chicas que revoloteaba la órbita del grandulón, jadeó por considerarla altanera. Murmuró a su amiga y esta escaneó desdeñosa a Susana, sorprendida de lo que haya pasado entre esos dos. ¿Era su ex? Ella no lo hubiera soltado por nada del mundo.

Aidan la atravesó con la mirada, la latina era terca.

—Puedo ser persistente si me lo propongo —le daría guerra hasta que lo perdonara.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia.

Susana aceptó el desafío. Se encargaría de alejarlo de allí con la cola entre las patas.

—¡Escuchen, todos! —exclamó para captar la atención de los clientes a lo largo de la barra—: ¿Adivinen a quién le gusta que le *fueteen* el culo? —Lo señaló—. Está buscando D.O.M. ¿Alguien interesada o interesado? Aún no sé sus tendencias...

Estos rieron y aplaudieron. Un par de chicos y las mujeres que le coqueteaban, alzaron las manos para ofrecerse.

Aidan la miró entristecido.

Se levantó de la butaca y se marchó cabreado. No tenía caso insistir en que lo perdonara, estaba visto que ella jamás lo haría.

Capítulo 10

A regañadientes, Susana pone una vez más, un pie dentro del ancianato. El vigilante de la puerta principal le permitió el paso, tras una ligera inspección visual a lo largo de su menuda figura. En esa ocasión, la joven morena no usaba el uniforme habitual, sino que vestía vaqueros ajustados, tacones altos y una bonita blusa blanca que le ceñía delicadamente su cintura. La hacía ver más refinada, de un estrato social al que una vez perteneció en el pasado, conservando todavía su vieja indumentaria. Las modas iban y venían, pero ella se mantenía con las prendas clásicas.

Caminó hasta el despacho de la directora, sin un custodio pisándole los talones. El supuesto robo se había aclarado, logrando así limpiar su expediente de dicho delito.

Tocó a la puerta, con suavidad, elevando airada la frente. Estaba allí por dos buenas razones: el cheque que le entregarían como liquidación de sus servicios y Dugan. Aidan no volvió a buscarla el resto del fin de semana ni esa mañana del lunes, la venganza que ella se cobró sobre este, fue suficiente para espantarlo de por vida. Reconocía que lo hirió en su orgullo, tratándolo de poco-hombre, humillándolo frente a los clientes, pero la alegraba que sintiera de forma exponencial lo que él la hizo sufrir aquella tarde.

—Adelante —la señora Lynch permitió tras el toque tímido de la muchacha. Esta abrió la puerta y entró sin saludar—. ¡Ah!, eres tú. La esperaba —dijo, con parquedad. Sus lentes redondos acentuaban su hosca mirada.

—Vengo por el cheque —Susana procuraba mantener la voz modulada, previamente ensayada frente al espejo de su apartamento. El alud de palabrotas que deseaba escupir, pugnaba por salir de entre sus labios. «¡Le dije que era inocente!». En cambio, optó por demostrarle que no se rebajaría a batallas sin cuartel.

La señora Lynch sacó un sobre blanco de la primera gaveta de su escritorio. Podría habérselo mandado a su casa a través del correo habitual o depositarlo a la cuenta bancaria de esta, pero prefirió que la joven se presentara personalmente para asegurarse de que todo estuviese «bien» con ella.

—Confío en que la cantidad compense el «incidente» —extendió la mano para entregárselo. Susana extrajo el cheque del sobre.

Abrió los ojos, perpleja.

—Es mucho dinero... —al parecer se aseguraban de no ser demandados por calumnia y despido injustificado. Una acusación ante las autoridades competentes, los pondría en boca de todos.

—Es lo justo. —Si por ella fuese, le daría unos cuantos euros, pero el joven Fitzgerald se empeñó en incrementar la cifra, desembolsándolo de su propio bolsillo. Este le había pedido en devolverle el empleo a la chica, pero Roberta se negó rotundamente, debido a que tenía que romper ese lazo amistoso que la joven creó con el padre del *Lord Mayor*. Las normas se impusieron para cuidarse de su enojo, este era un hombre que le podría causar a ella muchos problemas—. Es lo correcto por *los penosos acontecimientos* —dijo—; le reconocemos el tiempo de servicio, más una jugosa bonificación. Esperamos sea suficiente para que cubra sus necesidades mientras está... desempleada.

—Gracias —Susana dobló el cheque y lo guardó en su bolso. Al menos tendría dinero para

pagar sus deudas.

Antes de marcharse, recordó el otro motivo de su presencia.

—¿Puedo ver a Du... al señor Fitzgerald? —La zozobra por saber de él, no la dejaba en paz. Había llamado a la Casa Hogar un par de veces, pues Dugan carecía de móvil por desagradarle la tecnología actual y el teléfono antiguo en su dormitorio solo era una extensión de la central telefónica del despacho de la señora Lynch. Por este motivo, se tragó el orgullo, arrepintiéndose de no haber dejado hablar a Aidan en la taberna, a causa de su enojo.

—Lo siento, no está permitido.

Se preocupó.

—¿Sigue mal? —La otra no contestó—. ¿Está hospitalizado o lo tienen aquí? —lanzó otra pregunta en su afán de sacarle información. Sin embargo, la directora se mantenía hermética.

—Que tenga buen día —su respuesta a cambio—. Conoce el camino.

Susana intentó replicar, pero la mujer se sumergió en sus papeles, que no tuvo más remedio que abandonar el despacho. Lo más probable, Dugan seguía delicado de salud.

Esforzándose por contener las lágrimas, se marchó en contra de lo que se prometió a sí misma: cero dramas, cero inspirar lástima. No obstante, se detuvo a mitad del vestíbulo. ¿Estaría en su habitación? Averiguar no le haría daño a nadie. Quería despedirse, aunque él estuviese sedado por los medicamentos.

Subió las escaleras, procurando no ser atrapada en el camino. Abrió la puerta, con cuidado, metiendo la nariz. Dugan le sonrió, sentado en el sillón que colinda con la cama. Escuchaba música de su época, en una radio vintage que tenía en la estantería de ese lado del dormitorio.

—*¡Susanita!* —Se alegró—. ¡Pasa, *mi niña!*

Ella entró y cerró la puerta tras de sí. Sus ojos se cristalizaron al notarlo desmejorado y enseguida se olvidó de las prohibiciones en el ancianato, corriendo hacia este para darle un abrazo.

—Dugan, ¡me tenías en ascuas! —le dijo en voz baja mientras se sentaba a su lado en la butaca.

—Perdóname... —sollozó a la vez en que le tomaba la mano para besar el dorso como una muestra de su pena—. Por mi culpa te despidieron.

—De todos modos, pensaba renunciar. Ciertó *viejito* me tenía loca —comentó, socarrona—. ¡Daba mucha lata! Qué fastidioso...

—*Susanita...* ¿Qué voy a hacer sin ti? Me harás falta...

¡Claro que le iba a faltar! Era su única amiga en ese lugar. ¿Quién le prepararía sus bocadillos vespertinos? ¿Quién le leería los libros? ¿Quién le ayudaría a meter de contrabando las plantas que tanto le gustaban? Y ¿quién lo secundaría en sus travesuras? Muchas veces, en sus aburrimientos, le jugaba bromas pesadas al señor Dermott.

—Vendré todos los fines de semana a visitarte —dijo—. No te librarás tan fácil de mí.

Dugan hizo pucheros como niño pequeño; a su mejor amiga la alejaban de manera injusta y él cada vez más con un pie enterrado en el cementerio.

Tic tac. *Síp*. Ya casi...

—Mi corazón está dando sus últimas palpitaciones...

—¡Ay, no hables así que me angustias! Un achaque y ya estás con exageraciones.

Su mirada gacha.

Su sonrisa triste.

La arcaica radio emitiendo una melodía siniestra.

—Los viejos sabemos cuándo se acerca la hora de partir —comentó como si en realidad lo presintiera—. Todos estos días en el que he estado postrado en la cama, he pensado en ti y en Aidan. —Ella lo miró con cautela y él agregó—: He vivido mucho, ¡más de lo que te imaginas! Conozco de lo que es capaz de hacer el hombre con tal de obtener un puñado de billetes sin sudar la frente o partirse el lomo trabajando: un bosque quemado, una especie animal aniquilada, una etnia asesinada... Consecuencias de su maldad. Me aflige tener que dejarlos solos en este mundo de locos, *me he quedado sin hojas en el almanaque*, y estoy debiendo los que aún vivo.

—Dugan...

—No es un «achaque» —dijo—, hace tiempo los médicos me lo advirtieron: mi corazón ya no da para más... Así que he tomado algunas medidas para partir en paz y dejar en buenas manos *por lo que tanto he luchado*.

—Aidan se encargará de tus cosas y yo estaré bien, por eso no te preocupes, soy muy trabajadora al igual que tu nieto —asumía que el lúgubre discurso que le daba se debía al susto padecido por su precaria salud.

Dugan volvió a sonreír y esta vez con un deje socarrón en sus marchitos labios.

—¿Me alcanzas el cofre? Aquel..., el que está sobre el tercer panel de la estantería —apuntó hacia uno de color verde oscuro, perteneciente a una pequeña colección que tenía entre los libros.

Susana se levantó para traérselo, pero quedó a mitad de camino en cuanto Aidan y una elegante rubia de unos cincuenta y tantos años entraron a la habitación sin ser anunciados.

Caramba...

Tendría que marcharse.

Siendo sutil, la joven se secó las lágrimas y forzó una amable sonrisa a los recién llegados, reconociendo enseguida a la mujer de la fotografía familiar de Dugan.

Esta, en actitud soberbia, apagó la radio, sin molestarse en consultarle al anciano.

—¡Enciéndelo, maleducada!

—Tenemos que hablar y tú casi no escuchas.

—Volveré después.

—¡Ni lo pienses! —Dugan le ordenó en el acto a Susana, ocasionando que la dama arqueara una ceja, extrañada de la visita que este había recibido, y Aidan, tras darle un beso a la canosa coronilla de su abuelo, se dirigió hacia la ventana para mirar al jardín posterior y así darle la espalda a Susana.

—Solo vine por cinco minutos, afuera un taxi me está esperando —mintió y los parientes de Dugan se percataron de este hecho. Ni una ardilla contaba los minutos a que ella saliera—. El próximo sábado nos vemos.

—¿Lo prometes? —Se esperanzó.

—Con mi alma: es una promesa solemne —oraba a que ni *el Ogro* ni *el Cerro-prendido* le negaran el acceso a la Casa Hogar, la enfermedad coronaria de Dugan la preocupaba en gran medida, él se había mentalizado de mala manera de estar muriendo; a su propio abuelo le pasó eso y al cabo de dos meses partió al más allá. Su abuela casi lo sigue, pero entre toda la familia la motivaron a seguir adelante. La pérdida hubiese sido mayor. Al menos a Dugan le dedicaría los fines de semana mientras viva.

Aidan lo miró por sobre su hombro. El rostro entristecido de su abuelo había recobrado un poco de brillo.

Así que, sin ofrecer explicaciones, se disculpó con los presentes, con la excusa de hacer una llamada telefónica y se marchó de la habitación para esperar a la muchacha afuera e increparle unas cuantas verdades. Aún tenía atragantado el mal rato que le hizo pasar en la taberna.

La dama frunció el ceño.

—Disculpa, ¿quién eres tú? ¿De dónde se conocen? —le parecía inconcebible el grado de confianza de esa jovencita con su suegro. ¿Acaso era una de las tantas *amiguitas* de su alocado hijo? Lo increparía por no informar al respecto, todo lo que sucedía en torno al suegro era de su escrutinio.

—Soy Susana Maldonado, mucho gusto —le extendió la mano, pero el gesto educado no fue correspondido por la dama de alcurnia que para nada se parecía a Aidan—. Trabajé aquí hasta hace unos días, señora —incómoda, explicó su presencia. Por lo visto, esta no estaba al tanto de los acontecimientos o quién sabe qué fue lo que le dijeron para excusar la recaída del anciano.

El rostro maquillado de la mujer, un gesto incrédulo.

—¿Aquí?! —Lo que faltaba: Dugan amigo de una empleada del ancianato—. ¿Por qué se marchó? ¿La despidieron? —Debió ser por cruzar límites prohibidos. ¡Cuánta inmoralidad!

—¡No seas curiosa! —Dugan se molestó, sin dejar responder a la muchacha. Su nuera se escandalizaría si se enteraba—. La joven me ayudaba con la lectura —agregó—. Algo de lo que ninguno de ustedes, salvo Aidan, ha hecho.

Se cruzó de brazos, airada.

—Hemos estado ocupados.

—¿Ah sí?, ¿en qué...? —la desafió a responder.

—Eh... yo... en... —se incomodó—. ¡Sabes cómo es estar todo el día en el club, socializando! —El suegro alzó su temblorosa mano e hizo la mímica de un pato hablando. *Sí, sí, sí... Bla, bla, bla*—. ¡Dugan! No te permito...

—No me permites, ¿qué?

Susana optó por marcharse.

—Vendré el sábado, como lo acordado. Ponte bien, ¿quieres? Aún falta por leer los últimos capítulos de *Orgullo y Prejuicio*.

Respiró profundo para calmarse.

—Está bien. ¡No me falles! —La arpía de su nuera era de las que siempre le fallaba.

—Jamás —le sonrió. Luego miró a la mujer, de quien notó de manera disimulada que su melena perfectamente peinada carecía de canas, quizás por el excelente tinte rubio-miel que se aplicaba. En cambio, su mamá tenía todo un ramillete por las ausencias al salón de belleza, a causa de presupuesto—. Hasta luego, señora.

No le contestó.

Susana se marchó, y, atrás, estos comenzaron a discutir por segunda vez. Dugan le recriminaba su actitud y la otra le contestaba con un airado susurrante para que nadie la escuchara, motivo por el cual a la joven le desagradó la desconsideración de esa mujer hacia el anciano; se lo comentaría a Aidan para que tuvieran cuidado la próxima vez en que lo vieran, las dolencias en su pecho lo tenían triste y malhumorado. Las discusiones eran contraproducentes.

Descendió las escaleras y cruzó el vestíbulo, sus ojos fijos en la puerta principal. Aidan se hallaba en la salida, fumándose un cigarrillo. Lo hacía sereno, como pensativo, sin ser consciente que, *la que puso en duda su masculinidad*, se aproximaba a él.

Se volvió hacia ella y se tensó; aun así, Susana se llenó de valor y avanzó con paso firme, le

convenía limar asperezas para que después ese idiota no le pusiera pegas con las futuras visitas a Dugan. Si tenía que tragarse el orgullo, lo haría.

El cigarrillo en el piso, el humo siendo expulsado rápido de las fosas nasales. La mirada altiva del muchacho.

Y justo cuando Susana pretendía disculparse...

—¡Auxilio! ¡¡Enfermera!! —la urgida voz de la mujer, captó su atención.

Aidan y Susana se sobresaltaron. ¿Qué había sucedido? Cruzaron la puerta y sus ojos se elevaron consternados hacia Melva que se asomaba por el pasillo de la planta alta, llamado al personal del recinto. Ambos subieron de volada por las escaleras, Aidan no se detuvo a preguntarle a la progenitora, por lo que pudo haber pasado, sino que siguió de largo como un misil hacia la habitación de Dugan, entrando al mismo tiempo que una enfermera rolliza y un curioso anciano proveniente de la habitación contigua. Susana los siguió y, la mujer que quedó rezagada, aceleró las pisadas para no entrar de última. La empujó con su brazo al pasar por su lado, sin una disculpa apenada en sus labios pintados con carmín costoso. Sollozó entre plegarias al Santísimo.

Dugan se ahogaba con su propia saliva, su mirada desencajada y palidecida, echada hacia atrás contra el respaldo del sillón. Melva se desbordaba en mil explicaciones, del porqué del repentino desvanecimiento de su suegro, excusándose y asegurándose de no ser después señalada de culpas.

—Llévalo a la cama —la enfermera propuso; el estetoscopio colgando de sus orejas. Esperaba a que fuese un susto, del que más tarde se encargaría de increparle al cascarrabias y a las visitas. Aidan obedeció diligente, alzando la frágil figura de su abuelo. Apenas pesaba unos cuantos kilos por debajo de su peso normal; la pérdida de la masa muscular, aunado a los achaques de la edad, lo tenían en los huesos. Para tener un hambre voraz, el alimento no lo asimilaba.

Susana procuró no estorbar, ubicándose junto a Melva y al curioso octogenario que parecía angustiado. El viejo Fitzgerald era su compañero de charlas y un férreo competidor en el ajedrez. Le apenaba que tuviese una recaída.

—Estaba bien hacía un minuto, y, al otro... —Melva repetía con palabras atropelladas; su corazón latía a causa de la adrenalina que por estar preocupada. Oraba para sus adentros para que el corazón del anciano dejase de palpar. Que les diera paz de una vez por todas, con el reconocimiento de una herencia a punto de cobrar. Eran los tutores, pero al morir este, no habría quien lo disputara. Por fin ellos le echarían mano a sus bienes.

—No reacciona —la enfermera se preocupó. Oprimió un botón sobre la cama del paciente, pidiendo ayuda al médico de turno.

Aidan, tembló. ¡Él, no!

Corrió fuera de la habitación para buscar al bastardo que no se daba prisas y para movilizar una ambulancia lo antes posible.

—¡Fuera todos! —pidió la enfermera a los presentes.

—S-Susana, S-Su-Su...

—Señor Fitzgerald, no se agite.

El anciano levantó unos milímetros la mano temblorosa, para que la muchacha no se marchara, mientras la enfermera le desabotonaba la camisa y así auscultar su pecho.

Esta se detuvo *ipso facto* en el umbral de la puerta.

Se acercó a Dugan.

—Aquí estoy —tomó su mano, estaría con él para bien o para mal.

Él sonrió a medias. Un esbozo apenas perceptible.

—Tengo que... —se agitó—. Tengo que decirte...

—Señor Fitzgerald, respire lento. Tranquilo, lo que tenga que decirle a Susana, puede esperar.

¿Esperar?, cabeceó debilitado, mirando con severidad a la enfermera. ¡Esperar no! Le urgía entregar su bien máspreciado a la muchacha. Ella era digna, por la que tanto había esperado.

El médico entró, con un equipo electrónico detrás de él, para monitorear su corazón y hacer resucitación en caso de necesitarlo. También auscultó al paciente, no sin antes ordenarle a Susana que se marchara. Pero Dugan le apretó la mano a fin de que se quedara. Le hizo una señal de acercarse a su oído. Aidan y Melva observaban todo desde la puerta.

—Cofre... —Susana no comprendió—. *Co-Cofre...*

La muchacha rodó los ojos hacia la pequeña cajita verde oscuro que él antes le había señalado. Lo tomó rápido y se lo acercó al anciano. Melva frunció el ceño, extrañada. ¿Para qué ese desgraciado lo querría?

—Fondo... Vacíalo.

—¿Quieres que saque todo? —le preguntó mientras las enfermeras y el médico lo conectaban a los equipos.

Asintió y la joven vertió el contenido en la gaveta de la mesita de noche. Hacía lo posible para otorgarle tranquilidad, aunque fuese de esa manera.

—Sácalo... —su voz, un murmullo.

Susana miró a Aidan, sin saber qué hacer. En el cofre ya no había nada. A este se le bajaron las lágrimas, su abuelo desvariaba.

—Ya no hay nada, Dugan —Susana se odiaba por ser inútil en ese momento. ¿Qué estaría pasando por su mente?

—Fondo... *Reti...* —el médico le puso una mascarilla de oxígeno, impidiendo que hablara.

Susana comprendió lo que quiso decir.

Del fondo del cofre, extrajo una tapa que servía para ocultar un compartimento secreto.

Abrió los ojos desmesurados. Dentro había una antigua llave de bronce.

La alzó para que Dugan la viera.

Él se quitó la mascarilla y sonrió.

—Es tuya, *affferrate* a ella... —y perdió el conocimiento.

—¿Abuelo? —Angustiado, Aidan cruzó la habitación.

—¡Salgan! Usted también —el médico ordenó enérgico a la muchacha. Susana lloró y obedeció muy a su pesar, sin dejar de sostener la llave contra su pecho, como si con ello, dependiera su propia vida.

Se acurrucó en el piso del pasillo, en el instante en que el monitor del corazón emitía un pitido agudo.

Aidan se abrazó a su madre, desconsolado.

El hombre que tanto adoraba había muerto.

Capítulo 11

—¿Qué hace ella aquí? Nada tiene que hacer. ¡Ordeno que se largue! —Melva rugió en el instante en que Susana puso un pie dentro de su casa. La muerte del viejo, hacía seis semanas, les trajo disgustos.

Aidan se levantó del sofá y fue hacia la chica, que se veía totalmente fuera de lugar. Con delicadeza, puso una mano en su espalda y la llevó a un rincón de la sala. Allí, todos los integrantes del clan Fitzgerald estaban reunidos para la lectura del testamento; el abogado del difunto y otros colegas que representaban a la familia pronto llevarían a cabo el proceso.

Susana avanzó con la mirada baja y las mejillas arreboladas por hallarse en una posición vulnerable. A causa de la falta de dinero, ella no podía permitirse contratar a un abogado para representarla. Se limitó a ser asistida por *el que portaba* los documentos importantes; en más de una ocasión, este le aconsejó en no entregar *el objeto* que el anciano le había confiado. Los padres de Aidan la presionaron para que lo hiciera, utilizando argumentos legales y amenazándola con deportarla del país. Pero en cada enfrentamiento contó con el apoyo del *trajeado* que llegó a convertirse en su sombra protectora durante estos conflictos.

Con razón la observaba tanto en la taberna.

La estudiaba.

Aidan la hizo pasar mientras ella soportaba las miradas despreciativas de la mayoría, quienes murmuraban en voz baja sobre por qué alguien ajeno a la familia se atrevió a presentarse. Aunque agradeció el gesto del chico, en su interior luchaba por no enfrentarse a esa odiosa gente. Sin embargo, se percató de un jarrón mortuario que descansaba en lo alto de la chimenea de la sala, de esa residencia de gobierno, y supo de inmediato que eran las cenizas de Dugan. Bajo este jarrón, en la cripta de la chimenea, la fogata estaba apagada debido a que comenzaba el verano, lo que para Susana fue una lástima, ya que hubiera dado un toque más solemne a las cenizas. A pesar de todo, lamentó no haber asistido al funeral; a través de una llamada telefónica que la sorprendió, le advirtieron no poner un pie en la iglesia o en el crematorio, por cuestiones de privacidad.

Desde las honras fúnebres, no volvió a ver a Aidan, este se había marchado sin rumbo fijo a otras tierras, huyendo de los conflictos financieros y de su dolor. Se mantuvo alejado hasta de sus propios padres, quienes después le informaron, sin querer, cuando *aquel otro abogado* la intimidó.

Ahora estaba ahí, sentado a su lado, con profundas ojeras que revelaban noches de insomnio.

—Si has venido a entregar la llave, hazlo y luego márchate; tu presencia no es requerida por nadie.

—Lo es por el occiso —replicó el abogado de este—. La señorita Maldonado tiene tanto derecho de estar presente como ustedes.

Los Fitzgerald se tensaron, a excepción de uno.

El más atribulado.

—¿Y eso por qué? —Desmond sostenía una copa de oporto. Contar los días para meter las manos en aquellas tierras, y se aparece una mugrosa latinoamericana.

—Por disposición de su señor padre.

—¡Eso lo sabemos! —le gritó—. ¡Déjese de evasivas y responda!

—En un minuto. —El abogado miró a su alrededor, enfocando la vista en el lujoso comedor—. ¿Nos podemos sentar allí?

Desmond respiró profundo y asintió.

El abogado, Susana, Aidan y el resto del clan se dirigieron al lugar señalado. Cada uno se hizo en un asiento, siendo encabezado por el abogado en cuestión, quien se presentó ante todos como «Nilson Blaine».

Carraspeó para aclarar su garganta; se mantenía de pie, acomodando el testamento sobre la mesa. A continuación, procedió a leer los términos legales, fecha y lugar del acontecimiento. La señora Melva descargaba su nerviosismo, enredando sus dedos en su cadena de oro y el señor Desmond miraba al abogado como si le exigiera de manera «telepática» que se diera prisa, puro texto que sobraba, debía caerle al punto que más le interesaba.

—Yo, Dugan Fitzgerald —Nilson elevó un poco la voz—, es mi voluntad de dejar mis bienes personales a las siguientes personas:

»A mis dos bisnietos, Arthur y Nigel: mi colección de estampillas. Espero lo disfruten.

»A mi nieto, Niall: mi hermoso Mercedes-Benz del 57. Cuídelo bien.

»A mi hijo, Desmond: el dinero en mis cuentas bancarias. No es mucho, pero de algo le va a servir.

»A mi buena amiga y maravillosa lectora de libros, Susana Maldonado: la llave. Será el corazón de lo que esta guarda.

—¿Qué?! —Desmond rugió encolerizado—. ¡¿Cómo que ella hereda?! ¡¿Qué guarda esa llave!!

El abogado alzó la mirada hacia el caballero.

—Eso solo era del conocimiento del difunto.

—¿Y usted por qué *demonios* no sabe nada?!

—Querido, déjalo terminar... —Melva intercedía cada vez impaciente por escuchar qué más heredaron. Faltaba ella y su otro hijo por nombrar.

—A mi *atenta*, nuera, Melva: los pijamas que me compró. No les hice mucho uso. Los puede usar usted.

—¿Es una broma?!

—A mi querido nieto, Aidan —el abogado ignoró a la dama—: le devuelvo el reloj de cadena; muchas gracias por obsequiármelo, fue mi pertenencia favorita. También le dejo la casa ubicada

en Kinnitty y los 1235,53 acres ^[3] de terreno que la circunda.

—¡Esto es inaudito!

—¡Será deber!! —el abogado elevó la voz para hacerse escuchar por la protesta de Desmond Fitzgerald—, de Susana y Aidan, velar por el bienestar de las montañas. En *Moninne* encontrarán lo suficiente para proteger cada criatura que alberga dichas tierras. Ambos serán los guardianes; entre los dos devolverán la vida a Slieve Bloom. Sé que así lo harán. Los quiero. —Cerró el testamento.

Desmond se levantó molesto de la mesa. El condenado de su padre se salió con la suya desde el más allá. Muy sigiloso se movió en las sombras, lo que les dejó no cubría sus deudas, las cuentas bancarias apenas tenían unos cincuenta mil euros. La bancarrota estaba declarada.

—¡Soy el tutor, tenía que heredar todo por derecho!

—No, señor —replicó el abogado—. La tutela expiró tras el fallecimiento del señor Dugan

Fitzgerald. Usted hereda una parte por disposición de mi cliente, no por ser pariente directo o haber sido el que administró sus bienes durante años.

—¡Lo impugnaremos!, ¡¿cómo se prestaron para eso?! ¡¡Estaba demente!! —¿En qué momento se hizo otro testamento? Tenían que apoderarse de Slieve Bloom y de la llave.

—Haga lo que tenga que hacer, señor Desmond. Su padre comprobó ante médicos y jueces que aún estaba en pleno uso de sus facultades. Fue su última voluntad.

—¡No lo acepto! ¡Esa maldita...!

—¡BASTA! —Aidan sonó las palmas de sus manos en el tope de la mesa, mientras se levantaba, dándole igual si heredaba una casa en ruinas. Pero que irrespetaran a Susana y la disposición de su abuelo, jamás lo toleraría; ellos no estuvieron para él, en vida. Menos, en la muerte.

Susana se sintió como una hormiga cada vez diminuta. Esa gente la iba a devorar viva.

—¡Tonto! ¿Eres consciente de los millones que representan esas tierras? ¡Nos salvarían de la ruina!

—No es mi intención —Susana se sorprendió de la revelación—, si tengo que...

—¡De ninguna manera! —Aidan la increpó con la mirada—. Haremos lo que mi abuelo dispuso.

—¡¡Ingrato!! —Desmond lo gritó—. ¡¿Qué clase de hijo eres?! La prefieres a ella que a tu familia.

—No es por eso, papá —el joven aclaró impaciente—. Los amo a todos —incluso al idiota de su hermano mayor—, pero cumpliré lo plasmado en el testamento.

El padre lo señaló, amenazante.

—Prepárense, porque impugnaré el testamento: lo que heredaron es nuestro. ¡Yo aún era el tutor!

Susana se preocupó. Ella carecía de medios económicos para protegerse de un litigio.

Miró a Aidan, tan apabullada como él. ¿En qué, Dugan, los había metido? Pronto se enfrentarían a grandes monstruos.

Tal como lo prometido, el padre de Aidan, lanzó su primera ofensiva. A la mañana siguiente y antes de que Susana tomara su primera taza de café, la conserje le avisaba del sujeto que preguntaba por ella, afuera del edificio.

Por una fracción de segundo creyó le iban a embargar el apartamento; sin embargo, reconoció al sujeto que representaba los intereses del señor Desmond. Una generosa cantidad de dinero obtendría a cambio si le entregaba la llave.

—¡Ya les dije que no está en venta, ¿por qué son tan necios?! —se indignó—. La tomaban por tonta; si estaban dispuestos a extender un cheque, era porque, lo que se hallaba bajo candado o lo que fuese, valía mucho más.

—¿Cuánto desea? —el abogado asumía que la latina conocía bien el juego de los números, le concedería una pequeña victoria.

—Así me paguen un millón de euros, no la venderé —lo miró altiva—. Es mía, la heredé de una buena persona —expresó, siendo consciente de cometer un garrafal error al aferrarse a una vieja llave sin valor, salvo lo que resguardaba.

—Considere es su última oportunidad de librarse de un litigio. Acepte el dinero.

—No, gracias —procuró ocultar su angustia. ¿Tendría que informarle a Aidan sobre lo que le ofrecían? Él tampoco se le vio muy feliz de lidiar con la herencia de Dugan.

Sin más remedio que expresarle un «feliz día» a la muchacha, el abogado se marchó en su Lexus, maquinando en otra estrategia para hacer feliz a su distinguido cliente. Esa joven fue ágil en no dejarse seducir por el dinero o intimidar por las advertencias; quizás —en esto se le hacía cada vez lo más seguro— el difunto la orientó en su proceder. Era conocedora de lo que se hallaba en aquel lugar.

Pasadas las horas, Susana se lamentaba de que su currículum era insuficiente para los propietarios de los supermercados, restaurantes, librerías y otros negocios de la ciudad, pues estos exigían carta de recomendación reciente de terceros, carta de aprobación del trabajo anterior, de lo que Susana no contaba con lo último. En Juventud Prolongada le hubiesen valido una excelente experiencia en el área de mantenimiento y atención a personas mayores con necesidades especiales; por desgracia, la sacaron por la puerta trasera.

Afligida, abandonó el restaurante chino, donde esperanzada oró para que la contrataran como ayudante de limpieza en la cocina, pero estos solo aprobaban a los de su mismo origen étnico. Caminó kilómetros, a fin de no malgastar el dinero de su liquidación en transporte público y otros menesteres; tachaba en su lista mental sus oportunidades; el hambre y la sed le indicaban que se devolviera al apartamento y descansara, no tenía caso seguir en esa infructuosa búsqueda de la que muchos como ella ansiaban lo mismo. Tendría que preguntar a sus compañeros en Atila, a ver si alguno estaba al conocimiento de un trabajo libre. Aunque lo dudaba, *nadie hacía nada por nadie sin beneficio*.

—Creo que tendré que abrir una *Web*... —meditó mientras caminaba por la acera. Ya era hora de que trabajara por su propia cuenta, había esperado mucho por temor a su inexperiencia. Nadie la conocía, carecía de referencias, perdió mucho tiempo trabajando en lo que menos le gustaba, en vez de formar un portafolios digital que la respaldara. Ella estudio diseño de interiores, ¿por qué no era creativa?

Al caer la noche, sus pensamientos la mantenían distraída. En más de una ocasión Osker la espabilaba y Clarissa le preguntaba qué le pasaba. Susana les sonreía apenada y, pidiéndose control en su fuero interno, se concentraba en sus labores.

Tres días después un mensajero le entregó una notificación de presentarse el jueves 7 de julio del presente año, en los tribunales, para una audiencia con el juez de distrito. Esto confines «conciliatorios» entre abogados, por lo que Susana telefoneó al de Dugan, y este enseguida se puso sobre la marcha.

—Es improcedente esta citación —Nilson Blaine se quejó ante el juez—. Los métodos para que la señorita Maldonado, ceda; son intimidatorios.

—Procedemos acorde a las leyes —replicó el abogado de la contraparte mientras se medían de un extremo a otro en la mesa—. El señor Dugan padecía alzhéimer y estuvo bajo la tutela de su único hijo; por extensión: el testamento carece de validez. El señor Desmond es el heredero absoluto.

—*El tutelado* fue capaz de demostrar su capacidad mental. Los médicos y psiquiatras avalaron la lucidez del señor Dugan Fitzgerald cuando dispuso hacer los cambios correspondientes a la herencia de sus bienes.

—Del que jamás nos notificaron.

—*El tutelado* no estaba en la obligación de notificar al tutor durante los exámenes psiquiátricos y tampoco del proceso de modificación del testamento. Además, hubo testigos.

—¿Quiénes? Requerimos sus nombres para investigarlos, porque el señor Dugan estuvo en franco deterioro. Hay antecedentes de un «olvido» por una reliquia costosa, según la última rendición de cuentas de la directora del ancianato al señor Desmond, el tutor.

—Eso no indica demencia senil. Además, no hay secretos con los testigos. Bien les puedo suministrar sus nombres. Todo se hizo acorde a las exigencias legales.

—¡El padre padecía de Alzheimer!

—Era Párkinson y afecciones cardíacas. Se demostró su lucidez —le recordó—. Por extensión, un simple «olvido» lo tiene todo el mundo, no lo que ustedes pretenden endilgarle a mi representado.

—Del cual es un muerto —sonrió desdeñoso.

—Cumpló su última voluntad.

El abogado opositor y sus dos asistentes se pusieron en pie. Susana dejó de respirar. Tanto lío por una llave...

Minutos después, al llegar a su apartamento, Susana halló el interior todo revuelto.

¡Ay, pero ¿qué pasó?!

—¡Señora Gallagher! ¡Señora Gallagher, se metieron los ladrones! —A menos que haya sido ella—. ¡Señora Gallagher! —Esta asomó la cara al final de las escaleras, barría el vestíbulo—. Se metieron los ladrones, llame a la policía.

La mujer, extrañada, subió de volada los escalones. ¿Ladrones?! ¿Y a esa *mocosa* que le robarían: zapatos y pantalones rotos?

—Se metieron... —Susana echó un paneo a su rededor. Las gavetas de la cómoda, el armario, el colchón de la cama, las estanterías de la cocina, la mesita de noche... Todo lucía revuelto como si hubiesen buscado algún objeto valioso para llevarse.

Alzó a Zeus y enseguida se llevó una mano a su pecho donde *su herencia* colgaba en una cadena alrededor del cuello y bajo su camiseta. ¿Acaso entraron para hurtarla?

Dios...

La posibilidad la hizo palidecer. ¿Qué tan peligrosa era esa gente como para lograr sus propósitos?

Ya no se sentía segura en la isla.

Al caer la noche, Susana admiraba melancólica la luna en fase creciente desde el ventanal de su modesto apartamento. Los ataques de ansiedad —que nunca había tenido— comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes a raíz de los recientes eventos. Ella no tenía la fuerza que se requería para enfrentar a un hombre tan poderoso como Desmond Fitzgerald, del cual este mantenía estrechas relaciones con jueces y abogados inescrupulosos en los juzgados. Se sentía tan insignificante, como si fuese David que lucha contra Goliath, en pos de unos bienes codiciados. El deseo de Dugan se convirtió en una riña entre padre e hijo, y entre familia prepotente contra una joven extranjera. Ni siquiera el cadáver del octogenario se enfriaba en su sepultura, y su descendencia sacaba las garras para pelearse por dinero.

Suspiró, con la opresión constante en su pecho. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo se libraría de aquello: renunciar a la herencia y que esa gente se matara entre ellos? Sería la vía recomendable, pero la más cobarde. Dugan la hubiese increpado. Para esa gracia, él le habría dejado todo a ese señor y su progenie, y que hicieran con su fortuna lo que les viniera en gana.

No obstante, el bienestar de algo más grande requería su valentía.

Sacó la llave de bronce y la observó con detenimiento. Era grande, en comparación con las actuales platinadas o de otro material, corroída por el tiempo y con un bonito diseño en la cabeza. Tenía la apariencia de abrir arcaicos cerrojos, preservados para aquellos que tuvieran la dicha de ver lo que había en su interior.

Se preguntaba: ¿qué abriría?, ¿un baúl? Y si fuese el caso... ¿Qué contendría? ¿Tesoros? Cielos...

Sacudió la cabeza.

¿Sería ese el motivo por el que Aidan se prestó para defenderla de su familia? ¿Por interés?

—No me extrañaría... —masculló, la vista clavada en el firmamento. Las estrellas incidían sobre Dublín de forma tímida. Las nubes oscuras se extendían debajo de ellas, robándoles protagonismo.

Empuñó la llave, insuflándose valor. Lucharía hasta el límite de sus fuerzas. Dugan así lo dispuso y las leyes también. Además, sus padres y hermanas ya estaban informados al respecto. Las redes sociales eran efectivas en esos casos. Pero el temor a lo que pudiera pasarle, repercutió en una negativa de parte de su abuela. Aunque, el resto la animaba a no dejarse intimidar.

Las luces delanteras de un vehículo, acercándose a baja velocidad por la calle, captó su atención. Eran pasadas las ocho de la noche, barriendo con las sombras que allí imperaban.

Susana rodó los ojos hacia un monstruoso todoterreno platinado que frenaba, justo al frente de su edificio.

Se estremeció, reconociendo de a quién le pertenecía.

—Pero ¿qué dem...? —Aidan se bajaba del Range Rover, y, como si sintiera que era observado desde arriba, alzó los ojos hacia ella—. ¡Mierda! —Susana se apartó rápido de la ventana.

Miró su apartamento, apenas medio acomodó la violenta requisa de los ladrones, pero aún había ropa tirada sobre su sillón, cama sin tender, zapatos esparcidos por los rincones, platos sucios en el fregadero, y su gato durmiendo sobre la nevera. Organizar el desastre le llevaría por lo menos una hora y ella carecía de tiempo.

Así que, se apuró. Aidan la visitaba sin previo aviso.

—¡Arrrrrg!, ¿por qué no usa el móvil como los demás mortales? —Corría de un lado a otro como pollo sin cabeza. El desorden la superaba—. ¡Te lo tienes merecido! —Ella jamás le contestaba, pues los trámites legales los llevaba el señor Blaine.

Sonó el timbre en su puerta.

Susana se paralizó.

¿La conserje lo hizo pasar?!

—Por favor, *Diosito*, que se largue —rogó en voz baja, teniendo cuidado de no ser escuchada. La señora Gallagher era muy quisquillosa con los extraños, atendiéndolos desde las rejas del edificio, por lo que, le extrañaba que Aidan haya entrado sin inconvenientes.

El timbre insistió.

Susana se olió las axilas: apestaba.

Como si tuviese turbos en los pies, voló hacia el baño y se lavó las axilas en el lavabo. Un aseo exprés la sacaría del atolladero.

El timbre resonaba con mayor vigor.

—¡Un minuto! —gritó para que Aidan aguardara—. Hurgó en su guardarropa, por una

camiseta limpia y se vistió en menos de un segundo. Por desgracia, nada podía hacer por su cabello y rostro.

Abrió la puerta y este le sonrió.

—Hola —la saludó.

Susana escondió medio cuerpo detrás de la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó lo que ya sabía.

—¿Puedo pasar?

Estuvo a punto de negar con la cabeza, pero la conserje la espiaba unos escalones más abajo. Vieja chismosa.

—Pasa —prefería eso a que la mujer estuviese allí, parando la oreja.

Aidan entró y observó el diminuto apartamento.

Sonrió. Al parecer, Susana tenía cierta semejanza con él: ambos eran desordenados.

—Tu apartamento es acogedor.

—Por no decir que es una ratonera —cerró la puerta tras de sí. Seguro que el otro vivía en un *penthouse* de lujo, con mayordomo incluido.

Le indicó sentarse en una de las sillas del mini comedor. La educación, ante todo.

—Sé que ya...

—Estoy decidida a... —hablaron al mismo tiempo, cada uno predispuesto a un enfrentamiento.

Aidan le permitió la primera palabra. Susana carraspeó y tomó una de las sillas para sentarse frente al chico.

—Estoy decidida a llevar a cabo lo que Dugan dispuso en el testamento —expresó—. No voy a cambiar de opinión. Si tus padres se imponen, buscaré ayuda legal. —Lo más probable, fuese el mismo abogado. Estos, en caso de herencia o sucesiones, prestaban sus servicios a cambio de un porcentaje del valor de los bienes a disputar.

—Estoy de acuerdo —medio sonrió—. Si lo del testamento fue su última voluntad, que así sea. —El joven admitía que, de las montañas, hacía mucho se había desentendido, y que volver a aquel lugar a él lo destrozaría. Pero respetaría la decisión de su abuelo hasta cumplir su labor. Luego, le dejaría todo a ella y de allá se marcharía para siempre.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —Susana se inquietó—. ¿Tenemos que esperar hasta la impugnación del testamento?

—Mi padre no lo hará, suele evitar los escándalos.

—Pero, quiere esas tierras y la llave...

La miró con detenimiento.

—¿La tienes bajo resguardo? —La muchacha asintió—. ¿Dónde? —El silencio de Susana le indicó a Aidan, que ella aún desconfiaba de él. No se ofendió; ser parte de una familia de hienas salvajes, haría que hasta él mismo desconfiara de todos—. Mantenla oculta hasta que nos marchemos a Kinnitty.

—¿«*Marchemos*»? —el plural la inquietó.

—Tú y yo somos coherederos. No lo olvides...

—Yo heredaré una llave que no sé qué abre, y tú una casa y sus tierras.

—El abuelo no explicó su origen, por lo que es muy probable que tenga que ver con Moninne. Nos nombró «guardianes».

Susana se levantó de la silla y, con el corazón oprimido, se dirigió hasta la ventana para tomar un poco de aire fresco. Hasta ese instante no había pensado en todo lo que repercutiría: ella y

él...

—¿Guardianes de las montañas? —Él asintió mientras le había llamado la atención el membrete de una hoja que se alcanzaba a ver bajo un libro en el tope de la mesa—. Eso será un trabajo titánico... —Susana agregó—. Nos encomendaron ser como guardabosques. —Un fotógrafo de modas y una empleada a doble tiempo, ya olía el estrepitoso fracaso.

—Pongamos las cosas en orden y después disponemos qué hacer. Contrataremos personal capacitado —comentó. Su atención seguía puesta en el papel. Ese membrete solía verlo plasmado en las misivas que a él le llegaban cuando la inmobiliaria recordaba los vencimientos de contrato.

—¿Para cuándo nos tenemos que marchar?

—Eh... —aprovechando que Susana mantenía la vista hacia afuera, Aidan deslizó el papel semioculto y se tomó unos segundos para responder, mientras leía en silencio la misiva—. El miércoles. Así te dará tiempo de empacar. —Las mudanzas suelen ser agotadoras.

—¿El miércoles de la otra semana?! —Se volvió hacia él, sorprendida y sin darse cuenta lo que este había leído—. ¡¿Tan pronto?! ¿Qué va a pasar con mi trabajo en la taberna?

—Renuncia.

¡¿Y de qué viviría?! ella se lamentó. Pasaría necesidades.

—Sí, claro, como es tan fácil conseguir otro empleo. —Y no solo porque tendría que marcharse de Dublín, sino que, pese de haberse puesto al día con los retrasos del alquiler y pagado puntual el de junio y julio, le había llegado otra misiva donde le informaban que no le renovarían el contrato, por lo que debía abandonar el apartamento a la fecha límite, del que sería en seis días. Aparte de esto, tendría que compartir un nuevo hogar con un chico guapo que le removía por dentro. Solo esperaba no se matasen el uno al otro. Los titulares se darían banquete: «Hijo del *Lord Mayor*, muere por riña». Vaya *raya* se llevarían.

¡Ahora sí que estaría de patitas en la calle!

Sentía un ardor en la garganta, lo que la motivó a dirigirse a la nevera para extraer un poco de agua; renunciar... ¿Cómo iba a hacerlo si carecía de otros ingresos? ¿Cómo compraría sus alimentos?, ¿cómo pagaría los servicios públicos? ¿Qué le mandaría a su madre, cuya remesa aliviaba su carga monetaria? Estaría endeudada hasta el cuello. Lo recibido de su liquidación en la Casa Hogar, era un salvavidas de un par de meses.

Tomó otro sorbo de agua y enseguida le ofreció a Aidan, por si tenía sed, pero este negó con la cabeza. Mientras ella aliviaba el trago amargo, por la sugerencia de su visitante, él la miró con creciente sentimiento de empatía y también con la incertidumbre alojada en su pecho. Para su propia desgracia, él tendría que obligarse a cumplir la última voluntad de su abuelo, ya que pronto Susana estaría en la calle.

Capítulo 12

—¿Es todo?!

—Te dije que no era necesario un camión de mudanza.

—Pero ¿y el resto de tus cosas?

—No son mías, son del propietario del inmueble.

Aidan hizo una expresión como si se hubiera acordado de algo y luego sonrió.

—Una chica que viaja ligero —dijo, socarrón. Él muchas veces prefería andar por el mundo con un morral sobre la espalda y el pasaporte en su bolsillo, que atarse a un lugar que le impidiera huir cuando sus recuerdos lo martirizaban.

—Soy práctica —Susana se encogió de hombros en una actitud relajada de no demostrarle al grandote que era más bien para evitar llenarse de enseres que después la perjudicaran a la hora de hacer una mudanza de emergencia; la mayor parte de sus pertenencias se recogieron en diversas cajas y su ropa en un par de maletas, prescindiendo así de los mobiliarios que venían incluido con el alquiler. Consideraba que mantenerse con lo necesario era lo mejor. Lo demás llegaba por diferentes medios.

—Igual que yo, hasta en eso nos parecemos... —sonrió y la joven eludió su mirada a la vez en que cerraba la puerta del apartamento. Zeus estaba en su contenedor, a sus pies, maullando impaciente por ser liberado. Sus grandes ojos dorados suplicaban, tal vez temiendo que lo llevarían al veterinario. El miércoles llegó antes de que Susana se hubiese dado cuenta. Por un lado, sus inquietudes dejaron de molestarla; por el otro, el cambio que afrontaría la mantenía en la zozobra.

Descendieron hasta la conserjería, donde le entregó las llaves a la señora Gallagher, quien lucía radiante. Susana sopesaba si por apreciar al *buenorro* o porque su morosa arrendataria se largaba del edificio. Mientras tanto, Aidan despidió al camión de mudanza, ante una nueva compañera bastante abochornada. Había tomado la iniciativa de colaborar con el trasteo, a pesar de que ella le insistió de no hacerlo; se reprochó a sí mismo por su impulso, jurándose escucharla la próxima vez.

Aunque imploraba que Susana sobreviviera en *aquella casa*.

Los dos solos.

Sus genios volátiles...

Por diversos motivos, emprendieron el viaje al atardecer. Aidan manejaba con las pocas pertenencias de la muchacha en la parte trasera del Range Rover, junto con las de él que acomodó tanto en el techo como en el maletero, y con la euforia de haberse salido con la suya. La última vez que se sintió de esa manera, fue el día en que le paró las patas en seco a su padre que planificaba su futuro desde que era un niño. En cambio, él tenía los suyos, basado en pequeños sueños que provocaron con el tiempo en abandonar el nido para emprender su propio camino. Con Susana a su lado era como iniciar otra etapa en su vida. No era un tonto, casi no la conocía, pero era buena persona.

La miró de refilón mientras manejaba, ya llevaban rodando una hora. La chica se mordisqueaba las uñas, sentada en el asiento del copiloto, en una clara visión de estar nerviosa. Aidan sonrió, sin decirle nada, él se encargaría de hacerla sentir segura tan pronto pisaran la casa. El gato dormía y las cenizas de Dugan viajaban sobre las piernas de la muchacha. La ciudad

quedaba atrás, dando paso a varios condados, para mostrar después un paisaje más campestre. El tráfico, el estrés cotidiano, las prisas, se desdibujaban en la medida en que el Range Rover rodaba hacia el centro de la isla.

Volvió a mirarla sin haber intercambiado con ella alguna palabra. Ambos viajaban en silencio, enfocándose cada uno más allá del parabrisas. Sus propios pensamientos los tenían ensimismados; tanto así, que temían haber cometido un error. Veinte minutos más pasaron volando, al igual que el paisaje o los árboles a través de sus ventanillas. Apenas se detuvieron para llenar el tanque de combustible, sacar al gato para que orinara y ellos comer algún bocadillo en un restaurante a lo largo de la vía.

Aidan recibió tres llamadas en su móvil de las que ignoró. A la tercera ocasión lo apagó sin dar explicaciones a su acompañante para no alarmarla, se había robado las cenizas de su abuelo, ya que le daría la despedida apropiada. Su papá pretendió mantener el jarrón sobre la chimenea y ese destino no era lo que el viejo hubiese querido.

De manera acertada, Susana asumía que se trataba de los padres de este, reclamándole por la decisión emprendida. No alcanzaba a sopesar el alcance de los problemas ni la osadía del hijo al llevarse las cenizas. Acarició el jarrón mortuario para reconfortarse a sí misma. ¿Qué le hubiera dicho Dugan a ella en esos momentos? «¡Vamos que para luego es tarde!». Lo extrañaba; tener un amigo como él, difícilmente lo volvería a encontrar, pues él solía anteponer la amistad por encima de todo, apreciando los valores personales que los monetarios.

Suspiró, soportando un nudo en la garganta.

Cómo lo extrañaba.

Giró su rostro hacia Aidan y descubrió que él la miraba.

Se enfocó una vez más en el paisaje. Maldita sea que, por una tontería, se ruborizaba hasta las orejas.

—Ya estamos por llegar a Kinnitty —Aidan, anunció, sin que le pasara por alto las mejillas arreboladas de la muchacha.

Ella asintió sin mirarle.

—Despiértame cuando lleguemos —reclinó su asiento hacia atrás. De ese modo se refugiaba en el sueño para hacer más corto el trayecto y así evitar el incómodo silencio entre los dos.

Aidan condujo cinco minutos más y luego se detuvo.

—Susana —sacudió su hombro con suavidad—. Llegamos.

A esta ni le dio tiempo de conciliar el sueño, enfocó la vista con dificultad a través de su ventanilla.

Frunció el ceño.

El lugar no era lo previsto, tenía entendido que era una casa, no un...

—Tenemos que pasar la noche en un hotel —Aidan explicó del porqué estacionaron frente a una edificación ubicada a un extremo de la solitaria calle; y, sin bajar las maletas, se dirigió al lugar sin esperar a que ella protestara.

—¿Por qué? —Susana se inquietó por la imprevista parada. ¿Acaso a ese tonto se le olvidaron las llaves de la casa o tendrían que arreglárselas para contratar a un cerrajero?

Hum..., lo pensó. Ella tenía una llave que Dugan le heredó. ¿Sería la que le darían acceso a la puerta principal de aquel lugar?

Lo siguió hasta el interior del hotel. En una mano sostenía el asa del contenedor de Zeus y, abrazando con el otro brazo, llevaba las cenizas de Dugan. A ninguno de los dos los dejaría en la cabina del Range Rover.

Aidan la ayudó con el contenedor, sorprendiéndose por el peso del gato, y luego fue directo al mostrador.

—Dos habitaciones —pidió a un hombre maduro, tras unas escuetas «buenas noches».

Susana aguardó a que el pelirrojo le respondiera a la pregunta que le había formulado, pero como no lo hizo, insistió:

—¿Por qué tenemos que pasar la noche en un hotel?

—No sabemos las condiciones en cómo está *Moninne* —susurró en su oído, en referencia a la casa.

«Las condiciones...».

Susana se preocupó. ¿En qué condiciones estaría esa casa que tendrían que pasar la noche en otra parte?

—No hay vacantes —el hombre sintió pena por la joven pareja, lucían agotados—. Y dudo que hoy y mañana consigan habitación. *La experiencia Robin Hood*, en el pueblo, atrae turistas. Hay un torneo de arco y flecha, con jugoso premio.

—¿Robin Hood?

—A la gente le gusta vestirse y pasarla bien, así no sea la leyenda de ese sujeto en esta localidad... —Aidan le explicó a Susana, lamentándose él del inconveniente. Así que, se despidieron y caminaron hasta el otro hotel que se hallaba del lado contrario de la calle, encontrándose allí con la negativa de que los animales no eran admitidos dentro de sus instalaciones.

Volvieron al vehículo, esta vez Susana acomodó el contenedor de Zeus en el asiento trasero, jamás permitiría que su mascota durmiera encerrado en el *barco de cuatro ruedas*, y rodaron un par de manzanas, percatándose del letrero de «No hay vacantes» en los siguientes tres hoteles. Incluso, el ubicado a la salida del pueblo.

Aidan se frustró. De los pocos hoteles existentes en Kinnitty, ni una habitación había disponible. Y manejar hasta Cadamstown no le apetecía, su hermano podría captar su presencia, ya que él por allá residía.

Pero un hálito de esperanza, hizo que recordara de pronto.

Tomó a Susana del brazo y la jaló hacia el Range Rover.

—¿Adónde vamos? —Lo más probable: para la casa.

—A un castillo —estaba mucho más cerca del otro pueblo.

Parpadeó, perpleja.

—¡¿Adónde?! —fue inevitable sonreír. En todo ese tiempo en que ha vivido en Irlanda, jamás ha visitado alguno. Lo que causó que Aidan frunciera el ceño, extrañado, pues ella lucía radiante —. Me encantan los castillos... —reveló, apenada.

Él sonrió.

—Si tenemos suerte, dormiremos en sus habitaciones. —El Castillo de Kinnitty ha pasado por varias familias adineradas que lo han vendido por diversas dificultades económicas, hasta estar bajo la administración del estado; ha sido escuela de formación forestal, hotel de cuatro estrellas, ha pasado por una penosa incautación bancaria y luego vendida a unos inversores que han mantenido su funcionamiento hotelero y salón de eventos hasta la actualidad.

Sin embargo, ni alcanzaron a bajarse, cuando un letrero cerca de la puerta reseñaba que ellos se quedarían con las ganas de recorrerlo. Además, uno de los obreros del lugar les advirtió que ni en Cadamstown hallarían una cama confortable, por lo del torneo.

—¿Y ahora qué hacemos? —Susana se inquietó y Aidan la miró con obviedad—. ¿Seguro?

—Sí, no pasa nada. Solo déjame comprar algunas cosas que necesitaremos.

A poca distancia de la primera parada que hicieron en Kinnitty, estacionaron frente a un supermercado que parecía una casa *vintage*, abierto las 24 horas. Adquirieron comida y también velas, fósforos, linternas y lámparas de carga eléctrica. Aidan le preguntó si tenía hambre, para comprar algunos víveres, a lo que Susana asintió de buena gana. Por Zeus no se preocupaba, ella llevaba suficiente alimento como para un mes, había comido durante el camino, por lo que su pancita estaba llena.

El motor del potente vehículo ni se sintió y rodó una vez más por la vía sin que los residentes del pueblo se percataran de los visitantes; la ansiedad fluctuaba en la cabina, pronto estarían allá... ¿Cómo sería? ¿Grande? ¿Pequeña?, las preguntas se las formulaba así misma Susana, porque Aidan meditaba en qué terribles condiciones hallarían a Moninne. O lo que dijo su padre fueron exageraciones. Tantos años de *aquella vez*...

Una leve opresión se alojó en el pecho de la muchacha, el todoterreno se alejaba cada vez más de la civilización, para introducirse a las montañas. Preguntó si había otro pueblo por esa área, del cual, la silueta de la cabeza de Aidan, lo negaba. La oscuridad se cernía sobre ellos, los faroles delanteros iluminaban el camino, todo era silencioso, quieto... No había postes de luz que indicaran que dichos terrenos fueron conquistados por el hombre; más bien, lucía agreste, salvaje...

¿Qué tipo de fauna por ahí merodeaba?

Idiota, ella, por no investigar antes.

—Está un *poquitín* lejos, ¿no te parece? —expresó sin poder contener su mortificación. Si no había pueblo o aldea por esa área montañosa, ni un vecino habría por las cercanías. ¡Ay, qué soledad tendrían!

—Está lo suficiente lejano para vivir en paz, te darás cuenta más adelante de lo que comento.

—Prefiero que me lo digas ahora.

—La gente es... —la miró— curiosa.

—Buena manera para expresar que es chismosa.

El río y Susana se contagió.

De esto no hablaron más, pero les sirvió para que ambos se relajaran un poco, para nada tenían la seguridad de si les gustaría la residencia que compartirían. Susana la imaginaba como una pequeña cabaña, bordeada por múltiples florecillas silvestres que maximizaba la belleza de la construcción, y, Aidan, tragándose una maldición por el deber impuesto.

Tener que volver otra vez...

De repente, el Range Rover se detuvo cuando un portón de diseño ornamental, bastante oxidado, les bloqueaba el camino.

—¿Hay perros?! —Susana se preocupó por su gato. El letrero de «CUIDADO: perros bravos», alertaba al que pretendiera ingresar a los terrenos privados de los Fitzgerald.

—No.

—¿Y para qué colgaron ese letrero: para alejar a los merodeadores? Ya deben saber que no hay perros... —su tono de voz un tanto nervioso; detrás de ese maltrecho portón se hallaba la casa en la que ellos vivirían, quizás, por unos meses.

Aidan no agregó más al comentario de la muchacha, la dejó sola en la cabina y se apuró en cortar las cadenas con algo de lo que Susana no alcanzó a ver; abrió las rejas de par en par, haciendo rechinar las bisagras.

El Range Rover continuó su recorrido.

—Qué bonito lugar... —Susana miraba a través de su ventanilla. El acceso a la casa era tenebroso, pese a que hileras de robles les daban la bienvenida. Había mucha maleza, lo que le llamó la atención, meditando que por allí nadie pasaba a darle un cariñito a las plantas y arbustos. Causaba pesar los troncos secos y caídos por alguna tormenta pasada, qué desolación, qué descuido... Hasta el pastizal daba grima, se olvidaron de podarlas, quién sabe desde cuándo, creció tanto que podría esconderse algún animal de largos colmillos.

Luego fijó su atención en lo que al fondo se erigía y agrandó los ojos.

¿Adónde fueron a parar?!

Miró a Aidan, consternada. ¿Por esa casa pretendieron impugnar el testamento?! Moninne era una mansión de tres plantas que amenazaba con desmoronarse en cualquier momento.

—De día luce mejor.

—La noche no la favorece...

Él hizo de oídos sordos a lo expresado por su bonita acompañante, debido a que tenía razón. La casa inspiraba temor. Sin embargo, no era eso lo que lo abrumaba, sino la tristeza por comprobar el grado de abandono de la propiedad. ¡Se caía a pedazos!

Manejó a baja velocidad y, en la medida en que se acercaban, las luces de los faroles le otorgaban a la casa ese halo terrorífico que a todo *miedoso* le haría cagar en los calzones. Frenó en lo que parecía el antiguo estacionamiento y luego Aidan apagó el motor, sumergiéndose ambos en la oscuridad reinante del entorno. Para el muchacho fue inevitable sentir lástima por la locura de su abuelo, dejó que todo se derrumbara al perder las ganas de seguir adelante sin su esposa, quien murió tras la invasión. Lo que antes lo motivó, ahora era un cúmulo de escombros y maleza.

—Permítame —tomó el jarrón mortuario de las piernas de la morena y lo acomodó en el asiento trasero, justo al lado del contenedor del gato; de ese modo no habría necesidad de bajarse del Range Rover. Luego extrajo de una de las bolsas, dos latas de gaseosa y los paquetes de jamón y queso para armar un emparedado con el pan tajado que compró. Le entregó los correspondientes a Susana, mientras el gato maullaba para que lo dejaran salir de su contenedor. Su dueña se apiadó y lo dejó moverse dentro de la cabina, olisqueando el tapizado del vehículo, el jarrón mortuario y lo que comía Aidan y Susana.

—Para que lo dejaste salir: se orinará dentro.

—Es educado.

—Estaré tranquilo si lo sacas un rato.

—¿Con esta oscuridad?!

—¿Qué tiene? No le va a pasar nada.

—Debe haber animales peligrosos. —Él rio y esa risa le heló la sangre a Susana—. De todos modos: ya orinó en la gasolinera.

La expresión de Aida era de duda, eso fue hacía un rato largo.

—Oye, *panterita obesa*, nada de hacer *pis* dentro o me enojaré. ¿Entendido? —le ordenó cuando este abrió la boca para comer lo que su dueña le ofrecía.

Zeus se paralizó un instante como si comprendiera lo que le decía y luego le dio la espalda.

—A ver si respetas al animalito, lo ofendiste.

—Se le pasará.

—En serio: qué odioso eres...

Tras ambos terminar de comer y guardar las latas vacías y los paquetes abiertos en la bolsa, Aidan reclinó su asiento hacia atrás y expulsó el aire de sus pulmones, en una relajación para

conciliar el sueño.

—Buenas noches.

Susana se inquietó.

—¿Qué haces?

—Dormir —respondió. Sus ojos cerrados y sus brazos cruzados, detrás del volante— Te sugiero hagas lo mismo.

—Pero... —señaló hacia la casa.

—Mañana. Hoy estoy agotado.

—Pero, Aidan...

—No es prudente entrar a la casa de noche —la miró—, no sabemos con lo que nos vamos a encontrar.

El temor atenazó a la muchacha.

—¿Cómo qué? —¿Serpientes o fantasmas? Seguro allí espantan.

—Mañana lo sabremos.

—No sé cómo puedes dormir así —cabreada, se deslizó por encima de la consola central hacia el asiento trasero, para que Zeus se recostara junto con ella y calmara su nerviosismo. Dejó el contenedor en el asiento del copiloto, con la intención de liberar espacio. En cuanto a las cenizas de Dugan, por respeto a estas, acomodó el jarrón mortuario en el tapiz, justo detrás de dicho asiento, para evitar patearlo en caso de conciliar el sueño.

Aidan encendió el motor y acto seguido bajó las cuatro ventanillas de forma automática.

—¡Súbelas, mi gato se va a escapar! —lo agarró rápido antes de que saliera por una de estas.

—Déjalo, no le va a pasar nada.

—¡Súbelas, Aidan!

—Tengo calor.

—¡Aidan!

Él soltó el aire de los pulmones, de mala gana.

—Está bien... —Volvió a encender el motor y subió las ventanillas, aunque no del todo. Dejó un espacio suficiente para que la brisa los refrescara y el gato no escapara.

—Ahora entrarán los mosquitos...

—No lo harán.

—Me van a picar.

—No lo harán, no seas quejica. —No mientras él estuviese ahí.

Ella aguardó un rato a ver si sufría de picaduras y de ese modo mostrarle al terco las inflamaciones que se formaban en su piel. Pero ni un mosquito le fregó la paciencia. Así que, sin darle a Aidan la razón, acomodó su morral en el asiento, de modo que fungiera de almohada. No era muy cómoda, pero al menos no sufriría de tortícolis cuando despertara al siguiente día. Alzó los ojos hacia la ventanilla hacia sus pies y observó el cielo que lucía encapotado de nubes oscuras que ocultaban las constelaciones. No era una bonita vista, tampoco el sonido que se colaba al interior del Range Rover, a través de la ranura de las ventanillas, pues escuchaba un tanto amortiguado las chicharras y el «croac» de las ranas, barriendo el silencio. La inquietó como si esperase a que algo malo sucediese, los ruidos de la naturaleza nocturna la intimidaban.

Se alteró cuando escuchó cerca que unas ramas se partieron a causa de pisadas.

—¿Qué fue eso?! —Se incorporó. Sus ojos a la altura de la ventanilla que tenía sobre su cabeza.

—Un cervatillo.

—¿Cómo sabes? ¿Podría ser un ladrón? —Él ni siquiera se molestaba en revisar el perímetro por si las moscas.

—¿Para robar qué?

—¡A nosotros!

—Confórmate con saber que solo es un cervatillo.

Ella hizo un mohín. Tan jactancioso como su abuelo que lo sabía todo. Aun así, revisó los seguros de las dos puertas traseras y la del copiloto. Todas bien cerradas.

Aidan estiró los labios en una socarrona sonrisa.

—Paranoica...

—Dormiré más tranquila si están aseguradas.

—Los cervatillos no abren puertas —bromeó.

—Los intrusos, sí. Yo, por si acaso... —desde el asiento de atrás, estiró la mano hacia adelante para asegurarse que la puerta del piloto estuviese trancada. Sin embargo, le costaba alcanzarla debido a la consola central que la limitaba en su puesto y a su brazo que era corto, por lo que se estiró un poco más por sobre Aidan.

Este abrió los ojos y la miró.

Ella estaba sobre él...

—¿Te arrullo o quieres cariño? —Sus manos picaban por sujetarla de la cintura y luego acomodarla a horcajadas sobre sus piernas, para darle un furioso beso.

—Solo reviso —por un instante sintió una ola de calor emerger de su propio cuerpo, porque la segunda propuesta le gustaba.

Él rio y esto a ella la enojó, por sentirse en evidencia. Acto seguido, se encogió en su asiento y se arrebujó con su suéter, maldiciendo la hora en que decidió llevarle la contraria a todo el mundo.

Capítulo 13

El sonido de la puerta al cerrarse despertó a Susana. Se quejó por tener dolores en las articulaciones y sentirse pesada después de haber dormido incómoda. Enseguida se sentó de un tirón, provocando que Zeus saltara al piso del Range Rover para evitar que ella lo lastimara sin querer. El jarrón mortuario permanecía intacto de la curiosidad de su gato, y de nuevo la joven lo acomodó donde antes Aidan lo dejó.

La alegría la invadió, ya había amanecido, pero su sonrisa se borró al mirar a través de las ventanillas. El aspecto de la casa lucía aún peor durante el día.

La fachada de la mansión era un triste recordatorio de lo que alguna vez fue un majestuoso símbolo de riqueza arquitectónica. El paso del tiempo y la negligencia humana han dejado su huella, convirtiendo la elegante residencia en una desolada estructura en ruinas. Las paredes exteriores, en otrora pintadas de blanco, mostraban en la actualidad signos evidentes de deterioro y descuido, y los cristales rotos y astillados de las ventanas daban la impresión de que la mansión ha sido víctima de vándalos.

—Seguro espantan... —Desanimada por lo que observaba, alisó su pelo con sus dedos, que en ese instante se asemejaba a una mata de hongo. Aidan le daba la espalda, de cara a los matorrales, con las manos hacia delante de la pelvis, lo que hizo meditar a Susana de que estaba «regando las maticas». La ventaja de ser hombre era que, *lo sacas por ahí, y, pririlín pirilín pin pin...* ¡Vejiga vacía! En cambio, las mujeres tendrían que acurrucarse y exponer vergonzosa toda la parte inferior de su ser.

Acto seguido, Aidan comenzó a merodear por los alrededores, dándose vuelta para que Susana se fijara que él estaba igual de greñudo que ella y con la camisa arrugada hasta el cuello. Pero en este, el aspecto andrajoso le quedaba bien, siendo lo contrario a la joven que parecía una loca.

Le puso el perchero a Zeus para evitar que, por la emoción, se escapara a merodear la zona y sufriera el ataque de algún zorro o felino que lo quisiera devorar. Estuvo a punto de gritarle a Aidan de acercarse a destrancarle la puerta, pero le dio por revisar el seguro y descubrió que podía bajarse sin inconvenientes.

Sus piernas adquirieron el largo habitual en cuanto pisó la gravilla, le dolían las rodillas por la «cama rodante» en la que tuvo que dormir aovillada. La espalda y los hombros pasaron por el mismo padecimiento, el dolor muscular superaba al de los huesos, la constante vigilia la mantuvo tensa.

—Tendrás que curiosear para otro día —le ordenó al gato que luchaba por librarse de sus ataduras. Susana lo llevaba a unos matorrales, un tanto alejado del «baño público» que utilizó Aidan.

Sus ojos trasnochados recorrieron la verdosa inmensidad del entorno, del cual recién había llovido: robles de tronco grueso y altísimos abetos cónicos marcaban los linderos boscosos de las montañas. El oxígeno que ahí se respiraba era puro, la brisa suave y fresca, haciéndola sonreír. La carretera —por la que accedieron— no desentonaba con un asfalto artificial, sino que el empedrado casi se mimetizaba con el terreno de la propiedad. Era un lugar hermoso, pese a la fea construcción a su derecha. Consultó su hora en su reloj de pulsera, el sol despuntaba desde las seis de la mañana y la temperatura aún conservaba vestigios del clima primaveral de

la temporada pasada.

—¡Qué aspectos tienes! —Aidan rio en cuanto se acercó. Susana puso los ojos en blanco, llevándose unos mechones de su cabello detrás de las orejas. Zeus jaloneaba, desesperado por correr hacia las coníferas.

—Pues, tú luces peor —mintió.

—Eso se debe a tus ronquidos, no pude pegar un ojo en toda la noche.

—¡Yo no ronco!

—Claro que sí —replicó, socarrón—. Roncas como camionero —y la imitó para molestarla.

—¿No será al revés? ¡Quédate tranquilo y orina! —increpó a su inquieta mascota luego de llevarle la contraria al otro.

—Ninguna de mis novias se ha quejado.

—¿«Tus novias»? —El plural le chocó a Susana—. ¿Acaso tienes muchas?

La respuesta a esa pregunta fue una sonrisa jactanciosa por parte de Aidan. ¡Claro que las tenía! Aunque todas eran conquistas pasajeras, a excepción de Raquel, quien, pese a los prolongados distanciamientos e infidelidades de él, ella aún lo recibía entre sus brazos.

Escaneó a la aturullada latina que no sabía qué hacer con sus greñas cortas y con su gato. Sonrió por su buena compañía, no era pretenciosa ni se esforzaba por aparentar lo que no es; más bien, demostraba gallardía y era poseedora de una lengua afilada capaz de replicarle al mismísimo señor del inframundo.

Quiso expresarle lo bonita que lucía, así de greñuda, pero una brisa helada los envolvió a ambos, haciéndolos estremecer. La expresión socarrona de Aidan se ensombreció, recordándose cuál era su misión.

Caminó hasta la puerta principal de Moninne, apenas sostenida por una bisagra.

Tuvo cuidado de no desprenderla al abrirla y fue el primero en ingresar a la vivienda de su infancia.

Susana alzó a Zeus y lo siguió.

—Virgen santa... —jadeó. No era capaz de avanzar al interior, sus piernas se paralizaron en el umbral. Jamás en su vida ella había contemplado algo semejante. Un abeto, mitad de alto a los que había en el exterior, se erguía en medio del vestíbulo como si la mansión hubiese sido levantada a su rededor o este germinó bajo te... Sacudió la cabeza. *No, bajo techo, no.* ¡Allí había un enorme hueco! La punta del «abeto enano» sobresalía unos metros del tejado en busca del sol. Lo que la sorprendió, pues desde el exterior no se apreciaba, debido al diseño y altura del tejado de Moninne. Pero, al ingresar..., al visitante lo dejaba sin aliento.

Aun así, la maleza crecía dentro y fuera de la ruinosa mansión, tomando control del piso, las paredes y las columnas. Le recordaba a *Jumanji*, la película de Robin Williams, en la que los protagonistas tenían que esperar a que sonaran los tambores para invitarlos a un juego mágico de cazadores y animales salvajes.

Procuró pisar por donde pisaba Aidan, como si temiera que las tablas del piso se rompieran y se la tragaran entera. «*La última vez que se vio fue en compañía de un pelirrojo*», imaginó a la presentadora del noticiero estelar reportando los hechos.

—Es inmensa... —Cuadros, esculturas pequeñas, candelabros de techo, muebles... Todo cubierto de polvo y telarañas; revueltos en un claro allanamiento sufrido en épocas anteriores—. Tendremos mucho trabajo por hacer...

Aidan la miró sin decir nada. Para restaurar la antigua gloria de la mansión, tendrían que trabajar muy duro, a pesar de tener un presupuesto limitado. No solo necesitarían limpiar la

casa a fondo, sino también reconstruir desde los cimientos hasta el techo. Aunque para él no sería molestia ensuciarse las manos para hacer que la casa brillara.

Alzó la vista hacia la segunda planta.

—Lo primero que haremos es seleccionar una habitación y limpiarla. Allí dormiremos.

Susana parpadeó.

—¿Los dos?

—¿Algún problema? —Su expresión socarrona.

Ella se cruzó de brazos.

—Por supuesto: no eres mi marido.

—Ya dormiste conmigo —sonrió malévolamente.

—En el Range Rover.

—Pero, dormiste...

—Idiota.

Se carcajeó.

—¿Qué pasa con ustedes, los latinos, que son tan amargados?

—Será que tenemos poca paciencia con los... —una cucaracha voló cerca—. ¡¿Eso qué fue?! ¡¿Qué gigante!! —Huyó despavorida hacia afuera. Amaba la naturaleza, la cuidaba y defendía a capa y espada, pero que no le encomendaran medirse con un asqueroso bicho, que ella se cagaría del susto.

Las risas de Aidan, tronaron al instante.

—¡Suelta al gato y que haga su trabajo!

—¡Aún, no! —gruñó desde el umbral de la puerta—. ¡Y no te burles que no es gracioso! —estaba por asestarle un pescozón.

—¿Tienes idea de cuántas *como esa* debe de haber por la casa? ¡Miles! —Mantenía los labios estirados en una sonrisa divertida. A Susana le aterraban las cucarachas. Algo nuevo de ella conocía.

La pobre hizo un gesto azorado.

—Tú limpias, yo voy a un hotel.

—¿A cuál? —Le pareció divertido cuando ella hizo el amago de largarse de allí—. Todos están repletos de turistas.

—Entonces, vamos al pueblo a comprar veneno.

Sacudió la cabeza.

—Nada de eso.

—¡Dijiste...!

—Que hay miles —completó—. Pero se marcharán, descuida. Y no lo digo por el gato que parece quisquilloso.

—¿Y cómo lo harás? —Se cruzó de brazos, airada—, ¿se lo vas a pedir? «Por favor, *señoritas*, ¿tienen la amabilidad de volar para otra parte?». Sí, claro, como no...

Él asintió y un brillo acerado resplandeció en sus ojos.

Susana se estremeció.

Fue extraño.

—Escogeremos la habitación menos sucia —exigió, aprensiva de los bichos que allí hallarían.

—¿Y qué esperamos? ¡Vamos!

—Después de desayunar, tengo hambre... —nada quedó de lo comprado en el supermercado, Aidan fue tan tragón que se comió diez emparedados.

Y, para hacerla rabiar, él le señaló hacia un pasillo que se perdía a su izquierda.

—La cocina está por allá. Pero te advierto —la miró con una ceja alzada—, mi paladar es exigente.

Se hizo la ofendida.

—Acostúmbrate al agua hervida, la preparo... —besó la punta de sus dedos— de *rechupete*.

—¡Ay, lo que me espera!

—Pues, tendrás que esperar, porque no pienso meterme en la cocina con ratones y cucarachas dándome la bienvenida. No, qué va... Así que nos vamos al pueblo a meterle comida a las tripas —y con ello se refería a degustar de alimentos en un lugar limpio. Por lo visto, tendrían un día muy arduo.

Estuvieron de vuelta en el Range Rover. Zeus en su contenedor y Dugan en su jarrón mortuorio. Aidan condujo hasta el pueblo, donde la algarabía de los lugareños —ataviados tipo Edad Media— se hacía sentir desde tempranas horas de la mañana a causa de la feria de Robin Hood.

Ambos ingresaron en un modesto restaurante, donde un par de ancianos lo administraban. Aidan se acercó a ellos, no antes haberle pedido a Susana de escoger la mesa de su preferencia; ella obedeció y observó que él algo conversaba con los ancianos, quienes parecían un tanto tensos como si no les hubiese agradado su presencia. Los ceños fruncidos, las miradas intercambiadas de estos y de los sujetos que comían en otra de las mesas. Aidan asintió en varias ocasiones a lo que, Susana conjeturaba, respondía a algunas preguntas. Esta era la razón por la que él le había dicho a ella que los residentes de Kinnitty eran «curiosos». ¡Todo lo querían saber!

—¿Me esperas un momento? Tengo que hacer algo —luego de terminar de conversar con los propietarios, se acercó a la mesa donde se hallaba la joven sentada.

—Sí, claro. —Quería preguntarle si pasó algo, pero prefirió no ser impertinente.

—Ordena mientras tanto, procuraré estar de vuelta rápido.

—No sé qué pedir...

Aidan se volvió hacia la anciana y esta acudió de inmediato.

—¿Qué van a ordenar? —Con cierta tosquedad le entregó a la joven el menú.

—¿Qué nos recomienda? —Aidan permanecía en pie, afanoso por marcharse.

La mujer señaló uno en la lista del menú.

—El típico.

—¿Cuál es? —Susana no sabía nada de lo que allí servían.

—Huevos fritos, tocino, salchichas, morcilla, tomate, champiñones, tostadas... —Aidan le explicó—. ¿Se te antoja?

Ella asintió.

—Que llene el plato.

—Entonces, que sean dos *bien repletos* —pidió él en réplica de la muchacha—. ¡Y dele prisas que hay hambre! —bromeó, pero su jocoso comentario no fue bien tomado por la mujer que le torció los ojos de mala manera.

—Qué antipática. —A Susana le desagradó que la mujer reaccionara con ese feo gesto, le parecía que Aidan no la había ofendido. No obstante, la actitud de esa gente era extraña.

—Dame cinco minutos —fue lo que respondió, él a cambio, de repente incómodo con la situación. Su sonrisa forzada.

La dejó allí, a la espera de la comida y de su regreso. Susana lo vio alejarse a través del

ventanal donde la mesa que ella escogió, estaba ubicada. Aidan cruzaba la calle, su alta figura masculina resaltaba del resto de los que por ahí transitaban; notó que algunas personas se detenían a observarlo y otros salían de los negocios aledaños, como si este hubiese hecho algo en el pasado que aún causaba desavenencias. Levantaba habladurías a su paso, no por parte de los turistas disfrazados, era obvio que no lo conocían, pero sí de los lugareños que vivían en el pueblo desde hace muchos años.

Se dio cuenta de que también ella era observada por parte de los sujetos de la otra mesa y de los hoscos ancianos, y esto la mortificó, pues una situación semejante experimentó en Dublín. La gerente de una librería y sus empleados la trataron con desconfianza como si ella pretendiese hurtar algún libro de sus estanterías. Jamás volvió allá, pero el rato amargo la afectó.

Se entretuvo con su móvil, rogando para sus adentros a que Aidan volviese pronto, si alguno de los comensales o los administradores del restaurante le hacían un comentario despectivo por su procedencia o su color de piel, los mandaba al infierno y esperaría a Aidan afuera. Dejó unos mensajes de texto a sus hermanas y otro a su mamá, comentándoles de cómo les fue en el viaje. Ya les había informado de la mudanza y del lío con la llave. Su mamá la aconsejó de no entregar nada y que consultara toda duda con el abogado.

El señor Blaine aprobó que ocuparan Moninne, nada impedía que lo hicieran, Aidan era el nuevo propietario y Susana tendría que averiguar lo que la llave heredada abría. Lo primero que descartaron fue el cerrojo de la puerta maltrecha de la casa. Aidan le pidió la llave, habiéndose sorprendido en dónde ella la mantuvo siempre resguardada. No encajó en la hendidura del cerrojo, era factible que pertenecía a otra de las muchas puertas que había en la casa.

Qué rara la falta de información en el testamento, meditó. Un simple «esto abre tal puerta o tal candado», hubiese bastado para ahorrarles la búsqueda del cerrojo indicado. Dugan nunca insinuó nada de esto, ni les dejó mapas o pistas a seguir, ni siquiera su abogado estuvo al tanto, la llave de bronce fue entregada de manera abrupta.

Otra pregunta saltó a su mente: ¿Por qué no se la dejó a Aidan si tanto lo apreciaba?

Se la dio a ella que apenas tenía unos meses de conocerla.

Alguien entró al restaurante y Susana apartó la mirada de la pantalla del móvil, pensando que era Aidan, pero se llevó el chasco al fijarse que era un sujeto alto y roñoso, de unos treinta y cinco o cuarenta años, barba poblada y greñas castañas espantosas.

Este la miró.

Sus ojos escrutadores.

Su sonrisa siniestra.

Susana se volvió hacia el ventanal, en busca de Aidan. ¿Cuántos minutos han pasado desde que se marchó? No le gustaba estar allí, siendo objeto de estudio de los demás; las voces susurrantes de los sujetos y las risas roncadas del recién llegado la tenían con la piel erizada. Su paranoia la hacía conjeturar de que estos se divertían a sus expensas, quizás contándose chistes sobre los latinos.

Ahogó una increpación cuando el *roñoso barbón* le preguntó si le invitaba el desayuno o una cerveza, ella le dijo que no.

—¿Estás sola? —Se levantó de la silla, yendo hacia ella sin ser invitado.

Susana se tensó.

—Mi amigo ya está por llegar —respondió, seria y enfocándose en su móvil para que este se largara. Le marcaría a Aidan para que se apurara de dónde sea que requirió su presencia, ella

estaba preocupada.

—¿La acompaño mientras llega? —Su aliento alicorado, sus axilas apestosas—. Las jovencitas bonitas jamás deben estar solas, las pueden raptar...

—Gracias por su consideración, pero no hace falta —el maldito trataba de intimidarla—. ¡Oye, le dije que no! —le descorrió la silla vacía, ignorando su negativa.

Justo cuando estaba por posar el trasero en el asiento, Aidan le gruñó a su espalda.

Susana respiró aliviada, por fin había retornado.

—¿Qué pretendes hacer? —Su expresión dura, su voz molesta.

El *roñoso* se levantó y lo encaró. Ambos de la misma estatura y complexión; se miraban directo a los ojos en un silente desafío territorial; el *roñoso* movía las aletas de su nariz como si estuviese percibiendo el aroma de su contraparte, sonrió desdeñoso, ansiaba que Aidan diera el primer golpe y, este, su rostro rojo por la furia. Los otros se prepararon para brindarle apoyo a su camarada, y, de paso, llevarse una jugosa presa exótica. Susana permanecía helada por la inminente confrontación, afinó el oído cuando le pareció escuchar que ambos gruñían por lo bajo como bestias a punto de arrancarse las pieles a los mordiscos; trató de calmarlos, pero estos la ignoraron, se iban a matar entre sí.

Hubo un incremento en la luz eléctrica del restaurante.

Y luego...

¡Pof!

Leve penumbra.

—¡Mierda, casi me quema los pelos! —exclamó sorprendido uno de los sujetos que tuvo que agacharse tras explotar la bombilla del techo, que hasta chispas echó.

—¡ESTE NO ES LUGAR DE RIÑAS! —el anciano tronó su voz para que se controlaran—. ¡SI DESEAN COMPORTARSE COMO BRAVUCONES, VAYAN AL BAR! ¡¡ESTO ES UN RESTAURANTE!!

Todos volvieron a sus puestos, incluso, el *roñoso*, quien sonreía jactancioso y luego se zampó su cerveza como si estuviese sediento. Sus ojos puestos sobre la joven pareja.

—¿Te estuvo molestando? —Aidan le consultó a Susana, sentado él en la silla que iba a ocupar el maloliente sujeto.

—Se las estaba dando de «amistoso». ¡No vayas a formar bronca! —le imploró, susurrante—. No vale la pena, es un borracho imbécil. —Aidan estaba por cruzar el recinto y volarle los dientes al sujeto de un puñetazo.

Del mismo modo, el otro le robó a uno de sus amigos el filete que cortaba con los cubiertos y le dio un mordisco de la manera más ordinaria, mientras pensaba quién era ese pelos-de-diablo que se le medía como su igual. Nadie se atrevía a confrontarlo, pero sí *el amiguito* de la chica.

—¿Lo conozco? —Notó que los rasgos del muchacho los ha visto en otra parte.

—Tal vez —Aidan respondió, con tosquedad, esperando a que se acercara de nuevo para *ponerlo a dormir*—, el condado es pequeño.

El *roñoso-barbón* no parecía convencido. Estaba seguro de que aquel rostro lo había visto con anterioridad.

—¿De dónde eres? —Se sintió con el derecho de saber y esto a Susana le provocó espetarle, «¿qué le importa?», pero se contuvo para evitar una riña. Estaba que se daban a los golpes.

—Dublín.

—Dublín... —repitió, pensativo—. *Hum*, no me parece... ¿Has estado acá alguna vez? No creo que seas turista.

—Conner, déjalo en paz, o llamaré al comisario —el anciano lo increpó a la vez en que su

esposa salía del interior de la cocina con dos platos bien cargados de comida.

—Solo preguntaba, no olvido un rostro. Y ese... me resulta familiar.

—Como todos los que entran al restaurante. Más bien, terminen de comer y lárguense.

Tras la orden del anciano, el *roñoso* y sus compinches limpiaron con la lengua sus platos, al devorarse todo; y, sin que ninguno se dignara en pagar la cuenta, abandonaron el restaurante. Aidan y Susana desayunaron en paz. Los propietarios no se disculparon por el mal rato, más bien, esperaban que ellos también se largaran. Comenzaron a entrar turistas, provenientes de las principales ciudades de la isla, algunos con sus móviles pegados en las orejas, otros hablando entre ellos sin parar, acabando con la armonía que al anciano le costó conciliar. Pese a esto, Aidan se mantenía absorto, reflexionado que los pueblerinos ya sabían de los nuevos residentes de Moninne. Cada vez que fuesen a algún lugar serían abordados con preguntas indiscretas o discriminados por estar fuera del círculo social. Por eso era importante arreglar la cocina cuanto antes, de ese modo, evitarían bajar frecuente al pueblo, para comer.

Por lo pronto, les tocaba soportar las malas caras de los demás.

Luego de desayunar, le echaron un ojo a Zeus en la cabina del Range Rover, con la ventanilla semiabierta. Susana lo acarició a través de las rejillas de su contenedor. Se dirigieron al supermercado, la cajera no les puso inconveniente por el robusto animalito, siempre y cuando no lo sacaran. Allí adquirieron toda clase de implementos que les sirvieran para la limpieza: escoba, trapeador, recogedor de basura, bolsas... Tras esto, cruzaron la calle hacia la ferretería que se hallaba cerca, donde compraron palas, pues las que hubo en la casa, Aidan comentó que las robaron en su momento; también sumaron a la cesta: brochas, varios galones de pintura blanca, masilla para tapar grietas en las paredes y algunas cajas desocupadas para guardar los objetos salvables.

—Tenemos que contratar mano de obra, si queremos tener la casa habitable en un par de meses, o nos tomará todo el año —Susana le sugirió. Habría que invertir para obtener resultados.

—No será necesario —tenía cierto aire abstraído.

—Es mucho trabajo. ¿Te fijaste en el techo del vestíbulo? ¡Por ahí sale las ramas de un árbol!

—Fue plantado por una razón.

—¿Cómo cuál?

No respondió y Susana suspiró.

—Te molerás la espalda.

—Estoy acostumbrado.

—Creí eras fotógrafo —frunció el ceño.

—Lo soy, pero tengo otras habilidades.

Lo escaneó de arriba abajo.

—Ya veo...

Subieron los implementos al maletero del Range Rover, las pertenecías de la muchacha y las de Aidan ya se habían bajado con anterioridad y dejado en el vestíbulo de la casa. Se marcharon mientras varios pares de ojos estrictos los vigilaban desde la clandestinidad de un callejón.

A mala hora se aparecían esos dos a echarles a perder los planes. Harían lo que fuese para que se largaran de esas tierras, por las buenas o por las malas.

Lo que *allá había*, a ellos les pertenecía.

Capítulo 14

La vieja fotografía captó la atención de Susana, de rodillas ella en su proceso de limpieza. El dormitorio estaba lleno de amplios portarretratos de metal y madera, amontonados contra las paredes o formando columnas como si los hubiesen traído allí para almacenarlos o protegerlos del mismo olvido. La mayoría tenía los cristales quebrados o carecían de estos, polvorientos y cubiertos de telarañas. Vivencias de un pasado lejano. El portarretrato que sostenía, la distrajo de lo que hacía; en la fotografía amarillenta, Dugan —tan parecido a Aidan— se hallaba acompañado de una hermosa mujer, ambos jóvenes y sonrientes, con un niño que asumía era el señor Desmond, de unos tres años, siendo sostenido entre ellos de las manos. Era una pareja que apenas iniciaba una vida cargada de sueños e ignorando que después no estarían juntos en la vejez. Susana aún no sabía el motivo por el cual murió la esposa de Dugan, ni cuándo ocurrió. Tuvo que haberle dolido tanto para que él a ella de esto no le comentara.

Devolvió el portarretrato a su sitio y procedió a contar.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce...

—¿Qué haces, Susana? —Aidan preguntó en cuanto se percató de lo que hacía la muchacha. Él desarmaba el armatoste de cama, para sacarla de la casa. El colchón fue lo primero que se deshizo, siendo minado en el acto por un millar de pulgas de las que él, en el baño tuvo que ducharse para eliminarlas.

—Contar los retratos apilados.

—¿Para qué?

—Para hacer un inventario.

—Ponlos en esa caja y asunto resuelto.

—¿Tienes marcador?

—¿Y ahora para qué?

—¡Para identificar las cajas! ¿Para qué crees lo necesito?, ¿para pintarme las cejas?

—Tal vez...

—Tonto.

—Odiosa.

Antes de haber comenzado la limpieza de la habitación menos polvorienta y atestada de enseres viejos, pasaron la llave de bronce por los cerrojos de las puertas —abiertas y cerradas— del segundo piso, así como también el de los armarios y las gavetas de los mobiliarios que se abrían con alguna llave. Y en ninguna de estas encajó. Aidan dejó para después investigar por el tercer piso y por el área de la planta baja, pues no les rendiría el día. Durante la mañana discutieron, estornudaron, tosieron y más gruñeron de cómo arreglar el refugio seleccionado para las próximas semanas.

Susana apilaba los cuadros y demás objetos, mientras que Aidan sacaba los muebles que les estorbarían. Ningún colchón les serviría para descansar, eran un nido de pulgas y excremento de ratas.

—Ahora luce mejor que tu apartamento, ¿no te parece? —aguardaba la aprobación de la chica y esta consideró que faltaría una nueva cama y otros enseres que hicieran aceptable su estadía, pero se conformaba con la limpieza que ambos hacían.

—¿Qué estás insinuando? —lo reprendió con la mirada.

—Nada.

—Déjame decirte que soy muy organizada.

—Seguro...

Le dio un manotón en el brazo, del que él rio.

—Te enojas por nada.

—No me gusta ese tipo de insinuaciones, no soy puerca. Con lo sucedido del reloj, estaba... — sin contar de que hubo gente que se metió a su apartamento de manera furtiva.

Aidan se avergonzó.

Estuvo deprimida.

—Perdóname.

—Eso está en el pasado —sacudía la mano para que lo olvidara. Luego observó el jarrón mortuario ubicado cuidadosamente sobre una de las cajas de libros que ella trajo—. ¿Cuándo haremos el funeral?

Aidan apiló las tablas laterales de la cama, para luego bajarlas, y soltó una respiración cansada. Su mirada triste.

—Para el amanecer del treinta.

—¿Este 30 de julio? ¡¿Por qué esperar tanto tiempo?! —Dugan murió el 16 de mayo. Su familia a los días celebró un escueto funeral en Dublín y Aidan decide esperar un poco más en Kinnitty.

—Es la fecha en la que él se casó con la abuela... Solo quiero que sea especial.

A Susana le llamó la atención un hecho:

—Dugan solía sonreír durante el amanecer por ser la parte del día favorita —dijo—, le recordaba el nacimiento de un niño. En cambio, el atardecer...

—La muerte —completó él, pensativo.

—¿Dónde se esparcirán las cenizas: en el jardín o permanecerán en el jarrón? —Asumía que tendrían que hablar con algún sacerdote para que bendijera las cenizas de Dugan y realizara las honras fúnebres. Ella ni tenía idea de qué rezar o decir al respecto para no ofender su memoria.

—Las esparciremos en las montañas.

Esto a la joven la sorprendió.

—¡¿Los dos solos por allá?! Hay lobos...

—No los hay. —*No del común.*

Susana se removió en sus pies.

—Anoche los escuché varias veces: aúllan en la lejanía.

—No son lobos.

—Entonces, ¿qué? —Se cruzó de brazos, airada—: ¿Fantasmas? —Se puso en pie, bastante inquieta—. ¿Son lobos fantasmas? No me tomes el pelo.

—En esto no bromeo, Susana. —Por más que Aidan quiso sonar tosco, su timbre de voz se escuchó rota. Susana pasaba por la misma circunstancia, pero trataba de ser siempre fuerte.

Fue incapaz de sugerir hacer el funeral en las inmediaciones de la casa, para mayor seguridad de los dos; si esto le daba, de algún modo ese consuelo que él necesitaba para aplacar su dolor, ella lo acompañaría. Así tuviesen que lidiar con «lobos fantasmales» en el trayecto.

—Hoy estuve a punto de pedirle a la señora del restaurante, otro desayuno para Dugan —comentó—. No sé por qué me dio por pensar que él estaba vivo, tal vez la costumbre de saludarlo cada día...

La miró entristecido.

Y, a continuación, extendió los brazos para abrazarla, pero ella retrocedió.

—Apesto.

—Yo también —brazos abiertos.

—¿Ya puedo usar el baño? —Se hizo la desentendida—. Quiero ducharme y tengo hambre... —no estaba segura de si su negativa se debía a su sudor o a que no sabía cómo ella reaccionaría si él la abrazaba. Se cruzó de brazos como poniendo una barrera entre los dos y miró su entorno, ya pasaba la hora del almuerzo y ellos seguían limpiando.

Aidan bajó los brazos, ocultando el desplante.

—Sí, ya me encargué de esa área. Puedes usarlo.

Susana buscó una toalla en una de sus maletas y en otra, una muda de ropa limpia, y, antes de dirigirse al baño, se volvió a Aidan.

—No dejes salir al gato, se podría perder. —Este, de no temerle al agua, estaría encerrado en el baño mientras ella se duchaba. Aun así, lo bueno de Zeus, permanecía cerca por seguirla a todas partes, pero como se hallaba en un lugar diferente y del que ellos mismos apenas conocían, sería víctima de su propia curiosidad.

—Le diré que no salga.

—Solo mantén la puerta del dormitorio cerrada.

—Está bien. Oye, *panterita obesa* —Aidan se dirigió al gato—, no puedes salir, ya escuchaste a tu dueña. ¡No me muestres esos colmillos, los míos son más grandes!

Dejando atrás a ese par que no se llevaba bien, Susana se permitió unos minutos de privacidad, necesitaba con urgencia quitarse sus ropas inmundas y el kilo de polvo que traía encima. Pero también necesitaba apaciguar los latidos que retumbaban en su pecho.

Mientras se desnudaba, apreciaba la desinfección que Aidan hizo en el baño. No era perfecta, aun así, agradecía el esfuerzo. El diseño de los azulejos y el linóleo eran propios de una época en que las personas se ataviaban con capas y capas de ropas y eran poco adeptas al aseo personal.

Se miró en el espejo del cual *pasó por tiempos mejores* e hizo un mohín.

—Adiós belleza, hola fealdad. —Una risa masculina resonó afuera en el dormitorio. Susana se mosqueó—. ¡¿Estás escuchando detrás de la puerta?! ¿Aidan? —No hubo respuesta y ella gruñó—. Espero, no sea así, porque te daré un porrazo en la cabeza.

Durante quince minutos estuvo bajo la regadera, y, otros tantos más, desenredando su cabellera. Gracias a Dios lo tenía corto.

—¿Qué tanto nos ven?, parece que nunca recibieran turistas...

—Tú y yo no lo somos precisamente —Aidan le comentó ante las miradas incesantes de los lugareños. Ambos se tomaron unas horas para descansar, sentados en la mesa más alejada del restaurante de los Murray, los ancianos hoscas. Siendo los jóvenes observados por los otros comensales que los estudiaban curiosos desde sus puestos. Esta vez Zeus se hallaba con ellos, en su contenedor, sobre una de las sillas desocupadas.

Susana deseaba escupirles palabrotas a los idiotas que actuaban como si ellos fuesen extraterrestres; si hubiese estado sola, se habría marchado al instante, pero Aidan la aconsejaba en no dejarse intimidar; por ambas partes tendrían que acostumbrarse, la estaba

en Moninne era incierta, puede que les tomara meses en remodelaciones y quién sabe si el resultado los animaría a vender la casa o a quedarse.

Sus dedos comenzaron a tamborilear en el tope de la mesa, ansiosa por largarse de allí, ¿acaso esa fue la razón por la que Dugan vivió tan apartado del pueblo? La gente era entrometida.

Los dos filetes de carne semi cruda quedaron a medio terminar en el plato, en cuanto Aidan se fijó en el tamaño de las manos de Susana, y esto hizo que de momento se olvidara de su voraz apetito. Eran delicadas y de uñas cuidadas, pese a los oficios que han estado haciendo. La curiosidad por saber sobre el pasado de ella, aumentó. ¿Cómo fue su vida en su país? ¿Tanto sufrió que tuvo que cruzar el océano para encontrar algo mejor para vivir?

A riesgo de un segundo rechazo, se atrevió en tomar su mano y la alzó como si la estuviese estudiando. Susana dejó de comer, habiendo sido pillada con la guardia baja, por estar pensando en su futuro, que no se percató de las intenciones de su compañero de mesa hasta que sintió el calor de su piel.

—Tus manos son pequeñas —comentó un tanto divertido y sin ánimos de molestarla.

—Soy pequeña —se sorprendía de no increparlo para que dejase de fregarle la paciencia—. En cambio, las tuyas son grandes.

—Lo soy en *todos los aspectos*.

Ella tiró de su mano, abrumada por lo que dijo. ¿Le había insinuado lo que estaba pensando?!

—¿Cómo...? —Carraspeó en su esfuerzo de recuperar su compostura, su mirada puesta en su carne bien cocinada—. ¿Cómo será el *f-funeral* de Dugan? —Su cuerpo sufrió una repentina ola de calor que la avergonzaba—. Solo seremos los dos...

—Somos suficientes para lo que vamos a hacer —el tono jocoso de su voz cambió a uno más serio, el tema distaba de las bromas pesadas—. Al abuelo no le agradaban las personas —explicó—, solo estarán los que él más apreciaba. Así le habría gustado...

Ni el resto de los Fitzgerald se tomaron en cuenta, pensó Susana, ya estos realizaron el funeral según lo que dictamina las costumbres en la isla; los noticieros apenas dieron una reseña sobre el fallecimiento, el padre del *Lord Mayor* no era noticia trascendental de dedicarle varios minutos para comentarlo a los televidentes, a menos que un escándalo familiar lo hubiese hecho más interesante.

Pese a los pocos dolientes que el difunto tendría, muchos detalles habría que tomarse en cuenta para llevar un funeral: ¿contratarían una funeraria o lo harían en la casa? Esperaba que no, allá la ruina era desoladora; además, ¿qué religión, Dugan, profesó? ¿católico o protestante? ¿O ateo? Según esto, procederían con las honras fúnebres. Trataba de recordar sus expresiones y se le hacía que nunca mencionó a Dios ni para expresar sorpresa. Bueno, tendría que preguntarle a Aidan para que le informara al respecto. Aunque a ella le parecía que en el jarrón mortuario no hubo ninguna imagen o diseños ornamentales alusivos a las religiones antes mencionadas, más bien figuras de...

—¿Aidan?

La voz de una mujer joven, captó la atención de la pareja.

El aludido y Susana alzaron la mirada hacia esta. Era una chica estilizada, de cabello castaño claro y ojos azules que denotaban expectación.

—¿Eres tú?

Él la observó un instante, retirando la bruma que cubría sus recuerdos infantiles, hasta que

un rostro picarón comenzó a dilucidarse.

—Hola, Erin —la saludó, tras levantarse de su silla. Susana, por educación, dejó de comer y se mantuvo pendiente de la recién llegada. Sus labios apenas estirados en una leve sonrisa.

El rostro de la muchacha se iluminó. ¡Sí, era él! La gente no le jugó una broma pesada como solían hacerlo cada cierto tiempo.

—¡Oh, qué alegría! ¡¡Aidan!! —Saltó sobre su cuello para abrazarlo—. ¡Qué gusto verte de nuevo! —Su demostración de afecto hacia el pelirrojo provocó que más de una cabeza rodara hacia ellos. Sobre todo, el de un hombre, sentado al otro extremo del restaurante. ¿Ese es el mismo que...?

—También lo es para mí —Aidan correspondió al abrazo. Ya no tenía caso mantenerse bajo el anonimato. Por obviedad, a esas alturas, cada uno de los residentes de Kinnitty debía de estar al conocimiento de su llegada. Él se presentó ante el líder...

Susana permanecía en silencio y con una punzada de celos en su estómago. La tal Erin era muy hermosa.

—¡Cómo has cambiado! —la chica detallaba su musculatura—. La última vez que te vi, eras delgadito y más pequeño que yo.

—Crecí —sonrió a medias.

—Ya veo que sí. —Desde el ataque a los Fitzgerald, ella no supo más de él hasta que el señor Desmond encabezó el Ayuntamiento de Dublín. A partir de entonces, el rostro de Aidan aparecía cada vez más frecuente en las redes, por ser un hijo que le daba dolores de cabeza al dirigente local. Ella buscó sus cuentas de Instagram, Facebook, TikTok y otras más, para contactarlo, pero en ninguna de estas aparecía. Era de los excéntricos que no las utilizaba o tenía alguna cuenta privada de la cual ignoraba.

Su coqueteo no pasó inadvertido por Susana, quien carraspeó para hacer notar su presencia, se suponía pasarían una tarde agradable, no con *garrapatas* molestas.

Aidan se volvió hacia ella.

—Susana, te presento a Erin. Es una amiga de la infancia.

—Un gusto —contuvo el impulso de levantarse y estrecharle la mano. En más de una ocasión, el gesto no le fue correspondido, y no por ser estos, descortes, sino que algunos en Irlanda las presentaciones suelen ser informales.

—Hola... —Erin saludó menos efusiva a la acompañante. La miró de arriba abajo, con una ceja despectiva, de la que luego simuló con una sonrisa desabrida—. Ustedes son... —los señaló para averiguar el terreno que pisaba. ¿Quién demonios era esa tipa?

Estos intercambiaron miradas silenciosas.

—Amigos —contestaron a la vez; aunque al muchacho le hubiera gustado una etiqueta más personal, pero la latina se amilanó.

Erin sonrió. *¡Estupendo!*, pensó. Sería una pena que ese espécimen bello tuviese como novia a un duende horroroso.

—Tenemos que volvernos a ver para charlar —le propuso mientras le abanicaba las pestañas—. ¿Te parece esta noche o mañana? Estoy disponible para ti cuándo gustes...

—Eh... —se rascó su incipiente barba, sin saber qué responder.

—Recuerda que estaremos ocupados —Susana intervino en cuanto él posó los ojos sobre ella para que lo ayudara a salir del atolladero. Se había levantado de la mesa, perdiendo el apetito por el coqueteo de esa chica que casi le roba al otro un beso. Le hablaba muy cerca.

Erin casi le espeta a la amiga de Aidan Fitzgerald, de no meterse en conversación ajena; sin

embargo, le hizo a este un puchero por el hecho de tener que esperar a que se desocupara de lo que sea que estuviese haciendo con *la enana*. Esa no le iba a acaparar su atención.

—Toma nota de mi número —ofreció—, llámame a la hora que quieras, así sea a la medianoche...

Capítulo 15

El pijama, de camiseta y pantalón a lunares rojos y azules, que Susana lleva puesto no le favorecía en absoluto. Comparada con aquella chica, ella era bajita y la otra de piernas largas y esbelta. Susana tenía sus *lonjitas*, pero Erin lucía una cintura de avispa. Ella luchaba con su *mata de hongo*, la otra presumía de una melena larga y envidiable. En resumen, Susana se consideraba feíta en comparación con la belleza de *la coqueta del restaurante*.

Si tan solo sus hermanas supieran lo mal que se sentía consigo misma, la regañarían por menospreciarse. Desde que eran niñas, su mamá y su dulce abuela les enseñaron a amarse a sí mismas y nunca criticarse ante los demás. Enumerar los defectos propios y alabar las virtudes de otros, motivados por la inseguridad, era simplemente estúpido.

Tomando aliento, Susana se vio reflejada en el espejo manchado del baño y esbozó una sonrisa. La imagen que contemplaba no era tan mala; después de todo, los Maldonado-Contreras tenían sus cualidades. Peinó su cabello húmedo y se aplicó un poco de perfume detrás de las orejas. El aroma era delicado y afrutado, una costumbre adquirida de las mujeres de su familia, que se embadurnaban con cremas corporales antes de irse a dormir. «Siempre hay que oler bien», solía decir su abuela Milagros, quien desde que se levantaba olía a colonia de bebé.

—Ay, qué cansada estoy... —bostezó. Después de almorzar en el restaurante, ella y Aidan, bajaron las cajas apiladas en el dormitorio hasta el vestíbulo. Luego se encargaron de inspeccionar los cerrojos de la biblioteca.

Ni la puerta que da acceso a esta, ni las gavetas del ruinoso escritorio, ni nada que sugiriese guardaba algo con celo, encajaba con la llave de bronce.

Estando ambos allí, les fue difícil dar la media vuelta para marcharse y seguir con la búsqueda del «cerrojo correcto» por toda el área de la planta baja. Sus pies permanecían inmóviles y sus corazones afligidos por lo que observaban.

A primera vista, Aidan y Susana apreciaban la opulencia que adornaba el espacio. Él recordaba una biblioteca magnífica de la que en su infancia solía jugar a las escondidas con su abuelo paterno. Sin embargo, en la actualidad, ese esplendor ha sido eclipsado por el caos causado por la incesante invasión de saqueadores. Los miles de libros, aunque impresionantes en cantidad, ahora yacían amontonados, desordenados y cubiertos de una espesa capa de polvo omnipresente. Las esculturas, del que Susana conjeturaba el buen gusto de los propietarios, permanecían cubiertas con un velo grisáceo de suciedad y olvido. El mobiliario fino, alguna vez objeto de admiración y envidia, en ese momento mostraba signos claros de deterioro.

¡Cuánta destrucción!, se lamentaron. Lo que antes fue el punto del conocimiento y la cultura en esa mansión, después de años de abandono, el polvo y el caos reinaban supremos. El sentimiento de tristeza y melancolía agobiaban tanto a Susana como a Aidan, pues era una muestra palpable de cómo el paso del tiempo y la indiferencia acababan hasta con los recuerdos. En lugar de ser un testimonio de grandiosidad y lujo, la biblioteca de Dugan se había reducido a un monumento a la desidia.

También se percataron de algo más.

El lienzo de Dugan.

Aidan lo halló oculto detrás de la silla del escritorio, como si se hubiese caído de la pared por alguna circunstancia. Parte del marco lucía astillado, la pintura en sí presentaba resquebrajamiento y manchado con algo negruzco que oscurecía los diversos tonos del óleo. Susana creyó que era Aidan, pero este le comentó que era su abuelo de joven.

Tuvo el cabello rojo.

—Lo mandaré a restaurar —Aidan prometió, visiblemente apesadumbrado de hallar el lienzo en muy mal estado.

Susana se guardó comentarle que el lienzo la había impresionado; por supuesto, ella desde antes fue consciente del parecido entre abuelo y nieto, e incluso vio algunas fotografías amarillentas de este del cual evidenciaba el hecho. Sin embargo, verlo a color, la dejó sin habla.

A parte del prolongado olvido al que fue sometida la imagen de Dugan, del mismo modo que la biblioteca, la casa también sufrió el saqueo de los invasores.

Ventanas y puertas rotas para ingresar a las malas; Aidan notó hendiduras hechas por algún hacha para derribar los obstáculos que se interponían entre los saqueadores y las riquezas de allí guardadas. Comentó que se robaron los costosos lienzos colgados en las paredes de la biblioteca, las estatuillas de plata y bronce, los ceniceros de mármol, los candelabros de plata y las alfombras. Pero ni un libro se llevaron. Todos podridos y roídos por las décadas.

Susana volvió a bostezar. El peine y su perfume guardados en su neceser. Encendió su móvil y consultó la hora, restaban quince minutos para las diez, siendo ya tarde para ir al pueblo a cenar. Esto la hizo lamentarse, no compraron nada para más tarde, pasarían hambre por descuidados.

Dejó el neceser en la encimera y tomó la lámpara del cual ya venía con su carga eléctrica lista desde su paquete de venta, y salió del baño, comprobando enseguida de que estaba sola, a excepción de Zeus que aguardaba por ella.

El dormitorio se iluminó tenue con la luz artificial que portaba. Había asumido que Aidan ya estaría acostado en las colchonetas que él solía llevar en sus campamentos, pero no se hallaba. Fue el primero en ducharse, ya que Susana tardaba en asearse. Del baño este salió en bermuda y camiseta para no incomodarla por estar en toalla, y luego —iluminado con la lucecilla de su móvil— se había afanado en hurgar el maletín de sus cámaras fotográficas.

—¿Aidan? —Se asomó al pasillo, la lámpara en alto, atenuando la oscuridad imperante. Las paredes cubiertas con viejos tapices, aumentaba ese halo tenebroso en la casa. Además, los aullidos de unos lobos se escuchan muy a lo lejos, alcanzando a penetrar el sonido de sus lamentos a través de las ventanas cerradas; por un instante, los pensamientos de Susana se congelaron ante este hecho, luego reaccionó, porque era natural en una zona boscosa.

Aidan no contestó a su llamado y Susana se removió en sus pies, un tanto nerviosa. ¿Para dónde se marchó? ¿Estará en la cocina? Y, ¿preparando qué si allá no había ni un limón?

A lo mejor estaba pegado al móvil.

—Bueno, *no es nada mío*, que charle lo que quiera con esa mujer.

Mascullando palabras ininteligibles, depositó la lámpara en el frío piso de madera y arrastró de entre las maletas de Aidan, las colchonetas que se hallaban juntas y enrolladas. Bregó con la correa que fue apretada, lanzó una palabrota por el esfuerzo que hacía para soltarla, ¿no pudo traerse uno inflable?, sino uno arcaico de los años ochenta.

Al cabo de varios esfuerzos y putazos lanzados al aire, logró desenrollar las...

La colchoneta.

Jadeó.

—¿Solo una?! —¿Por qué pensó que eran dos? Por supuesto que era obvio que él utilizaba una para sus acampadas en las montañas.

Aunque, le iba a torcer las orejas, debió ser consciente de este hecho e informarle a ella para comprar la suya. ¿Dónde iba a dormir? ¿Sobre un cobertor?

—Al menos, tengo...

¡Pum!

Susana y Zeus se sobresaltaron por el golpe de una puerta cercana al cerrarse.

Ella paró la oreja y el gato erizó su pelaje de terciopelo negro.

—¿Aidan, eres tú? —preguntó hacia la puerta del dormitorio.

Silencio.

Pisadas fuertes se escucharon en el pasillo, alejándose cada vez más de allí. ¿Qué era lo que estaba haciendo?

¡Pum! Otra puerta —o la misma— se azotó.

En las montañas: los lobos aullando.

—¡Aidan, no seas ordinario!, ¿qué maneras son esas de cerrar la...? —Otra azotada y esta vez más fuerte.

Se sobresaltó. ¿Qué lo tendrá enojado?

Tomó de nuevo la lámpara y abrió la puerta para alumbrar el pasillo. No se hizo de su móvil, la propietaria del restaurante le negó cargar la batería. La actitud antipática de la mujer empeoró después de que la tal Erin casi se meara de la emoción al saludar a Aidan.

—¿Aidan? —odiaba depender de él para sentirse segura—. ¿Dónde estás?

¿Estaba jugando a las escondidas?

Las pisadas se escucharon en la habitación contigua.

Cerró la puerta tras de sí. Zeus no tuvo ocasión de seguir a su ama, maullaba para que lo dejara salir. Mientras tanto, Susana se dirigió hacia donde escuchó las pisadas, extrañada de que el otro anduviese por ahí a oscuras.

—¿Aidan? —lo volvió a llamar y él sin responderle. La luz de su lámpara se posaba sobre los objetos polvorientos allí apilados en un caótico desorden.

Sus brazos se erizaron, era denso el ambiente de la habitación como si alguien estuviese allí escondido.

Sintiendo el estómago contraído, se alejó a pasos agigantados. Descendió las escaleras, con creciente preocupación. ¿Dónde estaba ese idiota que no lo veía por ninguna parte? Y, justo cuando se disponía a llamarlo una vez más, lo vislumbró afuera, sentado en la escalinata que da acceso a la puerta principal.

Aliviada por no hallarse sola en esa mansión, dejó la lámpara a los pies del abeto y se aproximó.

—¿Qué haces aquí?

—Esperando al repartidor de pizza.

—¿Llevas mucho tiempo? —se inquietó.

—Veinte minutos.

Se tensó.

—¿No estabas... —señaló con el pulgar hacia atrás— hace un rato, arriba?

Sacudió la cabeza.

—Salí a llamar —dijo—. La señal en esta zona es mala.

—Vaya... —¿Y quién demonios estuvo arriba merodeando?! Palideció.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es solo que... —sonrió aturdida—. Olvídalo.

Se mantuvieron en silencio por un par de minutos. Aidan mirando abstraído a la luna llena, mientras que Susana se mantenía azorada por las pisadas que minutos atrás había escuchado. ¿La asustaron?

—Hermosa, ¿no? —buscaba conversación.

Él asintió, pensativo.

—La luna llena siempre ha sido mi favorita.

—Y la de los hombres lobo...

La miró y, divertido por el comentario de la chica, aulló bajito, aunque sin el matiz perverso que a veces le confería a su voz.

Ella puso los ojos en blanco.

—En este caso: deberías transformarte.

La expresión de Aidan se ensombreció.

—No querrás eso.

—¿Por qué no?

Suspiró y volvió a observar *la cara nacarada* en lo alto del firmamento. La luna llena nada tenía que ver.

—No es algo para apreciar.

Susana extendió las piernas a lo largo de las escalinatas. La brisa nocturna la envolvía y se colaba por cada recoveco de la casa, y, a pesar de ello, no la hacía temblar de frío.

—Supongo que todos tenemos un poco de «*Doctor Jekyll y Mister Hyde*» —rio sin alegría en los ojos. Hasta a ella se le aflojaban las tuercas de la cabeza cuando la hacían enojar. Se abrazó a sí misma; no por el frío, sino por la necesidad de afecto—. ¿Estás seguro de que vendrá? —Comenzaba a dudar del servicio a domicilio de los lugareños.

—La verdad...

Las luces a lo lejos de una motocicleta, confirmaron que la pizza venía en camino.

Aidan y Susana bajaron las escalinatas, para recibirlo.

—Creí que era una broma —dijo el repartidor, una vez hubo descendido de su moto con el pedido—. Wow... —miró la casa— sí que es aterradora...

Susana contuvo la risa. Lo mismo expresó ella en su momento.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí a solas: algún tipo de ritual satánico?

Aidan lo miró con cara de pocos amigos, mientras recibía de este, la pizza, molesto por su «chistoso» comentario. Con una mano sostuvo la caja cuadrada y, con la otra, extrajo un billete del bolsillo lateral de su bermuda.

—Nos faltaba *el sacrificio* —explicó en una sutil amenaza—, gracias por no hacernos esperar.

El muchacho agrandó los ojos en un súbito aumento de su temor contenido por el sombrío lugar, y, acto seguido, para su mayor mortificación, en la lejanía se escucharon aullidos de lobos.

—Huy, ¡esos son...?! —¿Las advertencias de los viejos eran ciertas? Sí habían...

—Vienen por ti. *Los he invocado*.

En un dos por tres, el repartidor se subió a su moto, poniéndola en marcha a toda velocidad. Por eso nadie se atrevía a merodear las montañas. Había lobos fantasmas.

Susana sacudió la cabeza.

—¡Serás bestia! ¡¿Cómo le vas a decir eso?! Cuando ordenemos otra pizza, nos mostrarán el

dedo del medio.

—Tú cocinarás.

—¿De paso quieres que te lave y planche la ropa?

—Puede ser.

—No, pues, qué tal el *cerro-prendido*: ¡tan machista!

—¿El qué...?! —Aidan en vez de enojarse, se divirtió.

—Cerro-prendido. —Señaló la melena rojiza—. Tu pelo parece que estuviese en llamas.

Aidan estalló en sonoras carcajadas.

—Así que soy un «cerro-prendido». *Hum...* ¿Y cómo te llamamos a ti? «¿Ronquidos?».

—¡No ronco!

Rio más.

Estando allí, sentados en las escalinatas, pasaron juntos un agradable rato entre charlas, risas y devorándose los trozos de pizza. Susana evitó hablar de Erin y él ni la mencionaba, lo que era bueno para ella que no deseaba indigestarse por contener la rabia. Desde el primer segundo en que aquella chica se acercó a la mesa, Susana comprendió que, ella y Aidan, ya no serían «dos», sino «tres». El brillo en los ojos de Erin indicaba que ansiaba algo que, en la niñez, por alguna circunstancia no pudo o quedó inconcluso con el más joven de los Fitzgerald en aquel entonces.

Aidan guio a Susana, escaleras arriba. La lámpara llevada por él, barría momentáneo la oscuridad por dónde pasaban. El pasillo lucía menos tétrico, Zeus de repente apareció de la nada, siendo evidente que su voluminoso cuerpo logró escapar por algún escondrijo del dormitorio. Los siguió entre maullidos; su cola levantada y apuntando hacia su ama, feliz de hallarla bien, él solo inspeccionaba y así patentar su presencia con orines y arañazos por ahí y por allá dentro de los muros de la casa.

¡Ay, mierda!

Susana había olvidado lo de la colchoneta.

—¿Pretendes que durmamos los dos ahí? De ninguna manera —protestó en cuanto él se avocó en acomodar el único medio para descansar en la habitación.

—Descansa tú, yo lo haré en el Range Rover.

Susana se tensó.

—¿Y quedarme sola en la casa?! —*¡Jamás!*

—Es esto o lo otro.

—Está bien... —masculló, resignada—. ¡Pero si te propasas te patearé en las bolas! ¿Entendido?

Él hizo un saludo militar, acatando la amenaza.

Susana se perdió en el baño por unos minutos, para lavarse los dientes y luego, al salir, su corazón retumbó en su pecho, casi jadea al fijarse en lo único que usaba Aidan.

—¿Por qué estás *encuerado*? —Su boca se secó. Se había quitado la camiseta.

—Tengo calor —y se espatarró en la colchoneta. Ni una sábana sobre esta extendió.

—¡Hace frío! —No era para tanto, pero lo haría usar hasta un suéter con tal de que se cubriera ese torso musculoso que la desconcertaba.

—Aun así, estaré mejor como estoy. Agradece que use bermuda, porque suelo dormir desnudo.

Ella lo imaginó en cueros.

Vaya que su cuerpo sería la Gloria Divina.

—No me siento cómoda. —Comenzó a hurgar la caja donde empacó su cobertor. ¿Será que lo doblaba a modo de colchoneta? Dormiría en el mismo dormitorio, aunque no pegada a él.

—Tu actitud es ofensiva.

—¿Porque quiero dormir aparte?

—La desconfianza. Soy respetuoso.

—Sí, claro. Mira cómo estás... —sexy a más no poder.

En una clara expresión de «está bien», se levantó y volvió a ponerse la camiseta. Y después la miró con un «¿contenta?», bastante fastidiado.

La joven optó por acomodar su nicho a cierta distancia prudente del muchacho. Se acostó y cubrió sus piernas con la sábana y esto enseguida la hizo meditar que no sería efectiva para mantenerla abrigada, pese a que por lo general el verano era cálido. Al dormir en el piso, la temperatura era más baja, quizás porque la brisa que circulaba por los pasillos se colaba por el bordillo de la puerta del dormitorio. Zeus se acomodó a sus pies, pero como ella comenzó a moverse a cada tanto, sus patas ligeramente cortas saltaron hacia las cajas de los libros y allí se aovilló.

Tiritó. ¿Era su impresión o hacía más frío de lo normal?

Condenada brisa.

Se levantó y, a tientas, buscó sus ropas sucias. Encontró sus vaqueros y los enrolló para que taparan ese angosto espacio. Volvió a acostarse. Aidan navegaba por las redes o intercambiaba texto con Erin, él aún tenía carga en su móvil y, por lo visto, saldo en su cuenta de internet. No la observaba o fingía no hacerlo, le daba su espacio para no atosigarla. Susana se arropó hasta las orejas, lamentándose de no tener otro cobertor, por lo que, tendría que pedirle a este, el que haya traído en su travesía.

—¿Serías amable de prestarme...?

—Toma lo que quieras —no había enojo en su voz.

—¿En qué caja guardaste tu cobertor?

—No traje.

Vaya que la tomó por sorpresa.

Se sentó de golpe y lo miró.

—¿Cómo te arropas en invierno?

—Chimenea —la que había en ese dormitorio permanecería un tiempo sin uso, dado que faltaba la limpieza del conducto.

—¿Y la cama?

—La cama no pasa frío.

—Me refiero a ti. ¿No trajiste ni una sábana? ¿Nada?

Se encogió de hombros, despreocupado.

—Me dio pereza empacar, pensaba comprarlas al llegar.

—Pues, *ya llegamos*, y nada compraste.

—Lo haré cuando tengamos un dormitorio decente.

Susana evitó replicar a dicho comentario, le había sonado muy íntimo como si le expresara: «querida, pronto tendremos arregladita nuestra habitación».

Se arropó de manera tosca, meditando que después del desayuno en el pueblo, se abastecería de otro cobertor. Una noche más en esas condiciones no la pasaría.

—Compartamos la colchoneta. Estás pasando frío.

—Ya no —mintió.

—¿Y por qué luces azul? —la iluminó con la lentilla del móvil. Ella se cubrió completo con la sábana para no darle la razón—. Vamos —palmeó el lugar reservado para ella—, estarás menor. Al menos por hoy. Susana... Te resfriarás. ¿Eso quieres?

—No —y arrastró la sábana y el cobertor hacia ese punto del dormitorio.

Dejó de respirar.

¡Madre redentora! ¿Cómo era posible que él emitiera tanto calor mientras ella se helaba?

—Muévete, ocupas todo el espacio —dijo en su lucha por mantenerse en el borde de la colchoneta, y, enseguida, la espalda le hervía, absorbiendo la temperatura corporal de Aidan, detrás de ella.

—Muévete, tú. Yo ya me alejé —la molestaba para fregarle la paciencia. Aunque silencioso imploraba que no lo tocara. Él mínimo roce, lo excitaría. Era la primera vez que dormía con una chica sin tener sexo.

Un tirón, la dejó descubierta hasta la cintura.

—¡Dámela, acaparador! Quién te manda a no traer tu cobertor.

—Mira quién lo dice: no traje colchoneta.

—¿No es que tenías calor? ¿Para qué quieres arroparte?

—Ahora tengo frío. —Y le arrebató el cobertor.

—¡Arrrrgh!, ¡qué idiota eres! —luchaba por arroparse—. Tal parece que tu mamá no te enseñó a ser un caballero. Actúas como niño mimado.

Al contrario, le enseñó a ser un hombre despiadado, pensó Aidan, con resquemor.

Aun así, rio y cedió ante el forcejeo. Adoraba molestarla.

—Es tuya —la dejó para ella, conformándose él con la sábana, del cual apenas se cubrió las piernas.

Susana miró por encima de su hombro y le dio un rápido vistazo.

—Toma —le extendió un poco el cobertor—, no quiero que te quejes mañana.

Aidan sonrió a medias, agradeciendo el gesto. Y ella cerró los ojos, con la sensación de que todas sus angustias se disipaban.

—Te advierto que tengo el sueño ligero; ya sabes, te patearé... —le recordó, apenas se le veía la cabellera.

Los labios del muchacho, se estiraron maquiavélicos. Sin embargo, el silencio de su compañero, inquietó a Susana.

—Ni te atrevas o habrá guerra.

La risa masculina tronó en su oído.

—Qué más quisiera...

Susana tragó saliva. Lejos de intimidarlo con su amenaza, lo había provocado.

Las vueltas que da la vida... Un día, el niño consentido la insultaba y, al otro, dormía con ella. Al parecer, tendrían que darle prisas a la limpieza de las otras habitaciones, o no sabrían lo que pasaría entre los dos de seguir durmiendo juntos. La tentación era muy grande.

Capítulo 16

—*¡Toc, toc!* —Erin hizo la mímica de «tocar en el aire» en cuanto cruzó el umbral de la puerta, tomando por sorpresa tanto a Aidan como a Susana, quienes bajaban en ese momento por las escaleras con algunas cajas que llevarían al vertedero de basura—. ¡Hola! —Extendió sus labios pintados de rojo pálido, visiblemente emocionada de hallar en esa espantosa casa al macho que a ella le interesaba—. ¡Huy, hay un abeto adentro! —Su vista clavada en las ramas tipo agujas que sobresalían el techo.

—Fue por la abuela —Aidan explicó a la vez en que depositaba su caja en el piso, para saludar a su amiga—. Se quejaba de la tradición de cortar un árbol para la Navidad, ya que eran años perdidos de maduración. Y, si hubiese podido, ella habría sembrado uno adentro para evitar cortar otros en el futuro. Al abuelo le gustó esa idea y la llevó a cabo. ¿Qué te parece?

—Impresionante... —con razón aquel viejo tuvo fama de que le faltaba un tornillo en la cabeza. ¿Quién siembra árboles dentro de la casa? Solo los locos. Luego echó un vistazo a las cajas y a su rededor—. ¿Están ocupados?

¿Tú qué crees?, solo cargamos cajas pesadas por diversión, Susana gruñó para sus adentros, aunque su ceño fruncido era difícil de ocultar por la molestia que le producía la recién llegada.

—Terminamos por lo que va de esta mañana, iremos a almorzar al pueblo —le dijo él. En cambio, Susana le obsequió a la chica una hipócrita sonrisa y pasó por su lado, yendo hacia afuera. No la soportaba, le dio coraje que Aidan a esta le explicó del porqué del abeto dentro de la casa y a ella no.

Erin le hizo un puchero a Aidan.

—Qué mal... ¡Tenía tanta ilusión de charlar contigo!

—Acompáñanos, si quieres.

—*Hum...* —hizo un mohín; pese a la invitación de Aidan, le desagradaría tener a esa enana pendiente de los dos—. No sé, me escapé del trabajo; si mi jefe me ve por ahí, me despide. ¿Podríamos almorzar aquí?, pedimos a domicilio. Tengo *mucha hambre*... —Ya vería cómo se deshacía de la otra.

De vuelta en la casa, Susana escuchó el comentario e intercambió miradas con Aidan, del cual sonrieron en complicidad ante una situación que Erin ignoraba.

—Por acá nadie vendrá —ella, comentó—. Ese tonto casi mata del susto al de la pizza...

—Como los viejos tiempos, eras tremendo...

Aidan carraspeó. Metió las manos al bolsillo de sus vaqueros para sacar su llave y billetera.

—Susana, ¿sabes manejar?

—¿Para qué?

—Para comprar el almuerzo. —Con la mirada le expresaba que lo dejara a solas con la amiga. Esta se tensó.

—¿Yo manejando tu Range Rover por esas colinas?! —Aparte de que la avinagraba hacer de mandadera para darle de tragar a esa idiota, ella nunca ha manejado un vehículo con el volante del lado derecho.

—*Pobrecita*, no sabe manejar... Es tan raro conocer a alguien que no sepa. Tranquila, *María*, algún día aprendes —Erin intuía que a la latina la corroía los celos.

—¡Claro que sé! —En varias zancadas se acercó a Aidan y le arrebató con rudeza la llave y la

tarjeta de crédito que él la tenía lista para entregársela—. Y mi nombre es «Susana» —la cabreaba las personas que no prestaban atención cuando se les suministraba el nombre. Indicaba desinterés o antipatía. Y en esta era lo segundo.

Erin fingió estar apenada por la confusión y Aidan se inquietó.

—¿No te importa?, lo siento... —si fuese por él, le haría compañía a Susana hasta el fin del mundo, pero consideraba que era mejor que de allí se alejara un rato, Erin comenzaba a envalentonarlo y no era algo que ella debía observar de cerca.

—De todos modos, tengo que ir al pueblo a comprar algunas cosas que necesito. —Como la condenada colchoneta.

—¡No tardes! —*Más bien, sí*, pensó Erin, controlando el resquemor que «el duende» le producía. ¡Qué tardase todo el día! Le parecía que esos dos tenían una relación extraña. ¿Eran solo amigos o amigos con derechos? Pero se guardó sus pensamientos, con tal de que esta no fuese la tercera en discordia.

Susana se marchó de la casa, sin percatarse de la mirada de Aidan clavaba sobre su espalda y la sonrisita satisfecha de la chica. La rabia se arremolinaba en su interior, lo bien que comenzó el día y lo malo la que lo torció. ¡*Arrrggg!* Subió al Range Rover y azotó la puerta del piloto, tras sentarse frente al volante que parecía un timón de barco por lo grande, ¡¿por qué esa condenada tuvo que aparecer?! Justo ahora...

Suspiró.

Sí, justo cuando admitía que Aidan le gustaba.

Él le había dado la sorpresa de haber madrugado para limpiar y desinfectar la cocina, ahorrándole a ella el predicamento de lidiar con las cucarachas y ratones, pues ese era un punto donde se aglomeraban. A partir de ese día tendrían un lugar limpio en donde preparar los alimentos en los próximos meses. Esa tarde, se suponía, abastecerían la despensa con alimentos, prescindiendo después de estar yendo al pueblo varias veces al día.

—Y llegó esa hija de... ¡Ay, mamá! —Se tomó un instante para observar el salpicadero y la consola central que se hallaban del otro lado con respecto a su asiento—. Qué raro... —lo que antes en su país era una costumbre encender el motor con la mano derecha, ahora lo haría con la izquierda en Irlanda. Como si el Range Rover hubiese sido diseñado para un surdo. Pero no era el caso.

Incómoda por su particular posición, acopló la distancia entre el asiento y el volante, ya que ella era pequeña. Luego forzó la palanca de cambio, del cual esperó escuchar rugir el motor, pero este ni se sintió. A baja velocidad, rodó cuesta abajo por la pendiente hacia Kinnitty, aprensiva de encontrarse con otros vehículos.

—¡Ay qué raro es esto! —Manejaba como si fuese su primera vez—. ¿A quién se le ocurrió?... —le provocaba patear al sujeto que le pareció divertido rediseñar la cabina de esos autos. Era muy raro, ella se sentía torpe.

Una camioneta venía en el mismo sentido que ella. ¡Iban a impactar de frente!

—¡Ayyyyyyyyy! —chilló y dio un volantazo hacia la izquierda para esquivarlo.

Se mantuvo en esa senda, recordando al instante que ese era el lado correcto al transitar. Si el volante —establecido de manera obligatoria en la mayoría de los países— está en el lado izquierdo del vehículo, se maneja por la vía de la derecha. Pero si el volante se halla en el derecho, como en Irlanda, la vía es la izquierda.

Simple.

Y confuso para los pobres inexpertos.

Al llegar al pueblo, su primera acción fue la de ir al restaurante para pedir tres almuerzos para llevar, ya que la aglomeración de turistas, amenazaban con saquear las cacerolas de las cocinas. Mientras esperaba el pedido y pese a la animosidad de los Murray, se dirigió a la tienda de dulces; la señora Campbell fue amable en permitirle cargar su móvil; aún la casa carecía de electricidad, por un lío con los fusibles de la planta eléctrica. Agradeció al cielo la señal libre de Wifi de la tienda y mandó un audio a su mamá, otro a su papá y a su abuela —que lo escuchaba a través de la cuenta de su mamá— y otro a sus hermanas, quienes se alegraban por ella y hacían planes de visitarla cuando las cosas en Caracas mejoraran. No obstante, Susana les aplacaba las ansias de viaje, todavía ellos no sabían qué hacer con Moninne. Los padres de Aidan tal vez les obstaculizarían los planes y perpetuarían la pelea del testamento hasta que ellos renunciaran a la herencia.

Compró unos dulces a la señora Campbell, como agradecimiento, y luego volvió al restaurante, justo en el momento en que el señor Murray anunciaba, tosco, que estaba listo el almuerzo de tres para llevar. En su expresión, el enojo acentuaba las arrugas en su frente; al parecer, el hecho de tomar posesión de la casa de la montaña les desagradó a los residentes del pueblo; razón por la cual Susana no comprendía a qué se debía el motivo. Meditó si por ser ella extranjera, pero el trato que observaba de los lugareños hacia los visitantes de otras nacionalidades era bueno.

¿Sería por algo que en Moninne habría?

Posó su mano en su pecho, donde debajo de su blusa se hallaba oculta la antigua llave de bronce.

¿Qué resguardaba?

Incómoda por las miradas de refilón del anciano y de un sujeto que la estudiaba desde su mesa, se machó del restaurante. La comida empacada la dejó en el asiento del copiloto del Range Rover, manejó un par de manzanas y estacionó en el lugar reservado para los clientes del supermercado, ya que tenía que adquirir más productos de limpieza y comprar una colchoneta para ella, del cual le pareció ver una en la parte de artículos deportivos.

—Desinfectante: listo.

»Detergente: listo.

»Esponja para lavar los platos: listo.

»Trapeador —el segundo que adquirirían—: listo.

»Blanqueador: listo.

»Guantes desechables... —repassaba, conforme tachaba la lista que hizo en la tienda de dulces. El carrito se desbordaba con lo adquirido. Compró algunas raciones de frutas, pan, cereales y jugo para la cena. Estarían cansados, luego del maratónico día que tendrían los dos, porque lo siguiente a limpiar sería la biblioteca.

En vez de barrer y sacudir, tendrían que quemar los libros.

Ni uno era salvable, todos dañados por la humedad, el orín y el popó de los ratones.

—Bombillas... ¿Dónde están? —Buscó a lo largo de la estantería de la sección asignada. La casa necesitaba de una cantidad de estas para estar perfectamente iluminada. Aidan arreglaría la caja de fusibles.

—Es ella.

—¿Tú crees?

—Sí, lo es.

—No tiene pinta...

—¡Sí es!

El cuchicheo de un par de mujeres, llamó la atención de Susana.

Levantó la vista y las atrapó mirándola curiosas.

Las mujeres reaccionaron al verse descubiertas y luego simulaban que revisaban sus móviles. Esto causó que Susana cerrara los ojos con suspicacia. La cotilla se daba en todas partes, incluso, en los pueblos más alejados de Irlanda.

Encontró las bombillas en la estantería a la altura de sus pies, y tomó seis. Así como también, interruptores, conectores, en caso de que Aidan los necesitase. Empujó el carrito, casi llevándose a las chismosas por delante. Sería capaz de apostar de quitarse la ropa en público, si ese par de cotorras se estaban refiriendo a ella.

Por desgracia, esto era nada, en comparación a unos sujetos que la observaban desde la sección de licores.

Susana se tensó, las miradas de estos eran asquerosas. Uno era roñoso y el otro robusto. Reconoció al primero y la embargó la angustia, pues este parecía estar analizándola; tal vez, por ser una de los nuevos residentes de la mansión abandonada o por ella haberse negado a que él la acompañara en la mesa del restaurante. En todo caso, se sentía bajo la lupa de unos chismosos que la escrutaban en silencio.

Se apuró en pagar, llevándose las bolsas hasta el maletero del Range Rover. La tarjeta de crédito de Aidan, yacía en el bolsillo de su pantalón. La suya... hacía rato estaba en números rojos. Aun así, no pudo evitar sentirse angustiada por los sujetos que la siguieron hasta el estacionamiento, cada uno con cerveza en mano. Bebían y sus miradas libidinosas se deslizaban desde sus senos hasta sus piernas.

La angustia empeoró cuando el roñoso-barbón se apretó las bolas por encima de sus sucios vaqueros.

Susana masculló un impropio, subiéndose al asiento del piloto. Los bastardos se aprovechaban de que estuviese sola; de otro modo, pasaría desapercibida.

—¡Hey! —Frenó de golpe. Apenas había puesto en marcha el todoterreno, cuando un jeep, salido de la nada, le cerró el paso—. ¡Estúpido, ten cuidado! —gritó, furiosa.

Estos ni se movieron.

Mientras lanzaba *madrazos* en voz baja, Susana retrocedió el Range Rover, para irse por otra ruta. Sin embargo, otro auto la bloqueó por atrás, provocando que ella se golpeará la parte posterior de la cabeza con el respaldo de su asiento.

—¿Qué le pasa a esa gente?! —Tembló con creciente preocupación. Las alarmas mentales de ser atracada se dispararon al instante.

Tocó el claxon con fuerza para obligarlos a que le cediesen el paso y para que alguien, *que estuviese por ahí cerca*, se diese cuenta de lo que sucedía. De ese modo, los sujetos que se aproximaban, no la abordaran. Pero se equivocó.

El roñoso —el más intimidante del grupo— apareció frente a su ventanilla en un parpadeo. Susana se sobresaltó, bajando de manera automática los seguros de las cuatro puertas.

—¿Qué? ¡No lo escucho! —Él algo le dijo, pero la insonorización en la cabina impedía escucharlo.

El roñoso quebró de un puñetazo el cristal de la ventanilla.

Susana gritó y se encogió para protegerse. Fragmentos de vidrio cayeron sobre ella.

—¿Dónde lo tienen escondido? —exigió saber de algo que la joven ignoraba.

—¡No cargo dinero! —Su vista en busca de ayuda por el rededor de la calle.

—¿Dónde lo esconden? No se haga la que no sabe. ¡Míreme! —Ella no lo hacía, apenas se fijaba en los labios ocultos de este en una mata de pelos asquerosa—. El invernadero. ¿Dónde está?

¡¿El qué?!

—No sé de qué me habla, apenas tenemos un par de días de haber llegado.

—¡Habla, puta!

—¡NADA SABEMOS!

—Entonces, ¡lárguense de Kinnitty! —le ordenó, contundente. Aquí no son bienvenidos. Si no lo hacen... —pasó el dedo índice a lo ancho de su cuello. Clara señal de muerte.

Susana tocó el claxon con vigor.

¡Por Dios, que alguien la socorriera!

Una hora después, Aidan escuchó a lo lejos el Range Rover aproximarse a la casa. Salió a recibir a Susana para ayudarla con las bolsas del almuerzo y con lo que sea que haya comprado. El todoterreno frenó abrupto frente a las escalinatas, azotándose enseguida la puerta del piloto. Su sonrisa se borró tan pronto se percató de las lágrimas de Susana.

Ella corrió hacia él y lo abrazó como una niña aterrada, sin fijarse que Erin no se hallaba colgada del cuello de su compañero de casa. Se refugió entre sus brazos, tomándolo a él desprevenido, pues ignoraba lo que le había sucedido.

Azorado, buscó su mirada.

—¿Qué te pasó? ¿Sufriste un accidente? —Rápido la escaneó y luego levantó la mirada para ver la carrocería de su Range Rover, que, al parecer, no presentaba señal alguna de haberlo padecido.

—No... —respondió, llorosa—. Me... Me... —hipó— *r-rodearon* unos hombres...

—¿Qué te hicieron? —La sacudió de los brazos. Correría sangre si la tocaron.

Se limpió las lágrimas y respondió:

—Me amenazaron.

Aidan frunció el ceño. ¿Qué razones tendrían para hacerlo? A menos que...

—¿Fueron los mismos? —Ella asintió—. ¿Qué te dijeron?

—El *barbón* preguntó por la ubicación de un invernadero y, como yo no sabía, ordenó que nos largásemos. No nos quieren acá... —lo miró consternada—. ¿Por qué, Aidan? ¿Sabes de algún invernadero oculto por ahí o es para fregarnos la paciencia por *lo de la vez pasada*? —A muchos hombres les cabreaba los extraños, o ¿acaso se debía al comentario socarrón que hizo Aidan al repartidor? No era para tanto, sería una insensatez de parte de esa gente.

Aidan no respondió a sus interrogantes, a él le hizo ruido en su cabeza lo del invernadero. Jamás supo que sus abuelos hayan tenido alguno; aun así..., le sonaba del pasado.

A cambio, preguntó:

—¿Te dijeron que el invernadero está por los terrenos de Moninne?

—Eso insinuó *el barbón*: quería la ubicación. ¿Será que ellos allá escondieron dinero o cosas robadas y ahora nos están asediando? —Quizás no han podido vender los objetos de valor de la mansión por habérseles olvidado dónde se halla el lugar.

—Lo más probable —meditó—. Pero... nunca hemos tenido invernaderos... Ni el abuelo ha comentado sobre esto. ¿A ti te comentó algo, así sea a modo de leyenda?

—Muchas veces charlábamos de plantas, pero jamás de eso... —Jadeó, llevándose de inmediato la mano al pecho—. ¿La llave tendrá que ver? —Tras salir de la inspección de la biblioteca, revisaron las demás puertas y armarios de la cocina y el comedor, y luego subieron al

tercer piso hasta que estuvieron seguros de que ningún cerrojo de la casa correspondía a la llave de bronce.

Aidan lo meditó. Su abuelo fue un misterio en vida. ¿Por qué no en la muerte?

Aquellos sujetos estaban interesados en hallar un supuesto «invernadero» que ansiaban ingresar, para extraer, no precisamente plantas. Debía ser algo valioso.

—Puede ser —dijo.

—¿Tendremos que levantar una denuncia? Nos amenazaron...

Sacudió la cabeza.

—Dejémoslo así.

—¿Y si cumplen con su amenaza?

—No lo harán. Vamos... —le rodeó los hombros con su brazo, llevándola al interior de la casa. Por lo pronto, se encargaría de propinarle a esos malditos un escarmiento. A ver, si para la próxima, sea a él a quien decidan amenazarlo y no a una chica menuda que a duras apenas llega al metro sesenta.

Los molería a golpes.

Capítulo 17

Susana observaba, con estupor, la inmensidad de la habitación. El tapiz fue removido, las tablas del piso sustituidas y los trastos sacados al exterior. Muchos fueron clasificados en cajas, dispuestos para caridad, otros para reutilizar y los que también irían a la basura.

Después de dos semanas compartiendo con Aidan la misma habitación, aunque no la colchoneta, por fin ella tenía su propio espacio. Ya no habría pleitos por la ropa esparcida en el piso o las burlas de Aidan por sus «ronquidos»; tampoco la incomodidad de la cercanía o la vergüenza de utilizar el mismo baño.

Su habitación era preciosa; un poco lúgubre, pero preciosa, al fin y al cabo. Le daba los últimos toques, dejando sobre la cómoda unas flores silvestres recogidas del jardín posterior.

Las camas y los colchones se adquirieron a través de un pedido en línea, del cual llegaron esa mañana desde Dublín. Días atrás les llegó una licuadora y la nevera de carga solar que dejó a Susana con la boca abierta por ese tipo de tecnología, pues aliviaba el abastecimiento que surtía la planta eléctrica a la casa.

Ya tenían luz, Aidan logró reparar la planta, resguardada bajo techo en una especie de anexo del cobertizo, pero él después la sustituiría por otra de mayor capacidad. Esa noche cada uno dormiría en su respectiva cama. Aidan se había encargado de pintar tres habitaciones y la que dispuso para su estudio fotográfico, al final del pasillo. También tendrían una habitación para huéspedes, por si algún amigo les daba por visitar. Él no mencionó a sus padres, para evitar conflictos, pero era factible que en algún momento alguien, a ellos, los visitaría.

El resto de la casa aguardaría por pintura para las semanas venideras, faltaban por reparaciones el tercer piso. Los demás espacios –sala y comedor– lucían aceptables. Ya se habían traído algunos muebles, aunque no todos y más sencillos a los que, en otrora, fueron ostentosos. Aidan no contrató ayudante para sacar los viejos mobiliarios; mientras ella cocinaba, él fue capaz de hacer solo el trasteo; no la dejaba ayudarlo, decía que el trabajo arduo fortalecía sus músculos. En todo caso, Susana aportaba su propio esfuerzo y conocimientos adquiridos en la universidad; diseñaba sobre papel los espacios de cada rincón de la casa, una excelente manera de visualizar el ambiente completo de muebles, pintura, cortinas, decorado en general... Presupuestaba, telefoneaba a los fabricantes, supervisaba las reparaciones e, incluso, se abocaba en la mano de obra. Le dedicó buena parte de su tiempo en lijar y pintar la pasamanería de las escaleras, las puertas y las ventanas, del cual estas ya tenían sus respectivos cristales; además, creaba estampados clásicos en las paredes que ya estaban listas; se sentía útil, como si su profesión haya valido la pena.

En cuanto a la biblioteca, daba pesar verla vacía de estantes y libros. Aidan los llevó al vertedero de basura donde, la madera y el papel pasarían por un proceso de descontaminación y trituración para convertirlo en material reciclable para otros productos.

Del lienzo de Dugan...

Aidan no tuvo corazón para deshacerse de este. Lo envió a un conocido muy hábil que lo restauraría. En cuanto esté de retorno, lo colgarían en la pared de la chimenea de la sala, justo encima donde pondrían también el jarrón mortuario en la repisa.

A medida que avanzaban en la restauración de la casa, Aidan exponía sus fotografías en las paredes. Susana se fascinaba y sin atreverse a pedirle que la fotografiara, ya que ella no era

fotogénica. Aidan le había comentado que, en cada remodelación, encontraba una nueva fuente de inspiración.

¡Pum!

El florero en su cómoda vibró ante el martilleo incesante de Aidan, arriba en el techo. Continuaba con las reparaciones y limpieza de los conductos de las chimeneas de las otras habitaciones que aún estaban pendientes. Ya había arreglado el techo, le tomó unas cuantas horas desde que inició su labor tan pronto abrió los ojos en la mañana. No descansaba, parecía una máquina diseñada para esos menesteres. Su resistencia era tal, que se detenía hasta bien entrada la noche o cuando ella lo llamaba a comer.

¡Pum!

Una de las puertas cercanas a su dormitorio se azotó con fuerza. Susana se sobresaltó, girándose sobre sus talones. El martilleo de Aidan hacía vibrar cada milímetro de la casa.

Respiró pausada para calmarse, semejante susto le dio. Las vibraciones hicieron que la puerta se cerrara de golpe.

Pasos se escucharon por el pasillo.

El martilleo de Aidan aún seguía.

Arriba...

El corazón de Susana estalló, azorado.

Siendo cuidadosa, se asomó por el umbral de la puerta.

—¿Aidan, eres tú? —lo llamó. Lo más probable, se cansó de trabajar solo y contrató a algún sujeto para ayudarlo con lo del techo y no se lo informó—. ¿Aidan?

No le respondió. Odiaba que eso le sucediera por segunda vez. Así que dio un paso adelante, previniendo cualquier movimiento sospechoso. Inspeccionó las habitaciones contiguas en busca del pelirrojo.

—Oye, Aidan, necesito hablar contigo —trataba de entablar conversación; si era él o alguien más, se alertaría. Solo esperaba que no fuese algún pillo merodeador.

Aguzó el oído por si le respondía, pero el silencio en ese piso fue aplastante.

Decidida a no dejarse llevar por la paranoia, volvió al dormitorio; muchas veces su excesiva imaginación le jugaba una mala pasada, provocando que el temor se acrecentara. Ella era bastante emprendedora como para que...

Varias puertas se azotaron, una detrás de otra.

Jadeó, aterrada. Definitivamente, alguien se proponía espantarla.

—¿Hay alguien por ahí? —¿Y si era el *roñoso* y sus hombres? Estos a ellos no los querían en Moninne ni en el pueblo; por ese motivo, quizás pretendían hacerles la vida imposible. Tras el incidente en el estacionamiento del supermercado, ni ella ni Aidan volvieron a sufrir amenazas. Puede que Aidan los haya encarado o denunciado en la comisaría, o aquellos dejaron sus demandas territoriales, pues, medírseles a una masa de músculos metro noventa que prometía molerlos a los golpes, era una insensatez—. ¡Eso fue! —meditó—. Los intimidó. —Entonces, ¿quién merodeaba por la casa?

Otra puerta azotada.

Susana tembló, eso no era normal... ¿Quién causaba tanto ruido a su paso?

Fingir indiferencia o hacerse la fuerte no era propio de ella. Las piernas le temblaban y el corazón golpeaba inmisericorde su pecho. Podría lidiar con intrusos; gritaría o los golpearía, de ser necesario, pero si eran fantasmas, superaba sus fuerzas.

Se persignó y, como si tuviese un par de torpedos en los pies, bajó hasta la cocina. Tenía que

controlarse, porque se estaba tornando asustadiza. Encendió la leña de la estufa; aún le costaba hacerlo; arrojando el fósforo cada vez que se proponía preparar la comida. Bendito sea el que inventó la estufa a gas o la eléctrica, se ahorraban el predicamento de tener que velar para no quedarse sin pestañas por el querosén.

En la encimera central, troceó pimientos y la cebolla. Las ventanas de la cocina le mostraban el patio trasero que se extendía hasta las laderas de la montaña. La temperatura descendía y el condenado martilleo seguía retumbando sobre su cabeza; oraba para que el ruido acabara y le diera tranquilidad.

Cortó un tomate en dos y, al segundo, volvió a mirar a través de la ventana. Esta vez, Aidan aparecía en su campo visual, caminado hacia una toma de agua.

Susana dejó su labor culinaria, sorprendida de la rapidez en la que él bajó del techo. ¿Acaso ese loco saltó? La distancia entre el techo y el suelo superaba unos doce metros. Entonces, si él estaba allí... ¿Quién estuvo martillando?

Aguzó el oído.

El martilleo cesó.

Sofrió lo picado en una sartén, con una cucharada de margarina, para luego verter varias presas de pollo, previamente embadurnadas en salsa agri dulce. Aidan antes le daba la sorpresa de haber cazado algún cervatillo o jabalí, lo que la impactó de manera negativa por no estar acostumbrado su paladar a ese menú tan silvestre. Él comenzó a cazar justo a los tres días de convivir juntos, dijo estar harto de la comida del pueblo. Si bien, él se ocupaba de despellejarlos y despresarlos, ella no era capaz de cocinarlos. Por ese motivo le pedía comprar pollo y carne de res en el supermercado.

Esa noche se le antojaba cenar pernil de pollo guisado con calabacines y acompañado con puré de papas. Mejor darse el gusto que devanarse los sesos por cosas absurdas.

—Hola —Aidan saludó en el instante en que entraba a la cocina por la puerta posterior. Su cara lavada y levemente sombreada por una barba descuidada de varios días, su cabello húmedo, parte de su torso y sus vaqueros cubiertos de tizne.

—Cielos, que mal te ves —Susana removía el guiso.

—¿Qué preparas? —Se acercó para apreciar el aroma que desprendía lo que se cocinaba en la estufa.

—¡Arrgh! ¡Apártate que apestas! —lo empujó con una mano.

—¿Qué te pasa? —Se olió las axilas—, huelo a hombre. —Era consciente de que hedía por todo lo que hizo durante el día—. ¿Qué tienes ahí? —Hizo el amague de limpiarse los dedos en su pantalón y luego pasó el pulgar por la mejilla de la muchacha, para quitarle una mancha que «supuestamente» tenía.

—¿Qué tengo? —Se paralizó.

—Tienes... —dejó adrede un rastro de tizne que se extendía desde la oreja hasta la comisura de los labios— un poco de salsa...

Susana controló el impulso de tocarse la mejilla, ardía por el contacto masculino.

—Ve a *ba-bañarte*... Ya estoy mareada de tu peste.

—Yo también —dijo él, no muy seguro de si por su cercanía o por estar muerto del hambre.

Se marchó para asearse. Necesitaría el contenido completo del champú y una pastilla de jabón para quitarse la suciedad que traía encima.

—Aidan... —Susana lo llamó antes de que este cruzara el arco que dividía la cocina del comedor—. ¿Contrataste a alguien?

—No. ¿Por qué lo preguntas? —La otra sacudió la mano, restándole importancia, pero esto provocó que él se acercara—. ¿Todo bien?

—*Síp*.

—Luces preocupada —la cuestionó—. ¿Has... visto algo anormal?

—¿Cómo qué? —lo miró interrogante.

—No sé, dímelo tú.

Susana bajó la mirada.

—He escuchado ruidos...

Aidan posó dos dedos debajo de su mentón y le alzó la mandíbula una pulgada.

—La casa es vieja —le hizo ver—, con tuberías y ratones merodeando por los rincones. No olvides que la madera cruje.

—Lo sé, pero estos ruidos son... —*pisadas, azotes de puerta*—. ¡Olvidalo! —sonrió, apenada—. No me hagas caso, tienes razón: «la casa es vieja». —Y, como tal, los ruidos aumentaban.

A Aidan le provocó abrazarla, pero apestaba. Así que optó por acariciarle la mejilla limpia, dejando una mancha negra que hacía juego con la otra. Ahora lucía igual de sucia que él, con la diferencia de que ella olía delicioso.

11:00 p.m.

Lo que Aidan pronosticó hacia unas horas, se cumplió para desdicha de Susana. La lluvia se desató sobre el condado, amenazando con desbordar los ríos cercanos.

Se removió en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Odiaba las noches de tormenta y más si dormía sola. Por fortuna, Aidan reparó a tiempo el techo; de lo contrario, la casa sería una coladera gigante, pese a que, en medio del vestíbulo se erigía el condenado abeto que parecía un pararrayos. Se las ingenió para que las inclemencias de la Madre Naturaleza no causaran estragos por esa área de la casa; en torno a las raíces del árbol, dejó espacio suficiente para que la tierra absorbiera la lluvia que sobre este caería y erigió un bonito cercado de ladrillos pulidos que daban una protección extra para evitar inundaciones en el vestíbulo y la sala.

Un relámpago retumbó en el cielo, provocando que la lamparita de la mesita se apagara.

Susana extendió el brazo, al instante, cerciorándose de que hubiese electricidad.

No la había.

Otra vez se dispararon los fusibles de la planta eléctrica.

—Maldición. —Primera vez en que dormiría sola y al cielo le da por tronar y causar apagones.

Para mayor *inri*, escuchó pisadas por el pasillo.

¡Ay, otra vez no!

Oró para que fuese Aidan. ¿Quién sino...?

La tormenta relampagueó, seguido de un jarrón quebrándose de lejos.

Susana saltó fuera de la cama.

¿Y si esta vez había intrusos en la casa?

Tuvo la precaución de abrir con extrema lentitud la puerta y miró a ambos lados del pasillo; observó que no había peligro y corrió hacia la habitación del frente, entrando sin pedir permiso.

—¡Aidan, Aidan! —susurró su nombre, mientras lo sacudía. Estaba dormido boca abajo, con las cobijas cubriendo apenas sus caderas.

Este abrió los ojos y se sobresaltó.

—¿Qué sucede? —Susana temblaba angustiada.

—Creo que hay alguien en la casa.

En un parpadeo, se puso en pie, yendo rápido hacia el umbral de la puerta.

—Quédate aquí —le ordenó. Ella quiso negarse, pero él desapareció entre las sombras.

Los minutos señalados por las manecillas del reloj de cadena, de Dugan, transcurrieron inexorables. Un minuto, dos, tres, hasta pasar cinco eternos minutos. Susana dejó el reloj en la mesita de noche donde Aidan lo mantenía y luego procedió ella a comerse las uñas, mientras con la otra mano sostenía un zapato de Aidan, listo para arrojarlo a la cabeza del intruso que se metiera en el dormitorio. Se reprendió así misma por haber olvidado su móvil; de ese modo, hubiese llamado a la comisaría. Aun así, recordó el de Aidan.

Palmeó por la cama, la cómoda, el armario, el piso cerca de la cama, sin hallarlo. ¿Dónde, rayos, lo tenía? ¿Se lo llevó para alumbrar por el pasillo? Podría ser... Aunque estaba segura de que él no lo tomó antes de marcharse.

Soportando la peor de las ansiedades, se sentó al borde de la cama, pero antes de que subiera las piernas para rodearlas con sus brazos, Aidan apareció de repente en la habitación.

A Susana casi le da un infarto.

Se levantó, expectante.

—Fue Zeus, cazando.

—¿Zeus? —No le parecía—. ¿Y las pisadas que escuché?

—Hace un rato salí a tomar agua.

—Fue hace un minuto y tú ya roncabas.

—Me duermo rápido y no ronco. Esa eres tú —a pesar de la tensión existente, no dejaba de resaltar ese hecho. Se divertía a sus expensas.

Susana no replicó, dudosa de creerle.

¿Le mentía para tranquilizarla?

—Condenado gato... —le siguió la corriente—. Lo voy a matar, si es que no me mata a mi primero del susto.

—Asustadiza —rio.

—Bueno, esta casa es tenebrosa —expresó, en un encogimiento lento de hombros. Luego Susana se percató de que él andaba en bóxer—. Te importaría, *s-sí* duermo contigo —no lo increpó, era su habitación—. ¡No estoy buscando! Solo que no me gustan las tormentas, y las casas viejas hacen que escuche cosas que no son... —Por si acaso vuelven los ladrones, si es que fueron estos.

Él asintió para tranquilidad de la muchacha y enseguida se acostó, palmeando el espacio libre para que esta se acostara.

—Compartimos la casa. ¿Por qué no la cama?

A Susana, el comentario le parecía que tenía cierta connotación sexual.

Se acomodó a su lado y se volvió hacia la pared, sintiendo a Aidan irradiar calor sobre su espalda. Él permanecía en la misma posición, en sentido hacia ella, respirando con parsimonia. No hablaba, no invadía su espacio; aun así, la apabullaba su cercanía. Por supuesto, de buena manera; despertaba sus terminaciones nerviosas a la enésima potencia. Y eso la impresionaba, porque al lado de Aidan era capaz de enfrentarse a monstruos tenebrosos.

Miró por encima de su hombro, para comprobar que él se habría dormido, pero se impactó al encontrarse con los avasallantes ojos verdes, mirándola fijamente.

—Hola... —como tonta saludó. De pronto, la cama se tornó demasiado pequeña.

—Hola —Aidan pugnaba de pegarse a ella. Era un imán que lo atraía con fuerzas—. ¿Aún sigues temerosa? —preguntó en su afán de hacerla sentir bien.

—Ya no —volvió a su anterior posición.

Aidan medio sonrió.

—Cada vez que estés atemorizada, búscame. Yo estaré para ti siempre.

—Así lo haré —dijo, indecisa por volverse de nuevo hacia él y abrazarlo, o permanecer quieta y fingir que sus palabras no la descolocaron. A ciencia cierta, estaba en una precaria situación en la que una relación amorosa con el hijo del *Lord Mayor*, sería peligroso. Pero ¿acaso lo que vivían día a día no lo era? La impugnación de la herencia, los ruidos fantasmales, la animosidad de los pueblerinos, los sujetos que la amenazaron en el estacionamiento..., era para huir y nunca más poner un pie en la casa.

Dejó escapar un suspiro y se abandonó al dios del Sueño, rogando para sus adentros que en las noches siguientes no se desatara otra tormenta. Porque, de suceder... sucumbiría a la virilidad del pelirrojo que dormía a su lado.

Capítulo 18

Un rayo de sol se coló a través de la cortina de la ventana y se posó directo sobre el rostro de Susana. La acariciaba sutil con su candor mañanero, sacándola de a poco del mundo onírico en el que se hallaba.

Remoloneó sobre un bulto duro, del cual le resultaba cómodo. La acunaba con un «sube y baja» cadencioso y un golpeteo bajo que, a su vez, resonaba dentro de sus oídos. No era molesto, más bien, amoroso; una especie de melodía tribal que incitaba a la vida misma a resurgir cada día.

Se removió y, con ella, el «bulto» que extrañamente olía bien y que desprendía un calor...

Abrió los ojos de sopetón. Se descubrió abrazada a Aidan, con la nariz metida en su cuello y la pierna derecha por encima de la de él, rozando su hombría.

Previendo despertarlo, intentó levantarse para huir de allí y lavar su sonrojo. No obstante, el brazo de Aidan, rodeaba sus hombros, impidiéndoselo. ¿Y, ahora qué haría? Por nada permitiría que la pillara sobre él; la molestaría por el resto de sus días.

Levantó un poco el rostro, observando las facciones masculinas enmarcadas por esa barba rojiza que lo hacía lucir tan atrayente y del cual los pelitos le puyaban suave la frente. Sus labios, de los que ella deseaba devorar, los tenía ahí, apacibles y tan dispuestos... Por una fracción de segundo, consideró robarle un beso, pero el pudor la aconsejaba en guardar las distancias. A leguas, Aidan era un hombre que no se andaba con arrumacos y besos tontos; él iba directo a la pasión. Y ella no estaba preparada para ello.

Hizo un segundo intento de levantarse, tan lento y sigilosa, procurando hacer el menor movimiento. En cuanto posara los pies en el piso, correría hacia su habitación para cambiarse de ropa y preparar el desayuno.

Pero él se giró, atrapándola bajo el peso de su cuerpo.

—Aidan... —Susana le dio palmaditas en la espalda—. Aidan, despierta, me aplastas. —No la escuchó. Su rostro se hundía en el hueco del fino cuello—. ¡Aidan! —elevó la voz y su corazón retumbaba en su pecho. En ese instante era consciente de la virilidad que reposaba sobre ella—. ¡AIDAN!

—¿Hum?... —Se aferró más a Susana.

—Te juro que, si no te apartas, te voy a morder una oreja.

El muchacho rio.

—Hazlo —la desafió—. Y yo muerdo la tuya.

—Hablo en serio.

—Yo también...

Susana gruñó, alimentando la rabia para que la opresión que sentía en su corazón no la delatara.

—¡Quiero-que-te-apartes! —Hacía acopio de sus fuerzas para quitárselo de encima. Quería y no quería tenerlo de la forma más íntima.

—No sé por qué te quejas, me utilizaste toda la noche de almohada —rodó sobre su espalda y sin abrir los ojos. Le permitía a Susana levantarse rápido de la cama. Si por él fuera, la mantendría allí hasta que sus músculos se agarrotaran.

Cielos... La joven se lamentó.

Él se había dado cuenta.

—No sé a qué te refieres —se hizo la desentendida. Rogaba para sus adentros que Aidan le estuviese lanzando un farol.

La miró.

—Ruedas y hablas mucho dormida —respondió—. «¡Aidan, no te vayas, quédate, te necesito!» —imitó su voz.

Susana agrandó los ojos.

—Yo no hablo dormida, ni «ruedo» en la cama, como tú dices —espetó. La verdad es que, en lo segundo, era cierto. Cuando estaba inquieta, tenía pesadillas.

—Por supuesto que sí —medio se levantó, apoyado de sus codos—. «¡Oh, Aidan, te amo!, ¡te deseo!».

—¡¡Mentira!! —Enrojeció—. Pedazo de... —rugió en su idioma natal, tomando su almohada para golpearlo con rudeza.

Él se la arrebató, riéndose a todo pulmón. Cabrear a Susana era divertido.

—En inglés, por favor, no se te entiende. ¿Qué dijiste?

—¡PENDEJO!

—¿Por qué te enfureces? Admítelo: me deseas.

—¡Claro que no!

Intentó darle un pescozón, pero Aidan atrapó sus muñecas con rapidez y luego la arrojó a la cama. Susana cayó boca arriba, viéndose de nuevo bajo el dominio del pelirrojo.

—Así que soy un «pendejo», ¿eh? —elevó sus muñecas por sobre su cabeza—. Tal insulto no quedará impune...

—¿Qué me vas a hacer? —los nervios la martirizaron por el siguiente paso que él daría.

Torció los labios, malévolo.

—Perversiones...

El corazón de Susana estalló en mil palpitaciones por segundo, y, cuando intentó protestar para que la soltara, Aidan comenzó a hacerle cosquillas por las costillas y las axilas.

—¡No! —Susana rio sin poderlo evitar—. ¡¡Aidan!! —Lanzaba patadas desesperadas a cada lado de las caderas del muchacho. Sus risas estridentes hacían que sus ruegos fuesen desestimados.

—Discúlpate.

—¡No!

—Bueno... —continuó con las cosquillas.

—¡Está bien! —cedió derrotada; de seguir torturándola de esa manera, se orinaba en sus bragas.

—Estoy esperando —Aidan le apretó más las muñecas, deseando que las tuviese atadas.

Susana puso los ojos en blanco.

—Disculpa haberte llamado «pendejo», no fue mi intención ofenderte.

La arropó con la mirada.

—No lo hiciste —se inclinó para saldar la distancia existente entre sus labios.

Susana leyó sus intenciones y apartó con rapidez su rostro para evitar que él la besara. La abrumaba la situación en la que se hallaba.

Aidan comprendió.

Eran amigos: nada más.

La soltó. Jamás obligó a ninguna mujer a estar con él. Así que, se marchó al baño para estar

un rato solo, tenía que desahogar sus frustraciones, mientras que Susana se arrepentía de sus actos. ¿Acaso Aidan pretendió abusar de ella? Por supuesto que no, o sino ya lo habría hecho. Solo malinterpretó las señales que efectivamente eran las correctas.

Se levantó de la cama, con ese pésimo ánimo que le provocaba llorar. Tantas veces en que se quejaba de falta de novio y viene un chico guapo a seducirla, y ella lo espanta. ¿Quién la entendía?

Traspasó el umbral de la puerta y el pasillo, Zeus la esperaba al frente de su habitación, maullando por comida, sus ojos dorados iluminados al verla levantada. Susana se tomó unos minutos para arreglarse y luego bajar a preparar el desayuno. La restauración de la biblioteca y la cocina se llevó una buena tajada del presupuesto que ambos tenían, por ser las áreas más afectadas de la casa.

Suspiró, preocupada. ¿Qué pasaría de ahora en adelante? Él se cansaría de estar allí y querría volver a la ciudad a ejercer su profesión. Y, aunque, Aidan mantuviera su palabra de apoyarla siempre... Sus necesidades de hombre se manifestarían en algún momento. No por el hecho sexual en sí, sino el deseo de unir su destino junto a una mujer en matrimonio.

—Pendeja... —se recriminó a sí misma, procurando no ser escuchada. Ella era una soberana pendeja que se asustaba de intimar con un joven de convicciones propias.

Cruzó la planta baja, con Zeus pisándole los talones. La claridad del día le daba un matiz reconfortante a la casa, tornándola apacible. Tan diferente a la noche anterior... Prendió los leños de la arcaica estufa y vertió dos huevos en la sartén para hacer tortillas. Zeus engullía con rapidez su plato de comida, en un extremo de la cocina, mientras ella permanecía ensimismada. Luego se volvió para llamar a Aidan, pero se llevó la sorpresa de que él ya estaba allí, sentado en la mesa, observándola en silencio.

—Deberías ponerte campanillas en los pies, no se te escucha aproximar —simuló su turbación de hacía unos minutos. Esperaba que el rechazo a los dos no los distanciara.

Este apenas sonrió o eso le pareció a Susana, que evitó su estoica mirada.

—¿Vas a desayunar? —preguntó y enseguida se reprochó para sus adentros de haberla formulado. Últimamente hacía gala de lo obvio y de lo absurdo.

—Sí —no dijo más. Al igual que Susana, le costaba entablar conversación. Eso de que lo mandaran directo a la «zona de amigos» no le agradaba para nada.

Susana le sirvió y luego se sentó en la mesa, con la vista clavada en su plato. Cada uno se mantenía en sus propios pensamientos, sumidos entre la incomodidad y las ganas de retroceder el tiempo. Las tortillas eran más interesantes que conversar de cualquier tema. Pero era difícil hacerlo si el otro ni siquiera era capaz de verle a los ojos.

—No volverá a suceder —Aidan acabó con el silencio imperante y Susana levantó la mirada, comprendiendo a lo que él se refería. No más intenciones de besarla.

—Bien —acordó—. Te lo agra...

—Termina rápido —la interrumpió—. Hoy haremos lo del funeral. La caminata será larga.

Susana se sorprendió consigo misma por haber perdido el sentido del tiempo. Ya era la fecha correspondiente para honrar las cenizas de Dugan.

Ni bien pudo replicar, Aidan se levantó de la mesa para llevar su plato al fregadero. Por lo visto, tenían que darse prisas en marcharse si deseaban aprovechar las primeras horas del día para dicho funeral.

Ella lo imitó.

—Aidan... —lo llamó, atribulada. Lo que menos pretendía era que él se distanciara.

—Está bien, no pasa nada. Entendí mal las señales.

Susana abrió la boca para replicar, pero ¿qué le iba a decir: que tenía razón y ella fue una tonta? Permaneció en silencio, tragándose sus palabras y pensamientos.

—¿Falta mucho?

—Ya casi.

—Eso dijiste hace una hora.

—Pues, ahora hablo en serio.

—¿Estás seguro?

—Sí...

Susana y Aidan recorrían los senderos a través de la montaña, para llevar a cabo las honras fúnebres de Dugan. En esta ocasión, el nieto prescindió de la presencia de un sacerdote o ministro religioso; su abuelo no fue adepto a ninguna fe y lo que harían ellos tal vez no fuese bien visto por nadie. Aidan no demostraba síntomas de cansancio, pero a Susana le dolían las piernas por su falta de ejercitación, los zapatos que usaba no eran acordes al terreno que pisaba; la caminata era muy larga, bajo esa infinidad de abetos de más de sesenta metros de alto que parecían alcanzar el cielo. Las montañas de Slieve Bloom no eran altas, pero sí bastante extensas. Los senderos se perdían entre la arboleda, casi tragados por la variedad de helechos terrestres y colgantes que se encontraban por el camino, así como también, los musgos que tapizaban los suelos, los troncos de los hayedos y los robustos robles que, de vez en cuando, hallaban a su paso. Todo era verde esmeralda, siendo muy difícil diferenciar el paisaje recorrido por el que faltaba recorrer, el que no contara con un guía experimentado en el área, el extravío estaba garantizado.

—Oye, no es que desconfíe de tu capacidad para desplazarte por estas tierras, pero ¿tienes idea de hacia dónde nos dirigimos? —Sus ojos rodando por todas partes, azorados de las especies de cuatro patas que por ahí merodeaban.

—Estamos por llegar —le dijo. Aunque Aidan no se propuso un punto exacto donde realizarían las honras fúnebres, tenía la impresión de que debían seguir adelante, que estaban cerca de un sitio que los llamaban con premura... Risas de niño, juegos infantiles, saltos, correderas divertidas, felicidad..., imágenes de una época que hasta ese instante no recordaba, asaltaron su mente.

Risas.

Ojos amarillos.

Pelaje de animal.

De lobos para ser más específicos. Eran sus amigos, sus compañeros de juego.

El dorso de su mano secó el sudor de su frente. ¿Acaso eran recuerdos reales o producto del hambre? No desayunó bien por el enojo.

Se rascó la cabeza.

¿Hacia dónde?, sabía que estaban cerca. Lo sentía, lo percibía... Pero, ¿dónde?

—¡Zeus! ¡Zeus! ¡¡Regresa aquí!! ¡Zeus! —Susana no se había dado cuenta de que su mascota los seguía; tuvo que afanarse para darle alcance, pero el animalito le ganaba en velocidad—. ¡Ze...! ¡Ayyyyyyyy! —Su pie tropezó con una piedra y luego Susana rodó por la ladera de la montaña hasta golpear su cabeza contra una dura cortina de hiedras.

—¡Susana! —En dos zancadas, él llegó hasta ella—. ¿Estás bien?

—Sí, sí... —se sobaba la cabeza—. Fue un golpe...

Aidan la ayudó a levantar. Zeus estaba cerca, con un escarabajo entre sus fauces.

—Condenado gato... —masculló, él, mientras sacudía la tierra de las ropas de la muchacha. Esta apoyó de manera automática una mano en la pared de hiedras, para revisar su tobillo que por fortuna no se fracturó. Pero sintió que, debajo de todas esas plantas, había una dureza que le extrañaba.

Curiosa, palpó e introdujo los dedos entre las hiedras.

—¿Qué es esto? Es... —se sorprendió. ¿Acaso era lo que ella pensaba?

Aidan también pegó las manos.

—Es una puerta —encajada a las faldas de la montaña y cubierta por tupidas hiedras para que no fuese fácil de encontrar.

—¿La que estamos buscando? —preguntó, sonriente, ante lo obvio y visiblemente emocionada.

—Solo hay una forma de saberlo. —Extendió la mano hacia Susana para que le entregara la llave colgada en su cuello. Estaba seguro de que por fin hallaron lo que su abuelo les confió sin revelarles nada.

En cuanto lo hizo, Aidan buscó el picaporte, igual de viejo y herrumbroso que la llave de bronce, e introdujo esta con nerviosismo en la hendidura.

Se detuvo. No era él a quien le correspondía el honor.

—¿Qué pasa? —Susana ansiaba entrar.

La miró con profundidad.

—A ti te confirieron la llave —dijo—. Debes abrirla.

Susana asintió, apabullada. ¿Qué encontrarían del otro lado? Esperaba no fuese nada macabro. Una puerta oculta en medio de las montañas era motivo de reflexión.

Giró la llave, cediendo el cerrojo al instante. Aidan empujó la puerta, con una mano, cuyas bisagras emitieron un áspero sonido a causa de la corrosión.

El aroma a flores los invadió de pronto.

—¿Qué habrá adentro? —Susana lanzaba dificultosos vistazos a través de la cortina de hiedras que les impedía ver lo que había del otro lado de la puerta.

—¿Pasas tú primero o yo?

—Te cedo el honor —Susana recogió a Zeus, acostumbrada a los siete kilos de peso de este. En caso de peligro, ella sería la primera en correr lejos de allí.

Aidan ingresó precavido de encontrarse con algún animal que los atacara justo en la entrada. Sus pies quedaron plantados en el piso, su vista perdiéndose hacia el fondo del lugar.

«Mira, abuela... ¡Mira lo que hago!».

Aplausos.

Risas.

Abrazos...

—¡Déjame pasar, estas ahí estorbando! ¡Ay, por Dios! —Susana jadeó, tras rodear a su amigo para ingresar. Sus manos se aflojaron por la impresión y dejaron caer a Zeus. ¿Era real lo que sus ojos contemplaban hacia el fondo? Una espectacular cúpula de hierro y cristal se alzaba sobre los árboles, del cual los recibía con majestuosidad como si quisiera asegurarles que allí llevaba décadas.

—Creí que era un sueño... —Como si estuviese hipnotizado, Aidan se aventuró en ir hacia allá

y Susana rápido se colgó de nuevo la llave al cuello. Trató de agarrar a Zeus, pero este corrió hacia adelante; por lo que ella no le quedó más remedio que cerrar la puerta por donde ingresaron. En cuanto atrapara al gato, no lo soltaría. Observó que esta vez la montaña estaba *del otro lado*, sin corresponder a cómo entraron, supuso que debían recorrer una cueva o algo por el estilo, pero lo que hallaron era una zona abierta. Llamó a Aidan para que la esperara, necesitaba su ayuda, él le ofreció el brazo de modo que no se cayera al cruzar la caminería de losa musgosa que los conducía hacia la cúpula.

Rosas rojas y blancas de buen tamaño flanqueaban el trayecto. Pavorreales blancos y de colores, faisanes, aves de Paraíso, cacatúas... cantaba en bienvenida de los visitantes. Las copas de los árboles se azotaban suave ante los saltos de los monos capuchinos para seguirlos desde las alturas, silenciosos a *los que tanto* esperaron.

—Qué fascinante —Aidan estudiaba la construcción, tras cruzar la caminería. Ambos ignoraban quiénes alzaron la cúpula. El lugar estaba atestado de una gran cantidad de arbustos florales y frutales que aplacarían el hambre a una aldea entera. Les llamaba la atención que la lluvia arrecida la noche anterior, no se manifestaba allí en un suelo lodoso y plantas cargadas de agua, sino que todo lucía como si el sol hubiese irradiado en su esplendor desde siempre.

—¿Es un templo?! —Susana no esperaba encontrarse con una edificación tipo griega. Los encargados de crear esa maravilla arquitectónica querían hacerla destacar de entre las demás casas que se levantaban lejanas a muchos kilómetros a la redonda. Pero en esa boscosa montaña solo tuvieron por vecinos a los Fitzgerald—. ¿Desde cuándo ha estado aquí? —Las enredaderas se enroscaban en las altas columnas que sostenían un pórtico impresionante.

—No sé, siglos, tal vez... —Aidan respondió. El templo ha estado oculto a la espera de sus herederos.

—¿Cómo es que nadie supo? —le costaba a Susana aceptar lo que sus ojos contemplaban—. ¿Nunca notaron nada raro en las montañas? —En algún momento tuvo que haber sido sobrevolado por un helicóptero o avioneta. El templo debía verse desde grandes alturas.

—Ni idea... —la mirada de Aidan puesta en unas mariposas de extensas alas.

Risas, manos de niño tratando de atraparlas. Los recuerdos infantiles abrumando su memoria adulta.

El colorido de los brezos y los rosales, más los árboles frutales, hicieron que Susana se percatara de un hecho.

—¿Este es el «invernadero» que *aquellos sujetos* buscaban?

Aidan la miró y, siendo evidente lo que esta preguntaba, asintió.

Era el invernadero.

Esto lo emocionó al punto de las lágrimas, mezclando sentimientos de felicidad y tristeza al mismo tiempo. Después de tantos años pensando que era solo un bonito sueño, finalmente se dio cuenta de que era una realidad tangible. Cuando cumplió los cinco años y entró en ese lugar en compañía de sus abuelos, le explicaron que él sería quien tomaría el relevo en el futuro. Jugó durante horas hasta que, exhausto, se quedó dormido. No recordaba cómo lo llevaron a su habitación durante la noche. Al despertar al día siguiente, tenía la mente nublada.

—¿Por qué motivo? —Susana recordaba los ojos amenazadores del *roñoso* y sus compinches. La habrían lastimado si ella no hubiese estado montada en el Range Rover.

«Algún día serás el protector de Siorai», la voz de su abuelo resonó en la cabeza de Aidan. «Jamás permitas que otros se lo apoderen».

—Son tierras fértiles —intuía que no era por eso, pero no lograba alcanzar el motivo que se

disipaba en su memoria.

—¿En medio de las montañas? —Lo normal habría sido que hubiese otras edificaciones, plazas o bosques urbanos que manifestaran la civilización. No un invernadero solitario en las montañas.

¿Cuál sería el objetivo? ¿Naturaleza resguardando naturaleza?

—Sus razones tendrían. —Él estaba tan ignorante como ella. Desde que visitó el invernadero, en su infancia, nunca más entró, y sus abuelos ni le volvieron a tocar el tema. Tal vez fue como una especie de presentación. «*Serás el protector*».

—¿Quiénes?

—Los que crearon Síorai —tenía la seguridad de que no fue su familia, debido a la antigüedad del templo que data de muchos siglos.

—¿Síorai?

—Así se llama el invernadero.

—¿Y tú cómo sabes? —Aguardó a que le dijera, pero él nada comentó, por lo que Susana comprendió que aún desconfiaba de ella. Pese a esto, estudió su semblante a ver qué le revelaba, si tristeza, melancolía, alegría, algo que a ella le indicara que anteriormente él le había mentido al expresar desconocimiento al respecto. Por desgracia, el rostro de Aidan permanecía inexpresivo—. «Invernadero» —meditó en voz alta para sacarlo de su ensimismamiento—. Más bien, parece el huerto de un palacio... —Susana aún permanecía estupefacta ante semejante visión. Síorai se extendía en todas direcciones, indicándoles que abarcaba unas cuantas hectáreas. Si no fue Dugan el que construyó el templo y sembró toda esas plantas y exóticos árboles frutales, entonces, ¿quiénes?

Y, lo más desconcertante: ¿con qué propósito? El invernadero se ha mantenido a sí mismo sin la intervención del hombre.

Aun así... Daba la impresión de que Dugan estuviese presente en cada milímetro de ese lugar, y esto la preocupó, comprendiendo el motivo por el cual el señor Desmond le exigía que le entregara la llave. ¡El anciano estuvo allí!

—Esto es irreal...

—Aquí solía venir a jugar cuando niño —finalmente reveló con un tinte melancólico en su voz.

—Parece un refugio de hadas —lo miró, asombrada.

Él sonrió. En cierto modo así era.

—Dejemos la inspección para más tarde —dijo cuando ella pretendió adentrarse al templo para buscar a Zeus, que había entrado a curiosear o a cazar insectos—. Tenemos que hacer lo del abuelo.

Ella llamó a su mascota y este emergió tan campante de la construcción como si fuese su hogar.

A continuación, el minino y los jóvenes, avanzaron hasta lo que parecía, el centro de ese mágico entorno con mariposas multicolores revoloteando por doquier. Susana extrajo del morral, el jarrón que contenía las cenizas de Dugan y del que ella tuvo la prevención de envolverlo en una pañoleta para que dentro no se destapara, y luego lo depositó sobre una gran roca verdosa, a la altura de sus ojos. Aidan se daba tiempo de aclarar su garganta y encontrar las palabras adecuadas que debía expresar, no todos los días se esparcían las cenizas de un ser querido. Estaba por llorar, la última vez en que él soltó gruesas lágrimas fue cuando asesinaron a su abuela en su propia casa, y él nada pudo hacer por protegerla. Todo fue

demasiado tarde.

Se ubicó al frente de una gran roca, revestida de musgo de vivaz color verde, y aguardó por Susana hasta que ella acomodó bien la pañoleta y el jarrón mortuario sobre esta, como una especie de altar. Habían pensado en esparcir las cenizas en el bosque, pero, en vista del descubrimiento y de lo que significaba la posesión de la llave, Aidan consideró que era adecuado que esa fuese la morada final del hombre que lo animó a «volar» y le otorgó un amor fraternal que jamás tuvo de su propio padre.

—Abuelo... —la voz le tembló, pese a que se esforzaba para no demostrar su sentir a la naturaleza que los rodeaba. Susana se hizo a su lado, acariciándole la espalda para insuflarle valor—. Abuelo —continuó—, tuve el honor de haber compartido contigo el mismo linaje. Fuiste un hombre extraordinario; tu carisma para emprender proyectos que muchos consideraban imposibles era admirable. Me diste la fuerza para sobrellevar mis penas, cuando las tuyas fueron peores por lo de la abuela. Jamás permitiste que me perdiera a mí mismo. Nadie creía en mí, ni siquiera yo...

»Pero tú estuviste presente en mis peores días, me consolaste cuando debió ser lo contrario. Debí ser yo...

»Perdona mis errores y lo que causé esa noche de octubre. Sé que... —de nuevo carraspeó— estoy lejos de ser perfecto. Pero honraré tu voluntad y ayudaré a Susana en todo lo que ella me pida. Seré —la miró— su brazo fuerte, su protector y refugio, si ella así lo quiere...

»Ve a dónde tengas que ir —miró de retorno al jarrón como si este fuese una persona que estuviese sentada sobre la roca, atenta a lo que él le decía con cariño— y descansa en paz. Te quiero mucho. Te extrañaré...

Susana se limpió las lágrimas. Aidan, cuando se lo proponía, a cualquiera le ablandaba el corazón. Las palabras le calaron hondo, fueron emotivas.

—¿Puedo? —También quería participar. Aidan asintió. Por supuesto, se había ganado el derecho a expresar su propio discurso.

La joven sacó del morral, el libro de *Orgullo y Prejuicio*, y lo abrió en el último capítulo.

—No te quedarás con las ganas de saber el final —sonrió y procedió a leer con la pasión que imponía en sus lecturas. Si el espíritu de Dugan merodeaba cerca de sus seres queridos, antes de cruzar al más allá, ella le proporcionaría el desenlace de los últimos capítulos del libro.

»“*El señor Bingley no recibió de su amigo ninguna carta de excusas, como temía Elizabeth —comenzó—; por el contrario, a los pocos días de la visita de lady Catherine, se presentó en Longbourn acompañado del señor Darcy. Los dos caballeros llegaron muy temprano y antes de que la señora Bennet tuviese ocasión de...*”, Susana permanecía en pie, junto a dos oyentes, uno presente y el otro, incorpóreo. Así su corazón lo sentía, por lo que, cada línea leída al anciano se la expresaba con amor. En una breve interrupción que hizo para pasar saliva, echó un vistazo a Aidan, quien lucía entristecido, sin demostrar lo que pasaba en ese instante por su cabeza. Aunque Susana meditaba el luto que él llevaría, quién sabe hasta cuándo por ese hombre que lo apoyó en una circunstancia que sucedió en el pasado y del cual ella ignoraba, reconocía el buen trabajo que Dugan en este realizó. La vida de ambos cambió, tras su muerte, con un impresionante legado.

Una vez terminada de leer la novela. Aidan destapó el jarrón y le pidió a Susana de unir sus manos con las de él para sujetar el jarrón. Juntos esparcían las cenizas en el invernadero secreto.

El lugar perfecto para el descanso eterno de su amado abuelo.

Capítulo 19

—Me parece que olvidamos dónde está la puerta... —Susana lamentaba haber perdido su ubicación. Estaba tan sumergida entre las hiedras que difícilmente la hallarían de nuevo.

—Descuida —Aidan sonrió—. *Síorai* nos fue encomendado. Volveremos a encontrar la puerta.

Susana apenas le devolvió la sonrisa. Oraba para sus adentros para que fuese así, ya que ni ella ni Aidan hicieron un mapa que les recordara la ruta que debían tomar. El follaje siempre era el mismo: millares de abetos altos, robles y musgo por doquier. Por más que ella memorizara algún árbol o arbusto particular que les sirviera como señal de que iban por buen camino, se confundía; desviaba la vista y, cuando la retornaba hacia adelante, ni sabía dónde estaba parada. Aun así, Aidan se lo veía muy seguro del sendero; no dudaba ni se detenía a descansar, a menos que ella se lo pidiera, pues le consultó varias veces. Pero Susana estaba emocionada por llegar rápido.

Trastabilló, a pesar de tener cuidado por donde pisaba, la lluvia se mantenía constante; aunque no como hacía dos noches atrás en que la tormenta la hizo dormir en la cama de Aidan, por los relámpagos y los apagones. En ese instante arreciaba suave, pero suficiente para dejar el suelo lodoso y ellos protegidos con impermeables negros para evitar que sus ropas se empaparan. Aidan le ofreció cargarla sobre su ancha espalda, pero Susana consideró el tiempo en que estarían explorando el invernadero, por lo que agradecida lo rechazó. Solo le tomó la mano, se sentía bien hacerlo, como si estuviese más unida a él, en una sólida confraternidad.

En esta ocasión, dejó encerrado a Zeus dentro de la casa; le procuró agua y alimento, dejando las puertas y ventanas cerradas para que no escapara. Estuvieron listos desde antes del alba. El día anterior, luego de las honras fúnebres de Dugan, el ánimo de Aidan cayó considerable, por lo que Susana sugirió regresar a casa. Meditaba que era lo correcto, sería muy desconsiderado de su parte forzar a su amigo a una exploración del cual su mente se había desconectado a causa de su aflicción.

Nada realizaron durante la tarde y la noche. Aidan se acostó temprano. Susana tuvo que aguantarse de exclamar emocionada: «No puedo creer lo hermoso que es, ¡parece un paraíso! ¿Viste las rosas?, ¿las viste? ¡Eran inmensas! Y las mariposas... ¿De qué especie son? Son mucho más grandes que las llamadas “alas de pájaro”». Él pasaba por el duelo, sus ojos enrojecidos por las lágrimas que en su dormitorio ha derramado. A Susana también la afligía la ausencia del anciano, pero su malestar no se comparaba con lo que sufría Aidan.

Ya para cuando la claridad del astro rey se extendió por Slieve Bloom, el semblante de su acompañante mejoró. La había aconsejado de empacar agua y comida, estarían en el invernadero hasta que el cansancio los venciera.

—Espera... —su morral quedó atrapado por las ramas de un brezo, muy común por la zona. Aidan la ayudó a liberarse del arbusto, cuyas flores amarillas, a ambos les agradaban.

—¿Te ayudo con eso, parece pesado? —Ni bien terminó él de preguntarle, le quitó el morral que ella cargaba terciado sobre su espalda y se la acomodó sobre su hombro, para emprender de nuevo la marcha.

Extendió la mano hacia Susana.

Ella enseguida la tomó.

Qué bien se sentía...

Al cabo de unos metros de trayecto, Aidan y Susana tuvieron la sensación de haber llegado. Por supuesto, caminaron un poco más y luego descendieron la colina por donde Susana había rodado. La cortina de hiedras cubría la puerta y ellos procedieron a descorrerla para introducir la llave.

El cambio climático fue abrupto. Afuera lloviznaba, adentro soleado en un buen día veraniego.

Desde el punto donde se hallaban parados como dos tontos perdidos, paseaban la vista por la periferia para observar desde cerca y desde lejos, los diversos cultivos acomodados por secciones. En algunas partes resaltaba el color de las flores: rojas, amarillas, rosadas, blancas... En otras la distribución de las plantas: grandes, medianas, pequeñas... También árboles de naranjas, mangos, limones, aguacates... La zona geográfica ni la temporada no afectaba su cosecha; nadie los cuidaba de los insectos o los pájaros, se mantenían intactos en la flora silvestre. Y, del cual, Susana meditaba que el invernadero era inmenso con relación a la variedad y producción.

No discutieron de hacia dónde explorar primero, se dirigieron directo al templo, con esa expectativa de lo que allá encontrarían. Susana se sujetó de Aidan, las baldosas no eran confiables, ya ella una vez se cayó en uno de sus paseos efectuados en su país, de cuando sus padres la llevaron al campo. A Susana le pareció curioso cómo Aidan olfateaba el aire mientras ellos avanzaban. Los rosales los recibían a cada lado de la caminería hasta llegar a la antigua edificación de inspiración griega.

Aidan le bloqueó el paso con su brazo, pendiente de lo que hallarían. No era de las personas que corrían a apreciar algo de buenas a primeras; más bien, tomaba sus precauciones, muy sigiloso en su proceder, mirando de un lado a otro y olfateando. Siempre lo hacía.

Una vez que hubo comprobado que ningún peligro los acechaba, se quitaron los impermeables y el morral, y los dejaron abandonados justo antes de ascender las escalinatas.

Estas atravesaban de lado a lado la construcción como líneas que realzaban una palabra, y luego los jóvenes cruzaron el pórtico de inmensas columnas blancas, que, de por sí, ya era bastante imponente. Las puertas que daban acceso al templo estaban cerradas, Aidan plantó ambas manos en la madera carente de diseños ornamentales, al fijarse que no había cerradura que ameritara una llave. Empujó sin ser tosco y estas se abrieron suave de par en par para permitir el paso a los jóvenes aventureros.

—Supremo...

Aidan sonrió a lo expresado por la muchacha y avanzaron juntos al interior. Allí no hallaron esculturas, lienzos o mobiliario que les indicara que la edificación fue alguna vez una biblioteca o una institución de lo que sea los antiguos constructores planearon para la preservación del invernadero. El lugar estaba vacío, pero la arquitectura del mismo lucía intacta; lo contrario a Moninne, que sucumbió tristemente al paso del tiempo. El piso marmolado seguía lustroso, las paredes de un pulcro blanco; ni una mancha ni una telaraña desentonando la mampostería. El techo se apreciaba en perfectas condiciones, no había coladeras de agua ni resquebrajamientos por la falta de mantenimiento. Aidan y Susana se ubicaron en una circunferencia de tierra como dispuesta para sembrar alguna planta, justo bajo la cúpula sostenida por altas columnas que ocupaban el espacio central del templo a modo circular. Y, estando ambos allí, en ese centro..., levantaron las miradas. Aidan arqueó las cejas y Susana jadeó estupefacta.

El diseño que dominaba los vitrales correspondía a los hijos de la luna. Los lobos...

—Hermoso —expresó ella a pesar de la aprensión que le producía. Reconocía el buen arte: los vitrales aún conservaban las tonalidades en cada tramo del vidrio que formaba la cúpula de unos cinco metros de diámetro. Las imágenes plasmadas representaban la magnificencia de esos cánidos salvajes que a ellos los observaban silentes desde la altura. Susana nada más comentó, solo apreciaba el diseño, aún absorta en sus pensamientos. ¿Por qué Dugan jamás les comentó? Esperó hasta después de su muerte para hacerles del conocimiento.

Se apartó de Aidan, para observar los relieves en yeso en el espacio existente entre dos columnas que fueron levantadas contra las paredes al fondo del templo. No las había notado en cuanto entraron, las formas se confundían en la distancia a causa de la misma tonalidad con las paredes donde fueron elaboradas. Eran esculturas pegadas, por así decirlo, y en dimensión frontal, representando diversos pasajes de lobos: durmiendo en grupo, aullando, en pareja, rascándose la oreja con su pata trasera, gruñendo feroces... Por lo visto, el templo se erigió en honor a dicha especie.

—Esto quita el aliento —las columnas catalogaban las obras esculpidas cada cierta distancia, como una impresionante galería.

—Me gusta —Aidan comentó, igual de fascinado que ella.

—Mira aquel... —Susana señaló el que había del otro lado del templo. Un hombre de larga estatura y una mujer baja que portaba una llave en su cuello.

Miró a Aidan. ¿Acaso eran ellos allí plasmados?

—No somos nosotros —explicó ante su turbación—. Son los primeros Cuidadores de Síorai.

—¿Te lo dijo, Dugan?

Asintió. Recordaba más aspectos de su infancia.

—Aquí él tomó por esposa a la abuela y aquí me presentó.

—¿Presentar para qué? —se interesó.

—No logro recordar.

—¿Estos eran ellos?

—No, eran otros ancestros. Este lugar abarca varios siglos...

Susana estuvo a punto de acariciar los relieves en el rostro del hombre, pero se detuvo. ¿Para qué tanta inversión en una edificación voluminosa como ese templo griego y el sembradío de miles de plantas y árboles exóticos, para estar oculto? No tenía sentido.

—Por eso tu papá quería la llave: todo esto vale millones si lo vende a alguna empresa hotelera o complejo turístico... —el templo podría adaptarse a un restaurante de lujo y en las inmediaciones construir un hotel que lo complementara. Los animales y aves traídos de otros países, darían el toque diferente, en una armonía visual que encantaría a los turistas más adinerados.

—Él ignora su existencia, pero cree que el abuelo nos dejó algún pequeño tesoro enterrado en la casa. Si hubiese estado del conocimiento de todo esto, nos habría asesinado para apropiárselo.

—¿Por un antiguo templo con tierras fértiles?! —se escandalizó de la sangría fría de aquel señor.

Él sacudió la cabeza.

Era más.

Lo sentía.

Lo percibía.

Mucho más...

—¿Y eso qué es? —En el siguiente friso, Susana no comprendía lo que quisieron representar, parecían lenguas de fuego, devorándose una planta. Aidan retrocedió y se paralizó—. ¿Qué es, Aidan? —la actitud de este la desconcertó. ¿Qué le pasó?

Con los nuevos recuerdos golpeándole cada vez más fuerte, Aidan se marchó por las puertas dobles de la parte sur del templo; las haló con rudeza para abrirlas, ignorando el llamado de la muchacha.

Susana tuvo que correr para alcanzar sus aceleradas pisadas, descendió las escaleras de la parte posterior y, ahí, por encima de las copas de los florecidos cerezos que demarcaban el límite entre el templo y lo que había más adelante, se divisaba una columna de humo grisáceo como si algo por esa parte inexplorada se quemaba.

Cruzó la línea de los cerezos y luego un tramo de manzanos cargados de frutos listos para la cosecha. Llamó a Aidan, lo perdió de vista, pero fue por un instante, pues alcanzó a divisar su cabello rojo, pasar veloz de entre los espinos albar de florecillas blancas.

Procuró correr más rápido, Aidan era como una liebre que huye despavorida. Lo llamó repetidas veces; la columna de humo hubiese sido efectiva para guiarla; por desgracia, ella se sumergió en la espesura de unos hayedos, ubicados más allá de los manzanos, siendo difícil orientarse bajo el follaje de las extendidas ramas—. ¡Aidan! ¿Dónde estás? ¡Aidan!

—A tu derecha —su voz resonó en un punto que aún no era visto por Susana.

La joven siguió la ruta indicada, aprensiva de su entorno, pese a que todo era hermoso; lo llamó una vez más y él le contestó que avanzara sin desviaciones.

—Aidan, ¿qué es eso? —Sus ojos casi se salen de sus cuencas en cuanto emergió de la arboleda, sin dar crédito a lo que observaba.

En medio de dos hayedos que parecían querer abrazarse entre sí, se hallaba una hoguera de no más de dos metros de alto, manteniendo a los árboles apenas levemente separados. Enseguida notó que dentro de la hoguera un arbusto de tallo y ramas delgadas se quemaba, no podía distinguir a qué especie pertenecía, pero le molestó que Aidan le prendiera fuego, porque no había razón para hacerlo. Era un atentado para la naturaleza.

—Es el Arbusto Dragón: el alma de Siorai —reveló, pagado de sí mismo—. Sin este, todo lo que hay acá dentro moriría.

—¿Dragón? ¿Escupe fuego?

Sonrió.

—A veces.

—¿Y por eso lo quemas? —Tal vez le temía.

—No lo hago —la miró. El fulgor de la llamarada se reflejaba en sus ojos verdes que en ese instante transmitían serenidad.

Ella sonrió incrédula, no era un fuego común; de haberlo sido, lo que se hallaba dentro de este ya se habría consumido. El arbusto permanecía intacto, como una pintura majestuosa y vivas. Ni los troncos torcidos ni las ramas de los hayedos que lo encerraban, estaban ennegrecidos; el fuego giraba sobre sí mismo como un torbellino estático de moderada velocidad. No emitía sonido ni sofocaba su calor, era *una* proyección espectacular que a Susana le hubiera gustado filmar.

Aidan le extendió la mano para que se acercara.

Susana retrocedió, ¿acaso se golpeó la cabeza?

—Estás muy cerca, Aidan —le advirtió—, te quemarás. —Tal vez daba la apariencia de ser inofensivo. Pero el fuego era fuego.

Él le sonrió.

El arbusto jamás le haría daño.

—Aléjate, ¿quieres? Me preocupas —Susana no estaría tranquila hasta que él estuviese a una distancia prudente de las llamaradas.

Aidan, la desoyó, la pasividad que en ese momento experimentaba lo llenaba de gozo. De repente sintió un jalón en su brazo izquierdo, era Susana que trataba de apartarlo. La miró y volvió a sonreírle, le encantaría demostrarle que no debía temerle, pero ya le había hecho esta revelación que la angustiaba, por lo que contar todo de golpe le causaría una crisis nerviosa. Sus abuelos hicieron lo mismo con él, la información dosificada.

Se dejó llevar y luego él la invitó a sentarse a unos metros del *torbellino ardiente*, bajo el manzano más cercano a este. Susana aún lucía desconcertada, entre dudosa de si Aidan usó algún medio inflamable para ocasionar fuego o si lo visto era cierto. Aguardó a que ella se recuperara de la impresión, Susana lucía pálida y con la respiración agitada, por lo que él golpeó suave el tronco del manzano, el fruto cayó directo en su palma preparada para atraparlo, y enseguida se lo entregó a la muchacha para que recobrara energía por la agotadora caminata. El morral había quedado olvidado en las escalinatas.

—El arbusto ha estado aquí desde los primeros cuidadores; nadie sabe qué ocasionó para que fuese así... —expresó en referencia a la perenne conflagración. Susana daba un mordisco a la manzana—. Las llamas jamás se apagan —agregó—, pero en las veces que ha languidecido, el invernadero se marchita.

—Por eso es el alma... —dio otro mordisco al fruto—. ¿Y qué lo hizo languidecer?

—La muerte de uno de los cuidadores.

Susana casi se atraganta.

—Sí, somos importantes —continuó, él—, así como lo fueron los anteriores, incluido mis abuelos. El Arbusto Dragón ha languidecido dos veces en un período de veinte años —el asesinato de su abuela y la recaída fatal de su abuelo—. Él nos necesita para su perpetuidad, somos...

—¿El corazón?

Aidan asintió.

—Él hace que en Siorai haya vida. Pero a través de los cuidadores siente las emociones.

La mandíbula de Susana se desencajó.

—¿El arbusto es consciente de que estamos aquí?!

—Está feliz de conocerte al fin. Te esperó durante años.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé.

—¿Telepatía? —Negó con la cabeza—. ¿Te habló?!

Río.

—Él lo trasmite. Es una certeza.

Susana depositó las semillas y el hueso de la manzana en la raíz del árbol.

—Pues, dile que es un gusto conocerla.

—Lo sabe, te escuchó.

Susana ni parpadeó.

—¡Ah!, en ese caso: Hola, señor... arbusto... dragón. Mi... ¿Él sabe mi nombre? —Aidan asintió—. Bueno —carraspeó—. Disculpe que no le extienda la mano...

Aidan se carcajeó y Susana creyó haber metido la pata.

—¿Lo ofendí? —De la llamarada brotaron chispas.

—Se está riendo —comentó—. Pide que lo llames «Xylon».

—Hola, Xylon. Es un gusto conocerlo.

—Le agradas.

—¿Sí? —Sonrió por este hecho—. Me gustaría escucharlo como tú haces. ¿Por qué no puedo comprender su lenguaje de... *arbusto*, si también soy cuidadora?

Él eludió su mirada interrogante.

—Solo los que él crea son merecedores de «escucharlo». Aunque no todos. El abuelo y la abuela podían, y ahora yo... Mi padre y Niall no pudieron.

Susana se ladeó hacia Aidan para hablarle en voz baja, como si con este hecho evitara ser escuchada por la entidad.

—Si tu papá y tu hermano estuvieron aquí, ¿cómo lo olvidaron? ¡Todo esto es tan espectacular! El templo, el millar de árboles frutales, las enormes rosas, las mariposas que parecen aves, el Arbusto Dragón... ¿Estás seguro que en realidad no recuerdan?, mira que la posesión de la llave ha causado muchos problemas.

—Yo lo olvidé por un tiempo... Supongo que debe ser algo en relación al cruce de la puerta. Algo afecta la memoria del visitante.

—¿Xylon?

Aidan levantó la mirada hacia el arbusto ardiente como pidiéndole explicación y luego la retornó hacia Susana. Cabeceó.

—Tiene que ver con la pureza del corazón —dijo—. Ellos no eran dignos.

—¿Tú por qué olvidaste?

—Porque aún no era tiempo.

—¿Yo olvidaré?

—No. Has heredado la llave: ahora eres cuidadora como yo.

Si alguien le gritaba a Susana: «¡Eh, cuidado!, ¡un meteorito te va a caer encima!», ella no se percataría. Su atención fija en Aidan, su curiosidad al mil por ciento.

—Cuando Dugan te trajo de niño, fue para indagar si eras uno de los «seleccionados».

—Lo festejó con una danza, justo en el lugar donde esparcimos las cenizas. —Los ojos de Aidan se cristalizaron y los rodó hacia el torbellino ardiente—. Discúlpame, Xylon, por no traerlas acá... —expresó, apenado—. Aún no te recordaba...

El fuego del Arbusto Dragón parecía haber cobrado fuerza.

—¿Qué quiso decir?

—Me perdona por excluirlo del funeral.

El tronar de las nubes y una repentina brisa que traía humedad, le vaticinaban a Aidan que pronto caería sobre ellos un torrencial aguacero.

Se despidieron de la entidad y cruzaron el templo hacia las puertas norte; luego recogieron de las escalinatas los impermeables y el morral. Susana sugirió aguardar a que amainara, comerían los emparedados y charlarían de lo descubierto. Pero Aidan aconsejó en marcharse, la lluvia, al igual que por las montañas, podría durar todo el día.

Susana se colocó de nuevo el impermeable y se terció el morral, lamentándose de no quedarse más tiempo. Le pidió a Aidan volver al siguiente día y este le aseguró que lo harían a diario hasta que tomaran una decisión con respecto a la casa y a ellos mismos. Susana no sabía qué pensar; aun así, no era el momento para discutirlo. Aún desconocía muchas cosas del jardín-invernadero.

Ya para cuando cruzaban la caminería de los grandes rosales... La lluvia se desató.

No obstante, al cruzar la puerta..., del otro lado el sol brillaba.

—Qué raro. Allí... —observó a través de la puerta abierta y las hiedras descorridas—, llueve a cantaros, y aquí —su mirada retornó al área de las montañas— ni una gota. ¿Por qué sucede esto?

Aidan se encogió de hombros a este hecho. Ni él lo sabía, la naturaleza era caprichosa.

Emprendieron el retorno a casa; estuvieron poco tiempo en Síorai, pero, para el joven fue gratificante, los recuerdos de esa parte de su niñez cada vez le arrojaban mayor conocimiento.

—¿Qué? —Susana se incomodó por su constante mirada.

—No he dicho nada.

—Pero me miras como si...

Aidan rio, mientras ambos salían de los linderos del bosque. Haber estado allá, resultó ser una maravillosa experiencia. Ni el más espectacular de los invernaderos del mundo se le comparaba. Sin embargo, se dieron cuenta de la responsabilidad que implicaba esa exploración. No podían compartir este conocimiento con nadie, ni siquiera con su familia, porque sabían que el torbellino ardiente sería una sensación y sería vendido al mejor postor.

Aunque dejaría que Susana disfrutara de su alegría; se la veía tan risueña que sería una pena traspasarle sus preocupaciones.

—Mañana empacaré un cuaderno para clasificar las rosas y esas mariposas gigantes. Es importante hacerlo para investigar si...

De repente, Aidan la detuvo, haciéndola callar.

Alguien merodeaba por las inmediaciones de la propiedad.

—¿Viste a alguien? —Susana se tensó.

—Entra a la casa.

—¿Por qué?

—Hazlo.

Aidan se agazapó un poco, aguzando sus sentidos. El que estuviese invadiendo sus terrenos, lo iba a lamentar.

Aupada por la incursión de unos extraños, Susana corrió al interior de la casa y enseguida se dirigió hacia la cocina para extraer el cuchillo más grande que había sobre la mesa. Aidan tenía la particularidad de poseer un olfato y oído desarrollado, percibiendo los aromas y ruidos de los que ella nunca detectaba. En una ocasión siguió el rastro de unos zorros hasta su madriguera, con tan solo olfatear el aire. Estos tenían por costumbre asaltar la despensa de la cocina, introduciéndose por uno de los orificios que había por la planta baja.

Siguió a Aidan a través de cada ventana de la casa, hasta perderlo por el camino que comunica con el pueblo más cercano. Algo él vio y salió pitado tras ello. Se preocupó. ¿Y si eran los mismos sujetos que la amenazaron?

Y, sin esperarlo, una de las puertas del segundo piso se azotó tres veces.

—¡Huy! —Se sobresaltó asustada y empuñó el cuchillo. ¿Estaría alguno de ellos oculto allí? — El corazón retumbó en su pecho. Las probabilidades eran infinitas.

Asomó la nariz hacia el vestíbulo, sus ojos clavados hacia la planta superior.

—Los malditos huyeron en un jeep.

Susana casi sufre un infarto.

Aidan se acercó por atrás sin que ella se diera cuenta.

—¡Qué susto me diste! —Se volvió a él.

Este observó el cuchillo que ella sostenía.

—Lo siento. Ya puedes soltarlo, se marcharon.

Cabeceó, señalando hacia arriba.

—Hay alguien más...

Aidan frunció el ceño.

Rodó los ojos hacia esa dirección y enseguida aspiró fuerte.

—No hay nadie.

Susana lo miró con ojos entornados.

—¿Y cómo sabes si no te has movido de ahí?

—Porque lo sé. Punto.

—Con oler el ambiente..., claro... Pues, permítame que disienta. Allá arriba —señaló con el cuchillo—, hay alguien. Lo acabo de escuchar. ¡Azotó la puerta!

Ante el comentario, el pelirrojo no tuvo más remedio que investigar en la segunda y tercera planta, a pesar de estar plenamente convencido de que allí no había nadie. Pero lo haría para tranquilizar a la muchacha.

Capítulo 20

—¿Tampoco hoy?! —Susana replicó ante la negativa constante de Aidan, de hacer una investigación más afondo de lo que hallaron en las montañas—. Tenemos que volver, clasificar las especies...

—Han estado allá por siglos, no irán a ninguna parte.

—Pareces más preocupado que emocionado... —de mala gana tragó sus huevos revueltos; desde hacía unos días, él ha actuado raro, se lo notaba más retraído y hasta inquieto. No compartía sus pensamientos, quizás meditando el hecho de que, a ella, Dugan le haya confiado la llave. Por extensión, ¿haberla heredado la hacía de lo otro la propietaria? Como las llaves de un auto.

Tienes las llaves: tienes el auto...

«A mi buena amiga y maravillosa lectora de libros, Susana Maldonado: la llave. Será el corazón de lo que esta guarda».

El corazón...

¿Cómo interpretar la voluntad de Dugan Fitzgerald?

Ni sabía qué haría al respecto cuando descubriera en lo que la ha comprometido.

—Lo estoy, solo que debemos ser prudentes para evitar a los que pretenden apropiarse del invernadero —explicó—. Iremos cuando sea seguro.

Lo que, en resumidas cuentas, lo postergarían por varios días o semanas, si Aidan consideraba habría acechadores sobre ellos, Susana conjeturaba para sus adentros.

Mientras tomaba sorbos de su café, observaba con tristeza el hecho de que no podría explorar ese lugar mágico. Nunca había visto algo así antes, solo en películas de fantasía, pero esto era real, caminar en un verde césped esmeralda, percibir los intensos aromas florales, maravillarse con la fauna protegida de los humanos y sorprenderse con la arquitectura cubierta por la naturaleza. ¡Qué desperdicio de tiempo! Sus pies anhelaban correr hacia aquella puerta cubierta de hiedras y ser uno de los afortunados en mostrarle al mundo el Nuevo Edén.

Aidan mantenía la mirada gacha y el brazo en torno al plato, comiendo sin parar el desayuno preparado por él. Comprendía la impaciencia de esta, cualquiera en su lugar estaría igual, Síorai los dejó sin aliento; más a Susana que a él, quien una vez estuvo allá, llevado por su abuelo. Jugó a atrapar a las inmensas mariposas, nadó en el riachuelo, trepó los árboles y...

Empuñó su mano sobre la mesa.

No volvió a ser el mismo.

Contuvo la respiración; de repente consciente de lo que se removía en su ser; los huevos revueltos para nada aplacaban su apetito; se había aventado medio cartón, una canilla completa de pan y dos vasos de jugo de naranja. Desde la primera vez en que lo observó comer, Susana le bromeaba que él parecía un oso a punto de invernar. ¡Todo lo devoraba!, acumulando grasa corporal, pues el ayuno después sería largo...

—Eh... —carraspeó—. ¿Serías capaz de quedarte hoy sola por unas horas?

Ella lo miró.

—¿Hasta qué hora? —temió.

—Hasta las ocho o las nueve...

—¿Qué vas a hacer, irás al pueblo? —Su intención no fue la de inmiscuirse en su vida privada;

el hecho de estar sola en la casa, le revolvía el estómago.

—Erin...

—Ni me digas más —graznó—: te irás de copas. ¿Por eso no has querido ir a Síorai? Te ibas a *enfiestar* con esa... ¡¿Qué te pasa, Aidan?, esto es más importante!

—No lo haría de lado si no lo fuese.

Susana hizo un mohín. Un *polvazo* siempre estaría en la cumbre de un idiota.

—Está bien, *vete con tu novia*, puedo quedarme sola —escupió, avinagrada y sin detenerse a pensar que después la pasaría fatal con los «fantasmas» de la casa.

—No te dejaría, pero... —prefería que ella pensara que él era un *pito alegre*, a que supiera cuál era el verdadero motivo de dejarla sola.

—Somos amigos, no pareja, para que me estés dando explicaciones.

—Lo que quiero decir...

—Te aviso que a las seis de la mañana salgo para las montañas, contigo o sin ti —lo interrumpió—. Así que, más te vale, controles la ingesta de licor y estés de vuelta lo más temprano posible, porque no te voy a esperar.

Aidan plantó ambas manos en el tope de la mesa y se levantó enojado, con la mirada severa sobre la muchacha.

—¿Qué te acabo de decir? ¡Hasta que sea seguro!

—Esos hombres no han vuelto a joder —replicó sin dejarse amilanar—. Tendremos cuidado de no ser seguidos por algún curioso y mantendremos esto en secreto hasta que sea prudente contarle a los demás.

—Jamás nadie debe saber.

—Dame una razón.

—Lo saquearán.

Buena razón.

Se tomó un respiro.

—Eso lo hablaremos después —se puso en pie, para lavar los platos en el fregadero—. Por lo pronto, las montañas aguardan: mañana, tempranito.

Aidan le quitó con rudeza los platos y los dejó en la mesa, para que ella le prestara atención.

—Por seguridad: mientras yo no esté, tú te mantienes dentro de la casa. Las puertas y las ventanas bajo llave.

—¿Ni para respirar aire fresco? —preguntó, sarcástica—. ¿A ti quién te nombró mi protector?

—¡Dugan! —exclamó, contundente.

Ella rio con rabia.

—Protector del bosque, ¡no de mí!

—La labor me la endosé en cuanto vivimos juntos, eres familia. Te ordeno no salir.

—Si esos hombres, vuelven, llamaré a la comisaría —la antena que Aidan instaló en el tejado, les ha ayudado a mantenerse conectados con las redes sociales y el sistema telefónico.

—Ellos no me preocupan tanto. —Sí lo hacían, pero *los otros* eran peores.

—Entonces, ¿quiénes? —Cada vez se tornaba más raro.

—Hay lobos... Muchos...

—¿Lobos? —Susana se inquietó—. ¿No dijiste que *los aullidos* eran producto de los Samoyedos del señor Malone? —Según, Aidan, el vecino más cercano a ellos se hallaba a unos 10 kilómetros de distancia. A parte de esto, Susana hizo sus propias investigaciones: en Irlanda

no había lobos, menos por esa zona—. Así que, deja de meterme miedo, que no soy tonta — espetó—. Tengo un gato que me cuida.

Sonrió malévolamente.

—¿Zeus? —La mirada intensa del muchacho, le hizo temblar las piernas— ¿Y dónde está *esa panterita obesa* en estos momentos?

Susana miró a su alrededor.

—¡No lo llares así! Está por ahí. Pero te aseguro que él cuida de lo suyo.

El rostro varonil descendió a la altura de la morena.

—También, yo.

Susana parpadeó. ¿Se estaba atribuyendo que ella y él...?

Antes de contradecirlo, Aidan abandonó la cocina, a través de la puerta del jardín posterior. Y, de allí, rodeó la casa para dirigirse hacia su Range Rover. Un «no salgas por tu bien», le expresó como último mandato del que debía acatar si no deseaba ser mordida por algún animal peligroso.

El piso frente al ventanal de la sala, comenzaba a agrietarse por el «ir» y «venir» de Susana, pendiente de que Aidan retornase de su cita con Miss-Sonrisa-Coqueta. El reloj de pulsera marcaba la medianoche, padeciendo ella la angustiada espera sin que el otro se dignase en hacer acto de presencia. Consultaba la hora cada cinco minutos, maldiciéndose por este haberse marchado de allí; odiaba admitirlo, pero la acuciaban enormes ganas de llamar un taxi y salir a buscarlo en los bares del pueblo. Si es que aún seguían allá...

No obstante, era demasiado tarde para causarle una escena de celos; tuvo su oportunidad y la desaprovechó por tonta.

—Parezco una esposa a la que le montaron los...

La luz se fue.

Quedó paralizada, luchando por observar su entorno, pero solo encontró una oscuridad absoluta. Maldijo entre dientes mientras exploraba a tientas el sofá nuevo para encontrar la lámpara recargable que afortunadamente mantuvo cerca, sabiendo que los líos con la planta eléctrica eran frecuentes. La encendió y un estremecimiento la sobrecogió. La casa lucía más tétrica de lo habitual: ruidos provenientes de todos los rincones y puertas que se abrían y cerraban de golpe. Sus nervios empeoraron, lamentándose por añorar la pasividad de su hogar: las risas de sus hermanas, la comida deliciosa de su mamá, los abrazos de su padre y las viejas historias de su abuela Milagros. Los echaba de menos, sintiéndose como una hormiga en ese agujero fangoso, hundiéndose cada vez más en las profundidades. Nunca fue buena haciendo amigos debido a su carácter irascible y su franqueza al expresar las verdades a los que la molestaban.

De repente... El impacto que hacía un objeto al quebrarse, alteró el lúgubre silencio en la planta baja.

Susana se volvió hacia dónde le parecía, escuchó el ruido, entornando la vista más allá del haz de luz de la lámpara hacia el centro de la sala. Palabras malsonantes seguían explotando en su cabeza, dedicándoselas todas a Aidan y a la idiota que lo invitó a beber unas cervezas. Si él estuviera allí, ella no estaría pasando por ese predicamento.

Barría la oscuridad con la luz artificial, conforme se acercaba, reparó en un jarrón de

florechillas doradas, vuelto trizas en el piso. Se había caído desde la repisa en que estaba.

—¿Zeus? —llamó al robusto felino por si este lo hubiese empujado por estar curioseando entre los muebles. Pero el british shorthair no estaba por ninguna parte y esto a Susana la hizo considerar que, tal vez, fue una rata. Todavía quedaban alimañas que merodeaban y hacían estragos por la casa.

Dejó la lámpara sobre un muro, e iluminó de ese modo los escombros. Tendría que buscar la escoba y una pala para recogerlos.

Suspiró, cansina. Siempre ocurría algo que requería su atención: si no era el motor de la planta eléctrica, era la tubería del agua que se tapaba. De seguir..., a Aidan y a ella les llegaría la ancianidad antes de reparar por completo la casa.

—Ahora tendré que salir... —en vista de la circunstancia de que la escoba y los demás implementos de limpieza, estuviesen en el cobertizo, tendría que desobedecer al mandado de Aidan. No lo hacía por rebeldía, esto era un caso particular. Al día siguiente se aseguraría de hallarles un sitio dentro del área de la cocina, a fin de evitar otra situación semejante en la que tuviese que abandonar la casa durante la noche para buscarlos.

Abrió la puerta del patio posterior y la cruzó a paso acelerado. Apenas usaba un suéter de fibra delgada, el clima era soportable.

Entró, agradeciendo que supiera de antemano el sitio exacto en donde dejaba los implementos. Alumbró con la linterna, un tanto ansiosa de estar allí. La última tormenta dañó parte del sistema eléctrico recién arreglado de la casa, incrementando así el trabajo pendiente para Aidan.

—Si fuiste tú, te pondré a dieta mañana —masculló para sí misma, pensando en el gato, mientras tomaba lo que necesitaba para la limpieza. El animalito en más de una ocasión le causó daños. Al menos, el jarrón no tenía valor.

Justo cuando volvía hacia la puerta para marcharse...

—Te dije que se largaran y no hicieron caso. Ahora van a sufrir las consecuencias. Y comenzaremos contigo, *palomita*...

Susana gritó, aterrorizada, ante tres siluetas masculinas que parecían estar desnudas y le bloqueaban el paso.

¡Oh, Dios!, ¡eran esos sujetos de nuevo!, reconoció la voz rasposa del *roñoso*.

Soltó los implementos y corrió hacia el fondo del pequeño cobertizo. Pero, el espacio era tan exiguo que los invasores no tendrían dificultad de hallarla con rapidez.

—¿Para qué te escondes, *palomita*? Te vamos a encontrar... —comentó el sujeto, erizándole la piel a la muchacha por el temor que le causaba.

A ciegas Susana trataba de hacerse de un objeto corto-punzante que le sirviera para defenderse.

—¡Palo, palo, palo, *palomitaaaaaaa*! —el *roñoso* canturreó a la vez en que se introducía junto con sus compañeros en el cobertizo—. ¿Por qué te escondes si te puedo oler? —Los otros dos, rieron ansiosos por meter sus vergas en cada orificio que la chica tuviera en su menudo cuerpo. Desde que la vieron en el pueblo, la desearon.

Estaba atrapada.

Siendo el jefe del grupo, la sombra de este les indicó en silencio a sus compañeros para que se desplegaran por el recinto. Le daban a la chica una falsa seguridad, al estar allí escondida, ellos captaban su aroma como si tuviesen la nariz pegada a su piel, hacían que la buscaban entre la oscuridad, pero eran muy conscientes de dónde esta se hallaba. Les excitaba su temor.

Susana imploró a todos los santos por hacerse de un arma efectiva y así librarse de lo que parecía sería un inminente asalto sexual. Y sus ruegos fueron escuchados cuando palpó el mango de una pala. Se aferró a esta y contuvo la respiración, decidida a enfrentar a esos bastardos. Al primero que se atreviera a tocarla, le aplastaba la cabeza de un *palazo*.

Golpeó a uno que se acercó agazapado, y, lo hizo con tanta fuerza, que provocó que este se fuese de bruces contra las herramientas colgadas a un extremo, permitiéndole a Susana huir hacia el bosque que rodeaba la parte trasera de la casa. Tenía que esconderse y aguardar a que estos la perdieran de vista.

Los otros dos la persiguieron para atraparla.

Se escucharon gruñidos detrás de ella. ¿Traían perros?

Apretó la velocidad en sus piernas; los sujetos estaban por darle alcance. Los árboles se la tragaron en cuanto se internó en el bosque. Lloraba, atemorizada, se ensañaron contra ellos por lo del invernadero. ¿Sabían todo lo que allá había? Tenía que ser por eso, ¿por qué más?, ¿por la casa?, estaba aún en ruinas, muchas cosas por reparar... Maldecía a Aidan por dejarla sola para irse a follar con una coqueta. Daba la impresión de que esos sujetos los vigilaban a toda hora.

A pesar de esto, tuvo la precaución de no gritar más; temblaba de miedo. Tenía que evitar que la localizaran; de atraparla, no le iría nada bien.

—¡No huyas, puta! —el *roñoso* la insultó—. ¿Para qué lo haces, sabemos por dónde corres...

—Vamos a divertirnos mucho —Rowan captaba que la joven se ocultaba en el follaje a escasos metros.

—¡*Palomitaaaa!* Palomita, palomita, palomita... —Conner la llamaba como si esta fuese una especie de mascota. Su miembro apuntaba erecto en todas direcciones cual «antena» radar-busca-chicas. Tironeó de su órgano sexual y oprimió su glande pulsante; se divertirían un rato con la persecución, la harían orinarse en los calzones por el terror que ellos le ocasionarían; él sería el primero en hacerla suya, luego la pasaría a los otros para que le hicieran lo mismo. Después le sacarían toda la información y, finalmente, la liquidarían.

—¡Eh!, ¿qué fue eso? —El que recibió *el palazo* en la cabeza, se mosqueó al vislumbrar algo—. Me pareció ver un... oso rojizo... ¡*Argh!* —gritó ante algo que le saltó encima.

—¿Larkin? —Rowan se alertó y echó un vistazo hacia su amigo. Lo más probable, al idiota se le enredaron las bolas con los matorrales.

—¡Conner, ayúdame! ¡¡Conner!! —Larkin gritaba desde un punto lejano del cual no era visto por los otros—. ¡*Arrrrrrghhh...*!

—¡Larkin! —Los ojos del aludido se posaban hacia la nada, mientras que los gritos adoloridos de su amigo se alejaban cada vez más. ¿Quién lo atacaba? Olisqueaba el entorno.

Rowan se acercó hasta Conner, visiblemente preocupado, él también había captado que *otro más* se hallaba por esos terrenos y no era parte de sus conocidos. El aroma de este, le oprimió el pecho, pues le inspiraba un temor irracional, era un desconocido que fue capaz de vencer a un sujeto como Larkin, el doble de fornido a Conner. ¿Será el mismo que mató a sus amigos hacía veinte años?

—Larguémonos —carecían de tiempo para invocar *al ser interno*.

—¡No! —Conner, bramó—. La chica nos vio los rostros, tenemos que matarla. —Su excitación se desinfló, ahora el objetivo primordial era no dejar testigos.

—Tal vez ya esté muerta. *Ese* se la debió comer.

Él también querría hacerlo, pensó Conner, con morbo. Pero tenían que garantizar su propia

seguridad.

—¿Escuchaste los gritos de esa puta? —replicó—, porque yo no. Y, si ese está cerca —sus ojos se oscurecieron—, le arranco la piel y me visto con ella.

Rowan consideró que, lo más probable, los restos de Larkin ya servían de alimento para los carroñeros. Así que, no le quedaba otra que obedecer a Conner de emerger su musculatura contenida. Comenzó el proceso del cambio, pero justo cuando su sangre bullía...

—¡Arrrgggghhh! —Una enorme silueta saltó sobre él, aplastándolo enseguida.

El animal de un mordisco le arrancó una pierna. Rowan trató de huir a pesar del dolor y de la violenta pérdida de su extremidad. El terror de ser devorado por ese que parecía tener un gusto particular por *los de sangre caliente*, lo impulsaba en arrastrarse por el suelo, gritaba y lloraba porque no deseaba convertirse él ahora en una presa. Se desangraba, llamaba a su líder, pero este había quedado petrificado, observando el terrible escenario.

Conner se preguntaba a qué clan este pertenecía, pues no era como los demás. Ellos, transformados, se verían diminutos en comparación al volumen de su musculatura. Su cabeza, sus patas delanteras y traseras, su cola, su torso completo, sus colmillos, eran casi el doble del tamaño al de las manadas locales.

Jadeó al ver que sus dientes trituraban la cabeza de Rowan, la sangre escurría de entre sus fauces, tiñendo la tierra. No lo devoraba, solo lo despedazaba con tanta ferocidad que Conner consideró sería una insensatez enfrentarlo.

Corrió hacia el jeep lo más rápido que pudo darle las piernas desnudas. Era imperativo huir a cómo diera lugar, antes de que *aquello* lo alcanzara. Ya vería después lo que le diría al comisario en caso de que la chica lo denunciara. Tendría que dar una explicación convincente y proporcionar una coartada creíble para salvarse a sí mismo, aprovechándose de inculpar a sus amigos si fuera necesario.

Por otro lado, Susana permanecía aovillada entre el tronco de un roble y unos arbustos que la protegían de ser descubierta. ¿Oso? Eso no era un oso, ni siquiera uno *pardo* que estando erguido alcanzaba semejante tamaño. El tal Larkin se equivocó. ¡Eso era un lobo que debía medir unos tres metros de alto! Dios... Lloraba, temblorosa, orando para que ese enorme lobo no la olfateara; si lograba dar con ella, se sumaría al rastro de cadáveres que este dejaría a su paso.

Los gruñidos la ensordecían, provocando que se tapara los oídos con ambas manos y deseando enterrarse en el suelo. Pero estaba tan paralizada por el terror que apenas era capaz de respirar. Ni parpadeaba. *Dios, haz que se aleje. ¡Qué se aleje!* Maldecía el día en que aceptó marcharse de Dublín. Las pisadas del animal eran silenciosas, lo contrario al sonido gutural que brotaba de sus fauces, anunciando su cercanía.

Lloró. Ni una piedra tenía cerca para lanzársela.

Por desgracia, su presencia fue detectada por el lobo, que olisqueó el aire y enseguida giró su cabeza hacia donde ella se ocultaba.

Sus ojos incandescentes.

Sus colmillos enormes.

Su gruñido aterrador.

Susana gritó y la oscuridad la envolvió de pronto.

Capítulo 21

Los susurros y las caricias suaves despertaron a Susana.

Al abrir los ojos, ella se encontró con la angustiada mirada de Aidan, quien había estado a su lado durante horas, esperando paciente a que regresara de la inconciencia. Parpadeó y se dio cuenta de que estaba en una habitación de hospital. Tenía una aguja insertada en su brazo izquierdo para recibir glucosa y oxígeno en sus fosas nasales. Esto la hizo percatarse de que se hallaba en la habitación de un hospital. En su brazo izquierdo tenía insertada una aguja para suministrarle glucosa y en sus fosas nasales una manguerita para darle oxígeno.

La expresión en su rostro pasó de azorada a furiosa, motivándola a sentarse de golpe, casi se arranca todo lo que tenía conectado a su ser.

—¡Jamás vuelvas a dejarme sola! ¡Jamás vuelvas a hacerlo! ¡Jamás! ¡¡Jamás!! ¡JAMÁS! —le gritaba al muchacho, golpeándole el pecho con sus puños con fuerza. El terror sufrido no se comparaba a lo que antes hubiese vivido. Y vaya que lo había padecido en su país más de una vez. Pero lo que presenció la noche anterior era para contarse y no creer.

Aidan le atajó las manos y la abrazó, lamentándose de lo ocurrido. Mataría a quién fuese si se atrevían otra vez a lastimarla; sería implacable y de ellos ni un rastro quedaría.

—Lo prometo, lo prometo... —la acunaba entre sus brazos. Ella lloraba sobre él, enojada y aliviada al mismo tiempo de haber sobrevivido a ese infierno.

—Yo... —hipó—, creí que... Creí que me iba a...

—Lo sé, perdóname.

Alzó el rostro, bañado en lágrimas.

—Había un lobo —o eso le pareció a juzgar por su silueta—. Muy grande. ¡Los atacó! *Ellos* no pudieron huir, gritaron...

Aidan prefirió callar para no asustarla.

—Tal vez, algún puma...

Susana sacudió la cabeza, no era un felino, del cual las probabilidades de su existencia en Irlanda eran nulas. Definitivamente fue una criatura peligrosa. Un lobo aún sin descubrir por la comunidad científica del mundo.

Se limpió las lágrimas con el dorso de las manos. Estas las tenía con raspones y cortadas, al igual que sus brazos y piernas. Correr despavorida en un bosque oscuro que apenas conocía, fue casi un suicidio. Quién sabe qué otros animales salvajes merodeaban por ahí en la noche y no lo sabía.

Miró por encima del hombro de Aidan y reparó en una castaña que se asomaba por el umbral de la puerta.

Enseguida frunció el ceño. ¿Y ésa qué hacía allí? No existía ningún tipo de amistad entre las dos.

Aidan se volvió para ver a la chica que aguardaba con un ramo de flores y una sonrisa tímida.

—Hola —Erin los saludó, aún sin entrar a la habitación. Era la hora permitida para las visitas. Le sonrió a Susana, en una fingida empatía, el rumor corrió rápido por el pueblo y ella se abocó en ponerse a la orden, para estar el mayor tiempo posible cerca de Aidan.

—Erin, pasa —este le permitió y sin consultar a la que reposaba en la cama.

Erin entró y dejó el ramo de flores sobre el regazo de la muchacha.

—Son para ti.

—Gracias —Susana esbozó una sonrisa desabrida. Se ahorró decir «son bonitas». Le desagradaba la castaña.

—Supe lo que te pasó —comentó—. ¡Quedé horrorizada! Esa fiera te pudo haber devorado; eres tan pequeñita... Tus piernitas son tan cortitas, que...

—Bueno, ya vez que me sirvieron para correr —trataba de contestarle de mala gana. Conocía a las de su tipo: fingen ser princesas y en realidad son brujas.

—Así es. Tuviste que correr como una *leprechaum* —rio—. Pero ¿sabes qué? —se adelantó antes de que la latina le espetara o Aidan se molestara—, me alegro que te salvaras. Tengo la sospecha de que seremos grandes amigas. ¿Qué me dices? —Todo fuese por acumular puntos con el pelirrojo. Su cuenta bancaria y porte viril era un premio a disputar con uñas y dientes, sin importar su origen. Incluso, hasta se congraciaba con *pigmeos extranjeros* para poder al otro atrapar.

Susana la miró incrédula.

Qué astuta...

—Por supuesto —respondió igual de hipócrita, ella también sabía jugar ese juego.

La castaña extendió los brazos para abrazarla, a lo que la morena respondió menos efusiva. Aidan sonrió un tanto incómodo. Él deseaba que Susana se relacionara con otras de su mismo género, pero Erin no era amiga de nadie. Ella solo competía.

Después de haber sido interrogada por el comisario, a Susana le dieron el alta para marcharse del hospital. Los médicos consideraron innecesario estar un día más ingresada, sus signos vitales eran estables y su condición física mejoraba, pese a los magullones en sus extremidades. Solo aconsejaron tomarse unos días para descansar y mantenerse alejada de cualquier situación estresante; cuando se llega a un punto, en el que la mente y el cuerpo alcanza niveles críticos, simplemente colapsa.

Susana no dejaba de observar los linderos del bosque a través de la ventana de su dormitorio. Hacía mucho que el sol se había ocultado, dando paso a esa lobreguez neblinosa que a ella le causaba zozobra, y todo a causa de ese condenado animal.

Cerró las cortinas, con la sensación de que, en alguna parte de allá afuera la observaban.

Sin un ápice de sueño, alzó un poco el faldón de su bata blanca, para subirse a la cama, agónica ella en sus pensamientos y atribulada. Los gritos desgarradores de esos hombres aún los escuchaba en su cabeza. Pero, sobre todo, aquellos ojos endemoniados que la miraron fijamente. El recuerdo ocasionó que se abrazara a sí misma, sintiéndose más sola que nunca. Zeus en esos días se ha mantenido alejado por alguna circunstancia. En Dublín solía suceder por una corta temporada cuando escuchaba los maullidos de una gata en celo y luego reaparecía este con heridas sangrantes en todo su cuerpo por haberse disputado a la hembra frente a sus contrincantes. Pero, allí, en las montañas, Susana dudaba que una gata lo llamara para aparearse.

Observó un instante la puerta cerrada de su habitación, ella era la única que lo hacía por los ruidos que se escuchaban por la casa. Encendió la lamparita de la mesita de noche, con la idea de leer un poco hasta conciliar el sueño; pero, hacerlo, equivaldría a una migraña a la mañana siguiente. Se conocía para tener dicha certeza. La escasa iluminación haría forzar a sus ojos a

una lectura agotadora; por extensión, mejor evitar usar anteojos antes de lo previsto.

Ni modo de tomar el móvil. Las constantes fallas eléctricas a causa de las tormentas, a menudo los mantenían incomunicados del resto del mundo. Así que, miró su almohada y se le hizo poco reconfortante si estaba sola. No quería dormir, teniendo la sensación de ser acechada por aquella fiera entre los árboles.

Entonces, ¿qué camino le quedaba? Siempre había sido tan asustadiza...

Rodó los ojos hacia la ventana, y el hormigueo en su columna vertebral fue apabullante.

La espiaba...

Aguardando en la oscuridad para atacarla.

Un relámpago destelló y luego la ensordeció el ruido que lo precedía. Esto sobresaltó a la muchacha, a quien se le hizo un nudo en la garganta. Pronto caería un aguacero que inundaría hasta los ríos. Aquel lobo se movía allá afuera, esperando solitario y mortal a su siguiente víctima. Ese día nadie se abocó a buscarlo para ponerle fin a su vida, no hubo reseña en los noticieros locales ni en la radio ni en la prensa. Por las redes, solo videos divertidos de chicos bailando, enseñando cómo maquillarse o mostrando sus prendas costosas recién adquiridas.

El ruedo de su bata cayó hasta las rodillas en un movimiento ligero que Susana hizo cuando saltó fuera de la cama. Luego tomó lo necesario para estar cómoda y corrió hacia el dormitorio del frente; no obstante, se detuvo antes de entrar. ¿Hacía bien en molestarlo o Aidan malinterpretaría la situación?

Lo pensó un segundo.

Daría para malos entendidos.

Estuvo a punto de girarse sobre sus talones, cuando él abrió los ojos y la miró.

La silueta de la joven captó de inmediato la atención de Aidan. Susana permanecía estática en el umbral de la puerta abierta, mirándolo con ojos angustiados y aguardando a que le permitiera pasar una vez más la noche con él. Cargaba la almohada y el cobertor que le caía hasta el piso. Sus palpitaciones aceleradas, su expresión azorada, la tormenta arreciando afuera...

—Eh... —ella era incapaz de encontrar la excusa perfecta para pedirle cobijo.

Aidan comprendió su tribulación, se hizo a un lado, señal silente de que era bienvenida. Susana bordeó la cama, aprensiva de su decisión, pero lo prefería a él que dormir sola y con el miedo atascado en sus intestinos. Se acomodó en su sitio y enseguida se arropó hasta mitad de torso. No le dio las gracias ni lo amenazó con darle un pescozón si se propasaba al manosearla mientras se abandonaba al sueño; se aovilló en su costado derecho, dándole a él la espalda. Aidan respetó su silencio y se volvió en el sentido contrario, cuidando de no tocarse con sus retaguardias; si bien, no intentaría seducirla por estar depresiva, le placía tenerla esa noche en su cama, aunque sea para protegerla.

Su conciencia se retorció por dentro. ¿Cómo decirle lo que era él? Qué tonto fue..., debió haberle revelado su secreto frente a Xylon. Tal vez habría soportado después la impresión de lo visto y no estaría ahora consumida por el temor.

¿Esto la motivará a marcharse de Slieve Bloom?

Antes de hallar el invernadero, él quiso desligarse de la casa y de todo lo que esta implicaba, cada vez odiando más su ser interior. Sin embargo, al pisar aquellas tierras ocultas y reencontrarse con la flama, supo que aquel era su sitio, su mundo, y de las montañas jamás se marcharía.

Se giró.

Su espalda contra el colchón.

Sus ojos puestos en el techo.

Tenía que decirle.

—No sé hasta cuándo pueda soportar más —de repente Susana interrumpió los pensamientos preocupados del muchacho.

—Lo harás —tenía que... Por su propia cordura, él rogaba que ella hallara su fortaleza.

—¿Cómo estás tan seguro? —Medio se movió hacia él—, si tengo miedo hasta de las sombras. Permanecer en esta casa es insoportable.

—Estaré para ti las veces que quieras —manifestó, solemne—. Lo sabes, ¿no? Siempre...

—¿Y cuándo quieras *estar* con una chica? —Erin aguardaba como ave de rapiña para clavar las garras sobre él.

—De momento, no pienso en ello —mintió. Lo hacía a diario y con ella.

—Pero llegará el día en que sí, y yo te fastidiaré.

Eso nunca sucederá, pensó él.

—No lo harás —le sonrió, pero ella no se dio cuenta a causa de la oscuridad en el dormitorio, pese a que uno que otro relampagueo a efímeros ratos los iluminaba.

—Claro que sí. Seré como la hermanita de la que no te podrás librar en una cita.

Él sonrió. Ella no era su «hermanita» ni él tenía pinta de «hermano mayor».

—Bueno, *te tengo a ti...* —las palabras fueron más que sugerentes. Fue una invitación.

—Hablo en serio.

También yo, Aidan ya tenía la seguridad de que ella era la indicada, pero no lo expresó en voz alta para evitar espantarla.

—Nunca volveré a dejarte sola. Te lo juro —observaba la línea curva que dibujaba la nuca de la muchacha, gracias a su cabello corto y a las tiras de su bata. Le parecía provocativa.

Susana rompió en llanto.

Aidan se preocupó, y, de inmediato, hizo que esta se volviera hacia él.

—Ven... —la pegó a su pecho. Lloro sobre mí, soy tu refugio, jamás lo olvides. A tu lado caminaré en las buenas y en las malas —manifestó, enronquecido—. Seré tu protector y tú serás mi luz. Si temes, si lloras, si me necesitas: búscame. Yo aquí estaré para ti. —Oraba a que la espera jamás fuese larga, que Susana acudiera siempre necesitada de afecto, del cual él tenía de sobra para ofrecerle; sobre todo, de los que conllevan a la reproducción.

Mientras escuchaba semejante declaración de amistad y apoyo emocional, las lágrimas de Susana caían raudas sobre el torso desnudo del muchacho. Quería arrancarse de su mente las imágenes terroríficas de la criatura, despedazando a los hombres, y reemplazarlas por otras más agradables. Pero no podía por más que lo deseara. En cambio, Aidan, se limitaba en hacer pequeños círculos en su cabellera, con las yemas de sus dedos. Sus manos le picaban por deslizarse a través de la espalda femenina y moldear sus delicadas curvas. Claro está que eso sería aprovecharse de su sufrimiento y él era mejor que eso, le demostraría que estaría para ella las veces que quisiera. Permanecieron abrazados y en silencio.

Ella llorando y él consolándola.

—Estaba aterrada —finalmente dijo.

—Si esto es fuerte para ti, entenderé que tú... —ni siquiera era capaz de terminarlo: que ella se marchara.

Susana se inquietó.

Su derrumbe provocó incertidumbre en el otro.

—Le di mi palabra a Dugan. —Un deber que debía cumplir a capa y espada. Pero ¿a qué costo? ¿Su cordura o su seguridad?

—Estoy convencido de que mi abuelo lo hubiese comprendido. Esto supera el límite de tus capacidades —le dolía expresarlo, era mejor que volviera a Dublín. La carga que colocaron sobre sus hombros era muy pesada y a él le preocupaba verla así.

—*Lo que me pasó* fue terrible —ahora ella trataba de tranquilizarlo—. No todos los días te encuentras con un lobo gigante, luego de que unos sujetos pretendieran... Bueno, soy más fuerte de lo que aparento. Solo... Solo deja que hoy lloriquee un poco, mañana estaré mejor. ¿Sí?

La entereza de la chica, causó admiración en Aidan. Se la veía tan desvalida que provocaba apretujarla para que nadie la lastimara. Muy dentro de su ser luchaba una guerrera por emerger. Y él la deseaba.

Al respirar profundo el aroma impregnado en la piel y el cabello de Susana, inundaron sus fosas nasales. Por una ínfima fracción de segundo Aidan se permitió perderse en las fantasías eróticas que, en ese instante, invadían su mente. Era tentadoras y, a su vez, torturante tenerla ahí, tan cerca..., percibiendo el calor de su cuerpo y el aroma de su piel...

Apretó los párpados.

¡Basta!

Se reprochó en su fuero interno. Ella sufría y el momento era inadecuado para hacérselo saber. La amistad entre los dos apenas se fortalecía y él no deseaba echarlo a perder. ¡Por supuesto que ansiaba estar *dentro* de ella, probando las mieles del sexo! Pero fue tan estúpido en aceptar el acuerdo que se recriminaba por ello.

Esbozó una sonrisa sarcástica de la que Susana tampoco se percató por estar sumida en sus propios pensamientos. Aidan buscaba con desespero imágenes que lo desconectaran de sus deseos reprimidos y lo devolvieran a la cruda realidad, disipándole las ganas. Pero ¿cómo hacerlo, si la tenía pegada a su pecho?

La deseaba.

—Cazaré *al maldito* para que vuelvas a dormir en paz —en su voz, una promesa firme de atrapar a ese ebrio apestoso que logró escapar.

Susana se incorporó sobre uno de sus codos y miró a Aidan.

—Y a ti te matará, yo no podré con mi tristeza. Por favor, no lo hagas. No es un lobo común.

Él optó por acariciarle a la joven la espalda, ambos hacían referencia de un sujeto diferente. Aun así, cazaría a Conner, le arrancaría la cabeza y la dejaría en el centro de la plaza del pueblo para que los demás lo vieran. Nadie debía volver a pisar sus dominios ni lastimar a los suyos.

—Yo no soy común —reveló lo más que pudo de su temido secreto—. Desinfectaré la zona de alimañas.

—No lo viste... ¡Era gigante!

—Puedo acabarlo —Aidan pensaba en cómo sus manos estrangularían al bastardo que pretendía declarar un liderazgo inmerecido.

—Aidan... —Susana se sentó sobre sus pantorrillas en dirección a él y le acunó el rostro; sus delgados dedos sintiendo la suavidad de la barba del muchacho—. Deja que el ejército o los de la comisaría se encarguen. Tú quédate a mi lado, te necesito.

—Sabes que me tienes a toda hora —dijo, debajo de ella—. Soy tuyo, Susana. Siempre seré tuyo.

La joven lo observaba a una exigua distancia del rostro oculto por las sombras y por la barba

corta, y se sorprendió de cuán ella era importante para él. Le sonrió, pese a que estaban con las luces apagadas, pero los relampagueos en el cielo nocturno le permitieron darse cuenta de que Aidan le devolvió la sonrisa y esto a Susana la acaloró.

Inclinó su rostro un poco más, resuelta a demostrarle que lo quería; ya Aidan se ganó su afecto desde hacía tiempo; su relación ha mejorado desde el día en que ni se soportaban mirarse a los ojos. Ahora Susana deseaba posar sus labios sobre los del pelirrojo, y moverlos cadenciosos para disfrutar cada segundo del momento.

Los cristales de las ventanas del dormitorio se estremecieron por la lucha de los dioses en el firmamento, y Aidan también sintió lo mismo cuando la muchacha lo besó. El calor en su cuerpo lo paralizó por un instante, porque era consciente de que esto revolucionaría cada molécula de su ser. Aunque no sería para causar daño cuando su anatomía cambiaba, sino que su parte humana era más incontrolable. Por ese motivo, desoyó al raciocinio y le correspondió de igual manera, encerrándola en sus brazos. Susana gimió en su boca en el momento en que las palmas calientes de este se deslizaban por su espalda y sus muslos por debajo de su bata. Intensificó el beso, le gustaba sentir el roce de los pelitos de la barba entorno a sus labios, que todo esto provocó que sus pezones se endurecieran y su centro implorara por ser saciado.

Y, vaya que Aidan quería darle el gusto.

Al escuchar su satisfacción; incluso, al percibir la fogosidad emitida de sus cuerdas vocales vibrando en su propia boca, su hombría despertó.

Por desgracia, el repentino peso de un robusto felino que apenas supera los treinta centímetros de altura, les cortó a ambos la inspiración.

—¡Zeus! —Aidan gruñó, frustrado por el mordisco del gato negro, como si con esa acción protegiera la honra de su ama.

—Ven, bebé.

—Condenada pantera... —se lamentó cuando Susana suspiró y se volvió a su anterior posición. Zeus se aovilló entre los dos, fungiendo de muro de contención. Por lo visto, él tendría una seria conversación con el animalito, porque, de seguir así..., le echaría a perder las futuras noches con Susana.

Capítulo 22

Susana levantó la vista y, a pesar de ser mediodía, el cielo comenzaba a perder su estela azulada a causa de las oscuras nubes que anunciaban se habría de desatar un aguacero en cualquier momento. Por lo visto, para esa noche, las múltiples estrellas no adornarían el firmamento, ya que una vez más estaría opacado por el mal tiempo que se avecinaba sobre el condado. Se suponía que, durante el mes de agosto, llovería poco, pero resultó en un garrafal error. Cada día el verdor de las montañas, en especial, las cercanas, pasaban de las tonalidades vibrantes a las opacas, mimetizándose con el horizonte lejano como una línea negra que separa los restos de luz con la extensa y cada vez más sombría naturaleza.

Apuró el paso, siendo imposible esquivar la lluvia que de repente inundaba las calles. La gente corría a refugiarse en los negocios cercanos y en sus casas, entre grititos y risas. Los más osados se aventuraban en caminar lento como si no volviesen a disfrutar de otro temporal. Sin embargo, Susana no era ese tipo de persona jocosa; más bien, huraña, del que el calor de la chimenea o una buena taza de chocolate caliente la mantendría cómoda en su hogar.

Protegió las compras contra su pecho, maldiciendo su mala suerte por no haber traído consigo un paraguas o un impermeable, a buena hora le dio por comprar dulces en la tienda de la señora Mairim, ubicada a tres manzanas de donde aparcó el Range Rover. La ansiedad por el encierro aumentó sus ganas de alegrar su paladar con dulces caseros que aquella buena señora preparaba para los turistas. Últimamente ella estaba en ese estado anímico en el que le daba por trepar hasta las paredes; convivir con Aidan no era fácil, en especial, si este parecía sacado de un concurso de *Mister Irlanda*, paseándose por ahí en calzoncillos. Por supuesto, era una banalidad quejarse, debido a que esa no fue la excusa por la que Susana tomó la llave del todoterreno, sin permiso del guapo propietario; más bien, fue la urgencia de enfrentarse a sus temores, el solo hecho de poner un pie fuera de la casa, repercutía en un estrés tanto para ella como para el mismo Aidan. Un sujeto, de los que intentaron agredirla, escapó de ser atacado por el lobo.

De esto, hacía cinco días. La policía les comunicó que, lo más probable, «Conner Johnston» huyó del condado. La identidad de este se determinó por los nombres de pila escuchados por Susana, del cual se relacionó también a los restos de los cadáveres hallados por el equipo forense en el lugar del ataque animal. Rowan Martin y Larkin McGwire acataban a las fechorías ideadas por Conner. Si bien, los tres pillos solían incomodar a los extranjeros en los pueblos cercanos e iniciar peleas en los bares y restaurantes; para la gente que los conocieron, supuestamente estos «no fueron peligrosos» como para estar encarcelados.

Entonces, ¿qué pretendieron con ella? ¿Jugar a las escondidas?

A pesar de que, para los lugareños, el incidente en los linderos de Moninne, los sorprendieron, no le dieron la importancia al ser opacado por el causante de dichas muertes. El lobo era lo que todos debían temer. Y Susana les daba la razón en esta parte. Era una criatura antinatural.

Respiró aliviada en cuanto se subió al Range Rover. La bolsa de los dulces amenazaba con desintegrarse por ser de papel y el móvil en su bolso –cruzado en su torso– no paraba de repicar. Pero no tenía caso contestar, si lo hacía, la llamada se caía y ella ya se proponía retornar a la vieja mansión. Asumía que ese era Aidan, tratando de comunicarse con ella para

increparla por aventurarse a marcharse sola al pueblo. Se preocupaba mucho, había entrado en confianza por los besos que ella le dio impulsada por el desespero.

Besos que, a él le encantaron, pero que después a ambos incomodaron. Ella le pidió tiempo para superar el trauma vivido y él aceptó como si algo —no ella— lo hubiese hecho razonar de no estar juntos.

Activó los limpiaparabrisas y encendió la calefacción de la cabina, tenía frío, la lluvia laceró su piel por lo helada que estaba; solía ser cobarde con los descensos climáticos, siempre procuraba tener un suéter al alcance; por desgracia, en esta ocasión, se le olvidó traer uno consigo por el afán que llevaba.

Estornudó y se limpió la nariz con el dorso de sus dedos; las fosas nasales le picaban, prometiéndose que tomaría un jarabe al llegar para evitar resfriarse. Procuró mantener la velocidad baja, pese a que era más diestra al manejar con *el volante del otro lado*. Esto lo hacía más en prevención de derrapes en el pavimento y también de estar más pendiente en no atropellar algún animal que se le cruzara repentinamente, como un cervatillo o un... lobo gigante... Aun así, el trayecto de vuelta se le hizo corto, quizás por la aprensión de una posible jalada de orejas. Aidan se tomaba muy en serio lo de «jamás dejarla sola». Agradecía su protección, pero ella prefería ser más independiente, los riesgos siempre estarían por doquier y él en algún momento *de lo que sea* no podría salvarla.

Al cruzar las rejas abiertas de los terrenos de la residencia, Susana observó dos vehículos de alta gama aparcados frente a la casa.

—¡Ay, hasta cuándo! —la mortificó que los visitantes fuesen los abogados de los Fitzgerald, con su molesta labia litigante para intimidarlos. O, quizás, eran los mismos elitistas parientes de Aidan, dispuestos a tomar posesión de lo que no heredaron.

Enojada de tener que padecer constante dichos enfrentamientos, se bajó del Range Rover y corrió sin el ánimo de entrar a la casa. Qué pereza esa gente..., no aceptaban que su propio hijo se beneficiara del legado del difunto cascarrabias.

—¡Cielos, Susana, mira cómo estás! —Aidan se acercó en cuanto ella cruzó la puerta principal. Lucía empapada de la cabeza a los pies—. Te llamé varias veces, ¿por qué te marchaste sin mi compañía? Me... —susurró— preocupaste...

—Te dejé una nota.

—La leí —espetó—. Eres muy necia.

—Lo siento por tomar la llave...

—No te estoy reclamando eso, sino lo imprudente que fuiste al bajar sola al pueblo. ¿Qué cargas ahí? —Oisqueó en torno a la bolsa húmeda que ella sostenía y descubrió el motivo de la locura de la muchacha—. ¡¿Solo eso compraste: dulces?! —

—Tenía antojos.

La miró con una ceja alzada.

No percibía en ella que estuviese de otro...

—¡No estoy embarazada! —aclaró por si se hacía ideas erróneas—. ¿Acaso nunca te ha apetecido comer algo porque sí? Pues, se me antojó comer dulces.

Aidan calló lo que pensó.

Muchas veces...

—Olvidalo, ve a cambiarte de ropa o te resfriarás.

Después de estornudar por segunda vez, Susana se quitó los zapatos para no dejar charcos de agua tras de sí y caminó de puntillas hacia las escaleras. Desde allí se llevó la desagradable

sorpresa, de que no eran los visitantes que creyó, sino los amigos de Aidan, quienes tomaban cerveza en la sala: el larguirucho de anteojos dorados y las dos rubias engreídas de piernas largas a los que ella atendió en Atila hacía más de dos meses.

Quedó estática sin saber cómo reaccionar.

—Hola —los saludó y estos apenas respondieron con un lánguido movimiento de manos. Más amable fue Zeus que salió a saludar a su ama.

—Les presento a Susana, mi compañera de... casa —Aidan enseguida la presentó, notando su propia incomodidad al respecto.

Raquel se atragantó con la bebida y el resto miró a la joven de arriba abajo. ¿Esa era *la del lío* con la herencia?

El larguirucho la estudió.

Vaya, el Aidan...

—Tú... —la señaló mientras sostenía con cierta petulancia la botella de su cerveza—. ¿No eres *la tipa* de la taberna? —Se le hacía inconcebible las ocurrencias de su amigo: le daba alojamiento a cualquiera.

—Así es —Raquel se limpiaba, con enojo, las comisuras de sus labios. A parte de ser esa chica, una zorra de quinta categoría, también era una aprovechadora.

La aludida sonrió acartonada.

—«La tipa», no —corrigió al maldito—, pero si la empleada que los atendió —trataba de contenerse por consideración a Aidan.

—Los chicos *nos cayeron* de sorpresa —este explicaba la presencia de sus amigos, habiéndoles permitido quedarse por unos días, considerando él que ayudarían a Susana a superar sus temores por la noche. Un poco de compañía y entablar nuevas amistades le sentaría bien.

Susana lanzó una increpación para sus adentros. Ahí estaba lo de la habitación de huéspedes... Aidan era el dueño de la casa y ella en nada podría opinar.

—Qué bueno... —ocultaba su descontento. Tal vez, si daba otra oportunidad, cambiaba el concepto que tenía sobre los engreídos; muchas veces la primera impresión en las personas como estas, solía ser nefasta, después se llevaban a las mil maravillas.

—¿No hay problema?

—Para nada —mintió.

—Cuando quieras, puedes invitar a los tuyos —Aidan procuraba cortar con la tensión en el ambiente.

—Lo haré —tomó su palabra. Aunque era una pena que se lo haya dicho tarde. Clarissa hubiese sido su tabla de salvación en caso de que los engreídos se pusieran pesados, la extrañaba un montón. ¡Las cosas que le contaría! Caería patas arriba.

Hubo un incómodo silencio que ocasionó que Raquel y los otros chicos se miraran entre ellos, fastidiados. La rubia más alta puso los ojos en blanco y sorbió de su cerveza servida en un vaso de vidrio. Así que, esta era *la pulga* a pisotear... Su suegro le advirtió de la ambiciosa personita que le metía ideas a su hijo, pero no de que se trataba de la tabernera.

—Sube a cambiarte y luego baja —Aidan le pidió a Susana; entre más tiempo siguiera con esas ropas húmedas, más probabilidades tendría de enfermarse.

—Estoy cansada.

—Vamos... —rogó y ella negó con la cabeza, con su sonrisa de Mona Lisa. La rabia acumulada en el fondo de su ser a punto de estallar—. Será por un rato, no puedes negarte —la amenazó,

socarrón—. Es mi cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños?! —Se sorprendió. De haberlo sabido con anterioridad, le habría comprado algo. Por lo que, no tuvo otra opción que dejar la bolsa de los dulces en la cocina y luego subir a su dormitorio, para cambiarse y así lucir mejor. Se dio una ducha caliente y se atavió con unos vaqueros y una blusa de mangas largas, porque aún tenía frío. Su *pelo de hongo* lo aplacó con un poco de gel y unos ganchos que lo sostuvieron detrás de las orejas; maquillaje suave y unos sarcillos sencillos para no desentonar. Ese sería el regalo para Aidan: soportar a los infumables amigos.

De retorno a la planta baja, Aidan tuvo que contenerse de halagar a la muchacha, para evitar los celos en Raquel. La hizo sentarse en el sillón colindante entre el sofá donde este se hallaba junto a la anterior mencionada y la chimenea que hasta hacía unos minutos él encendió la fogata. Le ofreció una Smithwick's que él compró para las veces que ella quisiera, ya que era mucho más suave a la Guinness que a él le gusta. Pero a Susana no le apetecía, estaría allí un rato y luego comentó que se iría a dormir temprano, comenzaba a «dolerle la cabeza». Aidan no le replicó, era una excusa para librarse de la incomodidad de estar ante extraños.

Raquel se arrimó más a él, estableciendo su dominio. Ninguna pobretona se lo iba a quitar.

—Vaya, Aidan, qué *guardadito* te lo tenías —reprochó esta con ojeriza—. Últimamente estás misterioso, mira que hasta tienes «compañera de cuarto» —puso sus dedos entre comillas, haciendo énfasis en la frase.

Susana se removiò incómoda en su puesto, apunto de levantarse y mandarlos a todos a la mierda.

—Fue decisión de última hora.

—¿Se puede saber por qué? —Raquel no comprendía sus acciones. ¡Ella estaba por encima de todos!, incluso de esa idiota.

—Porque sí —fue su explicación y Susana luchó por no sonreír. A Aidan le daba igual sus opiniones.

El larguirucho cambió el tema de conversación, pasando a comentar sobre el partido de rugby visto el día anterior. Susana le agradeció internamente, a pesar de que este lo hacía más que todo por quitar la atención sobre ella que por ayudarla. El grupo hablaba animado de temas que Susana desconocía, la hacían a un lado, manteniéndola fuera de su círculo íntimo. La incomodidad crecía con el correr de los minutos. Las rubias la ignoraban y el larguirucho apenas reparaba en ella. Solo Aidan la miraba frecuente, en un buen gesto por integrarla a la conversación, pero, por más que hiciera el esfuerzo, sus amigos no la aceptaban.

—¿Te sientes bien? —notaba su palidez.

—Me duele un poquito la gargan...

—¿Quién nos va a cocinar? Porque ya es hora de comer... —Sinéad, la chica que Sullivan se follaba, expresó sin tener cuidado de ocultar el hartazgo de hallarse en una casa vieja en vez del hotel-castillo. No le importaba que los anfitriones se dieran cuenta, al parecer, ya les había comentado su desencanto. Hasta le daba grima el jarrón mortuorio del abuelo de Aidan en la repisa de la chimenea. Sentimiento que compartía Raquel, pero que fue prudente en no expresarlo en voz alta. El condenado viejo no se despegaba de su nieto, ni estando en cenizas.

—Puedo preparar...

—Nada de *tamales* —Raquel tampoco dejaba hablar a la latina, asumiendo que el menú sería de inspiración «mexicana».

Susana gruñó.

Hija de...

—Comerán lo que preparemos; no les gusta: pidan a domicilio.

—¡Qué grosero, Aidan! —Raquel exclamó ofendida por la áspera actitud de su novio; ni estando embriagado se comportaba de esa manera—. Esta casa —o *la tabernera*— afecta tus modales. Solo expresé una opinión, no es para tanto. —Jamás debió dejarlo marcharse de Dublín sin su vigilancia. Aparte de que esa tipa lo había conquistado, influyó para que descuidara su pulcra apariencia. Esa barba le restaba elegancia, parecía un leñador...

Al pensamiento que se formaba en su mente le dio un portazo, pues sería admitir que ese nuevo aspecto le sentaba endemoniadamente bien.

—Haré unas pastas —Susana se puso en pie, hallando la excelente excusa de abandonar la sala. Luego de cenar, se iría rápido a dormir, ninguno de los visitantes le agradeció la atención de llenarles la panza; más bien, Sinéad hizo un mohín, pues los carbohidratos la engordaban.

Ingresó a la cocina y se arremangó las mangas de su blusa. Comenzó a tararear en voz baja una melodía para amenizar su entorno. Zeus la siguió, maullando para que le diera un poco de croquetas. Lo atendió y luego se puso a acomodar en la mesa central los ingredientes que extrajo de la despensa. Sobre la encimera, a cierta distancia prudente de la estufa de leña, reposaba una lámpara de carga solar. En cada estancia de la casa y a raíz de los apagones, había una que tendrían al alcance al hallarse en dichas circunstancias. Pensó en el sujeto que seguía sin ser aprehendido y la sensación de agobio volvió a mortificarla. ¿Se habría marchado o estaría por ahí escondido sin ninguna ropa que cubriera su desnudez? ¿Y por qué él y sus compinches anduvieron así? ¿Para aterrorizarla, ya preparados para el asalto sexual?

En la tabla de picar, troceó los tomates y los cebollines para preparar la salsa y a la vez imaginando al *roñoso barbón* con ataques de nervios por lo que había vivido. Lo más seguro que sí huyó. ¿Qué ganas le quedarían de quedarse en el condado, si casi le muerden el culo por dárseles de depredador?

Las risotadas del larguirucho, despabiló a Susana.

Conversaban animados.

Dejó de trocear y estiró a un lado su cuello de manera que pudiera observar a través de los arcos divisorios, lo que sucedía en la sala, pero el abeto en el centro del vestíbulo se lo impedía.

No se quedaría con las ganas de espiarlos. Procuró no hacer ruido con sus pisadas y se agachó para ocultarse detrás del muro circular del árbol, pero enseguida echó unos pasos hacia atrás, ya que, a través del orificio del techo, la lluvia se deslizaba cuesta abajo por el tronco y las ramas de aguja, hasta la tierra que la circunda dentro del muro. Tras resguardarse, desde su sitio apreciaba lo que ocurría del otro lado de la casa.

Pese al aparente buen humor, Aidan tenía un deje de tristeza en su rostro. Su mirada se perdía en un punto de la sala, sumido en sus propios pensamientos; reaccionando en el acto cuando el larguirucho o la novia le hablaban. Ninguno se daba cuenta de su retraimiento, ya que tenía la agilidad de saber fingir que se lo pasaba bien junto a sus amigos. Sin embargo, Susana intuía que algo le pasaba, conocía a la perfección ese sentimiento, reflejándose sin querer en esos bellos ojos verdes. Ella lo había sufrido incontables veces frente a extraños, simulando fortaleza.

Se preguntó qué lo entristecía. En apariencia, lucía como si quisiera devorarse el mundo. Aun así, las penurias que probablemente padecía se mantenían ocultas en lo más profundo de su corazón.

Volvió rápido a lo que hacía, en el momento en que Aidan se puso en pie y se dirigió a la

cocina. Le sonrió en esa expresión que les daba a todos para ocultar sus verdaderos sentimientos. Ella correspondió al gesto de igual manera, y pugnó en preguntarle si estaba bien, puede que fuesen ideas suyas y él solo estaba agotado por tantas reparaciones en la casa.

—Será de atún enlatado y maíz dulce, porque no hay carne molida para hacer boloñesa —le comentó mientras él sacaba un par de cervezas del contenedor de botellas. Las destapó en un giro ligero en las tapas y sorbió de una. Un leve enrojecimiento en sus ojos como si le ardieran o contuviera las lágrimas.

—Soy el único en la familia al que le gusta las pastas como me la sirvan —respondió en su habitual socarronería. No tenía afán por volver al grupo, recostó sus nalgas contra el borde de la encimera y bebió campante de su cerveza. La otra olvidada en la mesa donde Susana troceaba los tomates.

—¿Hay algo que no te guste? —Era muy glotón.

—Las ensaladas —respondió tras hacer que se lo pensaba.

—¿Por qué? Son ricas.

—No soy herbívoro, prefiero las carnes...

—Hoy comes atún.

—Que son carnes blancas, al fin y al cabo.

Ella cabeceó como expresando en silencio, «este Aidan...». Así que, vertió lo picado en un plato hondo y procedió a llenar de agua la cacerola para preparar las pastas. Aidan le colaboró con encender la hornilla a leña, solían trabajar juntos en estos menesteres; un día: uno cocinaba y el otro acomodaba los platos; al siguiente cambiaban de roles. En esta ocasión, Susana intuía que Aidan necesitaba más de ella, se apartó de los demás para, de alguna manera, descargar con su amiga su tristeza interna.

—¿Te han llamado tus padres? —Tal vez esa era la razón de su melancolía. Aún no lo han felicitado.

—Siguen enojados, no me presenté a la barbacoa de papá. Ellos no me llamarán en venganza.

O seguían molestos por lo de la herencia, meditó Susana mientras sofreía en la sartén lo troceado. Aidan era hermético en referencia a su familia.

—Lamento que no lo hayan hecho —dijo—. Mereces pasar tu día sin aflicciones, eres buena persona... Por cierto, feliz cumpleaños; te quedo debiendo el regalo —lo abrazó y él se paralizó ante el afecto cariñoso de la muchacha.

—¿Deberme? —No comprendió la expresión.

—Nada te di —explicó, luego de separarse, levemente acalorada de haber percibido el duro torso masculino debajo de la camisa.

—¿Qué me hubieras regalado? —preguntó en esa confianza que cada vez más los estrechaba.

—No sé, ¿qué te gusta?

Él miró sus labios y los deseó. Qué más quisiera que probarlos. ¿Sería un atrevimiento pedirlos? En su mente aún saboreaba el beso que ella le dio la semana pasada.

—Lo mío es más... carnal.

Susana tragó en seco.

—Mañana te *pre-preparo* algo con *b-bastante* carne —la cuchara de palo removiendo el sofrito en la sartén. ¡Claro que ella entendió a la perfección lo que le insinuó!, pero no se sumaría a lo que sea que este planeaba junto a su novia. Los tríos no se le daban.

Aidan sonrió por el rubor de Susana, la sangre acumulada en sus mejillas pecosas,

aumentaban su belleza y el delicioso aroma en su piel. Se sintió más atraído, sin darse cuenta de haber dado un paso hacia ella; quiso besarla, posar de nuevo sus manos en su cintura y abrazarla fuerte, gemir y alcanzar el éxtasis, juntos... Ella ya estaba en condiciones mentales de un romance.

—Sullivan pregunta: ¿por qué tardas tanto? ¿Le estás dando indicaciones de cómo cocinar? ¡Vamos, muévete! —Raquel entró contrariada a la cocina. El idiota fue por cervezas y se quedó charlando con la tabernera.

El brillo que Susana logró proyectar en él, al charlar, se desvaneció de inmediato cuando la otra los miró con desagrado. Aidan tomó bruscamente la botella que dejó sobre la mesa y se dirigió hacia la sala, dándose cuenta de lo terrible que fue la idea de permitirles a sus amigos hospedarse esos días. Raquel lo siguió, pero se devolvió para ponerle a Susana los puntos sobre las «íes».

—Él no es para ti —espetó—. No confundas las cosas, él sabe lo que le conviene. Así que no te hagas falsas ilusiones.

Esta lanzó una sonrisa sarcástica.

—Soy consciente de cuál es mi posición —expresó mientras removía el sofrito de tomate y cebollín—. Gracias por recordármelo —*pendeja*.

—Es bueno que lo sepas, porque odiaría ver que te pongan en tu lugar.

Se volvió hacia ella.

La cuchara de palo como arma.

—Aclaremos esto de una vez —la encaró—: no ando buscando tener «algo» con tu novio. Así que, tranquila, tu relación con él está a salvo.

Raquel, en actitud altiva, dio unos pasos hacia la morena.

—¿De veras piensas que me preocupas? —Se carcajeó en voz baja para que los otros en la sala no la escucharan—. ¡En absoluto! Para nada representas amenaza para mí. ¡Mírate y mírame! ¿A quién crees que Aidan escogería? ¿A ti que eres tan poquita cosa o a mí que soy un diez perfecto?

Susana admitía que no era una mujer hermosa, pero tampoco un monstruo repulsivo que asusta a la gente, pues a los hombres les gustaba tal como era. Aunque tuviese imperfecciones y defectos, se aceptaba a sí misma. Por eso, era innecesario discutir con alguien arrogante como Raquel. Sería mejor que se fuera a molestar a otra parte, no valía la pena darle explicaciones.

Raquel se marchó sin darle tiempo a Susana de replicar. La joven no podía creer lo que pasaba. Cada día se repetía a sí misma que Aidan no era para ella. Y no por ser pobre o latina, sino por la familia de este que haría lo que fuese para evitar que el amor entre ellos floreciera. Solo Dugan la apreció y aceptó tal como era, expresándole una amistad que aún extrañaba; más que un amigo, fue como un padre para ella. O, mejor dicho: su querido abuelo, dada su edad avanzada. Por desgracia, su tiempo entre los mortales expiró y su camino se emprendió hacia un mundo más allá de la vida y la muerte.

Escupió una palabrota por lo bajo. ¿Acaso ella era tonta? La trataban displicente, la ignoraban, la amenazaban, y ella les servía como buena anfitriona.

—¡Jódanse! —Apagó la estufa de leña, al echar al fuego un poco de cenizas. Luego recogió a Zeus y la bolsa de los dulces, para dirigirse a su dormitorio. Si recibía un trato amable, se esforzaba al máximo para ayudar a los demás. Sin embargo, si era maltratada, cerraba su corazón sin dudar.

Sin darse cuenta, cuatro pares de ojos claros seguían a Susana mientras subía las escaleras, junto con su gato. Estaban sorprendidos y enfadados porque ella no mencionó nada sobre la cena. Aidan notó el malestar de Susana y también vio la satisfacción en Raquel. Enseguida supo que algo había sucedido entre ellas durante esos segundos en los que él les dio la espalda para salir de la cocina. Le lanzó a su «novia» una mirada interrogante y esta se encogió de hombros, pretendiendo no saber lo que le pasaba a la otra. Sugirió que tal vez su «dolor de cabeza» empeoró.

—Y, ¿ahora qué vamos a cenar si *la cocinera* se enfermó? —Sullivan comentó para nada preocupado por la latina. Su estómago gruñía, llamar a un restaurante o pizzería para que trajeran algo a domicilio, era improbable por la lluvia que afuera desataba. Nadie manejaría a través de las montañas a riesgo de quedarse varado por el camino.

Aidan apretó fuerte su mandíbula, maldito cumpleaños el suyo. *Los que le dieron la vida*, lo castigaban con su indiferencia; sus amigos eran estúpidos, su novia —que él no amaba— lo asfixiaba, y, la que más le importaba sufría a causa de estos.

Remediaría dicha situación.

Capítulo 23

Gritos aterrados, gritos desgarradores de un hombre que estallaba su garganta a causa de un suceso que lo conmocionaba.

De manera automática, Susana agarró su móvil que estaba en la mesita de noche. Faltaban cinco minutos para las 2:30 de la madrugada y apenas había logrado quedarse dormida, con mucho en qué pensar sobre lo que le diría a Aidan al día siguiente. Ella tenía que marcharse de esa casa.

Los gritos de Sullivan —reconocibles por su tono agudo— la estremecieron. Descorrió el cobertor y se levantó de la cama, llevada por la angustia de lo que pudo haber pasado para que ese antipático interrumpiera su malogrado sueño. Buscó a tientas su albornoz en la oscuridad, ¿dónde lo había dejado? ¿A los pies de la cama o en el sillón? Al final lo encontró en este último; se lo terció con movimientos rápidos. Escuchaba voces y pasos apresurados afuera, todos dirigidos hacia donde Sullivan había alterado a todos. ¿Sufría de una pesadilla que no lo soltaba?, ¿sufría de alguna clase de demencia que ella desconocía?, ¿se habría drogado?

Las preguntas seguían rondando su mente, mientras abría la puerta y se asomaba por el pasillo, buscando a alguien tan curioso como ella; sin embargo, a nadie halló; la acució el temor de una posible venganza por parte del *roñoso* que se salvó de morir devorado por el lobo. La hizo dudar en ir hacia donde Sullivan seguía gritando; Aidan y Raquel seguramente habrían ido a ver al amigo, la puerta del dormitorio frente al suyo estaba abierta, pero no se veía a nadie adentro. Las voces susurrantes a poca distancia, la motivaron a seguir el sonido; la luz del dormitorio de huéspedes —a su derecha— estaba encendida. Zeus se restregó contra sus piernas, pero Susana lo ignoró por estar alerta. ¿Qué le habría pasado a ese loco?

—¿Tienes algo para calmarlo? —Sinéad preguntó en cuanto la joven morena se animó en averiguar lo que sucedía.

—Solo té... —que para nada a Susana le sirvieron para conciliar el sueño en sus noches de insomnio.

—Prepara y trae una taza —Raquel le ordenó como si ella fuese la propietaria de la casa; greñuda y con su albornoz de seda abierto, dejando ver el traslúcido camisón que usaba. Ni bajo esas circunstancias su carácter altivo se ablandaba. Sullivan lloriqueaba, acurrucado en el piso y contra el lateral de la cama; Sinéad trataba de tranquilizarlo y Aidan lo observaba meditabundo y ceñudo de tal comportamiento.

—¿Qué le pasó? —Susana buscó respuesta en Aidan, pero este no le respondió. Sullivan se abrazaba a sí mismo, su cabeza recostada contra el pecho de su novia, como un niño que sufrió el susto de su vida al ver un fantasma.

¿Y si en realidad eso fue?

—¡Prepara el té! —Raquel la increpó por no acatar a su mandato, del cual ocasionó que Aidan reaccionara.

—No es necesario —dijo—. A ver... —se acuclilló para estar a la altura de su amigo e hizo que este lo mirara—. Acuéstate y a dormir.

—Tego miedo...

—Estaré contigo, amor...

—Tego miedo —replicó a Sinéad—; *esos ojos...* ¡Me iba a matar!

—Claro que no, *amor*, fue solo una pesadilla. No había nadie en el dormitorio.

—¡Estaba allí! —Señaló hacia la ventana cerrada—. Me mostró los colmillos.

—¿Los ojos? —Susana meditaba que Sullivan decía incoherencias por la borrachera.

—El lobo... Era horrible.

Susana miró a Aidan y este una vez más la ignoraba. Pensaba que, lo más probable, *el larguirucho* vio lo que ella presencié en las inmediaciones del bosque; no lo describía como tal, la poca información que brindaba bastaba para que Aidan y Susana comprendieran que se trataba de la misma criatura de feroces colmillos y ojos del infierno.

—¿Lobo? —Raquel cuestionó; desde tiempos de su tatarabuelo no existían tales animales ni en el condado ni en Irlanda—. ¿Cómo lo viste si las luces estaban apagadas cuando entramos? —Rodaba aprensiva la mirada por su entorno. La casa guardaba sus secretos.

Sullivan se acomodó sus lentes dorados; sus manos temblaron ante esta acción; el sopor etílico producido por las cervezas se había disipado en cuanto sus ojos se abrieron desmesurados y contemplaron aterrorizados a un animal descomunal que le gruñó desde el otro lado del cristal de la ventana. Gritó con todo su ser, provocando que su novia se sobresaltara y los demás en la casa, al minuto acudiesen a él para socorrerlo.

—Los... Los relámpagos lo iluminaron.

—¿Y por dónde entró «el lobo»?

—¡No dije que haya entrado! —El enojo lo atacó por la incredulidad de Raquel y las expresiones de «¿este que se fumó» de los otros—. Estuvo allí, detrás de la ventana, viéndome...

Ahí, Susana se animó en echar un vistazo al exterior. Fue cauta en no abrir la ventana y estudió la distancia que había entre el suelo y la cornisa, donde habría posado las patas el animal para matar del susto al larguirucho. *Hum...*, pensó, si era *aquel* visto en el bosque, no le habría resultado difícil apoyar sus grandes patas delantera y erguirse sobre las traseras para mirar a través de la ventana que se hallaba a unos cuatro metros del suelo.

Una ola de calor se alojó en su nuca, sintió que era observada, y, en efecto, al volverse sobre su hombro para determinar quién aguardaba por lo que ella dijera, descubrió que era Aidan.

Este nada le dijo.

Solo la miraba...

—Acabas de confirmar que lo soñaste: los lobos no vuelan —Raquel comentó—. Lo que soñaste fue producto del hambre y... *la que tenía* que preparar la cena, nos plantó. Ni el té fue capaz de hacer...

Susana casi escupe una palabrota. Aguantaba un par de actitudes groseras, pero ya fue suficiente.

—Si tanto te preocupa: hazlo tú.

La otra, airada, elevó una pulgada la mandíbula. *La tabernera* había sacado las garras. A ver quién de las dos permanecería en pie al final de la guerra: si esa o ella.

—Me preocupo porque soy una excelente anfitriona —dijo—; en cambio... ¡*Nah!*, ¿cómo pretendo compararme contigo que eres una...?

Un aullido, tan lejano y quedo, estremeció a las muchachas y al mortificado joven en el piso.

Aidan se tensó.

Era una hembra.

—¿Escucharon? ¡No les mentí y está cerca! —Sullivan chilló y luego jadeó al percatarse de ese hecho—. Oh, Dios..., está merodeando la casa...

—¿Habrá más? —Sinéad se contagió por el temor de su novio y Susana palideció. Hasta ese instante no meditó en la posibilidad de una manada de criaturas de largas patas.

A la mañana siguiente, el aroma del café recién colado por Susana, llenaba su cocina, despertando todos sus sentidos y animándola a empezar el día. Vertió un poco del delicioso líquido en su taza y se dejó envolver por las volutas de humo aromatizado, a ver si la espabilaban, su rostro demacrado reflejaba la falta de sueño. Sin embargo, a pesar de su amor por el café, Susana se encontraba en un estado de ánimo apático. Su cabello greñudo y sin vida, sin ganas de ser peinado o recogido con sus ganchos, reflejaba su desgaste emocional. Apenas podía procesar sus propios pensamientos, mucho menos preocuparse por lucir presentable frente a los demás. Sabía que había quienes la juzgarían por su descuido personal, pero no le importaba.

Bostezó y, en ese instante, por la puerta del patio trasero ingresó Aidan, con una apariencia peor que la suya.

—Hola —la saludó con un deje de cansancio—. ¿Quedó café?

Susana asintió y luego depositó su taza en la mesa, para buscar otra y servirle la misma cantidad que ella sorbía. Le agregó una cucharadita de azúcar y la revolvió con suavidad hasta que los minúsculos gránulos dulces se disolvieron en la bebida caliente. Se lo entregó mientras le observaba las ojeras que casi parecían pintadas debajo de sus ojos cansados. ¡Vaya que Sullivan les fregó a todos la paciencia!, nadie durmió después de su histeria, le había rogado a su amigo en no dejarlo solo, pese a que Sinéad compartía con él, la habitación de huéspedes. Aidan le había ordenado dormirse, como si mediante esa acción Sullivan sucumbiría en un simple cerrar de ojos, pero los nervios desechos del muchacho se ocuparon de mantenerlo consciente hasta bien avanzada la madrugada. Raquel masculló, contrariada, ya que le echaban a perder sus planes románticos con el cumpleaños. Aidan aparentaba que, de un momento a otro, caería de bruces en su cama, pues era notable que se desveló hasta el amanecer. Susana se levantó apenas Zeus le maulló para que le diera comida. Al igual que Aidan, ella no pegó el ojo en toda la noche, pensando en el maldito lobo, que parecía disfrutar perturbar la tranquilidad de todos en la casa. Pero esa noche no había sido la primera vez que dicho animal causaba estragos con sus estridentes aullidos, había dejado a todos incapaces de conciliar el sueño.

—Prepararé huevos, ¿quieres comer? —le preguntó y él asintió mientras recorría una de las sillas de la mesa, para sentarse—. ¿Revueltos o fritos?

—Fritos.

—¿Cuatro como siempre?

—Sí.

Las cáscaras de los huevos se rompían suavemente en el borde de la encimera de la estufa y se abrían, dejando caer el contenido gelatinoso de las claras y las yemas en la sartén. La mezcla de la margarina caliente con lo vertido despertó las papilas gustativas del comensal que aguardaba paciente a que la bonita cocinera lo abasteciera de ese delicioso alimento. Al menos, la migraña que padecía no aplacó su apetito, sus tripas se retorcían y su boca ensalivaba más de lo normal. Susana no se preocupó por preguntar si los demás desayunarían; si las dos rubias engreídas y *el histérico* la miraban desdeñosos, le cedía la labor a Aidan para que los atendiera, porque ella no se dejaría mangonear de nuevo.

Los huevos fritos fueron colocados en el plato y luego depositados en la mesa. Aidan les echó sal y los devoró.

—Ya casi no queda pan... —Susana comentó al ver que la cesta que los contenía estaba casi vacía.

—Hoy haré más —él replicó en un tono neutro de su voz, para que su querida compañera no se preocupara por su malestar. Fue una noche dura.

Un huevo más se vertió en la sartén, del que, al minuto, la joven lo extrajo con la paleta metálica. En su plato lucía solitario en comparación *al cuarteto* que Aidan estrujaba con el pan.

—Me gustaría aprender —dijo ella—. ¿Me enseñarías?

—*Lo que tú quieras...* —quiso sonar seductor, pero sus cuerdas vocales lo traicionaron al emitir un quejido lastimero a causa de la condenada migraña. ¡Ay, qué suplicio! Ha soportado malestares estomacales, ha vomitado hasta las tripas por combinaciones étlicas que casi lo matan, ha sufrido de dolorosas caídas, lo han pateado, lo han golpeado y lo han mordido muchas veces... Pero aguantarse una migraña, lo reducía a nada. Ahí era un cobarde.

—¿Resaca? —Se sentó del lado opuesto de la mesa, la cesta de frutas y la del pan, dividía el espacio que los separaba—. No te la des de fuerte, sé que estás mal. —Él levantó la mirada hacia ella y avergonzado admitió con un leve asentamiento de cabeza. Para qué contradecirla si era obvio que daba esa impresión—. ¿Quieres una pastilla para el dolor?, iré a buscar...

—No pierdas el tiempo, no me hacen efecto.

Se reservó revelar ese hecho para evitar ahondar en su historial clínico. Continuó desayunando, mientras Susana lo escrutaba en silencio, quizás pensando las veces que ha pasado por lo mismo. Los huevos y el pan desaparecieron rápido de sus respectivos platos, ambos saciaron el hambre; si bien, Aidan ya había comido algo afuera, fue insuficiente para lo que en realidad a diario consumía.

Tras esto, los platos terminaron en el fregadero.

Era su turno de lavarlos.

—Déjalo. Ve a descansar, lo necesitas.

—Ya los estoy lavando —Aidan hacía largas de tener que subir al dormitorio donde se hallaba la novia impuesta por sus padres.

Susana agradeció su ayuda y también colaboró en secar los platos y guardarlos en la estantería. Mientras realizaban esas tareas, aprovecharon el momento de privacidad para discutir lo que tenían pendiente, sin ser interrumpidos por nadie más.

—Oye... Hay que avisar a la comisaría sobre el lobo.

—No.

—Tenemos que hacerlo, se le apareció a *ese flacu...* Sullivan. ¿Y si le da por entrar a la casa? Nos atacará a todos.

—Eso no pasará.

—¡Trepó la cornisa de la ventana de arriba! —Asumiendo que se trataba de un lobo normal—. ¡Es peligroso!

—Como todos los demás lobos del mundo.

Susana se tomó un respiro para llenarse de paciencia.

—Este lo es, aún más, se ha aventurado en una zona habitada por el hombre. Ellos no actúan así, son... ¡Deja de sonreír de esa manera! —lo increpó—, Moninne está en medio de la montaña y ¿quién nos va a ayudar si nos atacan? ¡No te rías, *coño*!

—No estamos en «una zona habitada por el hombre»; más bien, nosotros somos los que habitamos la de ellos...

—Se supone, no hay lobos en Irlanda.

—Sí los hay, solo que no del conocimiento de los demás.

—¡Tu dijiste...! Tus... Tus explicaciones me dejan con más dudas que respues... —jadeó—. ¡¿Qué te pasó ahí?! —Se preocupó, su dedo señalando los surcos sangrantes que sobresalían de la manga arremangada del brazo izquierdo—. ¿Y zarpazo? —parecían producidas por las garras afiladas de una bestia.

Aidan alisó la manga de su camisa.

—Anoche tu gato se puso cariñoso —explicó mientras reanudaba lavar los cubiertos.

—No me jodas, Aidan. Las garritas de Zeus ni te harían cosquilla. Déjame ver... —Él se resistió, instándola a que lo dejara pasar, pero la joven, bastante insistente, ya le había remangado de nuevo la manga—. ¡Estos no parecen araños de gato, sino de un animal más grande! Aidan —lo estudió, preocupada—, ¿qué estuviste haciendo desde temprano?

—Fue *tu panterita*. Córtale las uñas que parecen navajas.

Ella no replicó en defensa de su mascota, porque era obvio que él bromeaba; más bien, meditaba las probabilidades de que este haya sido tan estúpido de salir a cazar al lobo por su propia cuenta.

—Zeus es dócil —le siguió la corriente.

—Conmigo, no. Me odia.

—¿Por qué será? —lo increpó, sarcástica, y este se encogió de hombros como si lo ignorara. Aidan no era adepto a los felinos, les tenía manía, espantando al pobre cada vez que por ahí merodeaba—. Trata de ser amable con él, los gatos son rencorosos.

—El tuyo está loco, tiene arrebatos —de repente corría como si tuviese un pico de energía o le hubiesen quemado la cola con un cerillo. Era muy impredecible.

¿Cómo es que no se quejaba de dolor?, Susana observaba las heridas, los surcos eran grandes como para que Aidan tuviese un semblante peor al que presentaba. Echó memoria a las garras del lobo gigante; no..., no habría sobrevivido, aquellas garras fueron capaces de rebanar extremidades de un zarpazo. Estas que él tenía zanjadas en el brazo eran evidencias de un animal mucho más pequeño al otro, pero igual de feroz. Sin duda alguna fue tras este para atraparlo.

—¿Saliste a cazar al lobo invasor?

—No.

—Lo hiciste... —la mentira en Aidan se notaba a leguas—. ¿Acaso no te dije que no lo hicieras? ¿Lo recuerdas?

Él miró de nuevo sus labios.

Extrañaba aquel beso.

—Como si fuese ayer...

—¿Lo mataste? —El silencio fue la respuesta, al parecer, lo hizo—. Bueno, en todo caso, necesitas ir al hospital. —Él volvió a negar la ayuda médica—. ¡Ay qué necio! Al menos deja que te las desinfecte. —Corrió a buscar el botiquín de primeros auxilios, colgado en el baño bajo las escaleras, pese a que Aidan trataba de restarle importancia a sus heridas.

Ya de vuelta en la cocina.

—Siéntate.

—No me duelen, pronto estaré como si nada hubiese ocurrido.

—Siéntate —Susana volvió a ordenar mientras vertía un poco de alcohol isopropílico en una mota de algodón—. Dame el brazo —lo observó en cuanto él obedeció reticente—. Cielos... —recordó enseguida de que sería contraproducente verter alcohol en ese tipo de heridas—,

debería llevarte al hospital... —si a ella le hubiese sucedido estaría chillando de dolor.

Él iba a decirle que exageraba, pero ella, pensando en ese lobo de casi tres metros de alto, le preguntó lo siguiente:

—¿Te diste cuenta de su tamaño? —Ahí le diría: «No fueron alucinaciones lo que vi en el bosque. ¡También tú lo viste!».

Aidan la miró.

Sus labios dubitativos.

Pero en sus ojos, ya había tomado una decisión.

—Cada vez que me descuido, ustedes dos están juntos —Raquel entró avinagrada, dispuesta a recordarle a la latina lo que le sentenció la noche anterior—. ¿Qué sucede? —Jadeó al ver lo que esta hacía y se llevó las manos al rostro—. ¡¿Qué te pasó, Aidan?!

—Nada. —Se levantó para huir, pero Raquel lo interceptó.

—¿Esa es la causa por la que anoche dormí sola? ¿Estuviste con otra? —Miró con rabia a Susana y esta le indicó con un gesto de «a mí no me mires»—. ¡Claro que eres tú, resbalosa! —la gritó, segura de que la maldita lo metió a su habitación, y ella durmiendo al frente—. ¡Te dije que te alejaras de él!! —Alargó las manos crispadas para agarrarla de las greñas.

—Ni te atrevas a lastimarla —Aidan rápido la inmovilizó.

—¡CUÁNTAS VECES SE HAN REVOLCADO! —Sus gritos enérgicos debían escucharse por toda la casa—. ¡¡CUÁNTAS!!

—¿No te das cuenta que no son arañazos de mujer? —Aidan estaba a punto de decirle que durmió con Susana muchas veces y que nunca lo hicieron porque ella no quiso. Pero se mordió la lengua para no perjudicarla.

Raquel dejó de forcejear y lo miró asombrada.

—No sabía que fueses...

—Son de animal, pendeja —Susana no podía creer que esa chica se dejara llevar por los celos. Ni una mujer ni un hombre, solo un ser de cuatro patas que le aullaba a la luna.

—¿Animal? ¿Qué animal: el lobo? ¡¿Fuiste a cazarlo?!

¡¿Estás loco, Aidan?! ¡Eres fotógrafo, no cazador!

—¿Y qué? Estoy bien.

—Casi: mírate el brazo...

Mientras Aidan replicaba a Raquel sobre su habilidad como tirador, Susana notó que el arma en cuestión brillaba por su ausencia; Aidan había entrado a la cocina, sin nada en las manos, ni siquiera un cuchillo o un garrote. Los dejó discutiendo y se dirigió a la puerta del patio; la abrió por si él había dejado la escopeta o cualquier otra cosa a un lado, pero no encontró nada. Se volvió hacia Aidan y le lanzó una mirada interrogante, una pregunta muda que él comprendió al instante. ¿Con qué había salido a cazar?

—Está en el Range Rover: allá la dejé.

—¿Lo mataste? —Aún no lo confirmaba.

—¿Lo hiciste? —Raquel agarró al vuelo el significado de la respuesta velada que Aidan le dio a la latina.

—Sí —mintió. Solo se encargó de que no molestara más.

—¿Y los otros? —Susana seguía mortificada de que ellos viviesen en constante peligro.

—No hay manadas —mintió una vez más—, fue un lobo que debió haber sido abandonado por alguna persona que lo crio de forma ilegal y luego no pudo dominarlo ya de adulto. Los lobos son ingobernables.

—¿Estás seguro? —le parecía que los aullidos escuchados correspondían a varios, dudaba que fuesen los samoyedos—. Ellos se reproducen rápido. —No esperaba a que aniquilaran la especie completa, pero deseaba ferviente que los ahuyentaran hacia una zona boscosa donde ninguno de estos le hiciera daño a un humano ni a los animales domésticos.

—Este es solitario —respondió y Susana respiró aliviada mientras contemplaba el caótico panorama.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpido? —Raquel lo increpó—. Tú solo por las montañas...

—Me alegra que estés bien.

Aidan le sonrió a Susana, en agradecimiento, pues era reconfortante tener a alguien preocupado por él. En ese momento, supo que ella era especial y que él tenía razón al quererla cada vez más. Decidió que le contaría todo, tenía derecho a saber. Estaba convencido de que no lo decepcionaría; con Susana se aventuraría en bajar la guardia, ella podría ser todo lo que él siempre ha deseado.

Pero...

Ahí lo atacó la incertidumbre.

¿Y si se equivocaba?

¿Y si esta confianza a los dos les costaba caro?

Ciertamente era un gran riesgo confiar en su bondad y ofrecerle su corazón sin reservas. Lo que tendría que contarle no era fácil de revelar; lo más probable, Susana se asustaría y él ya estaba enamorado como para perderla por no saber guardar su secreto.

Capítulo 24

Las maletas se acomodaron en las cajuelas de los dos vehículos mientras Sullivan, agobiado por la pesadilla que había vivido en esa horrorosa mansión y del que ansiaba abandonar, aguardaba en el asiento del copiloto de su propio Jaguar. Los gritos furiosos de Raquel, acusando a Aidan de infidelidad, aún resonaban en sus oídos, pues le habían provocado un sobresalto al creer que el monstruo a esta la estaba atacando. Sinéad, al ver el estado mental de Sullivan, tuvo que correr a avisarle a Aidan. Este, en su afán por calmarlo, le aseguró que los gritos provenían de una simple discusión en la cocina sobre asuntos personales que no valía la pena contar. Desde su adolescencia, Aidan había luchado contra su propia identidad, renegando de la oscuridad que llevaba dentro. Tenía miedo de dejarse llevar por sus oscuros instintos, a medida que los años avanzaban, adquirirían más fuerza sobre él. En cada paso que daba, podía sentir cómo la sombra acechaba, esperando paciente su momento para apoderarse de él. Era una lucha constante entre la luz y la oscuridad, entre la persona que quería ser y la que temía convertirse. Susana –ignorando lo que le pasaba– sentía empatía, sabía que Aidan llevaba consigo una carga muy pesada, una batalla interna que seguramente solo ella podía comprender en su totalidad.

La despedida entre los amigos fue fría y distante, reflejando la falta de conexión que experimentada en los últimos tiempos. Apenas una palabra de despedida y una sonrisa apática fueron intercambiadas. De la latina, Sullivan ni se preocupó por expresarle las gracias, esta permanecía en el umbral de la puerta principal, como sirvienta chismosa que no le importa ser regañada por su patrón. Suspiró agotado y luego le obsequió una sonrisa aliviada a Sinéad. ¡Por fin se largaban de allí! Ella le devolvió la sonrisa, conduciría el Jaguar, pues él tenía los sentidos alterados por la falta de sueño, resultado de una noche terrorífica, plagada de pesadillas que lo hicieron sobresaltar en la cama. Desde el momento en que puso un pie en esa casa, él sintió que algo no andaba bien. El lugar parecía estar infectado de cucarachas y ruidos inexplicables que resultaban sobrecogedores. Incluso los cuervos graznaban alrededor de las copas de los árboles cercanos como si supieran que aquella residencia era un espacio maldito. Aidan, su amigo, había perdido el juicio al invertir su dinero en reparar esa propiedad tan siniestra. ¿Qué caso tenía arreglarla? Lo mejor hubiera sido demoler esa ratonera de tres plantas y vender los terrenos a alguien más incauto. No comprendía cómo insistía en permanecer en ese lugar después de todas las señales de advertencia que tenía ante sus ojos. Si alguna vez –este o Raquel– volvieran a invitarlo, les mostraría el dedo del medio. No estaba dispuesto a arriesgar su vida ni su cordura por seguirles el juego en esa peligrosa aventura llamada «Moninne».

—¿Cuándo vuelves a Dublín? —Raquel inquirió a Aidan, mientras Sullivan y Sinéad aguardaban un tanto ansiosos a que ella se subiera a su respectivo vehículo para marcharse juntos. El cielo comenzaba una vez más a cubrirse por densas nubes negras que anunciaban un aguacero.

—¿Para hacer qué?

—¡Para trabajar! —La respuesta de su esquivo novio, la disgustó, ya cansada de estar lejos del bullicio y la emoción de la ciudad. Bastó esa corta visita para determinar que detestaba las montañas—. ¿Estás de permiso? —Su carácter impetuoso y temperamental se hizo evidente; había orquestado caerle sin previo aviso, siendo apoyada por sus suegros que aspiraban a que la unión entre Aidan y ella se formalizara, pero todo se fue de bruces al descubrir que tenía una

rival de armas tomar—. ¿Qué harás cuando debas realizar sesiones? —Odiaba el trabajo que este realizaba, pero prefería soportar que hiciera eso que tenerlo fuera de su alcance.

—Renuncié.

Lo revelado la dejó perpleja.

—¡Hiciste, ¿qué?! —No le creyó—. ¡¿Estás desempleado?! —Por un lado, era bueno, no tendría que lidiar con esas modelos de pasarela que a menudo a él le coqueteaban; sin embargo, al no rendir cuentas a nadie, permanecería allí por tiempo indefinido.

—Es una decisión personal. —Durante años estuvo trabajando para revistas de moda, pero ya no le agradaba, debido a que perdió el interés en fotografiar rostros perfectos y cuerpos retocados con Photoshop. En cambio, se sumergió de lleno en la restauración de una antigua casa del siglo XIX que heredó. Descubrió un amor por el trabajo rústico, reparando cada grieta y volviendo a dar vida a cada habitación. Pasaba horas y horas inmerso en ese proyecto que compartía con Susana, perfeccionando ambos cada detalle y haciendo de cada rincón un lugar acogedor. La fotografía, sin embargo, seguía siendo su gran pasión. Pero él ya no quería trabajar bajo el mando de un editor que le indicara qué fotografiar y cómo hacerlo. Quería capturar la belleza de lo auténtico, lo imperfecto y natural del invernadero y de Slieve Bloom; explorar las texturas, los colores y las emociones que se escondían detrás de cada imagen.

—¿Por qué me huele a que *esta zorrita* te idiotizó?

—No le hables así.

—¡Lo es! Te influyó con sus ideas de renovación.

—Yo mismo allano mi camino, ni tú ni nadie me indicarán qué hacer. —Quizás más adelante, tomaría las riendas de su carrera y abriría su propio estudio fotográfico. Lo estaba contemplando, allí, en Moninne... Tendría la posibilidad de capturar a su antojo la esencia de las personas, sin filtros ni retoques, mostrar al mundo la verdadera belleza que radica en lo real, en los momentos genuinos y en las imperfecciones que los hacen únicos. Por lo tanto, las revistas de moda quedaron atrás, convertidas en recuerdos lejanos. Se sentía más feliz y realizado que nunca, sabiendo que ese era su destino.

Susana optó por no enfrentar a Raquel y entró a la casa a fin de evitar que esta continuara volcando sobre ella su veneno. Decidió organizar lo que llevaría a Siorai, ya no había nada que temer, al lobo lo mataron y no existían otros que representaran un peligro latente. Alcanzó a fijarse por uno de los ventanales que la rubia rompió en un llanto furioso por algo que Aidan le dijo y del que Susana no escuchó. Hacía señalamientos al interior de la casa, suponiendo la joven aún a ella la tenían en la discusión. Aidan metió sus manos en los bolsillos laterales de su pantalón, en una pose que indicaba le tenía sin cuidado lo que su novia le reprochaba. Permaneció allí, observando marchar a sus amigos y a Raquel que se prometía a sí misma en volver pronto, no iba a permitir que ninguna extranjera le arrebatara a su amado Aidan.

La tensión en los hombros del muchacho disminuyó en cuanto los dos autos de alta gama se alejaban; de inmediato un nuevo peso cayó sobre él, al comprender que compartiría sus miedos más profundos con Susana. ¿Le diría esa mañana? Sí..., lo haría, ella era la indicada, le hablaría de los demonios internos que aún lo atormentaban, de las decisiones difíciles que había tomado y de las cicatrices que llevaba su alma. Esperaba no estuviese solo en su lucha interna, imploraba que Susana lo ayudara a encontrar la paz que tanto anhelaba. Era un futuro incierto, pero lleno de posibilidades. Sabía que la batalla contra sus propios demonios aún no ha terminado, pero ahora tenía la confianza de enfrentarla con ella.

Entró a la casa y, de inmediato, halló a Susana en la cocina.

—¿Otra vez con hambre? —Preparaba unos emparedados. Al parecer, la alegría de saberse librada de los visitantes, le abrió de nuevo el apetito.

—Es para el invernadero. Hoy vamos a ir.

Aidan se tensó.

—Es muy pronto.

—¿Por qué? —la joven se desilusionó. Ya había planificado lo que haría al llegar a aquel lugar que la cautivó desde que puso un pie por primera vez. Postergarlo le causaba una severa ansiedad que la pondría de malhumor.

—Eh... Parece que va a llover.

—Pero...

—Susana, hay algo que debo decirte.

Lo miró aprensiva.

—¿Vas a bajar al pueblo y me vas a dejar sola? —Aún la abrumaba lo ocurrido la vez pasada.

Sacudió la cabeza y le esbozó una sutil sonrisa.

—Siempre estaré para ti.

—Bien —descorrió la silla y se sentó para prestar oídos a lo que Aidan le dijera; después de todo, contaba con la seguridad que le brindaba.

Aidan se sentó sobre la encimera. Su lugar favorito para merendar y charlar.

Luchó por no reflejar que se hallaba sumido en la incertidumbre. Quería contarle su secreto, aunque la idea de cómo ella reaccionaría le aterraba, pese a que es una persona con una mente abierta y comprensiva. Pero ¿aceptaría la verdadera naturaleza que él ocultaba?

Soltó una cansada respiración e imaginó la conversación que sostendrían: *«Soy un ser de la noche, Susana. He comido carne humana»*.

Ella, lejos de mostrarse asustada, lo contemplaría con una sonrisa amable. *«Lo sé, Aidan. Desde el primer momento en que nos conocimos, sentí algo especial en ti. Pero no importa lo que seas, eres la persona que amo»*.

—Esto... —*¡Cuéntalo, cobarde!*, se reprochaba de manera silenciosa por ser incapaz de soltar la lengua de una vez—. Eh... —carraspeó—. Yo...

Su confesión fue interrumpida por la entrada inesperada de Erin. El gesto de sorpresa en sus rostros dejaba en evidencia que no era algo que hubieran esperado, y ese momento incómodo empeoró cuando Aidan saltó de la encimera y en una sorprendente rapidez, agarró el brazo de Erin y la arrastró hacia la sala.

—¡Qué hombre tan brusco! Me gusta...

—¡Por qué no cumpliste con tu palabra!

—Porque no me importa. Te deseo.

—Mal momento.

—Buen momento, te quiero ahora.

—Hoy en la noche.

—Ahora, Aidan. ¡Ahora!

Susana observaba la discusión desde el árbol que divide los ambientes, quedó perpleja ante lo que veía. Aidan lucía desencajado, su rostro mostraba una furia contenida, su ceño fruncido denotaba alteración y sus dientes apretados revelaban la tensión que sentía. Por otro lado, Erin parecía disfrutar de la situación, su actitud era extraña, como si estuviese bajo los efectos del licor o las drogas. Se restregaba contra él de manera provocativa, su cabello alborotado y salvaje aumentaba la intensidad del momento. Aidan, lucía afectado por el comportamiento de

la chica; dirigió su mirada hacia Susana y le exigió que se largara de la casa. Su autoritarismo dejaba claro que no iba a permitir que ella escuchara o presenciara lo que estaba a punto de suceder.

«*Siempre estaré para ti*», Susana recordaba las palabras expresadas por ese falso que la lastimó por haberle mentido. La iba a dejar sola otra vez. Así que, muy bien, ¡ella se largaba!

Molesta por lo presenciado, regresó a la cocina sin decir una palabra. Mientras colocaba de manera brusca los emparedados envueltos en papel aluminio dentro del morral que antes había tomado de la percha del vestíbulo, no podía evitar sentirse incómoda ante las imágenes que se formaban en su mente. Era obvio que Erin estaba dispuesta a humillarla, utilizando a Aidan para su propio placer, sin importarle las consecuencias. La avinagraba que él no se diera cuenta de su propósito, solo atendía a sus necesidades básicas.

—¡Estrújame las tetas! ¡Oh, sí! ¡¡Sí!!

¡*Argh!* Le repugnó escuchar a Erin, sin un atisbo de pudor. Los gemidos pronto resonarían y estremecerían hasta las paredes de la casa, generando un ambiente incómodo y perturbador para Susana. ¿Cómo podían ser tan descarados? Raquel apenas se había marchado hacía unos minutos y ya ellos se entregaban al desenfreno.

—Muérdeme, ¡hazlo o yo te morderé a ti!

Vaya tipa loca y mandona.

Incapaz de comprender cómo alguien actuaba de esa manera, la joven obedeció al mandato de Aidan, de alejarse de allí; cuestionando qué tipo de personas eran capaces de llevar a cabo actos de tanta rudeza y falta de respeto hacia los demás. Qué vulgares, qué indecorosos...

No pudo evitar sentir una mezcla de alivio, asco y celos. Alivio porque al fin estaría a kilómetros de esa situación inapropiada, asco por la poca moral y consideración de esos dos que le revolvían el estómago. Y celos... de lo que esa desgraciada le arrebatara.

«Soy tuyo».

¡*Ja!* Más bien: de toda la comarca femenil.

Llevada por la rabia, se aseguró de que tenía su móvil en el bolsillo trasero de su pantalón. En efecto, ahí lo tenía, lo sacó y lo guardó en el morral, luego este lo terció a la espalda y cruzó la puerta del patio, rumiando para sus adentros. Al carajo si llovía y se embadurnaba de lodo hasta las orejas por no cambiarse de zapatos para caminar terrenos montañosos, no le importaba si se caía un millar de veces o si se mojaba de la cabeza a los pies por no usar un impermeable, o si pasaba frío; se aguantaba eso y hasta más contratiempos, pero ni de chiste se atrevía a cruzar la estancia para dirigirse al armario del vestíbulo para sacar el impermeable y los zapatos montañosos. Ellos estarían desnudos y con los brazos y piernas entrelazadas, en movimientos eróticos que la harían ruborizar.

Disfruten la follada.

Idiotas.

Luego hablaría con ese *cerro-prendido*, ya que no estaba dispuesta a permitir que la casa se convirtiera en un antro que perturbara su paz mental. Aidan tendría que respetarla; si él quería acostarse con esa chica que parecía le gustaba los juegos de roles en el que esta era la dominante y el otro, sumiso, que fuesen más discreto. No arrancarse las ropas como si la muerte luego se los llevara; eso no era sano, era muy impulsivo, sucio...

Avanzaba por el bosque, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y el corazón roto. Susana había creído que existía una conexión especial entre ella y Aidan, quien la veía como algo más que una simple compañera de casa. Pero ahora se daba cuenta de que era solo una ilusión.

Aidan era igual que todos los hombres que solo piensan con su órgano sexual, sin importarles herir los sentimientos de otras personas. Mientras vadeaba los árboles, sus sollozos resonaban como si quisiera ser escuchada por todas las criaturas que habitan el bosque. Los pájaros cantaban melodías tristes, compartiendo su dolor, los animalitos curiosos se asomaban desde sus escondites para observar a Susana en su tristeza. Sus esperanzas de tener algo serio con Aidan se desvaneció por completo. A él no le importaba lo que ella sintiera, solo respondía al placer y a sus propias necesidades egoístas.

Susana soltó un sonoro sollozo, esto la ayudaba a desahogarse. Aunque le doliera admitirlo, sabía que merecía algo mejor que Aidan. Alguien que la valorara, la respetara y estuviera dispuesto a darle su corazón sin condiciones. No permitiría que esta experiencia la definiera o la hundiera en la tristeza. El bosque la envolvía con su misterio y susurros de sabiduría ancestral. «No llores más por él». «Cierra tu corazón y sana tus cicatrices». Merecía mucho más que una relación tóxica y superficial.

Pese al rostro bañado en lágrimas, sonrió al descubrir que Zeus la había estado siguiendo como un perrito, demostraba una lealtad y valentía sorprendentes para un gato de su tipo. Lo alzó y besó, su bella mascota le daba confianza. Lo adoraba.

Continuó el trayecto que durante la segunda exploración que hicieron, ella logró memorizar. No era difícil la ubicación de Siorai. Solo que estaba bien mimetizado con el follaje. Días atrás no se hubiese atrevido en explorar por su propia cuenta, a causa del «lobo» rondando por el bosque, pero ahora ya no era un impedimento y el cabreo que sentía en ese instante a causa de ese par de idiotas, la impulsó a largarse de la casa por unas horas.

Unos kilómetros más adelante, en la montaña, reconoció la ladera que conduce a la cortina de hiedras. Respiró profundo, sintiendo la frescura del aire puro llenar sus pulmones. A medida que descendía, Zeus se libró de sus brazos, húmedo su pelaje por la llovizna. Maullaba emocionado por haber llegado.

Susana introdujo la llave de bronce en la cerradura y giró el picaporte, abriendo la puerta con un crujido. Al entrar, sintió la calma que había anhelado esa mañana. Vaya... El invernadero era una belleza repleta de plantas exuberantes y fragancias embriagadoras, con los rayos del sol en todo su esplendor. Se dio cuenta de haber tomado la decisión correcta al arriesgarse a ir hasta allí, encontró un oasis de paz. Cada respiración parecía llevarla a un estado de serenidad sublime. Esta vez estaría sola. Aidan se quedó en la casa con aquella vulgar que solo pensaba en satisfacer sus necesidades. Susana aún le costaba comprender cómo alguien se conformaba con tan poco, cuando había tanto por descubrir y explorar. Tanto por amar...

En cuanto cerró la puerta, sacudió sus zapatos de goma en la loza musgosa, para librarse del barro en las suelas.

Cruzó, con sumo cuidado, el sendero de los rosales y se detuvo justo antes de llegar hasta el templo. Acarició con suavidad los pétalos de una de las rosas rojas colindantes a las escalinatas del pórtico; de este modo trataba de serenarse para luego saludar al *arbusto*. Cerró los ojos por un momento, dejando que los sentimientos de tristeza y decepción se desvanecieran. Aidan nunca la miraría de la misma manera en que ella lo veía a él, solo la apreciaba como amiga, alguien con quien compartir risas y confidencias, nunca de manera romántica.

Eso ya no importaba.

Ahora volcaría su alma en lo que contemplaba.

Siorai se había convertido en su refugio para olvidarse hasta de ella misma. En esta tercera exploración, se propuso hallar su fortaleza y determinación para crear su propia historia.

Como si fuese una niña pequeña del cual las vicisitudes de la vida no la agobiaban, atravesó la línea de los cerezos y los manzanos hasta llegar a los hayedos donde la magia se concentrada en ese misterioso lugar. Para ser un «invernadero» era demasiado grande.

—Hola, Xylon, ya estoy aquí —saludó al arbusto envuelto en lenguas de fuego y protegido entre los dos retorcidos árboles que parecían ser sus guardianes. Evitó acercarse y se mantuvo al pie del *manzano cercano*, para evitar algún accidente.

El Arbusto Dragón se sacudió.

Susana se inquietó.

¿Estaría molesto?

—Eh... Aidan no pudo venir —comentó en su incomodidad de dar explicaciones—. Él... tuvo visitas... —de una zorra.

El torbellino que mantenía al arbusto encerrado, giró más veloz.

Por lo visto, estaba cabreado.

—Vendrá otro día, él está conectado con este lugar. No se moleste si esta vez no me acompañó.

El torbellino desaceleró.

Luego emitió «bocanadas» de humo negro.

¿Qué pasaba?

—¿Quieres que me marche? —Tal vez se ofendió por la falta de compromiso de Aidan. Las obras esculpidas en las paredes del templo así lo manifestaban: siempre debían estar presente los dos cuidadores.

Entonces, ocurrió que Susana comenzó a «comprender» lo que Xylon trataba de expresar.

«¿Estás bien?».

—Sí.

«No lo estás: has llorado mucho».

La joven se daba cuenta que el arbusto también percibía sus sentimientos.

—Hace unos días estuve en peligro —reveló—, por eso falté a mi promesa de volver pronto. Lo siento.

«Tuviste miedo?».

—Unos sujetos trataron de lastimarme, invadieron la casa donde vivimos. ¡Moninne! Pero un lobo... los atacó. No era como los lobos comunes que uno ve en la televisión o en los videos de las redes... —¿será que conoce sobre la tecnología moderna?—, este era gigante.

«¿Te hizo daño?».

—No, pero sí me dio un buen susto. Hasta me desmayé.

Chispas repiqueteando. Se estaba riendo.

«¿Cómo era su pelaje?».

—Rojizo —se basaba en lo escuchado por uno de los que fueron atacados. Ella no pudo distinguir el color, solo vio una silueta oscura.

Volvió a chispear.

«¿Lo conoces?».

—No.

«¿Nunca lo has visto?».

—Es la primera vez, casi me cago del susto. ¡Ay, disculpa mi lenguaje! —se avergonzó—. Nadie me creyó cuando recuperé la conciencia en el hospital. Me miraron como si estuviese loca.

«No le temas, es amigo».

¡Oh, no! Susana se llevó la mano al pecho. ¡Por Dios, qué hicieron! Sus propios temores provocaron que Aidan le diera cacería.

«¿Qué te preocupa?».

—No sé cómo decirte... —estudió el tronco del manzano, ¿sería un buen escudo para protegerla de alguna llama lanzada por el arbusto hacia ella? El lobo estaba muerto.

«¿Qué sucede?».

Susana tembló.

Debió ir al pueblo.

—Está... El lobo... *mu-muerto*.

Xylon ni se movió.

El humo que salía de la punta del torbellino desapareció de pronto.

Hubo un tremendo silencio que ni las aves se escuchaban. ¿Qué antecedió? ¿Peligro? ¿Muerte súbita? ¿Una joven a punto de ser calcinada por un escupitajo de fuego? Vaya que le quedaron mal a Dugan, los cuidadores seleccionados resultaron ser asesinos de criaturas sobrenaturales. Aquel debió ser su mejor guardián.

«Está vivo».

¡¿Qué?!

Susana exclamó un gritito. Más que aprensión por ese hecho, sintió alivio, pese a que Aidan le había mentido. Entonces, ¿qué estuvo haciendo él en el bosque a tan tempranas horas del día? ¿Qué le causó las heridas, el mismo animal?

—¡Qué bueno! Pensamos que...

«¿Aidan intentó cazarlo?».

Susana asintió. Y, en el acto, miles de chispas el arbusto emitía al sacudirse dentro de las lenguas de fuego. Se reía.

—¿Qué es lo gracioso? —No debía preguntar, pero le parecía curioso.

«Aidan».

—¿Por qué? ¿El lobo te pertenece?

«De nadie es: goza de libertad y soberanía. Piensa como tú y piensa como yo. Siente y llora, se lamenta, se preocupa».

—Te expresas como si el lobo fuese humano.

Silencio.

El torbellino, girando y girando suave.

El arbusto quieto.

Susana comprendió que ya no quería hablar.

—Estaré un rato por acá, haré inventario... ¿No te molesta? —Quizás el trabajo sería más rápido si ella le preguntaba cuántas plantas había de cada especie y cuántas aves y animales poblaban el invernadero, pero ella quería recorrer esas tierras, permanecer por más horas allí y olvidarse de Aidan.

«Tienes mi permiso, pero no puedes pasar más allá de los hayedos».

—Está bien, gracias. Nos vemos luego.

«Susana», la llamó y esta se volvió hacia *la entidad*. «Sé paciente con Aidan. No es malo».

La joven asintió, para no llevarle la contraria, pues el aludido requería que le retorcieran las orejas. Dejó atrás al arbusto y cruzó el tramo recorrido. Extrajo su móvil y su libreta de apuntes, y dejó el morral en las escalinatas. Zeus la estuvo esperando allí, consciente de hacia dónde ella

se había dirigido. Hacía buen día, lo contrario a los nubarrones del «otro lado» de la puerta de las hiedras. Ahí se percató que, para la próxima exploración le formularía a Xylon algunas preguntas. Aunque el idiota de Aidan le había dicho que este no tenía todas las respuestas.

O no quería darlas.

Capítulo 25

Susana regresó exhausta de Síorai, con el estómago vacío y la necesidad urgente de recargar energías. A pesar de haber preparado emparedados para satisfacer su hambre, resultaron insuficientes después de horas dedicadas a fotografiar, clasificar y estudiar cada planta con minuciosidad. Al subir las escaleras hacia su dormitorio, se daba cuenta de que Erin ya no se encontraba en la casa, pero el aire estaba impregnado del hedor a sexo, ese olor tan desagradable y penetrante que parecía haberse apoderado del ambiente. Sus ojos recorrieron la sala en la medida en que continuaba su ascenso, y no pudo evitar notar los destrozos en los muebles nuevos y el tapete arrugado en el suelo. Era obvio lo que había sucedido allí y esa imagen solo alimentaba su aborrecimiento hacia ellos. ¿Cómo podían ser tan irresponsables y faltarle el respeto de esa manera?

La rabia se apoderó de ella, al percatarse de la luz encendida del dormitorio de Aidan. Su puerta estaba abierta como siempre que este la dejaba durante el día y la noche, a menos que tuviese compañía femenina. Se hizo la distraída, pues aún le dolía esa actitud repulsiva de macho patán follador; giró el pomo de la puerta de su propio refugio de descanso e ingresó mientras escuchaba los resortes de la cama al bajarse un gran cuerpo de esta en la habitación a su espalda.

—Susa... —Se encerró, sin pretensiones de escuchar lo que Aidan le dijera. El abrazo del silencio y la soledad, la envolvieron, dándole un breve respiro de todo el caos que había presenciado. Arrojó su morral al sillón y luego ella se dejó caer en la cama, sintiendo el cansancio acumulado en cada músculo de su cuerpo. Una ola de frustración la invadió, preguntándose cómo podía seguir viviendo bajo el mismo techo con Aidan. Pensamientos de desprecio hacia dicha pareja se agolparon en su mente, acompañados de recuerdos de otras veces en las que él a ella le ha demostrado su desconsideración. Se sentía atrapada en una dinámica tóxica y no sabía cómo escapar. Aunque el creciente amor por el invernadero y la tranquilidad que Xylon le inspiró, le daban fuerzas para seguir adelante, a pesar de las dificultades y las acciones irresponsables del que compartía con ella el hogar. Decidió que era momento de tomar medidas más drásticas. Estaba dispuesta a poner límites, y, si eso implicaba buscar otro lugar donde vivir, estaba segura de que lo haría sin pensarlo dos veces.

En un movimiento rápido, Susana se levantó de la cama, decidida a ponerle a Aidan los puntos sobre las íes. No podía permitir que él se acostara con cualquier mujer en cada rincón de la casa; aunque no fuese su novio y era el dueño de ese lugar, había un límite que se debía respetar. Así que, con paso firme, abandonó su dormitorio, para encararlo.

Se detuvo en el umbral del de Aidan y lo observó dispuesta a sostener una fuerte discusión.

Este estaba sentado al borde de la cama, fumando un cigarrillo y observando pensativo el reloj de cadena de Dugan. Susana lo miró con desprecio, el enojo que sentía por este rápido se convirtió en indignación, Aidan era infiel. No a ella, nunca han tenido nada, a pesar de *aquellos besos*, pero sí a Raquel, sin importar si a Susana le caía de la patada la muchacha. Sin embargo, él era infiel...

Aidan se puso en pie y de inmediato apagó el cigarro al tirarlo al piso y aplastarlo con la suela de su zapato. Su cabello húmedo y ropas cambiadas eran una señal evidente de haberse duchado hacia poco. Lucía avergonzado por lo que Susana presencié en la sala, horas atrás, al

revolcarse él con aquella mujer. Ella notó más zarpazos en sus brazos y en el cuello. Lo miró perpleja, ¿acaso fue Erin?! ¿Esa desequilibrada mental fue la que antes lo hirió? No se había fijado bien en las uñas de esta, aunque recordaba que las tenía largas.

Entonces... La respuesta era clara: sí.

Erin lo había lastimado antes.

Pero no le comentaría esa observación, tenía que increparlo por su lujuria, para que fuese más cauto y no diera demostraciones lujuriosas en público. No quería encontrarlo de nuevo en esas faenas.

—¿Estuviste en Siorai? —Como todo un imbécil que no se disculpa, eso fue lo que él le preguntó.

—¿Dónde más crees que estuve todo este tiempo mientras *te revolcabas como primate* con esa loca que *te rajuña* como gato montés? —replicó, avinagrada—. Pasé el día allá hasta que consideré ya debiste haber dejado satisfecha a tu *amiguita de la infancia*. ¿Lo hiciste?, porque no me gustaría otra fogosa visita por parte de aquella.

—Yo no... No hubo...

—¿No hubo qué...? ¿Sexo anal? ¿Sexo oral? Porque estuvo *clarísimas* las demostraciones de afecto entre ustedes dos.

—Lo siento.

—¡Trágate las disculpas! —lo gritó—. No vuelvas a ordenarme de esa manera a que me largue de la casa, porque les lanzaré agua fría para que *se les quiten* las ganas. Respétenme y respeten el legado de Dugan, él no te heredó Moninne para que la conviertas en un burdel. Si esto no te importa, dímelo y empaco mis maletas y te dejo solo con esta carga, yo no seré la cabrona que te solape tus sinvergüenzuras.

Las fuertes palabras de la muchacha, a él lo enmudecían, no había manera de contradecirla. Él la cagó al echarla, pero ella ignoraba que lo hizo solo para salvar su vida.

—Me importa —replicó, sin mirarla—. Te garantizo que esto no se repetirá. —Por lo visto, tendría que postergar su secreto hasta que a Susana se le pasara el cabreo y él solucionara por su propia cuenta el conflicto acaecido con Erin. Hasta ese entonces, cargaría con el peso de la culpa.

Hubo un prolongado silencio del que Susana se tomaba una pausa en su furiosa regañina y Aidan procesaba la posición en la que se encontraba. Era un hombre fuerte e independiente, acostumbrado a hacerlo todo por sí mismo, habiendo luchado antes para salir de la sombra de su padre. Pero, ahora, se veía forzado a depender de terceras personas que controlarían sus decisiones si no hacía algo al respecto por detenerlo.

—Ya que tocamos el tema: ¿qué piensas hacer con la casa luego de restaurarla? —El enojo la impulsó a escupir ese asunto que tenía postergado desde hacía semanas.

Aidan la miró con firmeza.

—Aquí viviré.

—¿No la piensas vender? —Tal vez más adelante el factor dinero se incline hacia esta opción. Aun así, él sacudió la cabeza.

—Ya la acogí como mi hogar permanente —dijo—. Espero que... —la arropó con la mirada— sea el tuyo también. —Aunque para esto él tendría que otorgarle seguridad.

Ahí la estudió con detenimiento.

—¿Quieres que la venda? Porque, si es por eso, te pago tu parte. —Lo que, en resumidas cuentas, sería el fin de su relación copropietaria.

—La casa es tuya, Aidan. Tu abuelo te la dejó a ti, no a mí. Solo estoy a tu lado por respeto a su memoria.

—¿Después te irás? —No la quería perder.

Ella guardó silencio. ¿Y lidiar con Erin y Raquel en sus visitas?

De ninguna manera.

Aidan comprendió lo que Susana callaba: no haría de Moninne su hogar.

—¿Y Síorai? —le dio justo en su talón de Aquiles—. ¿Desistirás de cuidarlo? —Jamás hubo un Seleccionado que haya abandonado al Arbusto Dragón, ignoraba qué repercusiones habría.

—Eso ni entra en contemplación —respondió—. Rentaré un apartamento o habitación en el pueblo, así tenga que trabajar en dos empleos, pero no compartiré más contigo la casa después de la restauración.

—¡Aquí estarás bien!, ¿para qué mudarte a otra parte?

—¡No me respetas!

—¡¡Ya deja esa excusa!! —la gritó—. Lamento lo de hoy, fue una locura que no se repetirá más, *debí frenarla* —no le fue posible pararle las patas a Erin por una buena razón que aún lo amargaba—. Pero no soy como piensas —sino peor—, soy... —calló, aún no era el momento apropiado para revelar su secreto. Si le decía, Susana se marcharía hasta del continente.

Un donjuán, pensó la joven de forma equivocada.

—Será incómodo cada vez que tu novia y tu amiga te visiten. *Me traen entre ceja y ceja*, y yo no tengo paciencia para ellas con sus comentarios. Además, ¿qué harás al respecto si se topan las dos? Las posibilidades son altas y esas se sacarán los ojos por tu culpa.

Aidan ni quiso imaginar esa posibilidad, porque de allí más de uno quedaría despedazado.

—Lo resolveré.

Vaya respuesta tan vaga...

La falta de claridad en las futuras acciones de Aidan, le demostraba a Susana la inmadurez de este. Parecía que pretendiera dejar que las cosas se resolvieran por sí solas.

Contuvo el impulso de preguntarle de cómo pensaba resolverlo, debido a la naturaleza personal que implicaba. Él ya estaba grandecito para encarar a dos mujeres problemáticas que demandaban excesiva atención. Se ha enfrentado a su familia dominante para defender a una latina recién aparecida y también a un contingente de abogados que buscaban la manera de anular el testamento; un triángulo amoroso con un alto nivel de toxicidad sería menos traumático.

—Hazlo pronto —le pidió sin parecer una enamorada celosa que aguarda su turno.

Un asentamiento de cabeza y un silencio sepulcral fue lo que ella obtuvo a cambio del muchacho.

De retorno a su dormitorio, la joven se sintió urgida por darse una ducha para liberar toda la tensión acumulada. Mientras el agua caliente caía sobre su cuerpo, las lágrimas se confundían con las gotas de la regadera que resonaban en el suelo. Estaba angustiada por el distanciamiento que tendría que imponer entre los dos para hacer las cosas bien. Con un gesto duro en su rostro, asintió con determinación. *Vamos a ver si cumples*, pensó. No estaba dispuesta a cubrirle las espaldas respecto a Raquel y Erin. Si estas se enteraban de la existencia de la una y de la otra, no sería por ella, sino de los medios de comunicación. Aidan siempre se quejaba de que la *prensa rosa* publicaba noticias falsas sobre él, pero ¿qué esperaba? Eso sería lo que pasaría si no entraba en cintura. Pronto la vida escandalosa que llevó en Dublín durante años, ocurriría en Kinnitty si no razonaba. Ella sabía que iba a ser difícil convivir en Moninne por

unos meses más con Aidan, pero tenía que hacerlo por la memoria de su apreciado Dugan y por el mismo *arbusto mitológico* que se estaba convirtiendo en su amigo.

Capítulo 26

Para la cuarta ocasión en que Susana recorría sola el bosque, lo hacía más desenvuelta.

El sol brillaba intenso sobre ella y su gato, iluminando su camino a través de las copas de los árboles. El usual follaje neblinoso se disipaba y daba paso a una naturaleza vibrante que hipnotizaba a Susana. Llegó al lugar que le inspiraba serenidad. Extrajo la llave y la introdujo en el cerrojo. No obstante, sintió cómo el calor sofocante volvía a atenazar su espalda. Era como, si detrás de ella, el bosque intentara retenerla y advertirle de algo que desconocía. Se increpó a sí misma, su determinación no podía ser opacada por misteriosos presentimientos.

Giró la llave y, justo cuando iba a abrir la puerta...

—Hace buen día.

Susana pegó un respingo.

—¡Aidan, qué susto me diste!

Él rio y luego empujó la puerta para entrar a Síorai. En su semblante, ni un esbozo de resentimiento hacia la muchacha por haberle halado de las orejas la noche anterior.

—Deberías estar acostumbrada —dijo a la vez en que le permitía ingresar de primera. Zeus corrió allí hasta perderse de vista.

—Más bien, lo que «debería», es amarrarte un par de cascabeles a *esas patotas* que tienes, no se te escuchan las pisadas.

—Soy sigiloso. En cambio, *tus piecitos* son muy ruidosos. Se te escucha desde kilómetros a la redonda. ¿Por qué insistes en venir sola al invernadero? Mi deber es cuidar de ti y de lo que me han confiado.

—Las montañas son seguras, ya no hay nada por qué temer. —Ante el silencio de Aidan, ella agregó—. ¿Cierto? Xylon me dijo que el lobo es amigo y que está vivo.

—¡¿Hablaste con él?! —

—Me mentiste. —Notaba que los arañazos de Erin desaparecieron del costado de su cuello y en sus brazos.

—¿En referencia a qué? —Su comodidad evidente por haber sido descubierto.

—A lo del lobo, ¿a qué más? No lo mataste —aunque fue bueno que no lo haya hecho—. Hacías largas para estar con esa...

—Jamás te confíes —replicó en su esfuerzo de recuperar el control sobre Susana—: hay gatos monteses y zorros en las montañas; además, podrías haberte torcido un tobillo o rodar por las laderas al resbalarte por el terreno lodoso. ¿Te has fijado cómo luces? ¿Cuántas veces te has caído?

Ella se echó un vistazo.

Lucía horrorosa.

—Una vez.

—Esa caída te pudo haber costado mucho —la increpó sin alzar la voz—. Desde ahora iremos juntos a todas partes. Dame eso —le quitó el pesado morral que ella cargaba sobre la espalda y lo terció en su fuerte hombro sin atender a las protestas de la muchacha. Encabezó la marcha hacia las profundidades de Síorai. Afuera, las preocupaciones y los peligros del bosque se mantendrían tras la puerta de hiedras, pues allí, ellos estarían protegidos de toda entidad sobrenatural que quisiera lastimarlos.

Saludaron a Xylon. Aidan se disculpó por su ausencia del día anterior, su lengua se enredó con sus propias explicaciones y prometió —como siempre en su intento de salvarse de una increpación— que no se repetiría. Algunas preguntas la muchacha quería formularle: ¿Por qué llamaban al lugar, «invernadero», cuando en realidad era demasiado extenso y abarcaba también aves y animales? Y ¿quiénes construyeron el templo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Tenía muchos interrogantes, pero la primera pregunta que saltó de entre sus labios fue lo del cambio climático al cruzar la puerta. Y a esta, el residente más longevo, no quiso contestar, se percibía molesto.

Aidan supo de inmediato que se debía a la breve discusión que ellos sostuvieron antes de entrar y por su mentira. El Arbusto Dragón era muy temperamental.

Por tres arduas horas, clasificaron cada árbol y arbusto, cuyos pétalos florales se abrían como si estuviesen saludando a los intrépidos aventureros. Hallaron un riachuelo, el agua cristalina creaba sonidos relajantes que llenaban el lugar. Susana y Aidan se sentaron a la orilla, para descansar un rato. La naturaleza exuberante les ofrecía un espectáculo visual y sonoro. Apreciaban cómo unas hojas amarillas y verdes flotaban en el riachuelo, evitando hábilmente las rocas emergentes en el agua.

—¿Tienes hambre? —Susana le preguntó a Aidan—. Traje para merendar... —Desempacó lo guardado en su morral. Con cada mordisco, ella saboreaba la deliciosa combinación de pavo, queso, pepinillos y mantequilla de maní, una mezcla sorprendente, pero apetitosa. Aidan sentía por ella una profunda admiración, dejaba en él una huella imborrable en su corazón y en su memoria.

Mientras admiraban el reflejo del sol en el agua, se dio cuenta de cuánto la amaba y de lo afortunado que sería si la hacía su esposa. Comprendió que no importaba si vivían en medio de la montaña o en el bullicio de la ciudad, siempre y cuando estuvieran juntos.

Tenía que contarle.

—Esto es maravilloso, aunque me entristece un poco que Xylon no nos saludara.

—Él siente lo que nosotros sentimos —dijo Aidan—. Debemos tener cuidado con nuestras emociones; si discutimos, él se enoja. —Sus labios se sellarían en cuanto a su confesión. Prefería esperar un día más que arruinar ese momento especial. La visita de sus amigos que había sido un poco agitada, llena de altibajos y comentarios desagradables. La aparición de Erin; sus exigencias y amenazas... Aunque fuese por ese instante, Aidan se concedería compartir esas horas tan íntimas y tranquilas con Susana.

—Esta delicioso —se chupó los dedos mugrientos de tierra y esto hizo que Susana se asqueara.

—Qué manos tan asquerosas tienes. ¿Tu mamá no te enseñó a lavártelas antes de comer?

La miró con picardía.

Vaya remilgona...

Se inclinó hacia el riachuelo y le aventó un poco de agua al rostro.

—¡Ay! —quedó petrificada por la acción, pero Aidan le aventó más agua.

El emparedado de Susana cayó en el césped. Si bien, la joven pretendía imitar al otro en su acción para que probara de su propia medicina, él le ganó en rapidez, y, lejos de que ella lo mojara, terminó de cabeza en el riachuelo.

Aidan se carcajeó.

—¡IDIOTA! —chilló en cuanto salió a la superficie por completo empapada—. ¡Mira cómo me dejaste!

—Quién te manda —se hizo el inocente.

Alargó la mano para ayudarla a salir, sin prever que la morena prefirió pagarle con la misma moneda. Esta haló con fuerza su mano, provocando que Aidan cayera sobre ella.

—¡Tonto! —La batalla acuática se daba en ambas partes. Fingía estar molesta; sin embargo, se divertía. Zeus los observaba en la orilla, asegurándose que su ama estuviese bien y de que él no terminara mojado. Los ricos emparedados estaban ahí, abandonados, a la espera de darles una probadita.

El tiempo se volvió efímero para Aidan. Quedó inmovilizado, sin importarle que Susana le seguía salpicando la cara. Su atención se centró en cómo las gotas caían delicadas sobre su cabello y se deslizaban por su cuello hasta perderse entre el escote. Sus senos turgentes subían y bajaban rápidos debido a su agitada respiración. Sobre todo, los pezones que se transparentaban bajo la blusa.

Dejó de respirar y lo mismo hizo Susana.

Dio un paso rápido hacia ella, antes de que lo esquivara y le saliera con mil excusas para frenar su fogosidad. Era ahora o nunca, el momento perfecto para expresarle con su cuerpo lo mucho que la necesitaba.

Le robó un beso furioso.

Durante varios segundos a Susana le costó procesar lo que sucedía. Él la besaba, ¡y vaya que lo hacía! Sus labios pegados a los suyos se movían con tanta pasión que la abrumaba. Sus besos eran demandantes, a tal punto que no le permitía respirar. Le robaba el aliento, sin piedad, mientras seguían en medio del riachuelo, sumergidos hasta la cintura.

A pesar de todo, no gritó ni chilló para que la soltara. Se mantuvo inmutable, con los brazos laxos a los costados, siendo la presa indefensa de aquel gigante, siguiendo apenas el salvaje ritmo de sus masculinos labios, mientras su lengua intrusa buscaba la suya para entrelazarse. Él la sostenía con fuerza, acunando su rostro para evitar que escapara. Aun así, Susana no lo haría por dos buenas razones: no quería y no podía. Los besos elevaban la temperatura de su cuerpo, a pesar de que el riachuelo estaba frío, amenazando con hacerla hervir.

Esta vez la razón le ganó a ella.

Hora de acabar con los besos.

—No... —trataba de apartarlo, pese a que este seguía embebido de tenerla entre sus brazos —. No... ¡Suéltame!

Muy en contra de su voluntad, Aidan la soltó con lentitud, mientras sus respiraciones agitadas hubieran escandalizado hasta al más desvergonzado en el condado. Pensaba que hacerlo en el invernadero, quizás sería mal visto por Xylon, eran tierras sagradas de la que pocos mortales tuvieron la dicha de pisar. Un par de jóvenes con las hormonas alborotadas, no mancillaría su entorno con gemidos impúdicos y posiciones sexuales arrolladoras. Él podía aguardar. Por lo menos, hasta esa noche.

Pero se equivocó.

Susana lo abofeteó.

—¿Qué te pasa?! —El rostro de la muchacha ardía por la rabia—. No me confundas con Erin o Raquel, porque no soy ninguna de las dos.

Él solo asintió. Su mejilla presentaba un leve enrojecimiento, del que no se quejaba ni se sobaba. Sin embargo, meditaba que, por más ofendida que ella estuviese, le correspondió.

—Siempre lo tengo presente —se contenía de robarle otro beso.

—Hoy, no —le espetó—. Cruzaste la línea.

Él avanzó un paso hacia ella.

—¿Cuál línea? —Con su actitud le daba a entender que era fácil traspasar los límites de la amistad que le pretendía imponer.

Susana se vio en la necesidad de tener que dar un paso atrás por la cernía del pelirrojo.

—A Raquel no le va a gustar que *su novio* le coquettee a otra chica. ¿Qué dirá al respecto? Y eso que ni se ha enterado lo de Erin...

—¿Qué va a decir? Ya no somos novios.

La otra, parpadeó.

—¿Le dijiste de tu nueva aventura? —Puede que durante un tiempo haya sido una relación a distancia, del que alguno de estos se cansó. Lo más probable, para Aidan, dormir con una mujer lo comprometía; en cambio, Raquel no soltaría esa presa con facilidad.

—Solo le expresé que ya no quería estar con ella.

A Susana le parecía que, en los ojos verdes del muchacho, se le leía: «sino contigo».

Una estela de humo negro sobresalía de las copas de los hayedos. Aidan y Susana comprendieron en el acto que el arbusto estaba enojado por la actitud nefasta de los dos. Fueron inmaduros en su proceder, el invernadero no era lugar para discusiones de pareja.

Susana recogió sus cosas y se terció el morral a la espalda, más liviano de cuando partió de la casa. Tenía frío, cansancio y estaba empapada de la cabeza a los pies. El beso aún la abrumaba, hubiese deseado que al menos fuese producto de su imaginación en el que fantaseaba que él le arrancaba las bragas para penetrarla, y en todas ellas terminaban con un demoledor orgasmo. Luego Susana volvía a la realidad, acostada en su cama, sola y con ganas de masturbarse. Pero sin percances con nadie.

Para nada le apetecía ser una aventura más.

—Te daría mi camiseta, pero está mojada.

—Hoy haces la cena —le expresó como castigo. Se frotó los brazos para otorgarse calor, aunque de manera infructuosa. La piel la tenía erizada y helada. Con gusto se habría devuelto donde el arbusto para recibir un poco del calor de su llamarada, y así sus ropas y cuerpo se secarían, pero este podría quemarles el trasero por ellos no comportarse con propiedad.

Al instante, la joven pensó en el hecho del humo en sí. ¿No alertaría, en la lejanía, a los que por años han codiciado a Siorai? Aquellos que lo buscaban estaban dispuestos a matar para obtenerlo. Acarició a Zeus, lo cargaba, pensativa. Y... en cuanto al humo que a veces se tornaba blanco, grisáceo o negro, como cuando algo, *al arbusto* lo molestaba, era una señal constante de su ubicación.

Aidan trataba de entablar conversación, pero ella lo ignoraba. A medida que el sol se ponía en el horizonte, el regreso a casa era más lento que cuando salieron por la mañana, el silencio era incómodo a causa de ese momento efímero, pero grandioso para él que jamás olvidaría. Ambos se hallaban inmersos en un mundo paralelo, donde las reglas del tiempo y el espacio no existían. En Aidan, fue un día de magia, de besos robados que dejaron en él, huellas imborrables en su alma, y en Susana un cabreo descomunal y a la vez la satisfacción del avance de su exploración.

Aidan era consciente que el deseo era evidente entre los dos; por desgracia, se adelantó antes de tiempo y a cambio recibió lo que merecía.

Se detuvo en cuanto una silueta masculina caminaba hacia ellos, proveniente del jardín delantero de la casa.

Susana también se percató.

—¿Qué haces aquí, Caffar? —Aidan lucía sorprendido por la presencia del anciano. Algo malo debió suceder para que estuviese allí.

El aludido, de unos setenta años, sonrió tímido al muchacho.

—Lo siento, pero comunicarnos con usted ha sido imposible.

—¿Todo bien? —lo miró aprensivo.

—Sí, joven. Es solo que he venido a entregarle esto de parte de su hermano —sacó un sobre de color crema del bolsillo interno de su chaqueta elegante y se lo extendió—. No se preocupe —se adelantó a decir—, no es nada malo.

A Susana le atizó la curiosidad y a Aidan le desagradó el sobre que sostenía.

—¿Y manejaste desde Cadamstown para entregármelo? Pudieron llamarme.

El anciano sonrió.

—Como dije antes: «comunicarnos con usted, ha sido imposible». Las líneas telefónicas se vieron afectadas en todo el condado por la última tormenta.

—Comprendo...

A continuación, Aidan dudó en abrir el sobre, pero al final tuvo que hacerlo en vista de la espera del anciano. Se esforzó en no hacer una mueca.

Ay, no... Su hermano lo invitaba, con poca antelación, a un almuerzo en su casa al día siguiente.

—¿Qué le digo, joven? —Caffar aguardaba respuesta.

—Dile que allá estaré.

El anciano sonrió.

—Al señor Niall le complacerá. —Luego se volvió a Susana y se despidió de ella con un asentamiento de cabeza. Esta sacudió la mano en respuesta. Demasiada formalidad existía en esa familia. La suya era el polo opuesto. Una invitación a almorzar, equivaldría a gritar desde la cocina para que los demás salieran de las diferentes habitaciones de la casa.

Aidan entró a la mansión, sintiendo que un peso enorme le hubiese caído sobre sus hombros, mientras que Susana soltó un estornudo del que él no escuchó por estar pensativo. Se dejó caer en el sofá de la sala. Susana se sentó a su lado. Sus ropas a medio secar sobre el tapizado del mueble nuevo.

—Vamos, no es tan malo. Es solo un almuerzo —lo animó. Gracias a Dios no la invitaron.

Él torció el gesto.

—No los conoces.

—Entonces, no asistas.

—¿Y soportar después a mis padres por haber rechazado la invitación? Créeme: Niall se quejará con ellos al instante, es un manipulador. ¿Me acompañas?

Ella sacudió la cabeza.

Mala idea.

—No sé, Aidan. No me parece...

—Será por un par de horas.

—Se enojarán.

—Eso no pasará.

—Es que...

—Por favor, Susana, me la debes.

Lo miró perpleja.

—¡No recuerdo deberte algo!

—Claro que sí, por lo del cumpleaños: quedaste en deuda conmigo. Y también por torturarme al curar mis arañazos con lo del alcohol. Así que tú, en represalias, me vas a acompañar.

Jadeó.

—No, pues, miren al *malagradecido*: tan vengativo. Disculpa por aguantarme a tus amigos y por curar tus heridas.

La mano del joven se posó sobre su regazo.

—Te necesito.

—Pídeselo a Erin. Estoy segura que estará *encantadísima* de acompañarte. —Ya que se suponía él había roto con Raquel.

—¿Y por qué no tú?

—¿Y por qué no ella?

—¿Y por qué no tú?

Susana bajó la mirada y Aidan se rascó la cabeza, decidido a llevarla a como diera lugar a ese almuerzo, precedido por su hermano mayor.

—¿Y si...?

Aidan puso los ojos en blanco.

—¿Qué somos tú y yo? —la interrumpió, cansino.

—¿Compañeros? —respondió sin saber definir su relación.

—Amigos —la corrigió—. Y los amigos se cuidan. —*Y se besan y se tocan...*

Observó que los pezones de la muchacha se alzaban por debajo de la blusa a medio secar por el ambiente, y esto lo obligó a cortar con las imágenes que de repente azotaban su cabeza. El aroma de su piel y la fragilidad que demostraba se le hacían apetitosos.

—Está bien, iré... ¡Pero si tu hermano se molesta, será por tu culpa!

—Gracias —la abrazó fuerte—. Te debo una.

Un estornudo estalló entre los dos.

—*Huy*, creo que debería cambiarme de ropa... —Susana se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Más bien, deberías tomar algo para eso —Aida sugirió con una sonrisa que denotaba preocupación—. Sube a tu dormitorio, yo te llevaré algo. ¿Qué tomas para estos casos? ¿Jarabe? ¿Pastillas? —Si en el botiquín de primeros auxilios nada había para mejorar la salud de la morena, él iría al invernadero por unas hierbas.

—Un té será suficiente.

—Mejor una pastilla, en caso de resfrío. —Le inquietaba que se enfermara por su culpa.

—¿Para qué? Fue un estornudo.

—Que anuncia un virus...

—Alarmista.

—Descuidada.

—¿Cómo que descuidada? —fingió estar indignada.

—Con tu salud —respondió—. No te cuidas.

Blanqueó los ojos.

—Te pareces a mi abuela... Para que lo sepas, la vez pasada traje unas hierbas de la que Xylon me indicó que son buenas para los malestares. Esas me podrán servir.

Ella se dirigió a su dormitorio, para cambiarse de ropas, y él se quedó en el vestíbulo, deseándola fervoroso. Bien que la hubiese ayudado a desvestir, pero era firme en esperar unos

días hasta que la confianza sobre él se renovara.

Así que, giró sus talones en dirección a la cocina, sus pensamientos a mil, su corazón lleno de gozo, su pene pulsante... Calentó agua para un té y lo sirvió en una taza de peltre de las que su abuelo le regaló en las visitas que él ocasional estuvo por Juventud Prolongada. Le había llamado la atención, la taza era de las que Aidan prefería tomar leche cuando niño. Ya de adulto la llevaba en su mochila de acampar en sus viajes por el mundo.

Suspiró. Los pensamientos lujuriosos del joven hacían estragos en su ser, aún rememoraba los besos y de lo cerca que estuvo de arrojarla al suelo y tomarla a la fuerza. Hubiera sido excitante estar dentro de las entrañas de Susana, arrancándole gemidos escandalosos, producto de sus embestidas. Pero... luego, ¿qué? ¿El rechazo? Él no era así. Si quería placer, tendría que esperar. Ese era su premio a su paciencia: concederle a Susana la última palabra. Que le diera el «sí quiero» cuando lo dispusiera, no por imposición. Ya habría noches en las que él la sometería: adelante, atrás..., en mil posiciones... Sí... Él esperaría.

Capítulo 27

Susana viajaba en el asiento del copiloto del Range Rover. Se mordía las uñas, el arrepentimiento era un monstruo que, con frecuencia, la torturaba; un problema que siempre padecía y del cual la mayoría de las veces salía derrotada. Sus impulsos la hacían tomar decisiones apresuradas sin medir las consecuencias; aun así, nada le dijo a Aidan y optó por acompañarlo a Cadamstown.

—Deja de hacerlo, te quedarás sin uñas —Aidan, quien conducía por la carretera, la reprendió divertido mientras observaba el predicamento de la muchacha. Su nerviosismo le parecía adorable.

Escaneó su figura. Susana lucía hermosa con sus vaqueros ajustados y chaqueta casual, montada sobre unas sandalias de tacón alto que alargaban su estatura. Estuvo a punto de expresarle que le «ponían» las mujeres en tacones, imaginándoselas desnudas con ellos. Una imagen erótica de las que pronto el rostro difuso en sus fantasías, adquirió el de la latina. Carraspeó, guardando sus propios pensamientos.

Susana se tensó, luego de que el Range Rover se estacionara frente a un elegante edificio. Rezó para que ese no fuese el lugar a donde se iban a dirigir, sino otro que tal vez quedaba más lejos y cuya arquitectura no resaltara la posición social sobre el resto de la humanidad.

Se removió en su asiento; su mano se aferraba con fuerza sobre el cinturón de seguridad que se cruzaba sobre su pecho. Le preocupaba causar una mala impresión, de la que Aidan después se avergonzaría. No era una salvaje que jamás hubiese manejado los cubiertos, pero nada sabía de los protocolos para estos casos.

Aidan se bajó del vehículo, tan pronto un señor de unos cincuenta años y en uniforme, se aproximó.

—Qué placer volverlo a ver, joven Fitzgerald. Hace mucho que no se lo ve por estos rumbos.

—Ya le dije, Harry, que me llames Aidan —se adelantó al hombre en abrir la puerta del copiloto. Susana se daba un vistazo en el espejo retrovisor, por si el maquillaje o el cabello estaba desentonado—. Y, sí, he estado ocupado.

El portero hizo una leve reverencia hacia la muchacha, indicando a ambos jóvenes a ingresar al edificio. Luego este caminó delante de ellos, anteponiéndose para abrirles la puerta de cristal. Conocía bien al muchacho que le molestaba los formalismos. Pero era su trabajo, por lo que tenía prohibido entablar confianza con uno de los parientes; si lo hacía, lo despedían.

Claro está que el joven Fitzgerald resaltaba por ser diferente al resto de la aristocrática familia. Por eso lo apreciaba.

Aidan y Susana, cruzaron la puerta, cada uno soportando tensiones internas. Él por la constante intromisión de su hermano mayor en su vida privada y ella por sentirse fuera de lugar.

En un acto de reflejo, Aidan tomó de la mano a Susana, buscando esa ancla para mantenerse firme; con Raquel o sus amigas, no lo conseguía; ellas terminaban confabulando a favor del otro con oscuras intenciones. En cambio, con Susana, percibía que podía conquistar al mundo.

La joven se estremeció al sentir los dedos del pelirrojo, estrecharse con los suyos; su atrevimiento la tomó desprevenida, pero le gustó, meditando que lo hacía para infundirle a ella, ánimos, y recorrer con él los pasillos decorados con costosas esculturas hasta un ascensor que

los esperaba con las puertas abiertas para subirlos hasta el último piso. Aidan seguía sujetándole la mano y sin dirigirle palabra alguna. Se mantenía pensativo, casi nervioso, sonriendo para hacerla sentir bien.

Tan pronto las puertas metálicas les permitieron salir, Aidan la liberó de su agarre, arreglándose la chaqueta y acomodándose su cabello. Susana se sintió como una quinceañera que conocería a los estrictos padres del novio.

Ni bien el dedo de Aidan se posó sobre el timbre, la puerta del apartamento se abrió.

—Adelante —dijo el ama de llaves, haciéndose a un lado para que estos pasaran.

Aidan y Susana así lo hicieron.

La mano del joven volvió a atrapar al de la chica.

—El señor Fitzgerald lo espera en el recibidor —anunció la mujer, indicándole el camino que él conocía.

—Gracias —respondió este, jalando con suavidad a una acompañante terriblemente nerviosa.

A Susana le fue inevitable sorprenderse del lujo que ostentaba el sujeto: óleos de pintores famosos, muebles de estilo Art Deco y una estancia que quitaba el aliento. El amplio apartamento coronaba el edificio de cinco pisos, en una localidad exclusiva para los que jamás lloriqueaban al pagar las facturas de los servicios domiciliarios.

Se detuvieron en cuanto divisaron a un elegante hombre que rondaba los treinta y tantos años, sentado en una mullida poltrona de cuero negro, mientras leía algo en su tablet. Susana rápido lo recordó del día en que se dictó el testamento en casa de los Fitzgerald. Este fue de los que más la miraron con desprecio. De cabello rubio oscuro como el de la madre, piel pálida y ceño estricto. Poco se parecía a Aidan y a sus abuelos paternos. Al parecer, la línea materna dominó en él.

—Pensé que no vendrías —los ojos verdes de Niall se alzaron en cuanto notó la presencia del muchacho; impuntual como siempre, rasgo característico de un irresponsable.

—Pensaste mal —Aidan soltó a Susana para abrazar al anfitrión, quien seguía aún sentado. Pero el gesto fue recibido por parte del otro con frialdad, para nada fraternal.

—Me alegro que cumplieses con tu palabra. Fiona se habría decepcionado —expresó a la vez en que no le pasaba por alto que el tonto de Aidan haya entrado a su hogar de la mano con *la condenada* que les ha causado a todos dolores de cabeza.

El joven se fijó en la mirada de su hermano hacia su acompañante y se volvió hacia esta para presentarla.

—¿Recuerdas a Susana?

La aludida avanzó unos pasos y extendió la mano hacia el hombre para saludarlo.

—Encantada.

La mirada del sujeto de nuevo en la tablet. Sus piernas cruzadas de manera elegante, actitud que le daba a entender a Susana que este no se molestaría en levantarse de su asiento.

—Igualmente —contestó, con sobriedad, y sin un gramo del candor que tanto caracteriza a Aidan. Sus dedos se deslizaban por la pantalla, interesado más en lo que allí leía que en lo que la joven le expresara—. ¿Qué pasó con Raquel? ¿Terminaron? —Censuraba la nueva conquista de su hermano. A juzgar por los rasgos toscos de la latinoamericana, procedía de algún país pobre. ¿Cuál era?

Aidan lo atravesó con la mirada.

Qué impertinente.

—Novia que me impusieron por conveniencia —contestó y sorprendió a Susana por este hecho.

—Pero, te gustó andar con ella, ¿no? Por extensión, es como si la hubieses cortejado por tu propia cuenta —esbozaba una sonrisa cínica—. ¿Y esta vez por qué terminaron? —Miró despectivo a Susana—. ¿Por un asunto de faldas? No cambias...

Susana se incomodó, el comentario del señor Niall daba para malos entendidos.

Aidan se percató de ello.

—Susana tuvo la amabilidad de acompañarme. Es mi... —la miró— amiga.

La sonrisa de Niall pasó de cínica a perversa.

—«Amiga», qué ocurrente...

Susana entrecerró los ojos para escupirle una vulgaridad, pero se contuvo, comprendiendo la razón del distanciamiento entre los dos hermanos: el sujeto era insoportable.

Y qué bueno que no dijo nada al respecto.

—¡Tío Aidan!

—¡Tío Aidan! —Dos niños rubios, de unos cinco años, bajaban las escaleras a toda carrera. Felices de que su tío favorito —el único que tenían— los visitase.

—¡¡Hey, campeones!! —los apapachó como papá oso a los oseznos. Estos lo admiraban por ser grande y fuerte, y también por ser divertido.

—¡Oh, Aidan! —exclamó una mujer de cabellos dorados y de una edad contemporánea al odioso hermano de Aidan, viniendo detrás de los niños con una gracilidad propia de una dama de alcurnia. Lucía exquisitamente ataviada en un vestido de diseñador y adornada en joyas como si pretendiera demostrar a los demás que poseía mucho dinero—. Qué gusto verte —le besó cariñosa la mejilla, luego de que este terminara de abrazar a sus sobrinos y se irguiera hacia ella—. Si no te obligamos a visitarnos, no lo haces.

Él sonrió a medias.

Susana se rascó disimulada las aletas de su nariz por el desagradable picor que sintió al percibir el perfume cítrico de la mujer.

—Hola, Fiona. He estado ocupado —Aidan repitió la excusa dicha al portero del edificio. También se rascó la nariz, pero más evidente.

La mujer se extrañó de la presencia de la chica, pues ellos no extendieron una segunda invitación.

—Es la nueva «amiga» de Aidan —Niall informaba a la esposa, derrochando el más puro sarcasmo, mientras los niños olfateaban desde su sitio a la muchacha, preguntándose entre ellos si era otra novia de su tío. Esta era muy bonita y olía a flores.

Despectiva, la recién llegada arqueó una ceja.

Otra cazafortunas.

Y de paso de *las indeseables*.

—¡Ah! ¿Qué tal? —saludó a la muchacha, sin extenderle la mano, igual de distante al otro con los extraños.

Susana se tragó una vulgaridad, y a cambio moduló la voz para que no sonara dura frente a los pequeños:

—No soy la «nueva amiga», sino la compañera: compartimos la casa —que el petulante matrimonio se quitara de la cabeza la idea de que ella era alguna especie de zorra.

Niall se carcajeó con saña.

—¡Claro! Ya me acuerdo... —fingió demencia—. Es la chica a la que el abuelo sintió pesar.

Adoptaba hasta perros de la calle.

Hijo de... ¡¿Le insinuó que ella era una perra?!

Susana intentó replicar, pero Aidan se adelantó.

—Y le fueron fieles hasta la muerte, jamás lo abandonaron. Susana se ganó su cariño por sus servicios y buena amistad, y no necesitó mendigarle a nadie para subsistir. Si el abuelo la incluyó en el testamento, es porque él así lo dispuso en pleno uso de sus facultades.

La tableta en la mesita rinconera.

Niall se puso en pie.

—E ignoró al resto de la familia. Solo a ti... —él apenas heredó un viejo Mercedes-Benz y sus hijos, estampillas.

—No lo induje a hacerlo, fue su voluntad.

—Por lástima, como hizo con la chica.

—¡Ya deja de menospreciarla! Ni a ella ni a mí nos han recogido de la calle por ser indigentes; ambos somos trabajadores, nadie nos mantiene, y, *con lo que hemos ganado* con nuestro esfuerzo, lo invertimos para restaurar a Moninne.

—¡Por supuesto! —Fiona secundó en su intento de apaciguar los ánimos caldeados de los dos hombres—. Solo nos preocupamos por ti, Aidan. Pero vemos que te va muy bien con la fotografía.

—Si es que a «eso» le llaman profesión —espetó Niall, claramente disgustado. Aidan era la oveja negra de la familia, haciendo lo que le viniera en gana y arrastrando el apellido por el lodo sin importarle las habladorías.

—¿Moninne es la casa embrujada? —Arthur preguntó.

¡¿Embrujada?!, Susana se sorprendió.

Entonces..., los pasos que ella escuchaba en la planta alta, los azotes de puerta..., ¿no era producto de su excesiva imaginación?

Confirmado: espantan.

—Es por el abandono de la casa que adquirió esa fama... Aidan explicó ante la mortificación de la muchacha. El otro niño comentó algo al oído de Arthur y este asintió con picardía.

El ama de llaves anunció el almuerzo. Fiona y sus dos hijos se encaminaron hacia el comedor. Aidan pretendió guiar a Susana, pero Niall lo requirió para abordar un asunto que solo a ellos les concernía.

—Lo siento... —Susana le susurró a Aidan, apenada de haber provocado un enfrentamiento por su presencia.

Él le obsequió una sonrisa que apenas se vislumbró.

—Olvidalo, fue mi culpa haberte arrastrado hasta aquí. Ve con ellos —señaló con su mentón hacia Fiona y los niños—. Estaré contigo en unos minutos.

Sin embargo, Susana optó por esperar en el vestíbulo hasta que él y el señor Niall salieran del recibidor; en caso de que la señora Fiona la llamara, ella acudiría, pero dudaba que esa mujer tuviera la amabilidad de integrarla a la mesa.

—¡Qué haces con *esa bípeda*, idiota!

—Es igual a Raquel, de la que ustedes *me la metieron* por los ojos.

—Porque cuenta con una fortuna que opaca *su condición* —espetó—, la otra solo tiene sus patas para sostenerse.

—Así la prefiero.

—¿Pobre? —lo cuestionó—. Al menos, búscate una con mayor solvencia económica y luego

la despachas al otro mundo si quieres. Ya bastante soportamos discriminaciones de los clanes, por nuestros genes híbridos decadentes, como para que ahora te enredas con una hembra sin abolengo. ¿Acaso deseas imitar al alfa regente de América? Aquel cavernícola se fijó en una hispana de poca monta. Hasta le parió un cachorro con Down... Jamás, en miles de años, ha pasado algo semejante. No te atrevas a repetirlo con esta chica. Nuestra familia cada vez se está tornando más humana.

—¿Y qué tiene de malo?! Nuestros ancestros se enamoraron de personas ajenas a la especie, somos más humanos que...

—¡No es cierto! —le gritó, sin aceptarlo—. Somos híbridos y la otra mitad, *la lobuna*, es la que debe prevalecer. No la humana.

Susana frunció el ceño. ¿Qué clase de discusión era esa? Parecía sacada de un libreto de...

¿De qué?

Ni sabía cómo clasificarlo.

¿De película de terror?

¿Una historia de locos?

—Ninguna hembra decente de las castas existentes, desean aparearse con nosotros, ni sus parientes lo permiten —Aidan comentó con cierto rencor plasmado en el timbre de su voz—, nuestro destino está marcado desde hace siglos. Entre los Fitzgerald algunos nacerán humanos y otros cargarán con la maldición.

—Yo creo que es al revés —Niall refutó—, hasta el momento todos hemos tenido el infortunio de ser menos que un omega-híbrido.

—No es malo ser humano... —él daría lo que fuera por serlo.

¿Humano? ¿Omega-híbrido? ¡Por Dios, ¿qué estaba escuchando?! Susana se apuró por marcharse de allí, inquieta de provocar alguna agresiva reacción por parte de ese sujeto que hablaba como si ellos fuesen...

—Hola, ¿dónde me *si-siento*? —Temblaba, preocupada. ¿Como si fuesen, qué? Cielos, ¿dónde se hallaba metida? Pensó en el lobo visto en el bosque, en la llave que tanto le exigieron entregar y en Siorai. No puede ser... ¿Acaso era cierto? Aquello, en las montañas, era más inverosímil a lo que ahí ella escuchó.

Plantas mágicas.

Mariposas irreales.

Lobos gigantes...

—Ahí —el más pequeño de los dos niños señaló la silla que debía ocupar, en vista de la «distracción» de su progenitora—. Te sentarás al lado de tío Aidan. ¿Son novios?

—¡Qué pregunta, Nigel! —Fiona lo increpó con la mirada—. Obvio que no. Apenas son... —la miró de refilón— «amigos».

Susana se acomodó en la silla correspondiente y sonrió como si el desdeñoso comentario de la mujer no la ofendió.

—Así es —concordó—. Tu tío y yo somos grandes amigos —del que casi tuvieron sexo y días más tarde le robó un apasionado beso. Pero no lo comentó—. Recorremos las montañas de arriba abajo, remodelamos la casa y nos turnamos para preparar los alimentos en una cocina a leña. ¡Es inmensa!

Los niños agrandaron los ojos, admirados.

—Mamá, quiero ir a Moninne para las próximas vacaciones —Arthur suplicó y Nigel secundó a su hermano mayor en un asentamiento rápido de cabeza, ambos ansiosos por conocer la casa

embruja.

Ni los dioses lo permitan, Fiona gruñó para sus adentros.

—Este año visitaremos a los abuelos —replicó.

—¡Ay, mamá, nos aburriremos!

—Es la decisión de tu padre y lo acataremos, ¿entendido?

Los niños asintieron entristecidos y Susana les obsequió una sonrisa empática. Habría sido estupendo recibirlos en la mansión, pues por unos días la alegría resplandecería en aquel lúgubre entorno y Zeus tendría con quien jugar. Pero la buena vibra que los pequeños emitirían sería borrada por la amargura de los padres, cuya presencia sería como nubarrones grises que ensombrecerían hasta el más radiante de los días. Daban la impresión de quejarse siempre, dispuestos a arruinar cualquier momento de felicidad. Aun así, ¿será que son lo que ellos comentaban? Hablaron de lobos, clanes, híbridos...

Volvió a pensar en el lobo gigante y en lo que Xylon le dijo:

«No le temas, es amigo».

¿Qué amigo? ¿Aidan? ¿Él...? *«De nadie es: goza de libertad y soberanía. Piensa como tú y piensa como yo. Siente y llora, se lamenta, se preocupa...».*

—¿Ya averiguaron qué abre la llave? —Fiona inquirió a la muchacha y Susana se tensó sin haberse esperado que la abordara para sacarle información—. ¿La que te dio Dugan: qué abre? —aclaró para que le comprendiera. Ellos se hacían una idea; aun así, se mantenían cautos en no arrojarles luz a estos en su ignorancia. Si era lo que sospechaban, estaban a un paso de alcanzar el poder.

Susana estuvo a punto de llevarse la mano al pecho, en un sentido protector delpreciado bien que el anciano le había confiado en su lecho de muerte; no obstante, Aidan entró de repente al comedor.

—Levántate, nos marchamos —dijo, visiblemente disgustado, y haciendo que ella se pusiera en pie en el acto. Al parecer, la discusión con *el hermano loco* escaló a mayores males.

—¿Por qué, tío? —Arthur se decepcionó de que se marchara sin siquiera pasar un rato con ellos. En las video-llamadas que él les hizo cuando estuvo de viaje por Uruguay, les había prometido contarle todo lo que por allá hizo.

—Luego los llamo —respondió en un fútil consuelo para que no lloraran—. Lo siento, Fiona, otro día vendré a visitarlos. —Intentó cumplir con la promesa que le hizo a su madre, de pasar un rato con Niall, cada vez que se presentara la ocasión. Pero era imposible complacerla. Detestaba a su hermano por tomarlo como a un idiota incapaz de abrirse camino por sí mismo. Entre sus padres y este lo acosaban en abandonar sus ambiciones y seguir el de los Fitzgerald, como perrito faldero que obedecía sin rechistar.

Pero por sus venas corría los sueños de una persona corriente. Por ese motivo, los defraudó, convirtiéndose en el blanco de los ataques de sus congéneres.

—Mientras estés con...

Sin poder evitarlo, Susana interrumpió la réplica enojada de Niall, al estornudar fuerte.

—Salud —Aidan le sobó la espalda en sentido de camaradería.

Niall y Fiona miraron asqueados a la extranjera. Tenía el descaro de contaminarlos con virus del tercer mundo.

—Lo siento, soy un poco alérgica a los perfumes fuertes...

—¡Llévense rápido a los niños al dormitorio! —Fiona les ordenó a las muchachas de servicio que aguardaban cerca, pendientes de servir el almuerzo cuando el patrón así lo dispusiera.

—Fue solo un estornudo por el perfume que usas, Fiona. Te aplicaste de más —Aidan meditaba que no era para tanta exageración.

—¡Mi perfume es fino y apenas me apliqué unas gotas! Es esta chica que está enferma, no expondré a mis niños a enfermedades raras.

Susana explayó los ojos, perpleja.

—No lo estoy —la infusión con las hierbas traídas del invernadero la aliviaron de su resfrío—. Mejor me marchó —se giró hacia la salida, pero Aidan la detuvo.

—¿A qué te refieres con «raras»? Explícate.

—Está de más hacerlo —Niall apoyaba a su esposa—. Los latinos son portadores de enfermedades contagiosas. —Sobre todo, las que se convertían en pandemias. Su hermano era muy desconsiderado en traer a la chica al apartamento.

—Olvídalo, Aidan, no tiene caso... —Susana se interpuso cuando este hizo el amague de propinarle al señor Niall una trompada. Deseaba desaparecer de ese lugar, de mala manera conoció a esa familia.

—¡Sí tiene! —Él estaba harto de tener que aguantar las impertinencias de estos. ¿Quiénes eran para cuestionar a los demás, cuando tenían rabo de paja?

—Si tanto quieres explicaciones, te diré: pestes, fiebre amarilla, viruela, coronavirus... ¿Continúo?

Aidan se sorprendió de los disparates que decía su hermano.

—La formación que obtuviste no sirvió para quitarte lo ignorante: *somos más resistentes* que los demás. ¿Recuerda? —Y menos que *la comunidad*, por desgracia...

—¡Respétame!

—¡¡Respétanos, tú!! —Echaba chispas por los ojos.

—La familia te seguirá repudiando si persistes en apoyar a esta... —los ojos severos clavados en los de Susana— joven que se apropió de algo que no le pertenece.

—Si se refiere a la llave, señor Niall, su propia madre fue testigo de que su abuelo me la regaló antes de morir. Hasta en el testamento figura la disposición sobre este hecho.

—¿De qué artimañas te valiste para que él te tomara en cuenta?

Un extraño gruñido brotó de la garganta de Aidan.

Acto seguido..., su puño reventó la boca al mayor.

Hubo jadeos por parte de los presentes, la violenta reacción de Aidan a todos sorprendieron. Y más aún cuando las bombillas de las lámparas de araña, titilaron y luego explotaron. El agua servida en una jarra de cristal, sobre el mueble dispuesto para las charolas de plata, hirvió de repente; las velas apagadas en los candelabros de la mesa, se encendieron en largas llamas que hicieron gritar atemorizadas a las empleadas domésticas, y el calor en el entorno fue sofocante como si estuviesen dentro de una caldera.

—¡Papá! —los niños se preocuparon y Fiona se alarmó por esas circunstancias. ¿Qué fue eso? Tan extraño...

—Apartando a mis sobrinos de esto, prefiero el repudio que soportar la hipocresía de todos ustedes —Aidan expresó, sus dientes apretados, su rostro rojo por la furia—. La llave le pertenece a Susana y yo soy su guardián. Ten cuidado con lo que insinúas porque algún día podría olvidar que eres mi hermano.

—¡Largo, no los quiero aquí por más tiempo! —Niall rugió cada vez más encolerizado—. ¡Largo! ¡¡Largo!!

Aidan tomó a Susana del brazo y la arrastró hacia la puerta. Si alguien la rechazaba, también

lo rechazaban a él. Ella se convirtió en una parte esencial de su ser. Qué ingenuo fue al pretender que estos estrecharan lazos con la chica que él tanto adoraba, cuando el clasicismo entre su gente se encargaba de que no fuese así. Y era una disparidad puesto que ellos mismos sufrían de señalamientos y discriminaciones por la mezcla genética originada desde sus tatarabuelos.

La joven se dejó llevar, cohibida por los gritos. Desde un principio ella sabía que asistir a un almuerzo sin ser invitada era una pésima idea. Lamentaba que las cosas hayan acabado de esa manera, pero ¿por qué se sorprendía? Siempre supo que el tema de la herencia y su procedencia serían obstáculos para esa gente que hablaba raro y que tenía tendencias racistas. Ella ansió impresionarlos y entablar conversaciones interesantes, pero era evidente que jamás sucedería.

Se sintió abrumada al tener que enfrentarse a lo que se le avecinaba. Sabía que se encontraba en medio de una tormenta familiar de la cual sería difícil salir indemne. Rogaba a Dios, la salvara, ya que Aidan planeaba llevarles la contraria. Y ella era el medio para hacerlo.

Capítulo 28

Aidan ya tenía lista la cena, preparó roast beef, acompañado de patatas y verduras. La carne asada de ternera era de sus platos culinarios favoritos, solía engullirlo crudo hasta en el desayuno, su dieta cambió por Susana, para no asustarla, quien se inclinaba más por huevos revueltos y pan tostado que consumir proteína de animal recién matado. Aunque tuvieron que adaptarse a las condiciones rigurosas de la casa y la lejanía con la civilización. En ocasiones él traía uno que cervatillo cazado en Slieve Bloom y cocinaban con todas las recetas que a ellos se les ocurría para variar el menú. Al principio, Susana lo envenenaba con su terrible sazón, pero iba mejorando conforme practicaba, orientada por los libros de cocina que ella había comprado en cuanto arribó a Dublín.

Pensar en su melindrosa compañera, lo hizo darse cuenta de que ella aún no salía de su dormitorio desde que llegaron de aquella nefasta invitación de su hermano. No quiso almorzar; durante el trayecto de retorno se mantuvo callada y con una expresión de disgusto. La había utilizado, fue su única queja y luego desoyó las disculpas que él trató de ofrecerle. *Mierda...* Susana parecía estar decidida a mantener su distancia. Pasaron las horas y ya extrañaba su cercanía. Le había enviado un audio, pero no lo escuchó. Luego le escribió una nota y la pasó por debajo de la puerta, pidiendo disculpas una vez más y explicando cuánto lamentaba haberla lastimado. Después de enviar el mensaje, se esmeró en prepararle una succulenta cena mientras esperaba ansioso su perdón.

—¡Susana! —la llamó al pie de las escaleras, para que se asomara por encima de los barandales de la planta alta, pero Aidan no obtuvo respuesta a cambio—. ¡Susana! —elevó más la voz, resabio aprendido por esta que lo llamaba de igual forma cuando tenía servida la comida y él estaba por ahí reparando alguna habitación.

Hizo un mohín. ¿Por qué tarda tanto en salir? Si fuese él, quien la hiciera esperar, lo increpaba después.

Subió veloz los escalones, para avisarle en caso de estar ocupada con lo que sea que se le ocurrió hacer por el resto del día, pero se percató que ninguna bombilla de esa parte de la casa estaba encendida. Olfateó el aire y captó que estaba en su dormitorio.

Tocó a la puerta.

—La cena está servida, ¿vas a comer? —Aguardó y el silencio fue lo que prosiguió a su pregunta—. Susana... —giró el pomo de la puerta y echó un vistazo al interior. ¿Estaría durmiendo?

No fue necesario encender la luz, observaba su curvilínea silueta acostada de lado en la cama e iluminada por la estela lunar que se filtraba a través de la ventana. Medio rostro lo tenía aplastado contra la almohada, mechones de su cabello frondoso cayéndole sobre la mejilla superior; el ceño fruncido en una expresión que a Aidan le parecía más de tristeza que del enojo que su maldita familia le provocó. Se arriesgó a entrar, ella era muy celosa de su privacidad, pero él tenía que despertarla, muchas horas sin probar alimentos. Ni él aguantaba tanto.

—Susana —zarandeó suave su brazo—. Susana, oye... —aplicó un poquito de rudeza por si su sueño era profundo, siendo esta acción la que le permitió evaluar la posibilidad de que algo raro pasaba con ella.

—Qué migraña tengo... —se quejó, su voz carrasposa.

—¿Estuviste así esta tarde? —Y él pidiéndole acompañarlo a Cadamstown. Fue un idiota.

—No, me dio cuando llegamos... —«*Nuestra familia cada vez se está tornando más humana*». «*Entre los Fitzgerald algunos nacerán humanos y otros cargarán con la maldición*». «*Somos híbridos y la otra mitad, la lobuna, es la que debe prevalecer. No la humana*». ¿Qué locura es esa? Ni Xylon ha sido sincero con ella. «*No le temas, es amigo*».

Ni bien, la joven terminó de lamentarse, Aidan voló hasta la cocina y hurgó en la caja de primeros auxilios, en busca de pastillas para que aliviaran su sufrimiento. Halló una caja y luego llenó un vaso con agua, subiendo con esto enseguida más rápido de lo que bajó las escaleras. No le preparó de la infusión del día anterior por haber utilizado todas las hierbas para su resfrío.

Depositó el vaso y la caja de pastillas sobre la mesita de noche y ayudó a Susana a incorporarse un poco; esta apenas se apoyó de su codo, recibió con su mano libre dos pastillas y luego bebió el agua del que Aidan le ayudaba a sostener el vaso.

De un plumazo se dejó caer en su almohada.

Enseguida la acuciaron las náuseas.

Apenas tuvo tiempo de inclinar su cabeza hacia afuera para no vomitarse en la cama. Los residuos casi le salpican los pies a Aidan, quien los encogió un poco para protegerlos.

Se preocupó, el dolor era tal que empeoraba el malestar.

—Vamos —descorrió el cobertor y la levantó entre sus brazos, consciente de que podría descargar de nuevo sobre él su tracto digestivo.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Al hospital. —Aunque no estaba seguro de si era hacía allá el lugar apropiado. Pero no se arriesgaría a que sufriera un aneurisma por haber tomado la mala decisión de llevarla al invernadero, allá solo crecían frutos, flores y hierbas, del cual temía que estas últimas poco hicieran por ella, la severidad de su padecimiento era de ser tratada por un médico especialista.

—No es necesario —Susana se inquietó—, es solo...

—Sin protestas.

—Aidan, ¡bájame!, puedo caminar —él evadió el charco de vómito y salió con ella del dormitorio—. Oye, al menos deja que me ponga el albornoz... ¡Aidan! —la sacaba en pijamas. En un parpadeo bajaban por las escaleras, rumbo al Range Rover. Lo de exagerado era un rasgo familiar. Se tomaban los malestares con seriedad. Soportaba su peso como si fuese liviana. La subió enseguida al asiento del copiloto y luego él rodeó el vehículo en una exhalación—. Y te molestaste porque tu cuñada y tu hermano hizo una alharaca por mi estornudo, y ahora haces drama por un poco de migraña.

La miró como si a ella le hubiesen crecido cuernos en la cabeza.

—¿Un poco? ¡Vomitaste por el dolor! Me parece que eso no es «un poco», sino que es una fuerte migraña.

Susana puso los ojos en blanco.

A los Fitzgerald les gustaba el drama.

El velocímetro superó los límites permitidos cuesta abajo por la carretera de la montaña y luego en el pueblo, provocando que más de un conductor insultara a Aidan al pasar. Aunque su intención pueda ser noble, su comportamiento era irresponsable e imprudente. En dos ocasiones estuvo a punto de causar un accidente, sin amilanarse de terminar amonestado por un fiscal de tránsito; conducía como alma que lleva el diablo, en su esfuerzo por salvarle la vida a la muchacha, muy consciente él de las desventajas que esta tenía en su condición humana.

Una fiebre excesiva acarrearía en futuras enfermedades o en un colapso interno de su organismo. Varias veces Susana dio indicios de un resfrío y él, por estar pendiente de otros asuntos, no le dio la debida importancia.

Al cabo de unas manzanas recorridas y varios semáforos pasados en luz roja, frenó frente a la entrada del hospital.

Aidan se bajó y rodeó de inmediato el Range Rover para abrirle la puerta a Susana. Pero esta intentó bajarse sin ayuda.

—Ni te molestes —le impidió que lo hiciera.

—¡Oye, bájame! ¡*Argh*, qué hombre! —La ignoraba, apuraba el paso hacia la entrada. Susana masculló por la sobreprotección del pelirrojo.

La llevó hasta Enfermería y de allí a Emergencias.

El médico de guardia se apuró en atenderla. El pariente o esposo le informaba preocupado del dolor de cabeza que la joven padecía. Le ordenó esperar afuera, la cortina de esa área le bloqueó la vista de lo que estaba sucediendo. Aidan sopesó desobedecer al hombre para estar presente durante las auscultaciones que le haría a la morena; no obstante, le causaría otro disgusto a ella al quizás verla desnuda de la cintura para arriba, mientras le pasaban el estetoscopio por su espalda y pecho para estudiar el estado de los pulmones y los latidos del corazón.

Los médicos humanos todo lo revisaban.

Tras un rato de moverse de un lado a otro, en el pasillo, el médico le permitió ingresar. Fue una migraña provocada por un fuerte disgusto, recomendaba que se mantuviera tranquila.

—Me la vas... —bostezó—. Me la vas a pagar, Aidan —protestó mientras estaba recostada en la camilla y él sentado en una silla a su lado. Los medicamentos comenzaban a surtir efecto—. Con las pastillas, bastaba.

—Las vomitaste.

—¿Te dije que eres peor que mi abuela? —Susana comparó sin estar enojada y él apenas medio sonrió—. Pues, lo eres. Tú, tu hermano y tu cuñada son muy alarmistas. ¿Por qué tanta fobia a las enfermedades? No estoy enferma, ¿sabes? Es solo migraña...

Del cual Niall y Fiona le provocaron por el simple hecho de recordarles la vulnerabilidad de sus genes, pensó Aidan mientras bajaba la mirada hacia sus manos. Ellos no estaban al nivel físico de los demás clanes, sino que eran mitad humana y mitad lobuna. Estaban por debajo de la pirámide de las castas sociales.

—Es solo que me diste un susto —lo que era cierto. ¿Qué haría si ella muriese por su descuido? Debió estar más al pendiente.

Susana se acomodó en la camilla y buscó su mirada.

—Ni que fuese un bebé —replicó, socarrona—. Soy fuerte como un toro.

Él apenas sonrió ante el comentario.

Un dulce y adorable toro con dolor de cabeza.

Besó el dorso de su mano, con la promesa interna de cuidar de ella hasta que su propio corazón dejara de palpar. Susana había llegado en el momento justo en que él se planteaba qué hacer con su vida.

Tomó la decisión de contarle todo.

No más secretos.

Ya para cuando el reloj en la muñeca de Aidan marcaban las diez de la noche, el médico de guardia le dio a Susana el alta. La migraña desapareció, aunque la palidez en ella seguía

presente en su rostro.

—La cena debió enfriarse... Tendré que recalentarla —Aidan comentó a Susana, mientras él manejaba por la sinuosa carretera en las montañas de retorno a casa.

—Si es que quedó algo, porque Zeus no perdona lo que se haya olvidado en la cocina —replicó, estando ella envuelta en una frazada que una de las enfermeras le prestó del hospital, tan pronto Aidan le sonrió seductor. Seguía descalza, greñuda, ¡y en pijamas!, y soportando un hambre voraz que de repente sintió.

—Más le vale a esa *panterita obesa* no se haya comido el roast beef o le tuerzo el cuello.

Susana lo increpó con la mirada, pese a que la cabina estaba a oscuras.

—Y yo te tuerzo el pescuezo a ti.

Él rio.

—¿Podrían esas manitas siquiera alcanzarme?

—No me subestimes. En serio: no lastimes al gato, porque hasta ahí llega nuestra amistad.

Aidan desvió su atención del camino para observar la templanza de la muchacha. Estaba dispuesta a enfrentarse a un ser que la doblaba en tamaño.

—Prometido. —Aunque su intención jamás fue esa, sino la de gruñirle para que respetara lo que no era suyo por ser tragón.

Mientras ascendían, el frío se intensificaba, haciendo que Susana temblara ligeramente. Preocupado por su comodidad, Aidan aumentó la calefacción del salpicadero mientras movía la palanca de cambios para adecuarse a la pendiente. La luna iluminaba su camino, guiándolos como una amiga de las criaturas nocturnas. Esa noche estaba más grande y hermosa, era una superluna llena, comúnmente conocida por los lugareños como «luna de Esturión», por coincidir con la época para pescar esturiones. Los destellos de esa luz sobre la carretera les daban a ellos un toque mágico a su travesía. Aidan sonrió al ver cómo la cara de Susana se iluminaba con cada rayo lunar que se filtraba a través del parabrisas. Era una sensación reconfortante saber que estaban juntos, enfrentando las adversidades que día a día se les presentaba. La luna los acompañaba en cada curva, brindándoles una sensación de seguridad y guiándolos hacia el destino que les aguardaba. Su sonrisa se ensanchó, qué bien se sentía, confiando en la amistad que a ambos los sostenía y en ese amor que él ansiaba con ella compartir.

De vez en cuando Aidan echaba un vistazo de refilón en dirección de Susana para estudiar su semblante, al parecer, el cabreo había aminorado porque ella ya no lo miraba como si de él desconfiara. Le obsequió una sonrisa y su corazón se regocijó al ser correspondido, puede que la preocupación por la migraña que ella sufrió a él le haya servido para limpiar sus propios errores. Carraspeó en una acción automática para capturar su atención. Él se lo diría. Pero antes tenía que asegurarse en no causarle un colapso nervioso por habérselo soltado de golpe, pues revelar su verdadera naturaleza no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Debía haber un ambiente de confianza y entendimiento antes de hacer semejante confesión.

—Hermosa luna —su vista alzada más allá del parabrisas—. Esto me recuerda algo: ¿conoces la leyenda de los hombres lobo en Irlanda?

Susana rodó los ojos hacia este en una expresión que él no supo definir. ¿Asustada?

—He leído muchas *le-leyendas*, pero no sobre eso —dijo—. ¿De qué trata?

—De hombres lobo.

—¡Ay, ya sé! Deja de fregarme la paciencia. —¿Él iba a indagar qué tanto ella sabía de él? ¡Huy!

Aidan se carcajeó.

Sí que era fácil molestarla.

La silueta del tejado de la vieja mansión se vislumbraba a lo lejos entre los abetos y robles que la flanqueaban. Aidan se tomó un minuto para comenzar a narrar la historia; el volante giraba hacia la izquierda, en la curva de la montaña, faltando poco para llegar a su territorio. Luego la volvió a girar hacia la derecha en un sentido que, a partir de ahí, los llevaría directo hasta Moninne. El volante giraba sin cesar, reflejando su propio estado mental. La montaña, con sus curvas peligrosas, parecía recordarle que estaba jugando con fuego al pensar en contarle a Susana la verdad. ¿Qué pasaría si ella rechazaba su lado oscuro? ¿Podría soportar perderla para siempre? *Poco a poco*, pensó. Sabía que no podía seguir ocultándole su verdadera identidad para siempre, pero debía ganarse de nuevo su confianza y asegurarse de que estuvieran preparados para enfrentar cualquier consecuencia juntos. El momento era indicado, no más «dejarlo para después», ella tenía que saber.

—Hace trescientos años, un forastero llegó a una pequeña aldea y se estableció por las laderas de la montaña —comentó—, pero su comportamiento retraído y su escasa interacción con los aldeanos, generó desconfianza. Nada sabían de él y de cómo se ganaba la vida, pero siempre fue un sujeto solvente y de mal carácter. Esto provocó enemistades en algunos hombres, pero el forastero nunca se preocupó por ello.

»A la salida de la primera luna llena, los aldeanos empezaron a desaparecer. El alguacil del lugar sospechaba de los lobos de las montañas y emprendieron una cruzada contra ellos para proteger a la población, pero fue confrontado por el forastero, quien les pidió abandonar sus dominios. El alguacil desoyó sus advertencias y continuó diezmando la población lobuna. Días después, todos los cazadores fueron encontrados desmembrados, excepto el alguacil que sobrevivió, herido de un zarpazo en el pecho. Había logrado asesinar al forastero que era un hombre lobo.

—¿Y el alguacil? ¿También se convirtió?

—Tuvo que huir porque no eran puros. —Ante la mirada interrogante de la muchacha, explicó—: No nació de una loba, sino que fue herido por uno. Era más fácil de aniquilar.

—Pero era un hombre lobo. ¿No son más fuertes que los humanos? —pensaba en la conversación que escuchó en el apartamento del señor Niall. «... *hemos tenido el infortunio de ser menos que un omega-híbrido*».

—El forastero no fue el único de esa especie, ya había una manada establecida en la isla. Estos, desde otros poblados, controlaban las cacerías humanas y eran los que dominaban los bosques y montañas; por lo que, el alguacil rápido se dio cuenta de la existencia de estos, debía marcharse de allí o lo mataban.

—¿Por ser mitad humano y mitad lobo?

—Los híbridos son considerados como plagas, pero no son del todo malévolos. También razonan...

—¿Los otros no?

—En aquella época fueron más salvajes.

—¿Y qué fue del alguacil?

El Range Rover traspasó las rejas abiertas de la propiedad privada y Aidan contestó:

—Según la leyenda: en ninguna parte de la isla fue aceptado, hasta siglos después en que se le permitió volver al antiguo hogar.

—Y del que seguro comenzaron las muertes de los aldeanos, ¿cierto? —Negó con la cabeza

—. Entonces, ¿qué pasó con él?

—Fue más... —meditó— humano que lobo. Jamás manifestó tal agresividad, y, si lo hacía, era controlada. Se dice que sus descendientes no heredaron el gen *homo lupus*, por sus ancestros haberse apareado cada vez más con una humana; por eso no se convertían... Y esto fue así hasta que una noche al último de los descendientes, *de ese entonces*, lo atacaron. Sus genes lobunos despertaron y los hombres que se atrevieron a invadir sus dominios murieron despedazados.

—Qué historia tan horrenda. —Mierda, ¿le estaba contando una leyenda o un hecho histórico? «No le temas, es amigo», la voz de Xylon en su cabeza le recordaba que había un lobo de tres metros por ahí. Pero ¿un hombre lobo o un lobo gigante?

—De existir, ¿les temería? —Aidan estudió su mirada.

—¡Obvio! —Aún la mortificaban aquellos ojos tenebrosos y largos colmillos en el bosque.

—¿Y si te dijera que tienen la capacidad de discernir entre atacar y perdonar a su presa?

—Igual me lo pensaría merodear por sus dominios —comentó, pero enseguida se dio cuenta de que ella ya había transitado dichos terrenos sin la protección de un arma, cuando el arbusto ardiente le reveló que el lobo no era peligroso para ella. Era un guardián de cuatro patas...

—¿Por qué? No son esclavos de su hambre voraz.

—¿Es una leyenda lo que me estás contando?

Permaneció inexpresivo. En cambio, se bajó del Range Rover y Susana lo imitó. ¿Qué parte de lo narrado era cierta? Pensó en el lobo gigante, en los sujetos que la persiguieron y en la discusión entre el señor Niall y Aidan.

—¿Es una leyenda? —le volvió a preguntar—. Porque, Xylon me dijo que *el lobo aquel* era amigo. ¿Es de este del que tú hablas con tanto rodeo? ¿Es el comisario? ¿Es él? O el último descendiente —«... *Piensa como tú y piensa como yo. Siente y llora, se lamenta, se preocupa*».

—Ese lobo... —la miró, pero enseguida calló, su olfato percibía diversos aromas que traía el aire. Se tensó. No estaban solos—. Toma la llave y lárgate de aquí.

Susana, que ignoraba lo que pasaba, la recibió. ¿Por qué ese cambio radical? ¿Qué lo había puesto en alerta? Olfateó también para percibir lo que la brisa nocturna traía hasta ellos desde las profundidades del bosque, pero su nariz nada captaba, salvo el perfume de Aidan y un leve matiz de sudor.

—Susana, ¡vete!

El «¿por qué?» quedó atorado en la garganta de la muchacha, cuando, de repente, varios hombres emergieron de las sombras que los rodeaban. Una mujer estaba entre ellos. Erin.

Susana chilló y Aidan se interpuso como escudo protector.

—Acordamos respetar los límites —Aidan les ordenó con una voz gutural endemoniada que a Susana la sorprendió.

Risas retumbaron de los invasores.

Uno de ellos dio un paso al frente.

El roñoso.

—Estamos por encima de cualquier acuerdo impuesto por otros —comentó, soberbio—. Nos presentamos donde nos plazca.

—Lárguense, invaden mis terrenos —Aidan les ordenó, sin amilanarse de los sujetos. Erin tenía la mirada clavada en Susana, ansiando destrozarla. La confianza que Aidan le brindó a «esa amiga de la infancia» fue una actuación de esta para acercarse y sacarle información.

—Hasta que nos digan dónde está el invernadero. ¡Y no finjan demencia!, sabemos de su

existencia, el maldito de su abuelo era el dueño.

—Él nada sabía —mintió—. Solo protegía las montañas. ¡LARGUENSE! —Las bombillas externas de la casa y la planta eléctrica en el cobertizo, explotaron ante el contundente gruñido del muchacho.

Erin se sobresaltó, los hombres se inquietaron, Conner frunció el ceño, recordando lo que pasó hacía veinte años cuando él mandó a sus hombres a sacarle información a la hembra vieja y al cachorro que se hallaba en la casa, mientras el viejo se ausentaba por unas horas. Estuvo aguardando fuera de la casa cuando hubo una serie de explosiones que lo sobresaltaron. Lo visto a través de la ventana lo dejó helado. El viejo debió contratar la ayuda de los Portadores, aquellos malditos humanos capaces de manipular los elementos y las mentes de cualquier criatura. Huyó para que no metieran en su cabeza imágenes irreales, del que después no podría defenderse de sus poderes.

Susana notó que esas situaciones extrañas sucedían cada vez que Aidan se enojaba.

Pero esto no amilanaba a los invasores, cuya amenazadora presencia provocaba en la joven un miedo paralizante. La única luz que allí todos disponían era la proveniente de la enorme luna. El híbrido nada quería revelar del invernadero y ellos no estaban para ruegos. Conner, pese a lo visto en años anteriores y envalentonado por la codicia, fue el primero en emerger los colmillos, su gruñido avisaba a los otros de transformarse. Estos de inmediato comenzaron a destrozarse sus ropas y a retorcer sus extremidades. Los Portadores no estaban allí, protegiendo a Aidan Fitzgerald y a su hembra, eran del conocimiento de todas las manadas de que aquellos ni siquiera se hallaban en este plano...

Susana, jadeó. Los brazos de los sujetos se fracturaban por sí solos, entre gruñidos adoloridos y furiosos. La visión de uno de ellos cambiando de piel a una capa densa de pelos marrones que le cubría todo su «atormentado cuerpo», aumentó su temor. Erin también cambiaba, su boca se alargaba a las fauces de un animal, hileras de dientes puntiagudos, su nariz respingada, ahora convertida en una *trufa negra* que se fruncía por el calor de la carnicería que efectuarían. Su rostro coqueto tornándose bestial. Ella fue la que lastimó a Aidan con los zarpazos...

Aunque lo peor estaba por venir.

Conner Johnston convulsionaba de forma epiléptica, parecía sufrir un tormento aún mayor. Susana apenas observaba atónita mientras las extremidades del *roñoso* se fracturaban sin que nada ni nadie lo provocara. Era una escena grotesca. Entonces, todo era cierto... Ahí fue cuando comprendió que había sido arrastrada a algo mucho más oscuro de lo que había imaginado. Erin, junto con la banda no eran ni ladrones ni buscapleitos. Eran algo más, algo siniestro y sobrenatural.

¡Eran hombres lobo!

Aidan temió por la seguridad de Susana. Sabía que, si no derrotaba a los invasores, ella de allí no saldría viva. Contuvo a su propio ser interno, porque necesitaba mantenerla a buen resguardo para lo que él haría después. Así que, con un gesto protector, colocó su brazo hacia atrás en entorno a ella y se deslizaron lentamente hacia el Range Rover que se encontraba a pocos pasos de distancia. Susana entendió lo que él planeaba y rápido abrió la puerta del piloto y se subió con determinación. Se deslizó por encima de la consola hacia el asiento del copiloto, aguardando por Aidan para escapar juntos. Pero él cerró la puerta.

—¡Aidan! —Se abalanzó hacia esa puerta de nuevo e intentó abrirla, pero la mano de este ejercía presión contra la carrocería para que ella no pudiese salir—. ¡Aidan, por favor! —le rogaba para que no cometiera la locura de enfrentarse a esos seres monstruosos. Eran...

Recordaba una vez más la inquina del hermano; si estos eran hombres lobos, entonces Aidan y el señor Niall...

Las patas de Erin –loba– resquebrajaban el parabrisas al subirse ella al capó del Range Rover para intentar entrar a la cabina. Su pelaje era grisáceo, mucho más pequeña al resto de la manada. Susana gritó, Aidan dio dos palmadas toscas a la puerta del piloto, ordenándole a la chica para que se alejara; ella quiso expresarle que lo esperaba, pero los ojos de Aidan cambiaron de coloración y sus colmillos se alargaron en una transformación mucho más terrorífica a la de los otros sujetos.

¿Aidan?!

Por ese instante se olvidó que la loba, una y otra vez, impactaba contra el parabrisas. Susana apenas daba crédito a lo que contemplaba. La piel de Aidan burbujeaba en una clara acción de que su sangre revolucionaba por dentro todo su organismo humano, para dar paso a una criatura infernal, que tantas noches a ella le causó insomnio. Se sobresaltaba cuando los huesos de Aidan se quebraban y luego se reacomodaban, más largos y más poderosos. Su estatura animal y masa muscular era mucho más grande y robusta a los que pretendían aniquilarlos. El pelaje, rojizo como su preciosa cabellera, cubría de manera acelerada cada parte de su otrora cuerpo de hombre. La miró y Susana descubrió para su horror que Aidan era el lobo del bosque.

En medio de la confusión y el pánico, Susana hizo lo único que podía hacer: huir de aquel terrible encuentro.

Puso en marcha el motor del Range Rover, y, a toda velocidad, arrancó antes de que Erin quebrara el cristal y la mordiera. La loba perdió el equilibrio y del capó cayó al suelo de manera aparatosa. La adrenalina recorría el cuerpo de la joven mientras intentaba escapar, pero, para su desgracia, la loba se incorporó de inmediato y emprendió contra ella una feroz persecución. El corazón de Susana palpitaba desaforado, ¿alucinaba? Le daba la impresión que no era real, sino una pesadilla que cobró vida. Aidan... Aún le costaba creer. Aidan era aquel lobo gigante. No obstante, esto no debería sorprenderla, ¡ella lo escuchó expresarse sobre esa especie!

Las preguntas sin respuesta se acumulaban en la mente.

¿Por qué no le dijo?, ¿desconfiaba de ella como el odioso hermano que la consideraba inferior? Para este, Susana era indigna de formar parte de su familia. Aun así, otro también le falló. Xylon. ¿Por qué no le advirtió? «No le temas, es amigo».

El miedo y la angustia la inundaban, se enfrentaba a la dura realidad de que no debía confiar en nadie. Había sido engañada de manera brutal y ahora su vida peligraba.

Movió la palanca, entre temblores, y presionó el pedal. Enseguida miró llorosa a través del espejo retrovisor del parabrisas. ¿Dónde estaba Aidan? Pese a todo, por él se preocupaba. Ya no lo veía, solo un montón de lobos que atacaban a otro mucho más grande. El sonido de los aullidos y los gruñidos llenaba el aire mientras el conflicto se desataba.

Aceleró más el Range Rover para abandonar los terrenos de Moninne, rumbo al pueblo para que el comisario la socorriera. Esperaba no morir en el trayecto, la loba estaba por darle alcance. ¡Oh, Dios! ¿Cómo luchar contra esta para que no la matara? Pensó en la sonrisa de Aidan, en las veces en que estuvieron en Siorai, en el fallido intento de ella de seducirlo en la cama, en el beso robado de él en el riachuelo, en el enfrentamiento con el hermano para defenderla y su preocupación al enfermarse por la migraña. ¿Acaso algo de aquello fue real o solo cuidada de sus propios intereses? Ella hasta durmió con él...

Con la criatura.

Pese a esto, la incertidumbre por Aidan, la consumía. ¿Sobrevivirá a ese enfrentamiento? De

inmediato la triste respuesta se dio paso: por supuesto que no, era una tontería suponerlo. Por más que saliera vivo de allá, ¿en qué condiciones lo haría? Los colmillos de esos lobos, mínimo lo dejarían sin un brazo.

La preocupación oprimió más su pecho. Quería regresar por él, pero la situación era demasiado peligrosa y no podía permitirse el lujo de detenerse. Además, oraba para que esa fuerza interior que emergió de él lo ayudara a vencer a sus enemigos.

—Dios mío, ayúdame a salir de esta —rogaba llegar pronto al pueblo, su corazón latía desbocado mientras observaba por el espejo lateral cómo su perseguidora se acercaba cada vez más—. ¡No! —Hundió el acelerador, pero Erin logró golpear el costado izquierdo del Range Rover, provocando que se volcara y rodara varias veces fuera del camino.

Gramma, cielo, gramma, cielo, gramma...

El mundo daba vueltas.

Gritos.

Vidrios rotos.

Dolor.

Cortaduras.

Lo último que vio antes de perder la conciencia fue unas patas sobrenaturales que se acercaban a ella.

Capítulo 29

La batalla entre el híbrido y los metamorfos se convirtió en un espectáculo desgarrador de violencia y salvajismo. Los costados desgarrados, los zarpazos dolorosos que llegaban hasta los huesos, eran una muestra de la brutalidad que imperaba en aquel enfrentamiento. Aidan, *lejos de ser como aquellos que eran una vergüenza genética para su especie*, demostraba una ferocidad incontrolable. Cada movimiento, cada mordisco y embestida que él daba, era una lucha por la vida, donde el instinto primario de sobrevivir dominaba a cada uno de los combatientes.

El enfrentamiento final se concentró en los dos únicos que restaban. Los más fuertes.

Conner y Aidan, jadeaban agotados y sangrantes; el primero pugnaba por huir de allí, pero *el del pelaje rojo*, con sus largas patas, rápido le daría alcance; así que, Conner tendría que batirse contra este, cuerpo a cuerpo; lanzaba dentelladas, sus heridas eran más graves que su contrincante; le urgía que lo ayudaran, mientras luchara solo no podía enfrentarlo.

Y qué bueno que el apoyo fue oportuno.

La repentina aparición de seis más le permitió por ese instante una clara ventaja al líder del grupo.

Adolorido, Aidan soltó la pata de Conner, cuando uno de estos saltó sobre su lomo, otros lo agarraron de los muslos de los cuartos traseros, mientras que los demás le mordían las costillas y las patas delanteras, y Conner cerró sus fauces en el cuello del joven lobo. La crueldad de la pelea dejaba en claro que en ese lugar no había espacio para la compasión, solo se aceptaba la brutalidad y la determinación para salir victorioso cueste lo que cueste.

Los movimientos violentos de la loba, tratando de desgarrar la puerta, para sacar a la humana, hicieron reaccionar a Susana; hallándose esta aplastada bajo la bolsa de aire que salió expulsada a causa del impacto. La sangre se acumulaba en su cabeza, a tal punto que la sentía emanar de su frente. El aturdimiento la hacía perder el sentido de orientación, ¿estaba tirada sobre los asientos o en el techo de la cabina?

Se esforzó por abrir los ojos y se halló en un escenario peor a lo que suponía, escuchaba gruñidos y rasgaduras con las patas; la loba seguía en su empeño de hacerla bocado, lucía hambrienta, endemoniada.

Susana trató de deslizarse hacia la salida que le brindaba la ventanilla rota de la puerta del copiloto, volcada igual que ella dentro del amasijo del vehículo.

La acción le provocó un doloroso tirón en su brazo izquierdo y otro en su espalda, dándose cuenta de tener varias fracturas. No podía moverse, le costaba respirar, trataba de librarse de la bolsa de aire que la cubría en su esfuerzo por ver hacia el exterior, pero esto le generó más dolor en su pecho.

Su instinto la impulsó en aovillarse, tan pronto las fauces de Erin se introdujeron por el hueco de la ventanilla del copiloto, pero Susana no pudo, indefensa de esa bestia. Gritó, estaba por destrozarla. Erin desgarró la bolsa de aire, para acceder más fácil a la joven humana, sus dentelladas cada vez más cerca, no podía entrar a la cabina a causa de su tamaño, pero de un modo le cobraría a su rival el haberle entorpecido su deseo de procrear con Aidan.

Los párpados de Susana se apretaron, esperando a que la loba enterrara los colmillos sobre

ella y la sacara como un pedazo de carne hurtada de un transporte de alimentos. La comparación era tétrica, pero la joven aterrorizada así lo sentía, pronto la loba le arrancaría los brazos y las piernas, y luego los demás animales se disputarían los restos entre ellos. Buscó desesperada el arma del cual supuestamente Aidan guardó allí cuando le dio cacería al lobo, del que rápido se dio cuenta que era él mismo y que, al parecer, no existía ningún arma.

Aunado a su predicamento, un fuerte aullido retumbó de lo que parecía provenir desde la casa. Susana, sollozó, el sonido viajó rápido hasta sus oídos y la estremeció sobremanera, esto indicaba que uno de los lobos, quizás el líder, manifestaba la victoria. El aullido se repetía varias veces, lanzados a la inmensidad de las montañas, pero los demás no lo secundaban en respuesta. Este aullido, solitario y amedrentador, no solo viajaba a través del aire hasta los confines del mundo, sino que paralizaba el corazón hasta del más aguerrido. Erin dejó intentar atrapar a la humana, su hocico salió del hueco de la ventanilla y elevó su nariz para olfatear el aire. Olía a cuerpos calcinados.

Las lágrimas de Susana se mezclaban con la línea de sangre que caía en su rostro, Dugan debió haberle advertido a lo que se enfrentaría, ¿por qué no lo hizo?, ¿por qué le confió la llave pese a ser ella humana? Por lo visto, estaba loco.

La espera de la inminente muerte se alargaba, y, en cambio, escuchó chillidos de perro malherido; los gruñidos feroces de otro se imponían sobre la que provocó el volcamiento del Range Rover. Percibió un súbito aumento de temperatura, proveniente del exterior. ¿Qué estaba pasando? ¡¿El todoterreno se estaba quemando?! ¡Oh, Dios!, después de todo iba a morir quemada.

Tras una breve pelea que hubo allí entre los lobos, el silencio se estableció demoledor. Luego, la puerta del piloto —la que daba hacia sus pies— fue arrancada de un esfuerzo. Susana chilló al ser deslizada hacia afuera. Pero sus ojos llorosos y aterrados de inmediato se clavaron en unos iris verdes y hermosos jamás vistos.

—Aidan... —su alegría fue instantánea, él estaba bien, con algunas laceraciones y zarpazos sangrantes en... su cuerpo desnudo.

Ahí su mente rebobinó:

Ojos amarillos.

Colmillos.

Expresión demoníaca.

Transformación.

Quiso huir al verse a la merced de este, quien estaba acuchillado sobre ella, pero las piernas de Susana no respondieron para levantarse y correr despavorida.

Miró a Aidan y la mortificación en ella se acrecentó.

—No las siento —le comentó en un modo de desahogarse con alguien. Lo más probable, él sonreiría, la presa no podría moverse. Más fácil de comer sin tener que perseguirla—. Las... piernas. ¡No las siento!

Aidan la acomodó en la grama, de modo que se mantuviera boca arriba mientras él la revisaba. No procuró cubrir su virilidad, el pudor para nada lo cohibía de estar frente a la muchacha para auxiliarla. Hizo amague de posar sus manos sobre ella y así revisar si la inmovilidad de sus extremidades inferiores se debía más al susto que a un daño en la columna vertebral. Susana tembló y su expresión reflejaba que no le hiciera daño y él rápido le hizo comprender que seguía siendo su amigo, que no le temiera, era manso con los que amaba, aunque feroz con los que dañaran a los suyos.

Presionó sus dedos en torno a las pantorrillas de la muchacha, el pantalón del pijama, de esta, estaba mugroso y salpicado de sangre. Esto lo hizo levantar la vista hacia Susana e inspeccionar su gravedad, la herida en la frente requería urgente unas cuantas puntadas, el brazo izquierdo —inflamado y con una leve coloración violácea— debía ser operado.

Volvió a enfocarse en las piernas; sus dedos magullando en busca de fracturas o lo que indicara la parálisis en el sistema locomotor de la muchacha. Le preguntó si le dolían, ella dijo que no; era la espalda, y luego lloró. «No las sentía», se lo repetía constantemente, preocupada de lo que esto representaba. Tenía la espalda rota. Por ende, no sentía las piernas.

—¡Llévala al invernadero!

La voz de una mujer hizo que Aidan mirara para todas partes. Olfateó el aire, ¿quién era? No captaba su olor para determinar si era loba o humana, pero su piel se erizó de un modo que lo desconcertó. La temperatura a su rededor descendió considerablemente.

—¿Abuela? —Se formó un nudo en su garganta. Muchos años han pasado y él aún no olvidaba su voz. Lo invadió la emoción de haberla escuchado justo minutos después de haber acabado con el maldito que ordenó su muerte y con los que quisieron repetir la historia. Aquella fatídica noche en que la manada de Conner, invadió el hogar de sus abuelos, Aidan presenció el horror. Su abuela cuidaba de él por unos días, pues recién sus compañeros de escuela lo habían golpeado por ser torpe; sus padres lo mandaron a Kinnitty, quizás para meditar dejarlo allí hasta el final de la temporada escolar o para que se educara bajo la tutela de los abuelos hasta superar la adolescencia.

Cerca de la medianoche, la puerta principal de la casa fue derribada. Su abuela despertó sobresaltada, Aidan dormía con ella, ya que esa noche a él le daba miedo dormir solo, escuchaba muchos ruidos inexplicables por la casa, del que sus abuelos trataban de restarle importancia. Los dos estaban solos, por lo que su abuela trató de ahuyentar a Conner y sus hombres, al dispararles con la escopeta del abuelo, pero estos la desarmaron de inmediato.

La golpearon y la violaron.

Aidan fue arrancado fuera del dormitorio en cuanto uno de estos lo descubrió escondido en el armario. Lo llevó hasta la planta baja, allí él se dio cuenta de lo que le hicieron a su abuela, lo poseyó la rabia; desde el fondo de su ser, emitió un gruñido que hasta su abuela moribunda se sorprendió. A partir de ahí, él cambió.

La voz fantasmal de la abuela Deirdre no se volvió a escuchar; sin embargo, Aidan le obedecería. ¿Quién mejor que ella, que fue una de las guardianas, para sugerirle llevar a Susana a curar sus heridas?

—Te llevaré a Síorai.

—¿Para qué? —Susana se impacientó—. Llama a una ambulancia o pide ayuda a la comisaría. Él hizo caso omiso a la réplica, levantándola con cuidado para evitarle más molestias.

—¿Lo soportas?

Los labios de Susana estuvieron a punto de gruñirle «¡al hospital, estoy inválida!»; no obstante, observó decisión en su mirada, y asintió ella de manera silente. No se trataba de cohibición a causa del miedo, era confianza inspirada, pese a lo que ella antes vio.

Manteniendo su forma humana y atravesando descalzo la espesura del bosque nocturno, Aidan cargaba a Susana, sin quejarse por su peso. Le sugirió recostar la cabeza en su hombro para que estuviese más cómoda mientras él saldaba el trayecto hasta *la puerta oculta*. Nada le comentó, de lo que era él o lo que sucedió con los demás. Caminaba a paso acelerado, era bueno para esquivar las ramas de los arbustos o para orientarse sin ayuda de una linterna o la

lucécilla del móvil. Susana obedeció y cerró los ojos, esto hizo que ella fuese más consciente de la verdadera naturaleza de Aidan. Olía a sangre y humo, y no se quejaba de sus propias heridas. Trató de mover sus pies colgantes, a ver si sería que estaban entumecidos a causa del intento de asesinato de Erin, pero ni los dedos gordos dieron señal de estar en buenas condiciones. Sollozó en silencio, ¿quedaría así para siempre? Era consciente que no se trataba de una simple fractura o torceduras, su brazo lastimado le mandaba oleadas de dolor, y eso no pasaba con sus piernas inertes.

Era curioso que a su mente le costaba ordenar las emociones, la preocupación por Zeus se sumó a la incertidumbre de su minusvalía y al hecho sorprendente de ser llevada en brazos por un hombre lobo.

Pensó en su abuela Milagros, en sus padres y hermanas. ¿Cómo contarles aquello sin revelar el misterio que envolvía las montañas de Slieve Bloom? Sería poner a su familia en peligro, ella se enteró sin que Aidan se haya propuesto hacerlo. El roñoso, Erin y sus cómplices tuvieron claras intenciones de aniquilarlos, cansados de aguardar a que les dieran información sobre el invernadero.

Tras un salto largo que Aidan tuvo que hacer para subir una gran roca que obstaculizaba el camino, Susana se quejó, evadirla le habría tomado a Aidan unos segundos más a causa del apuro. Pero esto repercutiría en ella más dolor en el brazo y en su espalda, quien escupía palabrotas para no soltar lagrimones.

—Lo siento —Aidan expresó a su oído y sin detenerse, aunque no volvió a saltar ni a correr como si los estuviesen persiguiendo una jauría. Susana apenas le sonrió, bastante él hacía el esfuerzo con llevarla a cuesta.

Extrajo la cadena, oculta del cuello de su camiseta del pijama, y se la quitó mientras ella seguía sobre los musculosos brazos del muchacho. Pese a la claridad platinada de la superluna llena que irradiaba sobre los habitantes del bosque; en esa parte rodeada por el denso follaje, se le complicaba a Susana hallar la cerradura bajo la capa de hiedras que cubría la puerta.

—Más abajo. Más... Más... —Aidan la guiaba; su visión, un millón de veces más aguda al de la humana—. Más abajo. ¡Ahí!

Susana medio sonrió. Eso había sonado muy sexy.

Aidan empujó la puerta, con la punta de su pie y luego la cerró tras de sí con el talón.

Susana se sintió a salvo, una vez más en su lugar favorito.

Las notas agudas y estridentes de los pavorreales, les daban la acostumbrada «bienvenida» y alertaban a las demás criaturas de los visitantes. Aidan la llevaba hacia *el habitante más longevo* de ese fantástico entorno, pero se detuvo *ipso facto*, como si se hubiese percatado de una situación o que alguien lo hubiese llamado. De hecho, así fue. Susana también «escuchó», les pedía entrar al templo.

Extrañados por la orden silente del arbusto, lo acataron. Aidan subió rápido las escalinatas y cruzó en un abrir y cerrar de ojos el gran pórtico. Las puertas del templo, abiertas.

—¿Cómo llegó allí?! —Susana preguntó, estupefacta, Xylon estaba bajo la cúpula, en el espacio de tierra circular en el piso de mármol. El torbellino de fuego, cubriéndolo, girando suave en torno a este.

—No lo sé —Aidan le respondió, con parquedad, ocasionando que más incógnitas se formaran en la cabeza de la muchacha.

La tendió con sumo cuidado en el piso, a poca distancia de la llamada. Susana se angustió, temiendo quemarse. Intentó arrastrarse para alejarse; sin embargo, Aidan le pidió que no se

moviera, pues era por su bien; ella lo dudó y él le expresó que confiara en su palabra.

—¿Por qué estás acá? —Ahora Aidan le preguntaba al arbusto.

«Me protejo».

—¿De qué? —No podía ser por causa de la manada de Conner que hayan pretendido entrar al invernadero, porque estos ignoraron su ubicación.

«Estoy débil, Susana está débil».

—Lo siento por estar así... —la joven se apenó.

—¿La puedes ayudar? —Aidan meditaba que, si Xylon sentía las emociones humanas, también las dolencias. Por eso, cuando moría uno de los cuidadores, todo lo creado por Xylon, lucía afectado. Pero, si los dos cuidadores dejaban de existir y no había un «relevo» que continuara con la labor, sería el fin de todo lo que allí existía.

«Sí».

—¿De qué manera? —Susana respiraba angustiada. Solo en esa área del templo, el candor iluminaba el entorno, incluso, a ellos que eran como intrusos de ese majestuoso elemento.

«Estarás en mí».

—¿En ti? —lo miró aprensiva como si no tuviese sentido lo que le expresaba—. Quieres decir: ¿dentro de ti? ¡¿Del fuego?! ¡Claro que no, quiero salir de aquí! —¿Qué clase de prueba le imponían?, ningún ser viviente sobreviviría. Se recriminaba no haberle insistido a Aidan en llevarla al hospital; en vez de esto, yacía allí, a la espera de lo que podría causarle un dolor martirizante en su piel; permanecía a unos dos metros de distancia del calor abrasador que el arbusto emanaba. Sus ojos negros se mantenían agrandados, reflejando en ellos el terror; no sobreviviría a la cura, por muy noble que fuese la intención de su rescatista. Ni siquiera observaba la desnudez de Aidan, que ni él mismo se daba cuenta de cómo se hallaba ante ella y Xylon, apenas la joven procesaba la idea de soportar quemarse. Ella era humana. Sin dotes, sin nada.

—Debes confiar —Aidan se volvió hacia Susana.

—¡No quiero morir quemada! —Al manifestar su desacuerdo, las ramas llameantes, de Xylon, se incrementaron como si estuviese a punto de explotar. Lo había ofendido su desconfianza.

Susana apretó los párpados y sus manos, siendo esto lo único que podía hacer por estar paralizada de la cintura para abajo, sus piernas no respondían, el brazo izquierdo y su espalda aumentaron su agonía. Aidan estuvo a su lado, procurando tranquilizarla para no alterar más a Xylon.

—Te sanará, no te lastimará.

«Si no crees en mí, nada podré hacer por ti».

Aidan le acunó el rostro a Susana, para atrapar su mirada. Sus ojos fijos sobre los de ella.

—Primero me lanzo al infierno que permitir te causen sufrimiento —dijo, solemne—. Cada especie que ha crecido aquí reaccionará según el corazón de cada quien. El tuyo es bondadoso, Susana. Xylon ya te aceptó como la portadora de la llave. Permite que él te devuelva el favor curando tus heridas.

—Me quemaré...

Aidan no increpó su cobardía, no era fácil convencer a un humano de entregarse al fuego y permanecer impávido mientras siente que sus huesos se consumen. Le sonrió afable y le dio un casto beso en los labios, haciéndole ver mediante esta acción que la comprendía.

—No te asustes con lo que vas a ver.

Y, a continuación, se encaminó hacia el Arbusto Dragón.

—¡Aidan, no!

—Apacigua tu corazón —le expresó— y acepta lo que se te está por ofrecer.

Susana se removió en su sitio y abrió los labios para gritarle «¡detente, morirás!»; por mucho que fuese hombre lobo, no soportaría la hoguera. Gritaría, se calcinaría... Pero él no se lanzó, sino que, lo que contempló, la dejó paralizada.

Comenzando por los dedos de los pies y de forma ascendente hubo una inexplicable autocombustión en el cuerpo de Aidan.

Las emergentes llamaradas poco a poco lo envolvían, Susana no podía gritar por la impresión, su boca apenas emitía un chillido casi inaudible, ¡¿qué sucedía?! ¡¿Cómo es que Aidan no se retorció de dolor?! Se quemaba y estaba allí tan campante y ella aún en *shock*. Aidan —de cara a ella— había cerrado los ojos, concentrado, quizás, para servir de canal en aquella extraordinaria manifestación de su ser. Las llamas parecían que lo acariciaban, pues se hallaba complacido de la benevolencia de estas sobre sus carnes. Sonreía como hacía segundos cuando ella estuvo al borde del colapso nervioso, lucía como una entidad sobrenatural, un dios mitológico en tierra oculta y mágica.

Aidan extendió la mano hacia el torbellino y este respondió de igual modo, lanzando un látigo de llamarada hacia él, del cual le enrolló el brazo.

Se tensó y Susana tuvo que taparse la boca con su mano buena para no gritar mortificada. Lloró por lo que a ella le pudiese pasar, no tenía esa habilidad que, siendo evidente, Aidan poseía.

El zumbido de la conflagración se impuso por sobre las vocalizaciones de los monos capuchinos y los agradables cánticos de las aves en las copas de los árboles, escuchados estos desde la amplia estancia del templo; los seres que vivían afuera en esa zona limitada, de un momento a otro, se silenciaron ante la conexión entre un hombre lobo en su forma erguida y una deidad que lo reconocía como su igual.

Los látigos llameantes atrajeron a Aidan hacia Xylon y lo inmovilizaron, de tal modo, como si del torbellino él jamás sería capaz de escapar. Aun así, Aidan no se resistió, era uno con el arbusto; cada hebra de su cabello rojo lucía como líneas ondulantes de fuego. Su «humanidad» se desdibujó, ahora era el núcleo mismo absorbiendo la energía de la misma Madre Naturaleza.

—Acéptanos, Susana —la voz de Aidan resonó gutural, causando que la joven dejara de respirar—. Acéptanos —repitió, casi demandante, y esto empeoró el nerviosismo en Susana. Él ya no pensaba coherente.

¿Aceptarlos para qué?, ¿estar allí con ellos?

—No puedo, me quemaré. —Ni que estuviese loca; además, ni podía caminar o arrastrarse por sus fracturas.

—Acéptanos —expresó sin enojo— y devolveremos tu vitalidad.

Ella vaciló. Tenía que estar loca...

—Te amo.

Los labios de la joven temblaron, sus lágrimas desbordándose en sus mejillas, su corazón palpitando tan fuerte que creía sufriría un infarto. ¿Cómo aceptar tal disparate? Moriría. A pesar del sentimiento expresado por este, la superaba el temor. ¡Cómo aceptar ser quemada viva!, ella no era como él. Tan solo humana.

—Aidan... —lloró, no podía.

—Te amo —extendió olas de fuego hacia ella, buscando su cercanía.

—¡Aidan!

—¡Acéptalos!

Susana miró a los lados, le pareció escuchar a Dugan. O quizás, muy dentro de su ser, sabía que debía aceptar su destino. Aidan y Xylon —por muy extraño que todo fuese— no la matarían.

—Los acepto.

Capítulo 30

Desde su sitio, Susana aguardó a que las llamaradas la alcanzaran, sentía calor y el instinto de supervivencia que despertaba en su cuerpo, la instaba en apartarlo. Aun así, se mantuvo quieta, miró a Aidan y este —una silueta ardiente— avanzó hacia ella a paso lento; sus manos levemente extendidas, su actitud relajada, le expresaba que confiara en él y no se fijara en su apariencia, pues en ese instante ni era lobo ni era humano; la magia recorría su ser, había absorbido el don máspreciado que se le otorga a una criatura viviente y él se lo daría a su amada. Ella ni cuenta se daba que dejó hasta de respirar, cerró los ojos y se entregó al sentimiento: que sea lo que el destino le deparara; percibió un aumento de temperatura que cada vez más la sofocaba; sus palpitaciones eran descontroladas, ya Aidan estaba a centímetros de distancia, su piel hormigueaba, el calor era abrazador.

Chilló en cuanto él la sujetó por las axilas y la levantó para mantenerla en pie; la espalda y su brazo fracturado se resintieron, casi desvaneciéndola el dolor. De inmediato, Aidan la envolvió en su fuego. Susana no se atrevía en abrir los ojos, puede que esto la cegara o le ocasionara un ataque de pánico; así que, permanecería quieta, no se estaba quemando por insólito que pareciera; ¿estará ella muerta y todo era un pasaje que debía transitar para luego ser aceptada en el más allá? ¿Una suerte de purificación celestial? Segura estaba que al infierno no iría a parar, porque jamás fue una mala persona; de lo contrario, ahí estaría revolcándose adolorida.

Aidan seguía abrazándola y ella le correspondió y se sorprendió al notar que era capaz de hacerlo con ambos brazos, la fisura en el izquierdo se había regenerado de manera milagrosa; lo mismo con la espalda que ya no la martirizaba; sus piernas... Los dedos de sus pies se encogieron y estiraron mientras sostenían el peso de su cuerpo. ¡Los podía mover! Como segunda acción, Susana flexionó hacia atrás una pierna, luego la otra. Sonrió, ambas le respondieron.

Abrazó más fuerte a Aidan, quien cumplió con su palabra de no lastimarla; ella había sanado y se lo debía a él.

—Te amo —le expresó en absoluta verdad. ¡Cuánto amor sentía por ese hombre o entidad sobrenatural! La primera vez que se conocieron en la habitación de Dugan, cuando él lo visitó, no se agradaron, pero el destino después los juntó en una fraternidad que más adelante se fortaleció de manera inquebrantable.

Sus piernas de nuevo se elevaron, al ser tomada en brazos por Aidan, de la manera más amorosa. Poco a poco Susana percibía un enfriamiento corporal en este; se atrevió en entreabrir los ojos y, de inmediato, los agrandó, pues él lucía magnífico. Aidan le sonreía, pero en sus ojos la pasión por ella se reflejaba. Cruzaron el recinto mientras él aún la sostenía y luego bajaron las escalinatas de las puertas por donde ingresaron, alejándose del Arbusto Dragón que optó por permanecer un rato más en el templo. Las aves volvieron a trinar, los pequeños monos a vocalizar y las cigarras a estridular escondidas entre los matorrales. Los pavorreales machos, cantaron, aunque esta vez no era para cortejar a la hembra, en una preciosa muestra del abanico de sus plumajes, sino para celebrar de una manera insólita todo lo que ocurría dentro del invernadero.

Aidan la depositó sobre un lecho de hierbas y esto a la muchacha la hizo darse cuenta de estar por completo desnuda. Sus pijamas se habían quemado durante el proceso de la

regeneración; el fuego de Aidan desintegró hasta la última hebra con la que fue confeccionada; ni la ropa interior se salvó a excepción de la llave que seguía colgaba de su cuello.

En vez de avergonzarse de su vulnerabilidad, arrojó con la mirada a Aidan, invitándolo a posarse sobre ella y a besarla hasta la saciedad. Los labios del muchacho se estiraron en su deseo carnal de poseer a su compañera; él se acomodó entre las torneadas piernas de Susana, aún este sin apurarse en penetrarla pese a estar empalmado. Cuanto amor le inspiraba, años desestimando las relaciones, para que una menuda chica lo atrapara en un abrir y cerrar de ojos.

Quiso expresarle palabras hermosas, pero nada se le ocurría, no era bueno para muestras de cariño a nivel poético, aunque sí de la manera en la que su especie estaba acostumbrada: la unión de los cuerpos, el roce, la seducción, el coito en su máxima expresión; en Aidan, la haría suya y él se comprometería a ser por siempre de ella. La besó de nuevo y aquí fue más intenso a la vez en que Susana intentó seducirlo o cuando él se apropió de esos carnosos labios en el riachuelo; en su pasión le daba a entender que juntos disfrutarían de las delicias del sexo, lo harían bajo la luna, al amanecer o a la hora que se les antojara; sin cohibiciones y desbordados de amor.

¿Habría otra combustión?, pensó Susana en su jadeante sopor; sus dedos enredándose en los cabellos de Aidan, quien había descendido para saborear uno de sus senos. Cielos... Qué día tan cargado de altibajos, el incómodo almuerzo con el señor Niall y su odiosa esposa, lo que escuchó en el salón entre los dos hermanos, su enojo con Aidan por haberla utilizado, su migraña, su hospitalización, el enfrentamiento con los invasores, el volcamiento del Range Rover... Sobre todo, la transformación *del que la hacía* palpar acelerado.

Hombre.

Lobo.

Semidiós...

Lo que fuese, a Susana ya no le importaba, solo quería ser poseída por él dándole duro entre sus labios vaginales.

Sin embargo, calló su deseo, fue invadida por las yemas de los dedos de su reciente amante. Gimio al ser tocada en el clítoris, esto provocó un enorme placer, la caricia íntima era exquisita. Ella, por otro lado, se aventuró a magrear los anchos hombros de Aidan, teniéndolo más al alcance, aunque le apetecía apretarle las nalgas.

Volvió a gemir, Aidan la masturbaba mientras sus labios seguían pegados en uno de los pezones de la muchacha; levantó la mirada hacia ella y sonrió complacido, estaba muy húmeda como para recibirlo.

Agradeció la disposición de su abuelo, de ponerla en su camino. ¿Qué habría pasado de no ser así? ¿Estaría condenado a complacer a otros en contra de su voluntad?

Quizás habría sido el caso por unos años y luego desaparecería para no enloquecer.

Posó su miembro en el umbral femenino y aguardó a que la anfitriona le diese permiso para avanzar a sus aposentos; ella asintió, sus mejillas arrojadas, sus labios entreabiertos, su respiración entrecortada.

Se tensó y Aidan procuró ir despacio.

Toda su masculinidad revolucionó ante el hecho de que no habría vuelta atrás al sumergirse en su amada; allí comprobó lo que antes ansió: era la mujer que los ancestros le prometieron en sueños; dudó cuando le entregaron a esta la llave, pero fue efímero en cuanto comenzó a conocerla. Le dio el valor para enfrentar a su familia y a sí mismo.

Su rostro se contrajo en un gesto placentero, ¡qué gusto era estar dentro de ella!, el vaivén de su erección le sacaba jadeos a Susana, le preguntaba si le dolía por haber sido impaciente y ella negaba con la cabeza; ni aliento tenía de responder. En ese instante, Aidan consideraba que no irrespetaba al invernadero, allí la muerte nutría sus raíces y la vida se extendía por la superficie; por extensión, el apareamiento era natural para ellos como para los seres que lo habitaban.

Emitió un gruñido gutural en cuanto la presión sanguínea se concentró en su glande, en una inminente explosión de su simiente en Susana. La agarró más fuerte, su caballerosidad disipándose, entraba y salía, soportando ella las embestidas; no se quejó por las uñas afiladas de él arañándola en sus costados, pero sí cuando los colmillos perforaron sus carnes.

Aidan se detuvo, se había dejado llevar por el orgasmo.

—Te lastimé —jadeaba, desbordado sobre ella. Así que, renuente a dejar *el acto amatorio* a medio camino, se dejó caer a un lado, observando las perforaciones hechas en el hombro de esta y los arañazos en las costillas y caderas. Sí que fue bestia—. Debí tener más cuidado.

—¿Así *lo hacen* los lobos? —Su mano cubriendo la herida.

—El placer es más duradero en compensación con los humanos... —sus dedos crearon una leve flama de lo que Susana no se preocupó, lo peor ya había pasado y de ahí salió ilesa.

Observó que él posaba la flama sobre las hendiduras y en los arañazos, y el proceso regenerativo comenzó en ella una vez más.

Susana se sentó y estudió lo que, segundos antes, estuvieron sus heridas. Su desnudez visible para el beneplácito de su amante.

—¿Obtienes el poder de Xylon?

Aidan lo pensó.

—Sí —respondió en referencia al poder curativo, porque lo de la piroquinesis no estaba seguro. Otros seres en el mundo y con su misma condición no la obtenían precisamente de un arbusto místico. Y *aquellos* ni siquiera eran metamorfos.

Le acarició la curva de su silueta.

—¿Continuamos? Me parece que faltas tú...

Susana sonrió, para nada apenada por la invitación. Faltaba ella por alcanzar el éxtasis, y, para ello, ambos debían continuar en la erótica faena.

—¡Ay, no! Ahora, ¡¿qué voy a vestir?! —Susana chilló tras salir del riachuelo, donde ella y Aidan se bañaron juntos. Sus pisadas quedaron paralizadas al percatarse que no hallaría sus pijamas arremolinados a la pata de un árbol o sobre una roca, se convirtieron en partículas diminutas que ni llegaban a cenizas.

—Nos regresamos así: es más «fresco».

—Tengo frío —se abrazó a sí misma, imaginándose mortificada las ramas azotando su trasero o yendo de bruces en el lodo por una torcedura de pie. Vaya situación tan embarazosa, tendrían que atravesar el bosque como «Adán» y «Eva».

Enseguida Aidan pasó su mano por su espalda y transmitió a ella su calor corporal.

—¿Se te pasó? —Con esto resolvía el problema, pero no en lo otro.

Susana asintió y su sonrisa fue sutil. La convidó a marcharse juntos, ella se llevó la mano al pecho, cerciorándose de conservar aún la llave. Antes de partir, echó un vistazo hacia el templo

y observó que Xylon, allí ya no se hallaba, enseguida miró hacia donde habitualmente lo encontraban, las llamaradas se alzaban por encima de los manzanos y los hayedos que lo bloqueaban; desde su sitio, Susan le agradeció internamente por curarla a través de Aidan y se juró a sí misma mantener el secreto hasta que llegase el día en que consideraran el mundo estaría preparado para recibir sus bondades.

A unos cuantos metros saldados desde que abandonaron Síorai, la joven escuchó una rama crujir como si alguien la hubiese pisado. Miró por sobre su hombro y oteó hacia el follaje a su derecha, algunas ramas se movían, dándole la impresión de que los seguían.

Esto la preocupó. ¿Sería otro hombre lobo?

Lo pensó y determinó que, de serlo, ya habría saltado sobre ellos, y se relajó, aunque no del todo. De inmediato, otra rama crujió, las sombras de los matorrales parecían desplazarse con ellos; no eran sus propias sombras producidas por el espectro lunar, sino que estos los perseguían manteniendo una distancia prudente para no ser advertidos.

—Aidan...

—Son amistosos, nos cuidan —explicó, sin mostrar una pizca de preocupación. Susana no parecía convencida y él la tomó en brazos, pese a que ella antes se había negado, creyendo errónea que él podría estar agotado. Corrió hacia la casa, ocasionando un jadeo en la muchacha por la velocidad que él llevaba. Se aferró a su cuello; sus ojos hacia el fondo, hacia la oscuridad del bosque, y arqueó las cejas al fijarse que las sombras adquirieron mejor forma y correspondían a siluetas de cuatro patas que se desplazaban con la misma agilidad motriz que Aidan.

—¡Nos van a atacar! —Sus ojos aterrados; eran lobos comunes, ciervos, jabalíes, tejones, zorros..., como si todos estos quisieran atraparlos para que fuesen su alimento.

No obstante, los lobos se adelantaron y los flanquearon sin gruñirles ni mostrarse violentos. La enorme masa muscular de los jabalíes competía junto con la destreza de los ciervos rojos que saltaban rocas y troncos atravesados por el camino, y estos no temían de las serpientes que se deslizaban por la tierra un tanto rezagadas. Susana comprendió que eran espíritus de las montañas.

Aidan se detuvo abrupto y luego la bajó. Habían llegado a casa. Los animales no salieron de las inmediaciones del bosque; sus siluetas retrocediendo una a una, cumpliendo con la tarea de escoltar a los herederos de las tierras mágicas.

Solo uno de estos avanzó hacia ellos, tan minúsculo y lóbrego, que Susana dejó escapar un jadeo audible.

—¡Zeus!

El robusto british shorthair saltó sobre ella, Susana lo besó en la cabecita y este ronroneó cariñoso. Pero Zeus advirtió en la presencia que había a unos pasos de allí y bufó enojado, que hizo volver a la muchacha hacia donde su mascota miraba.

Profirió una palabrota por lo bajo.

¿Cuántos, de esos seres, moraban por las montañas? Ahora no habría modo de salvarse, eran muchos y dispuestos a completar la misión de acabarlos.

Buscó refugio en la espalda de Aidan. Maldita sea la suerte de ambos que no paraban de darle trastadas, tendrían que medirse con unos sujetos que los superaban en número y tamaño.

Aidan se preparaba para entrar de nuevo en fase de transformación, pero los sujetos que invadieron sus terrenos, se hincaron ante él en señal de reconocimiento y, por lo que la joven

observaba, sumisión. Pese a que ninguno de estos gruñía, Aidan no bajaba la guardia y tampoco procuraba tapar con sus manos sus partes pudendas, como hacía Susana al estar detrás de él y con Zeus teniéndolo aferrado a su pecho y fastidiado de querer saltar al suelo. Ella se sorprendió al descubrir allí a la señora Mairim Campbell, que vendía deliciosos dulces en su tienda, y a los Murray, ambos ancianos sin muestras de enojo o desprecio por ellos. También halló al comisario y a dos de sus agentes, siendo esto factible en la joven de que Kinnitty era un pueblo plagado de hombres lobo.

—Lo saludamos, venerable amo; nos postramos a sus pies y le juramos lealtad como nuestro nuevo alfa —expresó el comisario; su mirada gacha, temeroso de correr con la misma suerte de los otros si este no se animaba a dirigir la manda. La leyenda del Guardián de las Montañas por fin ha cobrado vida: «aquel que domina el fuego, dominará el mundo».

Aidan medio se volvió hacia Susana.

¿El qué?!

La señora Mairim, al notar el temblor en las carnes blandas de la humana, se quitó su gabardina y se encaminó hacia esta para ofrecérselo. Pero se detuvo ante el gruñido amenazante de Aidan.

Haciéndole ver al *Alfa de Fuego* que sus intenciones eran de procurarle abrigo a la muchacha, arrojó la prenda de vestir hacia sus pies. Susana se agachó y la tomó para cubrir su desnudez, y, en esta acción, Zeus se libró de su agarra y le bufó a la mujer, receloso de su cercanía.

—¿Alfa? —Aidan cuestionó al comisario; sus irises dorado-animal se movían de un extremo a otro, estudiando a cada uno de los que pisaron sus terrenos.

—Por décadas he sido el que ha liderado la manada de Slieve Bloom, defendiendo mi jerarquía algunas veces contra los que la han disputado. Pero nada soy en comparación a usted —se adelantó a decir en caso de que este malinterpretara sus palabras y aceptara batirse con él a un duelo a muerte—. Cedo mi cargo, sin renuencias ni violencia, a un líder indiscutible. Perdona el trato que les dimos, fuimos descorteses e incapaces de reconocer su superioridad y el afecto hacia su pareja. Por favor, le pedimos nos honre de servirle por siempre.

Aidan estaba atónito. Alfa...

Él, un híbrido marginado, un alfa.

Esto le traería muchos problemas.

—Aidan... ¿Qué pasa si no aceptas? —Susana le susurró, igual de impactada que él.

—No lo sé —respondió, y, en el acto, cayó en la cuenta de que un alfa común no se doblega tan fácil ante un recién llegado, a menos que considere que su contraparte es digno sustituto de responsabilizarse por su manada.

Reflexionó de cómo se desenvolvería como tal, si apenas se descubría a sí mismo.

¿*Qué tanto lo piensa?*, meditaron los agentes y algunas personas con cierto estatus en la comunidad. El prolongado silencio del joven inquietó a los residentes de los pueblos del condado Offaly; la señora Launa intercambió miradas con George, su esposo, ¿estaban condenados? Una manada sin líder o con uno cobarde era una manada que pronto sería aniquilada por otras. Serían considerados *corderitos*, calificativo peyorativo para los débiles. Los lobos debían ser aguerridos, aceptar sin más, honrando la supremacía de su linaje.

A esta incertidumbre se sumaba la del comisario, quien temía terminar calcinado como los tontos que subestimaron al muchacho. Otro aspirante ya se habría impuesto, lanzando órdenes a granel y pidiendo para él las mejores propiedades para habitar y las hembras más hermosas y fértiles para copular. Este no era ambicioso y solo tenía ojos para esa humana extranjera.

Antes de emitir su respuesta a los pueblerinos, los ojos de Aidan se alzaron hacia el camino de gravilla que conducía al portón principal de los terrenos de Moninne; desde ese punto se aproximaba un vehículo que, en el acto reconoció le pertenecía a su hermano mayor. Aguardó a que estacionara y se bajara, puede que este le ayudara a decidirse en lo que haría en adelante; no estaba seguro de si tendría la paciencia y el aguante de soportar la responsabilidad de velar por todos lo que, en ese instante, creían en él.

Niall cerró suave la puerta de su lujoso automóvil y luego cruzó los botones de su chaqueta sastre. Ni su esposa ni sus niños lo acompañaban, él acudía solo ante un evidente aviso de alguien que debió hacerle vía telefónica.

Sin hacerse esperar por más tiempo, Niall se aproximó y casi se reverencia ante el comisario, cuando se percató de que este y los demás se hallaban postrados ante Aidan.

Arqueó las cejas y los vellos de su nuca se erizaron. Notó las figuras calcinadas por toda el área, también el Rage Rover, de Aidan, que al parecer debió sufrir daños provocados por los que fueron exterminados con algún lanzallamas. Ignoraba que los agentes trajeron el rústico hasta la parte frontal de la casa y lo voltearon para más adelante remolcarlo al pueblo y repararlo.

Escaneó a Aidan. Entonces, ¿era cierto?! ¿Fue él, *quién aulló*?! La obvia desnudez de su hermano y la terrible facha de *la incubadora de microbios*, le hacían conjeturar de que por estuvieron gozando al más puro estilo primitivo antes de ser atacados por una manada renegada.

Pero, ¿qué ocasionó el cambio? Lo estudió con la mirada y al segundo conjeturó el motivo.

Halló lo que la llave guardaba.

—¿Por qué *medio condado* está en estos dominios? —le inquirió, aunque deseaba preguntarle: «¿hallaste el poder que tanto buscamos?». Se suponía ellos nada sabían.

—Piden que sea el nuevo alfa.

La expresión del Niall de sorpresa.

—¿Aceptaste? —la envidia lo carcomía; aun así, los Fitzgerald ascenderían entre las castas.

Aidan apretó los labios, dudoso de contestar, no estaba preparado para afrontar las obligaciones que vienen con el cargo; sabía que se debía más al temor de «sus vecinos» que por un otorgamiento heredado o disputado; estos lo cedían al considerarse vencidos ante de la contienda.

—Lo que desees, Aidan, también estaré para ti siempre —Susana le expresó y este le sonrió. Claro que lo estaría, se lo demostró muchas veces y por eso la amaba. Además, no se despegaba de su lado, valiente a pesar de sus desventajas humanas; no lo presionaba como Niall; su pequeña mano posada en su brazo, brindándole su apoyo.

Soltó el aire de sus pulmones, la manada aún permanecía en actitud reverente, el comisario de Kinnitty cada vez más inquieto y Niall aguardando su respuesta.

¿Debía aceptar?

Si lo hacía, su vida cambiaría en adelante.

Si rechazaba..., tendría más libertad. Aceptaba ser el guardián de las montañas y proteger a la fauna y flora de los inescrupulosos que lucraban a través de la cacería furtiva y la tala desmedida. Sin embargo, ser el sujeto que está en la cúspide de la pirámide lobuna, lo abrumaba.

Cerró los ojos. ¿Para esto su abuelo le expresaba que aceptara su destino? Tanto renegar de su naturaleza animal, para luego tener que comandar a otros como él.

—¡Acepta!

—Solo tú, Aidan...

Niall y Susana, expresaron respectivamente. El primero planificando mudarse a la mansión, y, la segunda, manifestando que, a pesar de todo, no juzgaría su decisión. Ella lo apoyaba.

Siendo consciente de la angustia que causaba en los demás su tardanza para contestar, Aidan lanzó una plegaria y otra a sus difuntos abuelos para que lo perdonaran en caso de equivocarse.

Listo.

Abrió los ojos.

Y, a continuación, de sus labios vacilantes a más de uno dejó petrificado.

Epílogo

El móvil impactó contra el suelo en cuanto finalizó la llamada recibida. Existía otro como *aquel* que una vez hizo tambalear su reino hacía más de trescientos años. Y él en esta ocasión no se quedaría de brazos cruzados, sabía que todo estaba en juego, no permitiría que la historia se repitiera, no esta vez. Movilizaría a su tropa y lo aniquilaría antes de que sus súbditos posaran los ojos sobre este con admiración.

Sobre la autora

Síguela por sus redes

Facebook: Martha Molina (Autora)

Goodreads: Martha Molina (También buscar por títulos)

Pinterest: MarthaMolina07

Índice

[Sinopsis](#)

[Derechos de Autor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[1] Prostitutas.

[2] Modo peyorativo en referencia a las personas de cabello rojo.

[3] 500 hectáreas.